
Sebastian Balfour
FIDEL CASTRO
UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA
Península

SEBASTIAN BALFOUR

Fidel Castro

Una biografía política

Traducción de Ana Escartín

EDICIONES PENÍNSULA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2010

Título original inglés: *Castro* (2008)

Primera edición en castellano ampliada y revisada por el autor: mayo de 2009.

Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

ISBN: 978-84-8307-930-0

PREFACIO

Después de diecinueve meses de convalecencia por un grave problema intestinal, durante los cuales delegó temporalmente su función de jefe del Estado en su hermano Raúl, el 18 de febrero de 2008 Fidel Castro anunció que dejaba de ejercer como presidente y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Aquella declaración ponía fin a sus casi cincuenta años al timón de la Revolución Cubana.

Este libro es un análisis retrospectivo de su extraordinaria, o para algunos infausta, carrera política. Pretende entender las raíces de su pensamiento político, la naturaleza de la Revolución Cubana que él inició y lideró y el entorno geopolítico global en el que Cuba ha estado operando durante medio siglo. La primera edición de este libro se publicó en inglés hace casi veinte años. En 1995 apareció una segunda edición que fue traducida al español en 1999. Esta tercera edición es básicamente un análisis profundamente revisado y muy ampliado que se publica por separado en español. Incorpora el estudio del papel de Castro a la cabeza del Estado en los últimos trece años así como nuevos documentos, artículos y libros sobre la Revolución Cubana aparecidos durante este tiempo. Entre las modificaciones se incluyen un nuevo capítulo, un capítulo considerablemente ampliado, y una exhaustiva revisión de todos los demás, desde el prólogo hasta el ensayo bibliográfico que se presenta al final.

Estoy en deuda una vez más con Jean Stubbs por sus incisivos comentarios al borrador del último capítulo y del epílogo y con Pedro Pérez Sarduy por su útil panorámica de la actual situación política de Cuba; también con mi esposa, Gráinne Palmer, por sus interesantes sugerencias en tanto que no especialista sobre algunos capítulos. Ninguno de ellos es responsable de los errores que puedan aparecer en el texto ni del conjunto de las interpretaciones expuestas.

Marzo de 2009

PRÓLOGO

La trayectoria de Fidel Castro no encuentra parangón en la historia contemporánea. La mayoría de los grandes líderes del Tercer Mundo del siglo XX surgieron de las luchas anticoloniales del período de la posguerra, pero ninguno de ellos desempeñó un papel tan destacado y dinámico como él en la escena internacional ni sobrevivió durante tanto tiempo como jefe de Estado. Mientras estuvo en el poder, Castro fue testigo del adiós de nueve presidentes estadounidenses. No es fácil encontrar figuras políticas de la segunda mitad del siglo pasado que fueran tan controvertidas y cuyas trayectorias abordaran tantas cuestiones de trascendencia mundial: la hegemonía estadounidense, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, el nacionalismo del Tercer Mundo, la revolución y la justicia social, la deuda del Tercer Mundo, la guerra y la paz en Centroamérica y África.

El ascenso al poder de Castro resulta difícil de creer. Prácticamente sin ningún recurso inicial, derrocó a una dictadura militar patrocinada por Estados Unidos y, plantando cara al Estado más poderoso del mundo, condujo a su pequeña y americanizada isla hasta las aguas del comunismo. Durante casi cincuenta años, el Gobierno estadounidense ha tratado sin éxito de destruir su régimen recurriendo a la subversión y la coerción, a la invasión por delegación y al embargo económico. Las dos principales potencias del mundo estuvieron al borde de la guerra nuclear a cuenta del derecho de Cuba a disponer de misiles atómicos. Décadas más tarde, y contra todo pronóstico, la Revolución Cubana sobrevivió a la caída del comunismo.

El rasgo más llamativo de la Cuba de Castro ha sido la disparidad entre su tamaño y su peso económico, por un lado, y el papel que ha desempeñado en los asuntos del mundo, por otro. Para encontrar un ejemplo comparable tenemos que remontarnos, como ha señalado un historiador, hasta los imperios portugués y holandés del siglo XVII o la Gran Bretaña del siglo XVIII.[1] Castro y Cuba han sido extraordinariamente influyentes en todo el planeta, especialmente en el Tercer Mundo. Guiada por la visión de un hombre, Cuba se ha convertido en una de las sociedades más instruidas y sanas del mundo

y con una de las tasas de emisión de CO2 más bajas del globo. Sin embargo, su población ha sufrido también los efectos del exilio y la emigración a una escala tan colosal que decenas de miles de familias cubanas siguen divididas a uno y otro lado del estrecho de Florida. Cuba está dirigida por un régimen populista y socialista de partido único que pone límites a las libertades individuales y colectivas en nombre de la seguridad y la corrección ideológica y encarcela a sus más activos disidentes políticos. También trata de movilizar a sus ciudadanos como nación en armas en una guerra perpetua contra su hostil enemigo del Norte, la nación más poderosa del mundo.

A pesar de todo, según todas las leyes de la probabilidad la Revolución Cubana tendría que haber fracasado. Años atrás, siendo dirigente estudiantil, Castro había sobrevivido a numerosas amenazas de muerte y por lo menos a un intento de asesinato. Casi todos los líderes radicales de su generación murieron bajo los disparos de la policía o de sus rivales. Por otro lado, su empresa revolucionaria parece una temeridad de principio a fin si se analiza fuera de contexto. Su intento de provocar una rebelión a nivel nacional en 1953 mediante la toma de dos cuarteles militares del este de Cuba con poco más de cien hombres pobremente armados se antoja excesivamente ambicioso. Sobrevivir a las sangrientas represalias del ejército después de que la mayor parte de sus oficiales fueran asesinados a sangre fría o torturados hasta la muerte tras ser capturados fue una suerte extraordinaria. Tres años después, con la esperan-za de derrocar a la dictadura militar de Fulgencio Batista, Castro desembarcó con un yate en un pantano de un remoto rincón del sureste de Cuba con un contingente aún menor y en las peores circunstancias imaginables. Tampoco debería haber escapado al rápido cerco militar al que su grupo fue sometido. E incluso después, el ejército cubano no debería haber tenido demasiadas dificultades para ir en busca de su banda y eliminarla. Y era altamente improbable que, como efectivamente sucedió, la campaña guerrillera emprendida a continuación condujera a la derrota de un ejército apoyado por Estados Unidos. Por último, que una pequeña isla azucarera situada a ciento cincuenta kilómetros de Florida e impregnada de la cultura norteamericana acabara declarándose el primer y único Estado comunista del hemisferio occidental resulta absolutamente extraordinario.

Sin embargo, el sorprendente y excepcional proceso de la Revolución Cubana no resulta tan extraño si lo examinamos a la luz de la historia de Cuba. Pocas de las acciones de Castro carecían de

precedentes históricos. Tanto el intento de toma de los cuarteles militares como el desembarco costero al este de Cuba y la campaña guerrillera en las montañas orientales participaban de una larga tradición en el país. La segunda y triunfal Guerra de Independencia contra los españoles, por ejemplo, dio comienzo en 1895 cuando sus dirigentes desembarcaron en calas recónditas del extremo oriental de la isla. La posterior guerra de guerrillas concluyó con la derrota del ejército del Imperio español. Es evidente, por tanto, hasta qué punto la Revolución de 1959 y la carrera de Castro como líder revolucionario se hacen eco del pasado. Algunos de los paralelismos fueron fruto de la casualidad, muchos se debieron a la existencia de condiciones similares y otros fueron buscados por el propio Castro. La popularidad de Castro puede atribuirse en gran medida al hecho de que acabara simbolizando para muchos cubanos una esperanza profundamente arraigada de liberación nacional de la dependencia neocolonial. Cuando una paloma se posó en su hombro mientras pronunciaba su discurso de la victoria en La Habana en 1959 (no hay razón alguna para pensar que hubiera sido adiestrada para hacerlo), la fantasía fue completa; probablemente muchos de los presentes creyeron que Castro estaba predestinado a cumplir las aspiraciones frustradas de ciento cuarenta años de lucha.

No en vano, uno tiene la impresión, al conocer algunas descripciones ortodoxas de la Revolución, de que todo sucedió como se esperaba. Incluso la CIA, incapaz de comprender las fuerzas históricas que operaron en aquel fenómeno, fue víctima de estrambóticas teorías y complots sobrenaturales. Uno de sus más extravagantes intentos frustrados de eliminar a Castro fue un plan para conseguir que se le cayera la barba haciendo que un agente de la CIA espolvoreara talio en sus zapatos, ya que, supuestamente, su éxito residía en su carisma y su carisma residía en su barba. Más exagerado todavía fue el plan propuesto originalmente en una cena con los Kennedy por Ian Fleming, creador de James Bond, para escenificar el Segundo Advenimiento de Cristo en Cuba. Según los documentos de las sesiones del Comité Selecto del Senado de 1975, el proyecto consistía en difundir rumores en la isla de que el Salvador estaba a punto de regresar a la Tierra para denunciar a Castro como el Anticristo; el día señalado, un hombre rana de la CIA con barba aparecería en una playa de Cuba asegurando ser Cristo mientras un submarino estadounidense salía a la superficie en el horizonte lanzando bengalas al cielo.[2]

Si la Revolución Cubana es inconcebible sin Castro, también es

cierto que su éxito se debió a una conjunción específica de variables históricas. Los historiadores han subrayado la peculiar estructura económica y social de Cuba, deformada por un desarrollo irregular y dependiente.[3] La Revolución debió también su supervivencia al tamaño y la estratégica posición de Cuba, situada prácticamente dentro del arco de visión de la costa de Florida y convertida, por tanto, en una preciada baza durante la Administración expansionista de Kruschev. La ayuda económica y militar que prestó posteriormente la Unión Soviética resultó esencial para mantener a flote al régimen y permitirle desempeñar un papel desproporcionado en los asuntos mundiales en relación con su tamaño. Tras la caída del socialismo soviético y de Europa oriental, Cuba sufrió un grave declive tanto en su salud económica como en su prestigio internacional. Sin embargo, el giro en el poder económico mundial y el surgimiento de regímenes de izquierda en Latinoamérica en el nuevo milenio rescataron a Cuba de su aislamiento y dieron impulso a su debilitada economía.

A pesar de todo, ningún factor estructural o coyuntural puede eclipsar el excepcional papel individual desempeñado por Castro en la historia de Cuba desde 1956. Algunos de los panegíricos ortodoxos sobre Castro dan a entender que la Revolución fue en buena medida fruto de su liderazgo. Castro fue el primero en desacreditar estas simplistas versiones de la historia.[4] Es cierto que exhibía cualidades que explicaban en cierto modo sus éxitos, entre ellas su obstinada persistencia ante las situaciones desesperadas, su suerte (si puede describirse como cualidad), su valor, su integridad, su intuición política, su habilidad como transmisor de ideas sin ser un pensador especialmente original y su flexibilidad política en la persecución de objetivos estratégicos. No obstante, el éxito personal inicial de Castro se debió en gran parte a las peculiares circunstancias históricas que se dieron en Cuba durante los años cincuenta.

Por lo demás, ninguna descripción de su trayectoria puede dejar de ser una interpretación de la propia Revolución. El tema central de este libro es, por tanto, la interacción entre las cualidades de Castro como dirigente político y las circunstancias históricas con las que él y sus más estrechos partidarios se encontraron y sobre las que actuaron.

[1]1. Hennessy, A., 1989, «The Cuban Revolution: a Wider View». Texto para la conferencia «Cuba 30 Years On: the Dynamics of Change and the International Dimension», Universidad de Warwick, 12-14 de mayo de 1989.

[2]. Hinckle, Warren y Turner, William W., *The Fish is Red. The Story of the Secret War against Castro*, Nueva York, Harper & Row, 1981, pp. 18 y 109-110. También Bourne, Peter, *Castro*, Londres, Macmillan, 1987, p. 212.

[3]. Sobre el debate en torno a la excepcionalidad de la Revolución Cubana, véase Laurence Whitehead, 2003, «On Cuban Political Exceptionalism», Oxford, Nuffield College Politics, ponencia 2003-W1. Para una profundización en la bibliografía sobre Castro y la Revolución Cubana, véase el ensayo bibliográfico al final de este libro.

[4]. Entre otros, Castro, F., *Nothing can Stop the Course of History*, Nueva York, Pathfinder, 1986, p. 23.

1
IMÁGENES DEL PASADO, VISIONES DEL FUTURO

> Los gobiernos revolucionarios se guían tanto por las imágenes del pasado como por las visiones del futuro.
>
> HUGH THOMAS
> *Cuba: la lucha por la libertad*

Cuando Fidel Castro, estudiante De derecho de diecinueve años, entró en el mundo de la política universitaria en 1945, dos grandes acontecimientos históricos dominaban la retórica política de sus coetáneos: las luchas por la independencia de 1868 a 1898 y el movimiento revolucionario de 1927 a 1933 que había provocado el derrocamiento del dictador Machado. Para los estudiantes radicales, ambos acontecimientos, interconectados, conformaban un retrato de la historia cubana que reflejaba un proceso revolucionario incompleto y frustrado.

Cuba, la isla más grande del Caribe y con acceso al golfo de México por el noroeste y al Caribe por el sur, había sido un importante centro estratégico del Imperio español en el Nuevo Mundo. Casi veinte años antes de su conquista en 1511, Colón se había sentido fascinado por su belleza y también por su potencial comercial. Cuba presenta una topografía muy variada. Tres cordilleras dominan la isla, una en el centro y las otras en los extremos occidental y oriental, respectivamente; la más alta y extensa de ellas es la Sierra Maestra, en el este. Entre estas cordilleras se extienden vastas y fértiles llanuras en las que se encuentran las principales ciudades y en las que vive el 95 por 100 de la población. La costa de la isla es también muy variada, desde las tierras bajas de las marismas de una parte del litoral suroccidental hasta las montañas que se alzan bruscamente desde el suroriental. La costa posee un sinfín de pequeños puertos naturales y varios kilómetros mar adentro a cada lado de la isla hay cientos de diminutas islas y cayos deshabitados.

Durante la etapa de dominio español, Cuba había estado controlada por el ejército, el clero y los administradores coloniales. Por debajo de ese estrato superior había una élite de españoles nacidos en Cuba, los criollos, y mucho más abajo en la escala social se encontraban los mulatos, mezcla racial entre negro y blanco. La población india nativa

había sucumbido ante los estragos de la conquista, las enfermedades y el maltrato, por lo que los esclavos o ex esclavos negros ocupaban la franja inferior de esta rígida jerarquía, proporcionando el grueso de la mano de obra para las riquezas que fluían hacia la metrópoli desde las plantaciones de azúcar, tabaco y café. Así pues, Cuba, con su mezcla racial, acabó siendo una típica isla del Caribe pero con la mayor tasa de blancos de toda la zona. De los 11,3 millones de habitantes que tiene en la actualidad, el 51 por 100 son mulatos, el 37 por 100 son de ascendencia europea, el 11 por 100 son negros y el 1 por 100, chinos. [1]

La República de Cuba nació en 1902, después de cuatrocientos años de colonización española. La lucha por la independencia, que duró, con momentos de mayor y menor intensidad, treinta años, había sido sumamente destructiva y sangrienta, especialmente en la guerra final de 1895-1898; la merma producida entre la población masculina había sido tal que eran pocos los hombres de sesenta años que quedaban cuando tuvo lugar la Revolución castrista en 1958.[2] También había sido una lucha revolucionaria contra la esclavitud. Las filas de los ejércitos cubanos que se lanzaron sobre las tropas españolas estaban formadas por antiguos esclavos negros, que libraron una cruda guerra de desgaste contra los propietarios de las plantaciones: muchos antiguos esclavos regresaron para incendiar los campos de caña de azúcar del que había sido su amo. En la primera Guerra de Independencia, el general mulato que dirigía uno de los ejércitos, Antonio Maceo, se negó a emprender negociaciones de paz con los españoles si éstos no incluían la cuestión de la abolición de la esclavitud.

La lucha por la independencia había sido, asimismo, un combate contra el imperialismo; no en vano, Castro describió Cuba en varias ocasiones como «el Vietnam del siglo XIX».[3] Algunos de sus líderes temían que, una vez que se hubiera independizado de España, Cuba fuera engullida por Estados Unidos, país que mostraba en aquel momento una actitud particularmente expansionista. Antes de eso hubo rumores de que Estados Unidos iba a comprar Cuba a España, y algunos propietarios de esclavos, con la mirada puesta en los estados confederados del sur, habían coqueteado brevemente con la idea de la anexión a Estados Unidos, ya que el Gobierno español estaba endureciendo las leyes relativas a la esclavitud. En 1898, preocupado por la amenaza que suponía para sus activos la persistente guerra de Cuba y decidido a acabar con el viejo imperio en el Caribe, el país

norteamericano declaró la guerra a España, y tras dos meses de hostilidades la obligó a abandonar su última colonia. La nueva Cuba independiente nació, pues, a la sombra del águila. Mediante la llamada Enmienda Platt de 1901, Estados Unidos se reservó el derecho a intervenir en los asuntos de Cuba con el fin de evitar que cualquier otra potencia extranjera ejerciera una excesiva influencia y para mantener un «gobierno estable». Pese a su aparentemente bienintencionado paternalismo, las cuatro intervenciones del Gobierno estadounidense entre 1898 y 1920 tuvieron como principal objetivo garantizar que Cuba preservara las políticas que favorecían las crecientes inversiones estadounidenses en la isla.

De hecho, el capital estadounidense recolonizó Cuba. Mucho antes de la independencia, gigantescas compañías estadounidenses se habían trasladado allí para explotar sus recursos naturales. Las inversiones estadounidenses en la isla se aceleraron en el primer cuarto del siglo, y en 1926 estaban valoradas en 1.360.000 dólares, procedentes de la industria del azúcar y también del ferrocarril, la minería, el tabaco, la banca, el comercio, los bienes raíces y otros sectores. El capital estadounidense controlaba el servicio telefónico y las industrias de gas y electricidad, entre otras.[4] Pero la joya de la corona en Cuba era el azúcar. En virtud de un antiguo acuerdo, Estados Unidos se comprometía a comprar hasta la mitad de la cosecha de azúcar de Cuba cada año, garantizando así beneficios para los dueños de plantaciones cubanos, divisas extranjeras y trabajo. Sin embargo, la cuota de azúcar cubano establecida por el Congreso estadounidense era un arma de doble filo, porque permitía a Estados Unidos castigar a Cuba disminuyendo el precio y la cantidad si se pasaba de la raya. Así, el resto de la cosecha azucarera cubana podía venderse en el mercado internacional siempre y cuando las cifras no afectaran a los productores de azúcar estadounidenses; de lo contrario, el *lobby* azucarero del Congreso de Estados Unidos podía disminuir la cuota. La prensa cubana recoge la siguiente advertencia de un senador de Louisiana a los cubanos en 1955: «Yo represento en el Senado estadounidense una vasta zona productora de azúcar de los Estados Unidos. Y tengo que demandar aquí todo lo que tienda a beneficiarla […]. Cuba se ha excedido en la producción [de azúcar] […]. Los que permitimos producir a vuestro país somos nosotros». [5]

Estados Unidos también controlaba el mercado interno cubano. La Enmienda Platt fue sustituida en 1934 por un instrumento más moderno de dominación neocolonial, el Acuerdo Comercial Recíproco,

en virtud del cual a cambio de la cuota azucarera se concedían tarifas preferentes a las exportaciones estadounidenses a Cuba. Como consecuencia de ello se echaron a perder todos los esfuerzos por crear industrias de sustitución de importaciones en Cuba y se puso freno a las importaciones más baratas procedentes de otros lugares. El Acuerdo sirvió, por tanto, para supeditar todavía más la economía cubana a la de Estados Unidos. En 1957, otro senador estadounidense solicitó al Congreso que redujera la cuota azucarera porque Cuba acababa de anunciar su intención de construir dos harineras, amenazando con ello las exportaciones de harina estadounidense a la isla. Ésta fue la dura reacción de una revista patronal, que empleaba el condicional para expresar lo que era ya una realidad: Cuba «tendría que resignarse a ver "congelada" su economía, de una parte por la limitada cuota azucarera estadounidense y la competencia mundial, y de otra parte para mantener su mercado interno sin cambio alguno en beneficio de los exportadores extranjeros».[6]

Así pues, cualquier medida destinada a modernizar la economía cubana, cualquier esfuerzo por regenerar la sociedad cubana, implicaba fundamentalmente dos cosas que estaban interconectadas: sacudirse la dependencia respecto de Estados Unidos, y librarse del yugo del monocultivo del azúcar. Antes de que los primeros marines desembarcaran en Cuba para supervisar la nueva República, el escritor y poeta José Martí, icono de la independencia cubana, ya había advertido del peligro del expansionismo estadounidense. En un célebre pasaje de su última carta, inconclusa, escrita un día antes de morir en una carga de caballería contra las tropas españolas en 1895, Martí se refería a Estados Unidos como «el monstruo»: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David».[7] Martí creía que el peligro de intromisión o agresión estadounidense se extendía a la totalidad del continente americano al sur del río Grande, lo que él llamaba «América» en sus escritos: «El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe».[8] El mayor temor de Martí era que Estados Unidos sustituyera a España como potencia colonial en Latinoamérica, pero en realidad el país norteamericano acabó dominando la economía cubana y la de muchos países latinoamericanos, y con mayor eficacia que la vieja potencia colonial, modelando sus sociedades y orientando su producción en función de las demandas de su propia economía sin ocupar sus territorios de

forma permanente (excepto en el caso de la bahía de Guantánamo). Todavía a comienzos de los años treinta, el dólar era la única moneda en circulación en Cuba. La lucha por la independencia era, a los ojos de las sucesivas generaciones de jóvenes cubanos radicales, una asignatura pendiente.

El «Apóstol» Martí era una referencia obligada en los discursos de todas las figuras políticas de la República Cubana, desde generales hasta gángsters. No obstante, su imagen oficial era la de un patriota espiritual y milenarista, libre de todo rastro de antiimperialismo o rebeldía. La amplitud del pensamiento de Martí, expresado en poemas, prosa, artículos periodísticos y cartas, era tan grande que permitía escoger diferentes mensajes ideológicos en función de las circunstancias. Fueron los estudiantes rebeldes de los años veinte los que redescubrieron al Martí radical, y su retrato alternativo del héroe nacional se fue transmitiendo a través de las sucesivas generaciones de estudiantes y líderes de izquierda hasta alcanzar a los nuevos universitarios de los cuarenta.[9] Castro se convirtió en uno de los más entregados discípulos de Martí. El nuevo aspirante a libertador de Cuba veía en él una guía de acción y una fuente de legitimidad. Castro nunca desaprovechó una ocasión para vincularse públicamente con las tradiciones revolucionarias personificadas por Martí, y en los momentos más aciagos de su esfuerzo fue capaz de encontrar inspiración en el ejemplo de las empresas políticas de Martí. Mientras se encontraba encarcelado tras su intento frustrado de tomar al asalto el cuartel de Moncada en 1953, y reflexionando sobre la aparentemente imposible tarea de crear un movimiento revolucionario en Cuba, Castro escribió a un amigo:

> La similitud de situaciones me recuerdan los esfuerzos de Martí por juntar a todos los cubanos dignos en la lucha por la independencia; cada cual tenía su historia, sus glorias, sus proezas; cada cual se creía con más derechos que los demás o por lo menos iguales; sólo la obra de amor, comprensión e infinita paciencia de un hombre, con menos gloria que la que otros tenían, pudo lograr el milagro […]. Quizá por eso las páginas que más admiro de la historia de Cuba no son tanto las proezas de los campos de batalla, como aquella empresa gigantesca, heroica, callada de unir a los cubanos para la lucha.[10]

No en vano existen llamativos paralelismos entre la vida de Martí y la de Castro. Ambos eran hijos de inmigrantes españoles. Ambos fueron encarcelados por sus actividades políticas en la misma isla, de

Pinos, al suroeste de Cuba. Al igual que Castro antes de desembarcar allí en 1956, Martí había recaudado dinero para su expedición entre los exiliados cubanos en Florida y la costa oriental de Estados Unidos. Martí había desembarcado en una remota isla del este de Cuba en unas condiciones muy difíciles, aunque no tan comprometidas como las que vivió Castro unos doscientos ochenta y ocho kilómetros más al oeste sesenta y un años más tarde. De hecho, el dictador Batista estaba tan seguro de que Castro iba a hacer la misma ruta que Martí que ordenó misiones de vigilancia aérea en la costa meridional de la provincia de Oriente; llegado el momento, el nuevo libertador en ciernes desembarcó en la costa occidental.[11] El intento de Castro de asaltar el cuartel de Moncada en 1953 coincidió con el publicitadísimo centenario del nacimiento de Martí, lo que le permitió afirmar que él y sus hombres, la «generación del centenario», eran los auténticos herederos del «Apóstol». El partido de Martí, el Partido Revolucionario Cubano (PRC), al igual que sucedería después con el movimiento de Castro, acogió a radicales de tendencias políticas diferentes y en cierta medida contradictorias. Entre los miembros del PRC había trabajadores socialistas y anarcosindicalistas, muchos de ellos trabajadores del tabaco que habían emigrado a Florida. Un último paralelismo, de menor importancia, era el hecho de que tanto Martí como Castro recurrieran a periodistas estadounidenses para dar publicidad a su causa mientras estaban participando en la guerra de guerrillas, George Eugene Bryson del *New York Herald* como valedor de Martí y Herbert L. Matthews del *New York Times* como adalid de Castro.

Martí representaba un estilo de nacionalismo romántico y republicano propio de un período muy diferente a aquel en el que la joven generación de los cuarenta inició su carrera política. Sin embargo, entre los dos períodos sí hubo continuidad de ideas. Las palabras de Martí contra el peligro de la expansión estadounidense eran muy bien recibidas por los nacionalistas radicales que, como Castro, eran testigos del desdén con el que algunos estadounidenses trataban a Cuba. En 1949, por ejemplo, Castro encabezó una acción de protesta contra un grupo de marineros estadounidenses borrachos que habían orinado en la estatua del héroe nacional en La Habana. El llamamiento de Martí para que Hispanoamérica declarase su «segunda independencia», esta vez contra el coloso del Norte, también invocaba una vieja tradición de panamericanismo sin Estados Unidos procedente de la época del «Libertador» de América del Sur de principios del siglo

XIX, Simón Bolívar, figura por la que Castro se sentía también muy atraído.[12] Esta misma visión se puede encontrar en el inagotable intento de Castro de crear en los años sesenta un movimiento revolucionario a escala continental o, más recientemente, el de constituir un frente unido junto a otros países latinoamericanos en torno a las cuestiones de la deuda y la modernización. Como más tarde haría Castro, Martí creía que la lucha de Cuba por la independencia era un elemento central del nuevo equilibrio de poderes en el continente americano y más allá: «Es un mundo lo que estamos equilibrando; no sólo son dos islas las que vamos a libertar [Cuba y Puerto Rico]. […] Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna». Evocando las palabras de Martí un siglo después, Castro aseguró a los periodistas extranjeros en 1983 que «los estadounidenses no entienden […] que nuestra patria no es sólo Cuba; nuestra patria es también la humanidad».[13]

La apasionada creencia de Martí en la justicia social, en la necesidad de una educación universal, en los valores del campo y del cultivo de la tierra encontró eco en el joven Castro. Su confianza en el poder de las ideas y los principios morales no podía por menos que ejercer su influencia sobre Castro, que dedicaba buena parte de sus discursos y sus alocuciones radiofónicas de los años cincuenta a explicar su propósito, y que desde la Revolución raras veces omitía en sus alegatos una apelación a la racionalidad y la ética. Tal vez el lenguaje de Castro fuera más prosaico, pero su fe en la capacidad de las ideas para llevar al pueblo a la acción era tan grande como la que expresaba Martí cuando escribía:

> Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra […]. No hay proa que taje una nube de ideas.[14]

Detrás de esta confianza en el poder de la voluntad subyacía un historicismo o creencia en la naturaleza intrínsecamente progresiva de la historia heredada en el caso de Martí del filósofo Krause.

Tanto Martí como Castro poseían también una imagen organicista, casi ahistórica, de una verdadera Cuba libre de la aberración de la dictadura y cuya esencia estaba esperando a ser descubierta. Pese a su adhesión a la ortodoxia marxista-leninista, Castro compartía con Martí una visión que hacía de la nación, más que de la clase, la fuerza impulsora del progreso. En un pasaje que recuerda enormemente a las palabras pronunciadas por Castro muchos años después, Martí escribía,

en referencia a las repúblicas latinoamericanas del siglo XIX:

> Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador [...]. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías.[15]

Esta noción de «cubanidad», un modo esencial de ser cubano del que el país había sido despojado, fue transmitida a las sucesivas generaciones de radicales y reinterpretada a la luz de las ideas políticas de cada una de ellas. Así fue como adoptó la forma de nacionalismo radical o «cubanía rebelde». Los que habían visto aumentado su poder en la nueva República, ya fueran políticos u hombres de negocios, eran acusados de haber despilfarrado la herencia de la lucha por la independencia. Sin excepción, los gobiernos cubanos a partir de 1902 se habían caracterizado por el recurso a la picaresca y la corrupción a una escala que parecía aumentar con cada nuevo presidente. La práctica apenas disimulada de valerse de los cargos públicos para el enriquecimiento personal acabó convirtiéndose en una forma de vida. En parte, ésa era una costumbre proce-dente de la etapa colonial, cuando los funcionarios españoles —empleados de la Administración, jueces, policías, etc.— cobraban salarios muy bajos, contando con que cubrirían la diferencia recurriendo a la picaresca. De un modo indirecto, era también expresión de la posición dependiente y subordinada de las élites cubanas. Rehenes del gran vecino del otro lado del estrecho de Florida, cuyos empresarios dominaban a gran escala la economía de la isla, los hombres ricos y los gobernantes de Cuba no consiguieron proyectar un conjunto de valores universales o una mitología propia de la nación. Muy al contrario, sus valores quedaron determinados por la cultura de Estados Unidos; de hecho, solían enviar a sus hijos a formarse en universidades estadounidenses, y muchos tenían segundas residencias allí. Se les daba bien defender intereses corporativos, pero no lograron aunar una defensa colectiva de sus intereses de clase.

Por otra parte, Cuba carecía de una institución poderosa que pudiera servir para unir las diferentes clases sociales. La vieja oligarquía terrateniente había quedado arrasada por la guerra y el cambio tecnológico. Los intereses económicos se expresaban a través de estrechos canales corporativos y no de partidos políticos. La Iglesia había quedado en cierto modo desacreditada por su estrecha

asociación con las élites españolas de la isla. A diferencia de la mayoría de los países hispanoamericanos, en los que el catolicismo acabó con las religiones indígenas y sirvió para integrar a los pobres en la sociedad, la Iglesia no logró arraigar entre los negros de Cuba, comunidad en la que el culto religioso africano de la santería estaba muy extendido. Sin un propósito unificador para su hegemonía, los gobernantes de Cuba se peleaban entre sí por el reparto del poder y el excedente económico, y acudían a su padrino estadounidense para resolver las disputas mediante la intervención armada y una degradante forma de paternalismo, la administración provisional por medio de procónsules estadounidenses. El beligerante senador estadounidense Cabot Lodge escribió las siguientes palabras a Theodore Roosevelt en 1906:

> La indignación con los cubanos es muy general […] el sentimiento general es que habría que cogerlos del pescuezo y sacudirlos hasta que se comportaran como es debido […]. Yo me inclino a creer que eso […] haría pensar a los imperialistas que algunos pueblos son menos aptos para el autogobierno que otros.[16]

Los partidos políticos de la República habían desacreditado a la democracia parlamentaria con prácticas electorales fraudulentas. El escepticismo político de los cubanos era tan profundo que se había acabado generalizando el sentimiento de que eran incapaces como raza de gobernarse a sí mismos. La imagen condescendiente y racista de la incompetencia cubana, compartida por muchos estadounidenses, acabó calando en la cultura cubana. Aquel sentimiento se expresaba en los años cuarenta a través del «choteo criollo», una forma de humor autodespectivo y cínico dirigido contra la clase dirigente.[17] La crisis de legitimidad en Cuba se veía exacerbada por la fragilidad de sus gobiernos frente a las fluctuaciones de los precios del azúcar en el mercado internacional.

Los dos grandes males de la República Cubana, su subordinación económica y cultural a Estados Unidos y la corrupción de su vida política, se vieron contestados a comienzos de los años veinte por dos movimientos estudiantiles sucesivos que se convertirían en puntos de referencia casi míticos para los nuevos rebeldes de la generación de Castro. Ambos movimientos se desarrollaron en momentos de grave desorden económico provocado por una quiebra de los precios del azúcar en el mercado internacional y estuvieron acompañados de una agitación laboral de importancia considerable. El primero nació en

torno a las reivindicaciones de reforma del corrupto sistema universitario de Cuba, pero pronto se orientó hacia una crítica más amplia de la sociedad. Acusaba a los dirigentes cubanos de haber traicionado las luchas por la independencia al entregar la isla a los intereses estadounidenses o acceder con pasividad a su hegemonía y al dejarse llevar por el enriquecimiento personal a costa del pueblo. El movimiento estudiantil de 1923 formaba parte de una revuelta a escala continental en Latinoamérica protagonizada por jóvenes de clase media contra el imperialismo y la dictadura militar y a favor de la reforma radical y la regeneración nacionalista. Aunque se sentían profundamente influidos por una combinación de ideas europeas de izquierdas —anarquismo, anarcosindicalismo y marxismo— y movimientos indígenas como la Revolución Mexicana, los estudiantes también estaban guiados por el resentimiento de una nueva generación de clase media cuyo acceso a las posiciones de influencia se veía bloqueado por el nepotismo y la corrupción política. Este mismo conflicto generacional iba a desempeñar un papel muy importante en los posteriores movimientos de rebelión juvenil tanto a comienzos de los treinta como a comienzos de los cincuenta.

El líder más destacado de la generación de estudiantes de 1923 fue Julio Antonio Mella, que fundó el Partido Comunista Cubano en 1925 junto a Carlos Baliño, antiguo anarquista y estrecho colaborador de Martí. El asesinato de Mella en 1929 a manos de los sicarios del dictador Machado mientras estaba exiliado en México le otorgó un lugar en la ya larga lista de mártires de la redención de Cuba. Y también le ahorró el descrédito sufrido más tarde por el partido que había cofundado, que acabó colaborando con los gobiernos autoritarios de los años cuarenta obedeciendo a las fluctuantes políticas de la Tercera Internacional. Representado por la figura de Mella, el marxismo siguió presente como una de las corrientes de la tradición de emancipación nacionalista que más tarde adoptaría la generación de los cincuenta.

Sin embargo, la generación de Castro estaba más directa y profundamente influida por la Revolución de 1933, que logró derrocar al dictador Gerardo Machado. Aquel año tremendamente convulso puso las bases de la revolución que Castro protagonizaría unos quince años más tarde. Antiguo general y adinerado hombre de negocios, Machado había sucedido al corrupto presidente Zayas en 1925 con una campaña reformista que prometía la derogación de la Enmienda Platt y un ambicioso programa de obras públicas. Pero pronto quedó claro

que Machado no pretendía sólo enriquecerse sino concentrar todavía más el poder en sus manos. En 1927 (un año después del nacimiento de Fidel Castro) consiguió que el Congreso, poblado de partidarios sobornados, aprobara una enmienda constitucional que prolongaba su mandato de cuatro a seis años, concediéndole así otros dos años en el poder sin reelección. Machado fortaleció todavía más su control sobre la política cubana creando una extensa red clientelar y reprimiendo violentamente la incipiente oposición de los estudiantes y los sindicatos. El terrorismo de Estado de Machado tuvo como respuesta el aumento de los grupos terroristas urbanos. Se lanzaron bombas, los opositores al Gobierno intercambiaron disparos con la policía y destacados líderes sindicales y estudiantiles fueron torturados o ejecutados por la policía de Machado.

Como sus predecesores, los estudiantes rebeldes se sentían empujados en parte por la frustración personal. La Universidad Nacional había sido tradicionalmente un importante canal de acceso al poder y a la influencia en la sociedad, pero la difusión del nepotismo del Gobierno de Machado bloqueaba el paso a muchos aspirantes a políticos, agravando así las dificultades provocadas por la ausencia de oportunidades de hacer carrera que sufrían los graduados del sumamente tradicional sistema universitario de Cuba. Los manifiestos de los estudiantes rebeldes rebosaban de ira ante la corrupción y el autoritarismo del régimen de Machado. No obstante, excepto en lo relativo a la reivindicación de la restauración de la democracia, la oposición a Machado representada por los estudiantes y por otros grupos estaba dividida en cuanto a sus objetivos. Tales divisiones, aunque determinadas por las preocupaciones ideológicas de los años treinta, se trasladaron bajo formas distintas a la siguiente década, cuando Castro inició su formación universitaria.

La facción mayoritaria del movimiento estudiantil de aquel momento exigía el final de la dependencia de Cuba respecto de Estados Unidos y un programa de reformas sociales. El ala izquierda del movimiento estudiantil, por su parte, estaba encabezada por marxistas y tenía una orientación claramente antiimperialista y anticapitalista. Otra organización juvenil de izquierdas (después llamada Joven Cuba), liderada por el carismático Antonio Guiteras, abogaba por un programa radical de reformas y un socialismo un tanto impreciso. A diferencia de los comunistas, que reivindicaban un frente unido de las fuerzas opositoras a Machado, Guiteras creía que las acciones de insurrección llevadas a cabo por pequeños grupos

organizados podían encabezar la marcha hacia la revolución. Una de sus primeras acciones fue el asalto a unos pequeños cuarteles militares de la provincia de Oriente; unos veinte años después, Castro iba a intentar una acción similar contra cuarteles más grandes de la capital de la provincia. El tan cacareado lema del momento, «Revolución», tenía un significado diferente para cada grupo, desde la regeneración patriótica de Cuba hasta la toma del poder por la clase obrera. La oposición organizada no se reducía a los jóvenes. Algunos profesionales de clase media y nacionalistas burgueses, admitiendo la necesidad de un cambio político (y deseosos de que se adoptaran medidas más proteccionistas para salvaguardar la industria cubana), fundaron un grupo terrorista clandestino, el ABC, en un intento de provocar la mediación estadounidense y, con ella, la caída de Machado.

La agitación política en Cuba de comienzos de los años treinta se vio agravada por la depresión posterior al crack de 1929, que hizo caer el precio del azúcar y del tabaco en el mercado internacional. La oposición sindical a la moderación salarial y al desempleo nació entre los trabajadores del azúcar en 1933 y se propagó por toda la isla. Algunos grupos armados de trabajadores de las ciudades de provincias organizaron pequeñas insurrecciones. Preocupado por el virtual estado de guerra civil que reinaba en Cuba, el presidente estadounidense, Franklin D. Roosevelt, mandó a un enviado especial para negociar un traspaso de poder de manos de Machado a un candidato más aceptable para la oposición. El dictador, cada vez más aislado incluso entre sus seguidores, huyó a Estados Unidos una noche de agosto de 1933, y el palacio presidencial fue saqueado por los manifestantes.

No obstante, el nuevo Gobierno provisional, constituido con ayuda del enviado de Roosevelt y formado por respetables conservadores, no encajaba en la atmósfera revolucionaria de las ciudades de Cuba. Los rebeldes estaban dando caza y linchando a los secuaces de Machado. Las huelgas continuaban. Las azucareras fueron tomadas por los trabajadores. Las demandas radicales se estaban ampliando a nuevos sectores de la sociedad. De hecho, una de las nuevas rebeliones dio comienzo en una zona de la ciudad de la que para nada se podía imaginar una acción de esa clase. Empujados por el miedo a la restricción de efectivos y envalentonados por la confusión revolucionaria, los suboficiales del ejército prepararon un intento de golpe de Estado que pronto se ganó el apoyo de los estudiantes. Encabezada por un sargento taquígrafo de origen mulato e indio,

Fulgencio Batista, la revuelta se formuló en vagos términos de redención que iban a atraer a un amplio sector descontento. Batista proclamaba:

No se ha producido la revolución para que un hombre desaparezca del escenario político sino para que cambie el régimen, para que desaparezca el sistema colonial que treinta y un años después del 20 de mayo de 1902 continuaba ahogando al país.[18]

Los intentos de los oficiales conservadores de organizar un contragolpe fracasaron, y el poder armado pasó rápidamente a manos de Batista, que se ascendió a sí mismo al rango de coronel y jefe del Estado Mayor. Entre tanto, los estudiantes proclamaron un nuevo Gobierno constituido por cinco hombres y encabezado por un profesor universitario, Ramón Grau San Martín, en el que Guiteras se convirtió en ministro de Gobernación. Incapaz de lograr el reconocimiento de Estados Unidos y acallar el descontento en Cuba (con el fallido llamamiento de Guiteras a los trabajadores para que volvieran a la tarea con el fin de ayudar al nuevo gabinete), el Gobierno de Grau cayó al cabo de cien días.

El antiguo sargento Batista tenía ahora en sus manos el futuro de Cuba, y durante un breve espacio de tiempo antepuso las demandas de los estudiantes y los trabajadores a los intereses de los sectores de la burguesía opuestos a Machado pero conservadores; no en vano, Batista se convirtió en el Bonaparte de la Revolución de 1933. Desde entonces hasta 1959 iba a controlar la vida política de Cuba. La llegada de Batista al poder se explicaba, en líneas generales, por dos razones. Dada la debilidad institucional de las diferentes élites cubanas, el ejército era un órgano relativamente autónomo y, sin lugar a dudas, la única organización capaz de imponer una solución política. En segundo lugar, los oficiales se habían visto bastante desacreditados por su asociación con Machado, en tanto que los suboficiales, muchos de ellos de origen pobre, rural y mulato, se habían contagiado de la atmósfera revolucionaria de principios de los años treinta. Batista se empleó a fondo contra quienes continuaban haciendo campaña a favor de las reformas radicales prometidas por el Gobierno de Grau: las huelgas fueron sofocadas con violencia, y Guiteras fue acorralado en una casa de La Habana con unos pocos seguidores y abatido a tiros después de una larga contienda. A pesar de todo, con los sucesivos gobiernos que logró dirigir en la segunda mitad de los años treinta, Batista llevó a cabo un programa populista de reformas —reparto

limitado de la tierra, planes de bienestar social, vacaciones pagadas para los trabajadores, etc.— que hizo suyas algunas de las demandas del movimiento revolucionario de 1933.

Sin embargo, para la generación de rebeldes a la que pertenecía Castro, la Revolución de 1933 representaba otro fracaso más, si bien el más heroico, en el intento de cumplir las que eran a sus ojos las aspiraciones históricas de la nación cubana, que se remontaban a las luchas por la independencia de 1868. Aquel sentimiento de frustración revestía un carácter profundamente personal. La autoestima individual y la «dignidad nacional» acabaron entrelazándose. La dominación estadounidense era evidente en todas partes. La cultura de las clases medias cubanas estaba impregnada de sus valores, y el comportamiento de los estadounidenses, desde sus embajadores hasta sus marineros, dejaba entrever muchas veces la idea de la inferioridad de la raza cubana. El servilismo y la corrupción de varias generaciones de líderes políticos, muchos de los cuales habían luchado en las Guerras de Independencia, se consideraban una traición. Por otro lado, el legado revolucionario del pasado era de naturaleza violenta. Ante el palmario incumplimiento de sus promesas por parte del sistema político de Cuba, los intentos de lograr un cambio real se habían llevado a cabo a través de la insurrección, la acción armada y los disturbios callejeros. Los estudiantes rebeldes, en particular, se consideraban a sí mismos los verdaderos herederos de esa tradición nacionalista. Heredaron del pasado la convicción de que era su deber continuar con la lucha inacabada por la independencia y el desarrollo en nombre de los verdaderos cubanos: los pobres, los desposeídos, los humildes. También heredaron el sentido de su propio poder. Había sido el movimiento estudiantil el que había encabezado la lucha para derrocar a Machado y establecido el efímero Gobierno «revolucionario» de 1933. A pesar de la contrarrevolución de Batista, los estudiantes habían obligado al nuevo Gobierno a reconocer la inviolabilidad del campus universitario, y la policía ya no podía entrar en sus instalaciones.

Cuando Castro ingresó en la Universidad de La Habana en 1945, los rescoldos de los acontecimientos de 1933-1934 seguían dominando la vida política en Cuba. Los grupos de acción que habían combatido a Machado todavía conservaban sus armas, aunque habían perdido sus ideales. Algunas de las reformas sociales y económicas que se habían aprobado al calor de la Revolución quedaron consagradas en una nueva Constitución. Sin embargo, aquellos que se habían beneficiado

del levantamiento no hicieron realidad las expectativas que éste había generado. Aunque los estudiantes eran una élite privilegiada de la que la clase política cubana venía extrayendo tradicionalmente a algunos de sus dirigentes, su acceso a puestos de influencia por canales democráticos y gracias a los méritos seguía viéndose bloqueado por la extendida práctica del clientelismo. La frustración que sentían los nuevos estudiantes de los cuarenta se vio agudizada por la evidente degeneración de los rebeldes de 1933, que acabaron viéndose arrastrados por la guerra entre bandas y la venganza sin sentido. La nueva generación de rebeldes asumió como misión el enarbolar la bandera de la regeneración nacional que se había izado en 1868 para ser después abandonada por el camino. Los modelos históricos indígenas con los que contaban no eran ni pacíficos ni especialmente democráticos. Todos los cambios políticos o sociales profundos se habían producido de forma violenta. El sistema de democracia parlamentaria se había revelado no sólo inestable, sino también incapaz de lograr la reforma. Y también había sido una fuente de corrupción sin fondo. Los héroes de la historia cubana eran héroes muertos, prácticamente jóvenes mártires. Casi todos los grandes hombres que sobrevivieron a la última Guerra de Independencia se habían convertido en villanos, seducidos por el poder y la riqueza. La violencia que provocó el cambio procedía de diversas fuentes: las huelgas insurreccionales de los trabajadores, las luchas de campesinos y peones agrícolas, la vieja y persistente tradición del bandolerismo rural y la fuerza estudiantil.

El legado histórico así transmitido a la nueva generación de jóvenes con vocación política estaba conformado por varias corrientes radicales que se interconectaban para formar un retrato más o menos coherente del pasado y una visión casi milenarista del futuro: la lucha de los antiguos esclavos por la emancipación total; la batalla internacional contra el imperialismo; el socialismo utópico y el anarcosindicalismo de la base obrera seguidora de Martí; el republicanismo liberal del propio Martí; el movimiento comunista de los años veinte; la rebelión estudiantil de los años treinta; el nacionalismo liberal de las clases medias; y la casi ininterrumpida lucha de los trabajadores cubanos en la ciudad y el campo por mejorar sus condiciones y sus salarios. Estas dispares corrientes encarnaban aspiraciones contradictorias, pero estaban unidas entre sí por la convicción de que el cambio social y político era un componente indispensable de la liberación nacional. Esta herencia radical influyó

profundamente en las estrategias del joven Castro en su ascenso al poder.

[1]. *Country Profile, Cuba*, World Resources Institute, 2006; CIA World Factbook, 2007.

[2]. Thomas, H., *Cuba: the Pursuit of Freedom*, Nueva York,. Harper & Row, 1971, p. 1.094. [Hay trad. cast.: *Cuba: la lucha por la libertad*, Barcelona, Random House, 2004.]

[3]. Más recientemente en Ramonet, I., *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, Barcelona, Random House, 2006, p. 35.

[4]. Azicri, M., *Cuba: Politics, Economics and Society*, Londres, Pinter, 1988, pp. 21-22.

[5]. *Bohemia*, 6 y 20 de marzo de 1955, citado en Winocur, M., *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, Barcelona, Grijalbo, 1979, p. 45.

[6]. De *Cuba Económica y Financiera*, mayo de 1957, citado en Winocur, 1979, pp. 40-41.

[7]. Carta a Manuel Mercado en Martí, J. J., 1971, *Martí y la primera revolución cubana.* Biblioteca Fundamental del Hombre, p. 133.

[8]. De Martí J. J., 1971, «Nuestra América», p. 17.

[9]. Kapcia, A., «Cuban Populism and the Birth of the Myth of Martí», en Abel, C. y Torrents, N., *José Martí: Revolutionary Democrat*, Londres, Athlone Press, 1986, pp. 32-64.

[10]. Conte Agüero, L., *Cartas del Presidio*, La Habana, Lex, 1959, p. 60.

[11]. Szulc, T., *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987, p. 298. [Hay trad cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987.]

[12]. Franqui, C., *Family Portrait with Fidel*, Londres, Jonathan Cape, 1983, p. 9. [Hay trad. cast.: *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981.]

[13]. Martí, J. J., *Obras Completas*, La Habana, vol. 3, pp. 142-143; Castro, F., *Conversaciones con periodistas norteamericanos y franceses*, Política, 1983.

[14]. De «Nuestra América», en Martí, 1971, p. 11.

[15]. De «Nuestra América», en Martí, 1971, pp. 13-14.

[16]. Citado en Thomas, 1971, p. 481.

[17]. Solaun, M., «El fracaso de la democracia en Cuba», en *Aportes*, julio de 1969, pp. 72-73.

[18]. Batista, F., «Proclama al pueblo de Cuba», en *Pensamiento Crítico*, abril de 1970, p. 217.

2
EL REBELDE

Había pocas cosas en los orígenes familiares de Castro que pudieran sugerir que acabaría convirtiéndose en un rebelde. Su padre era un hombre hecho a sí mismo que había emigrado desde España hacia finales del siglo XIX después de participar en la última guerra por la independencia en Cuba como recluta del ejército español. Una vez instalado en el municipio de Mayarí, en Oriente, la provincia más al este de Cuba, comenzó su trayectoria laboral como peón, instalando las vías del ferrocarril de los patrones locales, la American United Fruit Company. Poco después se hizo vendedor ambulante y se dedicó a vender limonada a los trabajadores de las plantaciones y más tarde diversos productos a las familias locales. Como muchos inmigrantes españoles, trabajaba duro y ahorraba a conciencia, y con sus ahorros pudo arrendar un terreno a la United Fruit Company y empezar a plantar caña de azúcar para venderla a las fábricas propiedad de los estadounidenses. A fuerza de duro trabajo y una meticulosa contabilidad, acabó convirtiéndose en un rico hacendado.

Pese a la prosperidad de la que gozaba, la familia de Castro no participaba de la cultura de la clase terrateniente. Su madre había sido criada y cocinera en el hogar de los Castro durante el primer matrimonio de su padre. De hecho, los padres de Castro no se casaron hasta después del nacimiento de sus dos hermanos mayores y del suyo, en 1926. A decir de todos, Castro padre conservó su estilo tosco y laborioso y educó a sus hijos con mano firme y en la cultura del trabajo. En aquella zona no existía una oligarquía terrateniente. Las compañías estadounidenses no empezaron a explotar la región de Mayarí, en la que se encontraba la finca familiar, hasta finales del siglo XIX. Fidel Castro creció, por tanto, entre niños de distinto origen social, incluidas familias de peones negros inmigrantes procedentes de Haití. En sus escasas narraciones sobre su infancia, a Castro le gustaba sugerir que esa primera experiencia de socialización con hijos de familias pobres había constituido una instructiva influencia en su evolución política.[1] Es posible que esa circunstancia le proporcionase cierto desahogo social, pero en cualquier caso no habría podido evitar sentirse diferente, aunque sólo fuera porque su padre poseía la mayor parte de la tierra y daba empleo a la mayoría de los

trabajadores del territorio circundante. Aunque no fue educado en los valores tradicionales de la élite terrateniente, Fidel tampoco pertenecía a la sofisticada cultura urbana de muchos de sus futuros compañeros de estudios. No era un hombre del pueblo, pero tampoco era un típico producto de las clases altas o medias. Es imposible determinar qué papel desempeñó esta indefinición cultural en la formación de Castro, pero tal vez sí influyera en ese sentimiento suyo de ser singular, incluso excepcional.

Castro dio muestras de rebeldía frente a la autoridad desde muy pronto, y a menudo lograba salirse con la suya gracias a una combinación de persistencia y audacia. Cuando tenía unos seis años, el joven Fidel fue enviado a Santiago con su hermana mayor para instalarse en la casa de una profesora y recibir clases particulares. Dos años más tarde empezó a asistir a una escuela cercana. Disgustado por la austeridad que reinaba en su nuevo hogar, donde no dejó de pasar hambre en todo el primer año, un día decidió, junto a su hermana y su hermano mayor, que se había reunido con ellos hacía poco, rebelarse contra las normas de la casa con el fin de obligar a su familia a que lo llevaran a un internado. A este primer acto de rebelión le siguieron otras proezas igualmente audaces. Al parecer, el joven Castro desarrolló una temprana conciencia de su capacidad para imponerse a la autoridad superior, para ganarse a la gente y movilizar apoyos, como él mismo afirmó en diferentes entrevistas muchos años después. Era, según sus propias palabras, un rebelde nato, más que un revolucionario nato.[2]

Más tarde se educó en la estricta, casi militar, cultura de los colegios jesuitas, primero en la capital de Oriente, Santiago, y después en La Habana. Allí, según su propio relato, se impregnó de los valores de la disciplina, la iniciativa, la tenacidad y la dignidad personal, señas distintivas de la educación jesuita.[3] Los hábitos casi espartanos que afirma haber adquirido durante sus años de formación siguen presentes en él más de setenta años después. En el colegio, Castro destacó como atleta de talento y líder popular. En las frecuentes excursiones a las colinas de Sierra Maestra, cerca de Santiago, escalaba y nadaba sin parar, y durante las vacaciones se pasaba días explorando y cazando con una pistola en la región montañosa que rodeaba la finca de su padre, una práctica que le resultaría muy útil años más tarde en la guerrilla, en zonas mucho más recónditas de esa misma Sierra Maestra.

Castro se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de

La Habana en octubre de 1945. Entonces era un joven alto y apuesto de diecinueve años, rebosante de imprecisas ambiciones y de una enorme confianza en sí mismo. Las fotografías de la época revelan rasgos típicamente españoles, y también un rostro sorprendentemente infantil y un porte más bien formal y distante. Pronto empezó a participar en la política estudiantil; era difícil no hacerlo. La Universidad de La Habana era desde los años veinte uno de los núcleos de la vida política. La élite política cubana extraía tradicionalmente a sus miembros de entre los titulados universitarios, en particular de la Facultad de Derecho. En una sociedad en las que los intereses de clase y los partidos políticos estaban imperfectamente integrados, el altamente politizado movimiento estudiantil era una importante fuente de apoyo o de oposición. Además, los recientes acontecimientos habían acrecentado la importancia del movimiento estudiantil. Para entender el escenario político en el que Castro actuó por primera vez, hemos de empezar con una breve mirada a la evolución de la política cubana después de 1934.

Desde su fulminante acceso al poder de facto durante la Revolución de 1933, el ex sargento taquígrafo Fulgencio Batista dominaba la vida política de la isla. Batista nunca olvidó del todo sus orígenes como hombre del pueblo, como «humilde mulato» que había ascendido al rango de suboficial de un ejército dirigido por la élite blanca de clase alta. Aunque en 1934 había arremetido contra el movimiento de oposición a Machado y establecido un nuevo gobierno más aceptable para Estados Unidos y para las élites cubanas, pronto empezó a defender un programa de reformas políticas y sociales que no era precisamente del agrado de sus nuevos aliados. A través de una serie de gobiernos títeres, adoptó medidas destinadas a estrechar el control del Estado sobre las industrias del azúcar y el tabaco y a proteger a los pequeños productores y propietarios de fábricas de los efectos de los fluctuantes precios internacionales. También consiguió imponer varias reformas, entre ellas una limitada redistribución de la tierra, beneficios sociales para los trabajadores y una reorganización del sistema fiscal. El tono reformista de sus políticas quedó consagrado en la Constitución de 1940, un texto de signo socialdemócrata cuyo cumplimiento se convertiría en una de las principales demandas del movimiento de oposición a Batista que Castro iba a liderar en los años cincuenta.

Consciente de la creciente oposición de las élites empresariales y profesionales de Cuba, Batista trató de ampliar su base popular, para

lo cual apeló con éxito a sus orígenes humildes. Logró un acuerdo con los comunistas, legalizó su partido y les permitió asumir el control de la recientemente reorganizada Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC). Los comunistas, en cumplimiento de la nueva política frentepopulista del Komintern de 1935, dieron la bienvenida a Batista como «gobernador democrático y progresista» y se vieron recompensados con dos cargos en el Gobierno de 1940.[4] Poco después, rebautizaron su partido como Partido Socialista Popular (PSP), muestra de su creciente distanciamiento del internacionalismo y su acercamiento al nacionalismo socialdemócrata. Con los conservadores divididos, el principal foco de oposición a Batista lo constituían los seguidores de un adinerado físico y profesor universitario, Ramón Grau San Martín, que había sido presidente del efímero Gobierno revolucionario de 1933-1934. Durante su breve exilio en Estados Unidos, Grau había organizado a sus seguidores de clase media en un nuevo partido, el Partido Revolucionario Cubano Auténtico, o los Auténticos sin más, denominación destinada a mostrar que se consideraban los verdaderos herederos de Martí. En las elecciones de 1940, Batista, con el respaldo de considerables sumas de dinero ofrecidas por los sectores de las élites cubanas recién conquistados, obtuvo la mayoría frente a la coalición de los Auténticos, que encarnaba el reformismo radical del Gobierno de 1933-1934. Después de haber controlado entre bastidores la vida política durante seis años, el ex sargento se convirtió en presidente de Cuba.

El nuevo presidente no contaba con una base organizada, a excepción del ejército, dirigido ahora por oficiales estrechamente ligados a su suerte, y tampoco parecía representar a ninguna élite o clase social en Cuba. Con el fin de equilibrar las distintas fuerzas de la sociedad cubana, con él como punto de apoyo, Batista puso en marcha un elaborado sistema de regulación y reparto que se asemejaba en muchos sentidos a un Estado corporativo moderno. Los sectores más poderosos de la economía —productores de azúcar y propietarios de fábricas tanto cubanos como estadounidenses, magnates del ganado, dueños de tabacaleras, industriales y mano de obra organizada dirigida por los comunistas— negociaban con los ministerios la protección de sus privilegios monopolísticos, repartiéndose tanto los beneficios generados por las exportaciones de azúcar como las pérdidas, cuando caían los precios internacionales. Batista también trató de obtener apoyos políticos sirviéndose de las recaudaciones de la lotería

nacional; líderes sindicales, periodistas, clérigos, etc., recibieron sobornos ilegales. Los fondos del Estado también se emplearon para subvencionar compañías en apuros y frenar el desempleo.[5] La mezcla de corporativismo y nacionalismo populista de la que Batista hacía gala participaba de una tendencia que se había extendido por toda Latinoamérica tras la Depresión de los años treinta. En Argentina, a comienzos de los cuarenta, por ejemplo, Juan Domingo Perón emprendió un camino similar en un intento de integrar capital y mano de obra en torno a un proyecto de regeneración nacionalista.

Los años de la Guerra Mundial fueron años de bonanza para la economía cubana, pues la demanda de azúcar y minerales por parte de los Aliados generaba considerables beneficios. Después de amasar una fortuna en propiedades inmobiliarias, Batista se retiró en 1944, como le exigía la Constitución. El sucesor por él elegido era el primer ministro, a través del cual habría seguido ejerciendo el poder en caso de haber ganado. Pero, llegado el momento, la coalición opositora, encabezada por los Auténticos, obtuvo una ajustada mayoría frente a los aliados de Batista (entre ellos los comunistas). Como correspondía, Grau San Martín fue proclamado presidente, trayendo consigo las esperanzas de reforma social y gobierno honesto que albergaban muchos cubanos. Pero lejos de cumplir con las promesas del movimiento de 1933-1934, el gabinete Grau inauguró un nuevo período de corruptelas que acabaron superando a las del mandato de Batista.

Los Auténticos eran un partido electoral cuyos líderes procedían casi exclusivamente de la clase media profesional. Sin base organizada y con la potencial oposición del ejército y de los sindicatos controlados por los comunistas, se valieron de su control de las arcas del Estado para preservar un sistema clientelar cuyos principales usuarios eran los grupos de acción armados procedentes de la lucha contra Machado. Una de las primeras acciones del Gobierno de Grau fue atribuir cargos públicos, tales como jefe municipal de policía y director estatal de deportes, a dirigentes de las diferentes facciones para recompensarlos por su apoyo durante la campaña electoral y asegurarse su respaldo en el futuro. Se dice que el ministro de Educación destinó ochenta mil dólares a su sustento.[6]

Las facciones políticas armadas, por su parte, constituían para los Auténticos una pequeña milicia privada que actuaba como guardaespaldas y controlaba a las principales fuerzas de policía y que venía a contrarrestar el poder del ejército. También contribuían a

intimidar a los opositores a los dirigentes gubernamentales y, cuando la intimidación no bastaba, recurrían al asesinato. La mafia estadounidense controlaba los burdeles y los casinos de Cuba, y su jefe reconocido, Charles «Lucky» Luciano, vivió un tiempo exiliado en el Hotel Nacional de La Habana.[7] Las calles de la capital acabaron pareciéndose a las de Chicago en el momento álgido de la prohibición y los diarios se llenaron de truculentas fotografías de víctimas. La degeneración de la vida política durante el gobierno de Grau quedó plasmada en la prolongada contienda librada el 15 de septiembre de 1947 en las calles de Marianao, ciudad satélite de La Habana, entre dos grupos diferentes de policía dirigidos por bandas rivales.

Los grupos armados conservaban de la época de oposición a Machado una vaga retórica redencionista de justicia social y gobierno honesto.[8] Sus líderes eran en su mayoría antiguos estudiantes que habían desempeñado un importante papel en el período revolucionario de los primeros años treinta. Procedentes de grupos sociales marginados sin capacidad de movilización, aquella experiencia despertó en ellos la confianza en la insurrección, más que en la lucha de clases, como el camino de acceso al poder. Pocos eran los modelos de la historia cubana que sugirieran que la vía constitucional-parlamentaria de llegada al poder pudiera tener éxito. Pese a su oposición a Estados Unidos, eran también fervientes anticomunistas (aunque algunos de ellos habían sido miembros del partido en los años treinta), en parte debido a la colaboración de los comunistas cubanos con Batista. El estallido de la guerra fría en 1947 exacerbó esa hostilidad. La presencia en sus filas de varios veteranos relativamente jóvenes del ejército republicano español añadió a sus ya de por sí crudas disputas las divisiones y los resentimientos de la Guerra Civil española. En aquellos grupos se desarrollaba igualmente un fuerte culto viril al heroísmo físico.

No obstante, lo que dividía a las distintas facciones políticas armadas no era tanto la ideología como la competencia por la influencia política y los fondos públicos. La estructura del poder en Cuba, dominada por un informal sistema corporativo, ofrecía pocas posibilidades de progreso individual mediante canales democráticos legítimos. El camino más sencillo hacia el poder político era el clientelismo. Los dirigentes del Partido Auténtico no dudaban en otorgar privilegios para recompensar los servicios de los grupos armados o sobornar a sus potenciales opositores. Con el fin de obtener fondos añadidos a los beneficios gubernamentales, las bandas se

dedicaron también a la extorsión. En un país con una elevada tasa de titulados universitarios en paro, la picaresca y la extorsión se convirtieron en una forma de vida para muchísimos jóvenes de clase media. Después de haber dado alas a los grupos armados desde el principio, los Auténticos eran ahora incapaces de controlarlos. Las rivalidades entre bandas se intensificaron tanto que el sucesor de Grau, Prío Socarrás, dictó una tregua entre los grupos en 1949, ofreciendo más de dos mil sinecuras en el Gobierno como precio por la paz.[9]

Cuando Castro entró en la Universidad de La Habana, la política estudiantil estaba dominada por la rivalidad entre dos grupos, el Movimiento Socialista Revolucionario (MSR) y la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR). El movimiento universitario de los años treinta encabezado por los comunistas se había visto desplazado por un agresivo grupo financiado por los Auténticos, y éste a su vez había sido desbancado por el MSR, que controlaba ahora el sindicato de estudiantes. Ambas organizaciones ostentaban importantes cargos fuera de la universidad (el MSR, por ejemplo, obtuvo de manos de Grau el puesto de jefe de la policía secreta), pero ampliaron su actuación al campus porque el control del movimiento estudiantil era en sí mismo una fuente de poder político. Situado sobre una colina en medio de La Habana, el campus era, según establecía la Constitución, zona prohibida tanto para la policía como para el ejército, lo que permitía almacenar armas en sus recintos; no en vano, corredores y patios fueron escenario de varios intercambios de disparos, y también lo fueron los inmensos tramos de escalera que conducían a la puerta de entrada de la universidad. El sistema electoral estudiantil estaba dominado en cada caso por el grupo que lograba imponerse físicamente, el cual controlaba la vida universitaria, ocupándose, por ejemplo, de la venta de libros de texto e incluso de exámenes robados.

Era muy difícil que un estudiante ambicioso en el terreno político como Castro no acabara atrapado por una u otra facción, y, de hecho, él estuvo un tiempo vinculado a la UIR, época durante la cual es posible que se viera envuelto en algunas acciones violentas. Muchos años después dedicó a las facciones armadas el siguiente epitafio: «Aquellos jóvenes no tuvieron la culpa. Guiados por deseos naturales y por la leyenda de una época heroica, querían llevar a cabo una revolución que no se había completado en un momento en el que no se podía hacer. Muchos de los que murieron como gángsters, víctimas de una ilusión, hoy serían héroes».[10]

Sin embargo, a la vista de la actividad política de Castro en la

universidad, esta opinión parece bastante generosa, pues pronto destacó en el campus como gran organizador y orador más que como un hombre de violencia. Su interés inicial por la política estudiantil dio paso durante su segundo año a una preocupación más amplia por los problemas nacionales. No obstante, a diferencia de muchos de los activistas de la universidad, Castro no tenía ninguna base política. Ni su educación de provincias ni su privilegiada formación habían contribuido a que definiera una clara filosofía política. Lo que pareció preocuparle desde el principio de su carrera fue el acceso al poder al servicio de un ideal un tanto impreciso de regeneración nacionalista. Sus primeros contactos políticos en la universidad ponen de manifiesto un pragmatismo que acabaría convirtiéndose en rasgo característico de su posterior carrera política; entre sus nuevos amigos se encontraban el dirigente universitario del MSR y presidente del sindicato de estudiantes y un destacado estudiante miembro de la Juventud Socialista, organización juvenil del Partido Comunista. Lo que aquellos hombres tenían en común era la ira de su generación por la traición de los políticos de Cuba a sus ideales nacionalistas, una ira que trascendía las divisiones entre las distintas facciones estudiantiles. Los primeros discursos de Castro como representante de los estudiantes fueron un ataque contra los falsos líderes y la corrupción política. En uno de los primeros discursos que apareció mencionado en la prensa, pronunciado con motivo de una reunión de representantes de los estudiantes en julio de 1947, proclamó: «No nos dejemos llevar por el pesimismo y la desilusión propagados durante los últimos años por los falsos líderes, esos mercaderes de la sangre de los mártires».[11]

En su ascenso a una posición destacada como activista estudiantil, Castro vio peligrar su vida. Criticaba abiertamente tanto al Gobierno de Grau como al MSR, que estaba estrechamente vinculado a algunos destacados Auténticos. Era un foco de atención cada vez mayor para el MSR. Hacia el final de su primer curso universitario, uno de los más poderosos jefes de la policía de La Habana, cliente de los Auténticos y destacado miembro del MSR, le hizo llegar la advertencia de que no volviera a entrar en el campus. Más de diez años después, Castro evocaba el que consideraba había sido un momento absolutamente decisivo, en el que a solas en la playa, mirando al mar, examinó la situación: volver a la universidad entrañaría peligro personal, riesgo físico, una extraordinaria temeridad, recordaba. Pero no volver significaría ceder ante las amenazas, admitir la derrota, abandonar sus ideales y aspiraciones. Decidió volver, y volvió con armas.[12] Con el

paso del tiempo diría que sus años en la universidad habían sido más peligrosos que la guerrilla en la Sierra.

En la primavera de 1947, Castro encontró la forma de canalizar sus energías en una nueva organización política fuera de la universidad. Como joven crítico del Gobierno de Grau, fue invitado a sumarse a un nuevo partido, el Partido del Pueblo Cubano, cuyos miembros se dieron en llamar Ortodoxos para expresar su fidelidad a los ideales de Martí. Fundado por un antiguo dirigente estudiantil de la Revolución de 1933-1934 y destacado miembro de los Auténticos, Eddy Chibás, el grupo de los Ortodoxos era una escisión del partido gubernamental, fundamentalmente de su organización juvenil y de la mayoría de los miembros de la tradicionalmente radical provincia de Oriente. Chibás era un hombre apasionado y un tanto inestable, propenso a las florituras retóricas y a los duelos de honor, al igual que muchos políticos cubanos del momento (incluido el propio Castro). Como periodista radiofónico, venía arremetiendo sistemáticamente en sus discursos contra la corrupta Administración Grau desde 1945. El toque de radicalismo patriótico y populista de Chibás influyó notablemente en el joven Castro, que no contaba con ningún otro modelo entre los políticos de la época. Castro se sintió atraído por el intrépido estilo de Chibás en la denuncia moral, así como por los vagos ideales de reformismo social y antiimperialismo del nuevo partido.

Sin embargo, existía una diferencia notable entre los dos en cuanto a su actitud visible frente a los comunistas que ofrecía un primer indicio del pragmatismo ideológico de Castro. En los años cuarenta, cuando se intensificó la guerra fría, Chibás se volvió un ferviente anticomunista, reservando sus más feroces críticas no a Estados Unidos, sino a lo que consideraba un peligro mucho más serio: la amenaza de que el «imperialismo totalitario comunista de Moscú, el más despótico, cruel y agresivo de la Historia» se extendiese por el mundo para destruir durante siglos el modelo democrático de gobierno, la libre voluntad de las naciones y la libertad de expresión. [13]

A excepción de una única ocasión en la que declaró no ser comunista, Castro nunca se dejó arrastrar por la retórica de la guerra fría y evitaba criticar en exceso al Partido Socialista Popular, rebautizado como Partido Comunista de Cuba. Eso no significaba que en ese momento simpatizara en secreto con sus objetivos, sino que ya se estaba planteando la idea de unificar a toda la oposición al Gobierno.

Aunque algunos relatos sugieren que se iba acercando cada día más a las ideas marxistas-leninistas, lo cierto es que Castro, en la medida en que podía decirse que había definido una filosofía política, era un nacionalista radical defensor a ultranza de la justicia social.[14] En cualquier caso, el PSP no podía ofrecer el tipo de modelo político que Castro sí encontró durante un tiempo en el Partido Ortodoxo. Después de colaborar con el Gobierno de Batista a principios de los cuarenta, el PSP había tratado de hacer un pacto con Grau en 1945 empleando su ascendencia sobre los sindicatos obreros para obtener influencia política. La nueva generación de jóvenes radicales, de la que Castro se estaba convirtiendo poco a poco en portavoz, rechazaba la política tanto del centro como de la izquierda tradicional del sistema de partidos cubano. Más que un camino parlamentario hacia el poder, su apenas articulada agenda política contemplaba el insurreccionalismo populista al servicio del nacionalismo radical.

Dentro del nuevo Partido Ortodoxo, Castro no tardó en convertirse en un destacado defensor de esa estrategia radicalizada en pos del cambio político. Reuniendo a algunos miembros jóvenes del partido, incluidos algunos de los que habían formado parte del grupo denominado UIR, fundó una facción llamada Acción Radical Ortodoxa (ARO). Este nuevo grupo pretendía poner en cuestión las estrategias electorales tradicionales de Chibás y sus seguidores y proponía una vía revolucionaria de acceso al poder inspirada en gran medida en los modelos insurreccionales de la historia cubana. Varios acontecimientos producidos entre 1947 y 1948 vinieron a agudizar la inclinación natural de Castro hacia la acción extraparlamentaria. En el verano de 1947 participó en una expedición armada para acabar con la dictadura de Trujillo en la vecina República Dominicana. Cuando el contingente ya se había reunido y entrenado en una isla desierta al este de Cuba, la expedición fue suspendida en el último momento por Grau, probablemente bajo la presión del Gobierno estadounidense. La Armada cubana abordó el pequeño barco en el que se había agrupado el contingente y Castro se tiró por la borda y llegó nadando a las costas de Cuba.[15] A su regreso, Castro y algunos seguidores protagonizaron una gran maniobra propagandística consistente en llevar a La Habana la campana de Demajagua, que había sonado en 1868 para dar comienzo a la primera Guerra de Independencia, con el fin de utilizarla como símbolo central de una concentración contra el Gobierno. En aquella concentración y en posteriores manifestaciones, la capacidad de Castro para organizar acciones y enardecer a las masas

con su apasionada oratoria era ya evidente.

Otra experiencia que contribuyó a orientar al joven Castro hacia una estrategia extraparlamentaria fue su participación casual en los disturbios urbanos de abril de 1948 en Bogotá. Perseguido por la policía tras haber sido acusado falsamente de estar involucrado en el asesinato de un dirigente del MSR y director nacional de deportes, había logrado entrar a formar parte de una delegación cubana en un congreso de estudiantes latinoamericanos en la capital colombiana. El congreso, que coincidió en el tiempo con la IX Conferencia Interamericana, había sido auspiciado por Perón, cuyo principal objetivo era obtener apoyo a sus reivindicaciones sobre las islas Malvinas organizando un frente antiimperialista de organizaciones estudiantiles. La delegación cubana, encabezada por el gran valor en alza de la oposición, el joven comunista Alfredo Guevara, estaba decidida a reorientar la resolución final hacia una condena no del imperialismo europeo sino del estadounidense.[16] Mientras se celebraba la conferencia fue asesinado el líder del Partido Liberal colombiano, Jorge Eliecer Gaitán, precisamente el mismo día en el que debía reunirse por segunda vez con la delegación cubana. Gaitán era un líder de la oposición inmensamente popular, no muy distinto de Eddy Chibás en su radicalismo populista, y un político al que Castro admiraba desde la distancia. Su asesinato se produjo en un momento de gran descontento social en Colombia y desencadenó el levantamiento popular. En medio de aquella atmósfera de desenfreno, Castro se unió a la multitud, según su propio relato, después de conseguir un rifle y municiones y un uniforme de policía. Más tarde se incorporó a un gran núcleo de fuerzas encabezadas por policías rebeldes. Después de cuarenta y ocho horas sin dormir y corriendo graves peligros, Castro logró llegar a la Embajada de Cuba y desde allí, junto con el resto de la delegación cubana, emprendió el vuelo de regreso a su país.

Muchos años después, Castro hablaba así de su experiencia en Bogotá: «El espectáculo de una revolución popular absolutamente espontánea tuvo que ejercer una enorme influencia en mí».[17] Había presenciado en primera persona la intensidad de las energías que podía desatar un único acontecimiento que había catalizado el descontento de amplios sectores de la población. No obstante, privado de una dirección central que encauzase esas energías, el levantamiento había sido descoordinado, y las oportunidades surgidas para tomar el poder se habían desaprovechado. Aquello debió de fortalecer en él la

creencia, en parte corroborada por la historia cubana, de que podían surgir poderosos movimientos de protesta popular de manera espontánea pero también que era necesario un grupo muy unido de revolucionarios profesionales para organizarlos. Las masas colombianas, diría más tarde, no consiguieron conquistar el poder porque fueron «traicionadas» por «falsos» líderes.[18]

La experiencia de Castro durante los siguientes cuatro años, entre 1948 y 1952, minó aún más toda la confianza que pudiera quedar en él en los métodos constitucionales como medio para provocar el cambio político y social. Poco después de los disturbios de Bogotá, Grau fue sucedido como presidente por otro miembro de los Auténticos, Carlos Prío Socarrás, que, al igual que su predecesor, acabó arrastrado por la política de la corrupción y el clientelismo. Por aquella época, Castro, que contaba entonces veintidós años, se casó con una joven estudiante de Filosofía nacida en el seno de una rica familia de Oriente profundamente enraizada en la oligarquía cubana, Mirta Díaz-Balart, cuyo hermano, Rafael, era amigo suyo de la universidad. Aunque un año después tuvieron un hijo, al parecer Castro dedicó poco tiempo a su nueva familia, pues consagraba su vida a las actividades políticas dentro y fuera de la universidad. En 1949 logró, por fin, librarse de la eterna acusación de ser miembro de la UIR, que tanto lo perjudicaba políticamente, denunciando con osadía el pacto secreto recientemente firmado entre el presidente y las bandas, en virtud del cual éstas accedían a poner fin a sus contiendas a cambio de sinecuras gubernamentales. La denuncia pública realizada por Castro le proporcionó una gran popularidad pero también despertó la ira de las facciones armadas, lo que lo obligó a esconderse y más tarde exiliarse de manera voluntaria en Estados Unidos durante varios meses, hasta que la situación pareció calmarse.

Al regresar a Cuba, Castro se dedicó a sus estudios de Derecho y terminó la carrera en 1950. Con otros dos graduados montó un bufete con un reducidísimo presupuesto en un barrio en decadencia de La Habana. Durante los tres años siguientes asumieron la defensa de trabajadores perseguidos, gente de los barrios bajos, estudiantes detenidos y clientes pobres en general, por lo que apenas ganaban lo suficiente para pagar el alquiler de la oficina. Por otro lado, Castro tardó muy poco en abrirse paso hasta la escena pública. Asiduo invitado a una emisora de radio local, Radio Álvarez, y colaborador habitual del diario *Alerta*, Castro siguió el ejemplo de su mentor, el senador ortodoxo y periodista Eddy Chibás, a la hora de condenar las

corruptelas de la Administración Prío. Pero la campaña de denuncias contra el Gobierno sufrió un serio revés cuando, en un dramático gesto, Chibás se suicidó de un disparo al final de un programa de radio por no haber conseguido, como había prometido, las pruebas que implicaban al ministro de Educación en actos de corrupción. El suicidio de Chibás fue la acción de una persona inestable, pero también fue reflejo de la frustración de quienes estaban in-tentando conseguir el cambio en Cuba a través de canales legítimos. Aunque Castro aseguraría durante muchos años que su programa político se inspiraba en Chibás, era evidente que se había ido reorientando hacia una estrategia de cambio muchísimo más radical, como pusieron de manifiesto los debates internos del Partido Ortodoxo entre los líderes del partido y su pequeña facción, ARO.[19] Castro aprendió mucho de Chibás sobre relaciones públicas, en concreto sobre el valor de los discursos políticos audaces y emotivos, pero no estaba tan convencido como él de que bastaba con las campañas morales.

Pese a sus crecientes dudas acerca de la acción parlamentaria, Castro se metió de lleno en las elecciones de 1952. Después de haber sido excluido de las listas del Partido Ortodoxo por sus pusilánimes dirigentes, Castro logró ser designado candidato al Congreso por dos distritos electorales desfavorecidos. En el período previo a las elecciones llevó a cabo una enérgica campaña en la que envió miles de panfletos y pronunció varios discursos al día. Probablemente, los Ortodoxos habrían ganado las elecciones. Castro afirmó más tarde que si hubiera llegado a ser congresista habría utilizado el Parlamento como «un punto de partida desde el que podría establecer una plataforma revolucionaria y movilizar las masas a su favor; no como un medio de llevar a cabo esos cambios directamente. Estaba convencido entonces de que ello sólo podría ser realizado por una vía revolucionaria».[20] Entre tanto, sin embargo, Batista, que había pasado aquellos años en su casa de Florida sin perder nunca el contacto con la política cubana, regresó a la isla para encabezar un nuevo golpe militar. Temiendo una victoria de los Ortodoxos, se hizo con el poder antes de que pudieran celebrarse las elecciones y se proclamó jefe del Estado. La pésima experiencia de los gobiernos que proclamaban su lealtad a la Revolución de 1933 llegó así a su fin precisamente de la mano del hombre que había iniciado la Revolución.

El golpe militar de Batista del 10 de marzo de 1952 acabó con cualquier idea que Castro pudiera conservar de que la regeneración de Cuba podía llegar a través del Parlamento. El sistema político existente

era demasiado frágil para constituir el vehículo de la reforma radical. La corrupción endémica que había caracterizado a los gobiernos cubanos durante décadas era fruto no sólo de la codicia individual sino también de la debilidad del sistema de representación política en Cuba. A falta de una institución que encarnara los intereses de las diferentes élites, los partidos en el poder trataban de mantener sus cargos a través de las concesiones, el clientelismo y el soborno, lo que se traducía en una parálisis gubernamental. Un gobierno reformista se arriesgaba, además, a una intervención de la única fuerza política efectiva, el ejército, que era utilizado para controlar el destino político de la isla. Castro tenía la sensación de que cualquier movimiento destinado a rescatar a Cuba tendría que afrontar el problema del poder armado.

En cualquier caso, Castro no era muy amigo de los rituales de la democracia parlamentaria. Como muchos de sus compañeros, sus ideas políticas se inspiraban en los heroicos y violentos mitos del pasado de Cuba. Había pasado sus años de universidad organizando acciones de protesta, pronunciando discursos en las escaleras del campus y esquivando porras y balas. De hecho llegó a la madurez inmerso en una cultura que valoraba la oratoria y el heroísmo físico por encima de todo. Modelos políticos tales como Guiteras, Chibás, Gaitán y Perón lo llevaron a tomar conciencia del poder del liderazgo populista, y fue testigo de la extraordinaria energía de la protesta de masas.[21] Se sintió atraído por el programa ortodoxo de redención nacionalista y justicia social, pero no por su estrategia parlamentaria. Nada de todo eso indica que Castro se considerase ya entonces comunista. Algunos ortodoxos, incluido él mismo, sostienen que por aquel entonces se estaba desplazando rápidamente hacia las ideas marxistas, pero sus únicas pruebas son que estaba leyendo a Marx y a Lenin y que confiaba en las estrategias extraparlamentarias.[22] El elemento central de la estrategia marxista es la lucha de clases, y no existen pruebas de que en aquel momento Castro viera la actividad de los trabajadores cubanos como algo más que un elemento de su estrategia para la toma del poder. Sus más estrechos colaboradores, aseguraría más tarde, tenían «instintos de clase», pero no conciencia de clase.[23] Es verdad que entre los hombres más cercanos a Castro había dos comunistas. Sin embargo, de sus escritos, discursos y acciones de ese período se extrae la impresión de que sus premisas ideológicas eran algo ingenuas y que bebía de muy distintas fuentes, sobre todo de las tradiciones nacionalistas de Cuba.

Por otra parte, Castro era para algunos un advenedizo en materia política, un arribista, y despertaba al mismo tiempo exasperación y una reticente admiración tanto entre los líderes ortodoxos como entre los comunistas. Joven inquieto, ambicioso, tremendamente seguro de sí mismo, con una gran perspicacia para reconocer las oportunidades políticas, se veía también guiado por vagos ideales de progreso y justicia. Castro estaba haciendo campaña como candidato parlamentario por uno de los distritos electorales de La Habana cuando Batista protagonizó el golpe de Estado de 1952, cerrando el camino del avance individual para los jóvenes y poniendo fin a ocho años de una democracia marcada por grandes dosis de ineficacia y corrupción. La respuesta de Castro, como veremos en el próximo capítulo, fue fiel a la herencia nacionalista, no a las tradiciones marxistas o liberal-demócratas.

[1]. Castro en Ramonet, 2006, pp. 60-61; Betto, F., 1987, *Fidel and Religion*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1987, pp. 127-128. [Hay trad cast.: *Fidel y la religión*, Madrid, GEASA, 1986.]

[2]. Castro en Ramonet, 2006, pp. 96 y 69-81; véase también Franqui, C., *Diary of the Cuban Revolution*, Nueva York, Viking Press, 1980, pp. 1-8. [Hay trad. cast.: *Diario de la revolución cubana,* Barcelona, R. Torres, 1976.]

[3]. Betto, 1987, pp. 114-122; Franqui, 1980, p. 8; Ramonet, pp. 82-83.

[4]. Domínguez, J. I., *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University , 1978, p. 555, nota 87.

[5]. *Ibid.*, pp. 84-95.

[6]. Suchlicki, J., *University Students and Revolution in Cuba* 1920-1968, Universidad de Miami, 1969, p. 49.

[7]. Skierka, V., *Fidel Castro. A Biography*, Cambridge, Polity Press, 2006, pp. 21-22. [Hay trad. cast.: *Fidel*, Barcelona, Martínez Roca, 2002.]

[8]. *Bohemia*, 15 de junio de 1947, pp. 52-55.

[9]. Thomas, H., *Cuba: the Pursuit of Freedom*, Nueva York, Harper & Row, 1971, pp. 763-764. [Hay trad. cast.: *Cuba: la lucha por la libertad*, Barcelona, Random House, 2004.]

[10]. Llerena, M., *The Unsuspected Revolution*, Nueva York, Ithaca, Cornell University Press, 1978, pp. 42-43.

[11]. *Diario de la Marina*, 17 de julio de 1947; véase también *El Mundo*, 28 de noviembre de 1946.

[12]. *América Libre*, 22-28 de mayo de 1961.

[13]. De una emisión radiofónica del 1 de enero de 1951 citada en Conte Agüero, L., *Eduardo Chibás, el Adalid de Cuba*, México, Jus, 1955, p. 718.

[14]. Castro definió más tarde su posición como «socialista utópico», y en una entrevista más reciente como «comunista utópico» (Ramonet, 2006, p. 113); por su parte, Lionel Martin y la historiografía ortodoxa cubana encuentran una temprana afinidad de Castro con las ideas marxistas.

[15]. Según Skierka, 2006, p. 26.

[16]. Conversación del autor con Tomás Gutiérrez Alea, 29 de agosto de 1988.

[17]. Szulc, T., *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987, p. 123. [Hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987.] Sobre el relato de Castro del Bogotazo, véase pp. 120-123, Franqui, 1980, pp. 13-19 y Alape, A., *El Bogotazo: Memorias del Olvido*, La Habana, Casa de las América, 1983.

[18]. *América Libre*, 22-28 de mayo de 1961.

[19]. Castro en Ramonet, 2006, p. 105.

[20]. La afirmación de Castro aparece reproducida en Mencía, M., *Tiempos Precursores*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, pp. 77-78.

[21]. Un amigo de Castro en aquella época y más tarde detractor a ultranza afirma que una de sus lecturas favoritas eran los escritos y discursos completos de Mussolini, pero ninguna otra fuente confirma este extremo: Pardo Llada, J., *Fidel y el «Che»*,

Barcelona, Plaza y Janés, 1988, p. 30.

[22]. Castro en el testimonio ofrecido a Frei Betto, 1987, pp. 141-143; a Ramonet, 2006, pp. 113-117, aunque en este caso Castro afirma que ya era un marxista-leninista convencido en 1952; Martin, L., *The Early Fidel*, Nueva Jersey, Lyle Stuart, Secaucus, 1978, pp. 60-64. [Hay trad. cast.: *El joven Fidel*, Barcelona, Grijalbo, 1982.]

[23]. Ramonet, 2006, p. 119.

3
EL ASCENSO AL PODER

Batista trató de presentar su golpe de Estado de marzo de 1952 como una medida progresista destinada a poner fin a la corrupción y la anarquía en Cuba. Para ello prometió llevar a cabo una serie de reformas sociales y finalmente celebrar elecciones; no había perdido su deje populista. Aquellas promesas no podían ser más cínicas, puesto que Batista comenzó su nuevo mandato suspendiendo garantías constitucionales como el derecho a la huelga y suprimiendo tanto el Congreso como los partidos políticos. Pese a todo, el sistema político cubano se había visto tan desacreditado por los diez años de gestión de los Auténticos que muchos cubanos vieron con buenos ojos aquel golpe. Las élites empresariales cubanas y los pequeños partidos conservadores se unieron en torno a Batista, y la ejecutiva de la Confederación de Trabajadores de Cuba, la CTC, cuyos dirigentes izquierdistas habían sido aplastados por la represión a finales de los cuarenta, hizo un trato con él en virtud del cual accedía a colaborar a cambio de favores corporativos.[1] Por su parte, el Gobierno estadounidense, con Truman a la cabeza, dio su aprobación al golpe al cabo de diez días.

La oposición más firme llegó de la mano del movimiento estudiantil, que organizó manifestaciones por toda la isla. Por el contrario, los altos mandos de los Auténticos optaron por huir a Estados Unidos, en tanto que los líderes ortodoxos, indecisos al principio sobre la respuesta que debían ofrecer ante la abolición de su partido, hicieron público finalmente un llamamiento a una dócil campaña de resistencia civil. Las dos organizaciones, ahora en el exilio, tardaron más de un año en acordar una declaración conjunta para reivindicar la restauración de la democracia, y a pesar de todo las filas de los ortodoxos estaban divididas en torno a la idea de alcanzar un pacto con los Auténticos. Una escisión más seria, que acabó provocando disputas entre los miembros, era la que había entre quienes defendían la resistencia pacífica y quienes, encabezados por Castro, abogaban por métodos más violentos. La tímida actitud de los dirigentes ortodoxos exasperaba cada vez más a los activistas más jóvenes. Castro ya estaba organizando una red y una prensa clandestinas, y en otoño de 1952 estaba reclamando una directiva

renovada basada en una nueva generación de activistas. En aquella etapa, su mensaje ya no era el de la regeneración de la democracia liberal cubana, sino el de la regeneración de Cuba por medios revolucionarios vagamente articulados. El llamamiento era populista y nacionalista radical, no leninista, como lo presentaría después el barniz retrospectivo de la literatura revolucionaria. En su periódico mimeografiado, *El Acusador*, Castro escribió:

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.[2]

A mediados de 1953, Castro había organizado a unos mil doscientos seguidores, la mayor parte de ellos procedentes de la juventud ortodoxa, en ciento cincuenta células, basadas principalmente en las provincias de La Habana y Pinar del Río, las más occidentales.

Castro no era el único conspirador. Como ya sucediera en los años de Machado, se fundaron varias organizaciones clandestinas de clase media. Una de ellas, el Movimiento Nacional Revolucionario, trató sin éxito de llevar a cabo un golpe dentro del ejército en abril de 1953 con la ayuda de algunos oficiales pertenecientes a dicha red. Para entonces, Castro ya tenía sus propios planes, muy diferentes, para la acción armada. Inspirándose en varios episodios célebres de la historia cubana, él y sus compañeros planearon la toma de un cuartel militar en Santiago, capital de la provincia de Oriente, con la esperanza de desencadenar así un levantamiento de masas contra el nuevo dictador. El plan era precipitado e ilusorio, pero no tan rocambolesco como podría parecer. Oriente era tradicionalmente una provincia rebelde. Desde allí se lanzaron los movimientos independentistas contra los colonialistas españoles, que habían ocupado la mayor parte de las provincias occidentales; la chispa que hizo estallar esas rebeliones fue el asalto a varios cuarteles y el reparto de las armas.

La línea divisoria entre este y oeste en Cuba es fundamental para entender su historia. Durante siglos, la provincia más oriental estuvo muy aislada del resto del territorio por las cadenas montañosas y las corrientes oceánicas. Mientras que las provincias occidentales fueron colonizadas por inmigrantes, el este se convirtió en la tierra fronteriza

de Cuba, donde encontraban refugio los esclavos huidos y los fugitivos de la justicia. A finales del siglo XIX, Oriente era la más pobre y más cubana de las provincias de la isla y al mismo tiempo la más levantisca frente al dominio español. También había sido escenario de numerosas revueltas de esclavos, y más recientemente de levantamientos de los trabajadores del azúcar. A principios de los años treinta, las guerrillas urbanas dirigidas por Antonio Guiteras realizaron varias acciones contra la dictadura de Machado. En los cincuenta, fue el este el que sufrió los niveles más altos de desempleo de toda la isla; en Oriente se encontraban casi el 30 por 100 de los parados. Además, los niveles de vida también eran allí considerablemente inferiores a los del oeste, y la insatisfacción política, por consiguiente, era mayor.

La situación geográfica de Oriente también ofrecía a los rebeldes una ventaja estratégica; podía quedar aislada del resto de la isla si se lograba bloquear la única carretera que venía del oeste. Desde el punto de vista militar, el plan era relativamente sencillo, aunque muy arriesgado. Castro y su gente iban a asaltar el cuartel de Moncada y a repartir armas entre quienes quisieran unirse a la rebelión. Otro grupo armado tomaría el cuartel de Bayamo, a unos cien kilómetros de distancia, entorpeciendo así el despliegue de refuerzos por carretera desde el oeste. Si el levantamiento fracasaba, los rebeldes se retirarían a las boscosas montañas de Sierra Maestra para emprender allí una campaña de guerrilla rural.

La debilidad del plan residía en su confianza en que la población de Oriente se levantaría espontáneamente en respuesta a la acción ejemplar del grupo de Castro. Los rebeldes carecían incluso de organización en la ciudad de Santiago; de hecho, sólo uno de ellos procedía de la capital de Oriente, y sólo había una célula en toda la provincia.[3] Una muestra de la ingenuidad del proyecto es el discurso que los conspiradores esperaban emitir una vez que hubieran tomado los cuarteles. Escrito por un joven poeta bajo la supervisión de Castro y en nombre de «la Revolución Cubana», la proclama reivindicaba las tradiciones de las luchas por la independencia de Cuba en el año del centenario de Martí. Apelaba también a la regeneración moral de la sociedad y prometía desarrollo económico y justicia social, sin explicar con qué medios se iban a lograr. Después de la lectura del manifiesto emitirían un llamamiento al levantamiento nacional, una grabación del discurso de despedida de Chibás y piezas de música épica, entre las que se encontraban la *Heroica* de Beethoven y la *Polonesa en La bemol* de Chopin.

Llegado el momento, la acción fracasó debido a una serie de errores y contratiempos. Un encuentro casual cerca de las puertas de entrada al cuartel con una patrulla militar con dos hombres armados con ametralladoras alertó a la guarnición. Vestidos con uniforme militar, los rebeldes del primer grupo fueron atacados a tiros antes de que el coche que los encabezaba, conducido por Castro, hubiera llegado a la entrada del cuartel. Algunos de los hombres del grupo de Castro que iban en los coches posteriores malinterpretaron la situación y tomaron un hospital militar cercano pensando que formaba parte del cuartel. Otros dos grupos de rebeldes se habían situado por encima y por detrás del cuartel para proporcionar fuego de cobertura. Uno de ellos, en el que se encontraba el joven hermano de Castro, Raúl, había ocupado el tejado de un edificio cercano, y otro, liderado por el codirigente de la operación, Abel Santamaría, había tomado las instalaciones de un hospital situado detrás del cuartel. Los integrantes de este último grupo, sin saber que el asalto había fracasado, se quedaron en el hospital, donde fueron apresados por los soldados y ejecutados a sangre fría o torturados hasta la muerte. Las dos mujeres que participaban en la acción presenciaron las palizas infligidas a varios de los prisioneros; una de ellas, Haydée, hermana de Abel Santamaría, recibió de manos de un sargento el ojo arrancado de su hermano. En su huida en coche, Castro y algunos supervivientes lograron llegar hasta la cercana Sierra Maestra para ocultarse de las patrullas, que pronto iniciaron las batidas en las colinas situadas detrás de Santiago.[4]

El grupo de rebeldes de Bayamo, más reducido, había corrido una suerte parecida, al no conseguir siquiera acercarse al cuartel antes de que los disparos los obligaran a abandonar el asalto. Durante los días siguientes, el ejército y la guardia rural fueron atrapando a los rebeldes huidos en grupos o individualmente. Muchos fueron ejecutados de forma sumaria; de los ciento once hombres que habían participado en la operación, murieron sesenta y nueve, sólo ocho de ellos en combate. El propio Castro acabó siendo capturado junto con un pequeño grupo de supervivientes después de seis duros días de huida en las montañas. Salvaron la vida gracias al teniente negro que estaba al mando del destacamento que los descubrió. Preocupado por evitar que fueran asesinados a sangre fría, insistió en entregarlos a la prisión de la ciudad en lugar de al cuartel de Moncada, donde los estaba esperando una airada guarnición. Otros rebeldes se salvaron gracias a la intervención del arzobispo de Santiago, a la cabeza de un

grupo de dirigentes civiles. El arzobispo en persona se internó en coche en las montañas e impidió que continuaran los tiroteos. Al final, los rebeldes arrestados fueron llevados a la cárcel, situada en las afueras de la ciudad, para esperar el juicio.

Algunas interpretaciones ortodoxas cubanas presentan el intento de asalto al cuartel de Moncada del 26 de julio de 1953 como la primera fase de una estrategia más o menos definida que conduciría en 1961 a la proclamación del Estado marxista-leninista.[5] Sin embargo, todos los testimonios que tenemos del pensamiento de Castro en aquella época sugieren que el objetivo de la operación era hacer estallar una revuelta popular que condujera a la instauración de un gobierno provisional ortodoxo encabezado por una directiva radical y a la posterior celebración de elecciones generales.[6] No obstante, era imposible que el programa gubernativo de reformas sociales y nacionalizaciones que Castro tenía en mente resultara aceptable para las élites cubanas ni para Estados Unidos. Por tanto, es probable que Castro hubiera superado ya la fase de la estrategia socialdemócrata de reforma radical dentro del marco político existente.

Sin embargo, nada de esto demuestra que Castro se inspirara en las ideas marxistas o en la estrategia leninista, como aseguraría más tarde.[7] La operación y el programa de Moncada se encontraban firmemente instalados en la tradición cubana del nacionalismo radical, cuyos principales representantes eran Martí y Antonio Guiteras, más incluso que otro héroe del imaginario revolucionario cubano, Julio Antonio Mella, que, en tanto que joven comunista de la generación de los años veinte, estaba más estrechamente asociado al internacionalismo obrero. El plan para tomar el cuartel derivaba de la historia cubana, no de la Revolución Rusa (aunque parece ser que Castro y Abel Santamaría estaban leyendo por aquella época *El Estado y la Revolución* de Lenin). Fue también el gesto desesperado de un grupo social marginado con pocos vínculos con los trabajadores organizados. Asegurar, como han hecho algunos analistas, que la acción de Moncada tuvo carácter proletario basándose en las ocupaciones de los asaltantes es caer en el formulismo.[8] Aunque la mayor parte de ellos procedían de la clase trabajadora, sólo uno o dos habían participado en el movimiento obrero organizado; no en vano, la mayoría tenía ocupaciones marginales u ocasionales —repartidores, obreros de la construcción, camareros, vendedores ambulantes, cocineros, etc.—, y otros tenían su propio negocio o estaban desempleados.[9] La gran mayoría pertenecía a las bases del Partido

Ortodoxo, cuyo fundador había sido un visceral anticomunista. El Movimiento 26 de Julio, como pronto dio en llamarse, tenía raíces populares, a diferencia de todos los demás grupos clandestinos de oposición a Batista, pero no era una organización obrera.

En el juicio que se celebró en septiembre, Castro hizo público el programa de regeneración de Cuba que los rebeldes no habían podido emitir por radio. Castro se encargó de su propia defensa y más tarde reconstruyó de memoria su largo y hábil discurso ante el tribunal, valiéndose de las notas que había tomado un seguidor suyo durante el proceso; aquel discurso iba a convertirse después en el legado oficial de la Revolución Cubana. De pie ante los jueces y con una toga prestada, Castro se lanzó a la crítica global de la situación política, económica y social de Cuba. En su esfuerzo por conferir una justificación legal al asalto de Moncada, vinculó la acción a las tradiciones revolucionarias de Cuba, citando a Martí en repetidas ocasiones, e invocó principios universales como el derecho de rebelión contra el despotismo derivado de siglos y siglos de historia. Los nombres de Dante, Juan de Salisbury, santo Tomás de Aquino, Knox, Milton, Thomas Paine y otros resonaron en aquella minúscula y sofocante habitación de una pequeña ciudad tropical, lo que no pudo por menos que dejar abrumadas a las pocas personas a las que se permitió la asistencia. Castro concluyó su largo discurso en tono desafiante: «En cuanto a mí, sé que la historia será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruin y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida de setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá».[10]

La defensa de Castro adoptó la forma de un manifiesto para «el pueblo» del que deliberadamente excluyó a «los sectores acomodados y conservadores de la nación». Aunque procuraba no salirse del marco de la Constitución de 1940, Castro estaba planteando la regeneración de la economía, la política y la sociedad cubanas. La palabra clave era «nuevo», no sólo una nueva Cuba, sino un nuevo Hombre, encarnado en una joven generación libre de la corrupción del pasado. Tras aquella retórica patriótica y progresista se escondían propuestas más radicales, aunque poco articuladas. Cuba, aseguraba Castro, se libraría de las «cadenas» de las naciones extranjeras, y sólo podía estar pensando en una, Estados Unidos. La economía sería «renovada» sobre la base de un «plan sincronizado», es decir, intervencionismo estatal en un sentido u otro, y el trabajo y el dinero se repartirían

equitativamente, lo que venía a sugerir cierta forma de redistribución igualitaria. Es decir, el discurso contenía el esbozo de las reformas sociales y económicas más importantes que el nuevo régimen trataría de llevar a cabo tras la victoria de la Revolución de 1959.

Muchos años más tarde, Castro aseguró con respecto al plan de Moncada que cualquiera que lo analizara en profundidad vería que era un proyecto de liberación nacional, muy avanzado y muy cercano al socialismo.[11] Dada su naturaleza radical, las versiones oficiales han descrito el manifiesto como un documento marxista, al considerar, por un lado, que Castro tenía que ocultar el verdadero alcance de sus planes revolucionarios porque todavía no había llegado el momento, y, por otro, que su autor estaba reinterpretando el pensamiento marxista-leninista para adaptarlo a la especial naturaleza de la situación cubana. Tales interpretaciones tienen razón al señalar la continuidad del plan de reforma de Castro, pero ante todo se trataba de un programa socialdemócrata, como correspondía a un miembro del Partido Ortodoxo, y era similar a las agendas políticas de todos los países del Caribe y Centroamérica. El mismo año del asalto de Moncada, el Gobierno reformista del coronel Jacobo Arbenz estaba llevando a la práctica las primeras fases de un programa análogo en un intento de modernizar la economía semifeudal de Guatemala. Además, lo que falta en el manifiesto de Moncada y en el discurso de «la historia me absolverá» es el concepto central del marxismo, la lucha de clases. El proyecto de Castro de 1953 pertenecía a una tradición diferente, la de la regeneración anticolonialista y nacionalista, en la que la reforma radical y la nacionalización eran, al menos en teoría, compatibles con la socialdemocracia. Esto no significa negar la influencia de las ideas marxistas en su pensamiento; sin embargo, en 1953, Castro era un seguidor de Martí, *tendance* Marx, y no al revés. [12]

La operación de Moncada y el juicio colocaron a Castro en el centro de la escena pública. En una nación acostumbrada a los gestos violentos de rebelión, el asalto al cuartel provocó una admiración generalizada, al tiempo que la brutalidad del ejército, denunciada una y otra vez, despertó las simpatías de muchos cubanos por los supervivientes. Cuando Castro empezó a cumplir su condena de quince años en la isla de Pinos, al suroeste de Cuba, era ya una especie de eminencia nacional. Un año después del asalto recibió en la cárcel una llamada de cortesía del ministro de Gobernación y de dos ministros más del gabinete, en un gesto tácito de reconocimiento de su nueva

posición. Los diecinueve meses que él y veinticinco camaradas pasaron en la isla antes de ser amnistiados los dedicaron al estudio y la discusión. Allí se sentaron las bases del Movimiento 26 de Julio y se forjó una nueva estrategia para la toma del poder. Aunque no tenía ninguna razón para creer que sería amnistiado, el optimismo de Castro parecía inagotable. No lo perdió siquiera cuando fue sometido al régimen de aislamiento por haber liderado un episodio en el que se entonó el himno del 26 de Julio para que lo oyera Batista, que estaba en visita oficial a la isla.

Sólo en una ocasión pareció vencido por el desaliento. En julio de 1954 se enteró de que su mujer, Mirta Díaz-Balart —cuyo hermano, Rafael, que había sido amigo suyo en la universidad, era subsecretario de Gobernación en el gabinete de Batista— había sido acusada de estar en la nómina de dicho ministerio. La noticia, ampliamente difundida, fue muy dolorosa para Castro tanto a nivel político como personal. Siempre capaz de hacer frente con eficacia a las ofensivas políticas, durante un breve espacio de tiempo pareció derrumbarse ante lo que percibió como un ataque a su vida privada. En una sorprendente transposición al plano político de un código típicamente castellano de agravio al honor masculino, Castro escribió incrédulo a un amigo: «Es el prestigio de mi esposa y mi honor de revolucionario lo que está en juego. No vaciles en esto, devuelve la ofensa y hiere hasta lo infinito. ¡Que me vean muerto mil veces antes de sufrir impotente semejante ofensa!». La acusación también puso de manifiesto los prejuicios latentes de Castro contra los homosexuales, un poderoso componente del machismo cubano de la época. En un ataque al ministro de Gobernación por sus declaraciones sobre su esposa, escribió: «Únicamente un afeminado como Hermida en el último grado de degeneración sexual puede acudir a semejante procedimiento, de tan inconcebible indecencia y falta de hombría». Cuando quedó claro que la acusación era cierta, Castro inició los trámites de divorcio de su esposa. Al borde de la desesperación, escribió a un íntimo amigo y colaborador político: «Considero al 26 de Julio muy por encima de mi persona y en el momento que sepa que no pueda ser útil a la causa por la que tanto he sufrido me quitaría la vida sin vacilar, con más razón ahora que no queda siquiera un ideal privado al cual servir».[13]

Entre tanto, la campaña por la liberación de los prisioneros de Moncada había logrado un apoyo generalizado y encontrado un favorable eco en la prensa. En mayo de 1955, Batista, deseoso de mostrarse benévolo, firmó un decreto de amnistía y Castro y sus

compañeros quedaron en libertad sin condiciones. El joven rebelde regresó, entre el aplauso de muchos, a la lucha política, lanzando renovados ataques contra el régimen. Batista se enfrentaba a un recrudecimiento de las protestas contra su mandato y respondía endureciendo sus medidas de represión. Las posibilidades de agitación política se iban estrechando y Castro cada vez tenía más miedo a ser arrestado o incluso asesinado, destino que había sido el de muchos otros opositores al dictador. Su hermano Raúl pidió asilo en México, y también Castro, tras despedirse de su hijo, Fidelito, abandonó Cuba para marcharse a México apenas seis meses después de su liberación, y allí se preparó para un nuevo intento de derrocar al dictador.

La nueva estrategia era una ampliación de los planes originales del asalto de Moncada. Castro desembarcaría con un contingente de hombres en la costa occidental de Oriente, donde se reunirían con ellos unos cien combatientes del Movimiento 26 de Julio y varios camiones. La fuerza combinada tomaría la ciudad vecina de Niquero y después ascendería por la costa hasta tomar Manzanillo. El desembarco coincidiría con una serie de levantamientos y huelgas en Santiago y Guantánamo. Después se produciría una campaña de agitación y sabotaje que culminaría en una huelga general, y ésta, a su vez, derribaría a Batista.[14] A diferencia de los de Moncada, los nuevos planes no dependían de una única acción ejemplar que desencadenara un levantamiento espontáneo. El fracaso de 1953 les había enseñado otra lección: aparte de los grupos armados debía haber una organización de base que proporcionara armas, reclutas y apoyo logístico e hiciera campaña entre los trabajadores y las organizaciones ciudadanas a favor de la huelga general. Pero al igual que en el plan de Moncada, los rebeldes se trasladarían a Sierra Maestra para iniciar la campaña de guerrillas si fracasaba la tentativa original.

Castro había dejado en Cuba al núcleo duro del Movimiento 26 de Julio. Sus seguidores en la isla pusieron manos a la obra para construir la organización desde cero. Esos esfuerzos han recibido escasa atención por parte de la mayoría de los relatos históricos de la Revolución. La campaña en la Sierra que comenzó en 1957 eclipsó injustificadamente la labor de los militantes del 26 de Julio en las ciudades y en el campo. Su principal terreno de reclutamiento eran las delegaciones del Partido Ortodoxo de toda la isla, pero especialmente de Oriente, donde el Movimiento empezaba a adquirir raíces populares. Entre los militantes ortodoxos la estrategia de la resistencia armada propugnada por Castro contaba con un considerable apoyo, en contraposición a la política de

agitación política defendida por sus dirigentes. Durante un congreso de los miembros del partido celebrado en agosto de 1955, el mensaje de Castro para reivindicar una «línea revolucionaria» fue recibido con una ovación en pie y con cánticos de «Revolución»; en las asambleas provinciales del partido se escuchó la misma respuesta.[15] A comienzos de 1956, Castro se sintió lo suficientemente fuerte como para romper públicamente con el Partido Ortodoxo y proclamar el nuevo movimiento.

La labor de agitación y reclutamiento llevada a cabo por los militantes del 26 de Julio se organizaba en sectores geográficos y funcionales. En el extremo occidental de Oriente (lo que hoy es la provincia de Granma), donde estaba previsto que se produjera el desembarco del contingente de Castro, había grupos separados de obreros industriales, peones agrícolas, campesinos, pescadores y estudiantes. La ciudad más grande de las inmediaciones del lugar previsto para el desembarco, Manzanillo, contaba con una larga tradición de protesta laboral entre los trabajadores del azúcar, los estibadores, los zapateros y los trabajadores del tabaco. En las elecciones sindicales locales de 1956, los militantes que simpatizaban con el Movimiento estuvieron a punto de obtener el control de las delegaciones sindicales, pero se vieron obligados a retirarse debido a las amenazas del ejército.[16] Muchos de los trabajadores afectos al Movimiento 26 de Julio eran jóvenes pertenecientes al Partido Ortodoxo descontentos con sus líderes. Muchos sectores de trabajadores rehuían los Comités de Defensa de las Demandas Obreras, organizaciones de base de signo comunista, porque recordaban la colaboración del partido con Batista; lo cierto es que muchos trabajadores cubanos albergaban un fuerte sentimiento anticomunista.

Esto explica en parte el cuidado que puso Castro a la hora de tender puentes con la oposición a Batista. Aunque mantuvo un breve contacto con los comunistas a través de dos emisarios de alto nivel que lo visitaron por separado en México en 1956, Castro negó rotundamente cualquier vinculación con el Partido Comunista, el PSP. Mientras pasaba varias semanas encarcelado en Ciudad de México junto a otros conspiradores tras una redada policial, a consecuencia probablemente de la presión de las autoridades cubanas, Castro publicó un artículo en el semanario cubano *Bohemia* en el que desmentía las declaraciones de Batista en el número anterior en las que afirmaba que era comunista. En dicho artículo negó cualquier contacto con el Partido Comunista, algo que era evidente, según él,

para todos los que conocían su carrera política. En un ataque apenas disimulado a la etapa de colaboración del PSP con Batista, Castro preguntaba qué derecho tenía Batista a hablar del comunismo cuando había sido candidato del partido en las elecciones de 1940, cuando sus carteles electorales aparecieron en su momento bajo el signo de la hoz y el martillo, cuando había sido fotografiado junto a Blas Roca y Lázaro Peña (dos señalados comunistas cubanos) y cuando media docena de sus actuales ministros y estrechos colaboradores habían sido miembros destacados del Partido Comunista.[17] El desmentido de Castro estaba claramente destinado a tranquilizar a los muchos simpatizantes en Cuba que se oponían a los comunistas. Pero también venía a marcar distancias con el PSP, que reivindicaba una política no violenta de frente unido de oposición a la dictadura. Aunque es posible que en aquel momento ya se sintiera atraído por algunas ideas marxistas, no se hacía ilusiones con respecto al Partido Comunista cubano.

Castró también procuró ampliar al máximo su red de contactos. La expedición planeada requería considerables sumas de dinero. Además del flujo monetario procedente del Movimiento de Cuba, varios adinerados simpatizantes hicieron grandes contribuciones; uno de los más destacados fue el ex presidente Prío Socarrás, ahora exiliado en Miami. Al igual que hiciera Martí unos sesenta años antes, Castro realizó una gira de recaudación de fondos entre las comunidades cubanas de Florida y de la costa Este de Estados Unidos, pronunciando vehementes discursos ante audiencias entusiasmadas y obteniendo grandes cantidades de dinero. En agosto, Castro llegó a un acuerdo con el Directorio Revolucionario, organización clandestina armada de base estudiantil dirigida por el presidente del Sindicato de Estudiantes, José Antonio Echeverría, para operar conjuntamente en acciones armadas a modo de preparación para el futuro desembarco.

En octubre de 1956, la fuerza expedicionaria estaba reunida y entrenada. Su instructor, Alberto Bayo, era especialista en guerra de guerrillas, veterano de la campaña militar española contra las guerrillas del Rif, en Marruecos, en los años veinte, y había sido general leal a la República durante la Guerra Civil española. Una muestra del poder de persuasión de Castro fue que Bayo dejó su trabajo y vendió su negocio poco después de reunirse con él para entrenar a los futuros invasores cubanos en el que debía de parecer un proyecto completamente descabellado. Más tarde escribió: «Castro me subyugó. Me embriagó su entusiasmo […]. Allí mismo prometí a Fidel

renunciar a mi [trabajo] y vender mi negocio».[18]

Entre los expedicionarios se encontraba el joven médico argentino Ernesto Guevara, apodado «Che» por sus nuevos compañeros. Guevara había dejado Argentina en 1953 poco después de terminar su formación como médico para comenzar un largo viaje por Suramérica junto a su amigo Alberto Granado. Estando en Guatemala en 1954, según relataba Castro, conoció a varios veteranos del asalto de Moncada que habían huido a dicho país. Con ellos presenció el derrocamiento del Gobierno reformista de Arbenz a manos de un ejército entrenado por la CIA.[19] Un año más tarde estaba en México y conoció a Raúl Castro, que a su vez le presentó a su hermano. A decir de todos, Guevara se quedó muy impresionado con Fidel y sus planes de regresar a Cuba para llevar a cabo una nueva revuelta contra la dictadura de Batista, pero, contrariamente a lo que dice la leyenda, tardó un tiempo, hasta finales de 1955, en comprometerse con la expedición. Es probable que esta nueva empresa diera un sentido al creciente radicalismo de Guevara, alimentado por la pobreza de la que había sido testigo en sus viajes por el continente y por su experiencia en primera persona del intervencionismo estadounidense en Latinoamérica. Como millones de jóvenes de aquella época, era simpatizante comunista y conocía la literatura marxista, en cualquier caso más que Castro, pero no era miembro del partido ni parece que estuviera particularmente comprometido con el comunismo por aquel entonces más allá de una identificación con la lucha contra la injusticia y el imperialismo estadounidense.[20]

Haciendo caso omiso de la advertencia tanto de los comunistas como del líder del Movimiento 26 de Julio en Oriente, Frank País, Castro decidió hacerse a la mar antes del final de 1956. Los comunistas se oponían a la idea misma de la invasión. En una carta enviada unos meses antes al periodista estadounidense Herbert L. Matthews, el presidente del PSP escribió: «En estos días y con referencia a los asaltos a cuarteles y expediciones desde el extranjero (que se producen sin contar con apoyo popular) nuestra posición es muy clara; estamos en contra de esos métodos». Lo que Cuba necesitaba, continuaba la misiva, eran «elecciones democráticas».[21] Los comunistas sostenían que si la expedición tenía que producirse debía esperar al menos al inicio de la cosecha de caña en enero, cuando coincidiría con los actos huelguistas. Menos de doce meses antes, un cuarto de millón de trabajadores del azúcar habían ido a la huelga después de que sus salarios cayeran un 23 por 100 tras un recorte de la cuota azucarera

cubana en el mercado internacional y la decisión de Estados Unidos de incrementar su propia producción. La huelga había adquirido proporciones de insurrección en algunos lugares; los trabajadores habían tomado ayuntamientos y habían tenido enfrentamientos con el ejército.

Por su parte, el joven líder del 26 de Julio Frank País insistía en que la organización de Oriente, bastión del Movimiento, no estaba preparada para la expedición.[22] Pero Castro no iba a tolerar ningún retraso. Había prometido públicamente que regresaría a Cuba antes de 1958. Además, cualquier aplazamiento podía poner en peligro la expedición, que ya estaba lista para zarpar. La policía mexicana ya había sido alertada de las actividades de los opositores cubanos. La decisión de Castro de seguir adelante con la misión ilustraba una vez más su creencia en la importancia primordial de las relaciones públicas y su fe voluntarista en el triunfo del deseo sobre la logística.

Y en efecto, desde el punto de vista logístico, la «invasión» resultó un desastre. Después de hacerse a la mar el 25 de noviembre en un yate preparado para transportar menos de la mitad de la carga que llevaba realmente, aquella expedición compuesta por ochenta y dos hombres tuvo que hacer frente a una tempestad, sufrió averías mecánicas, se vio obligada a tirar los víveres por la borda, perdió el rumbo y acabó desembarcando el día equivocado en el lugar equivocado. Dos días antes de que el yate *Granma* encallara en un estuario embarrado el 2 de diciembre, el grupo armado encabezado por Frank País había tratado de orquestar un levantamiento en Santiago, pero después de unas treinta horas de tiroteos esporádicos contra la policía y el ejército se había visto obligado a abandonar la operación. Cuarenta y ocho horas más tarde, vadeando penosamente un manglar, los andrajosos y exhaustos expedicionarios llegaron por fin a tierra firme. Cuando se encontraron con el primer campesino, Castro le anunció solemnemente: «Soy Fidel Castro y hemos venido para liberar a Cuba». Cuatro días después, otro campesino los delató a la guardia rural, que estaba inspeccionado el área en busca de los expedicionarios. En la demoledora emboscada que tuvo lugar a continuación, el diminuto grupo de Castro quedó destruido casi por completo. De los ochenta y dos hombres que habían salido, sólo dieciséis (aunque la leyenda dice que fueron doce, lo que confería una dimensión religiosa y mitológica a la narración) siguieron vivos y libres para empezar la guerra contra el moderno ejército del régimen de Batista.

Algunos de los incidentes de aquel terrible episodio ponen de manifiesto el aparentemente absurdo optimismo de Castro. Después de varios días separados del resto en medio de la emboscada, un desmoralizado Guevara, junto con un puñado de hombres desarmados, logró dar alcance al grupo principal en lo más alto de Sierra Maestra. Al verlos llegar, Castro, caminando impaciente de un lado para otro sobre una cima que dominaba un valle, exclamó: «¡Ahora sí, Batista se jodió!».[23] Pero, en realidad, lo que salvó a la expedición no fue la confianza de Castro, aunque ésta ayudara, sin duda, a subir la moral, sino los campesinos de Sierra Maestra.

La estructura agraria de la agreste y aislada Sierra Maestra era muy diferente de la de las otras zonas rurales de Cuba. La mayor parte de los campesinos eran colonos ilegales que malvivían de pequeñas parcelas de tierra pertenecientes a los latifundistas. Los capataces de los latifundistas libraban contra ellos una guerra constante para impedir que siguieran avanzando en su territorio. Como explica el coronel encargado de la operación para acabar con la expedición de Castro, aquellas contiendas se tradujeron en luchas constantes entre los colonos ilegales y los capataces y sus seguidores, de modo que algunas veces un capataz o alguno de sus hombres moría y en otras era un colono el que resultaba muerto o veía arder su choza.[24] Varias generaciones de campesinos habían combatido contra los intentos del ejército o la guardia rural de expulsarlos; algunos no eran para las autoridades más que simples bandidos. La movilidad de esos campesinos y su íntimo conocimiento de la población y el terreno de Sierra Maestra permitieron sobrevivir al grupo de Castro y empezar a crecer en número. El trato brutal al que el ejército sometía a los campesinos sospechosos de proteger a los rebeldes contribuyó a proporcionar los primeros reclutas a la nueva guerrilla, aunque al principio muchos de ellos se vieron obligados a huir de la zona debido a las amenazas de las que fueron víctimas.[25]

Por otro lado, la política de Castro de pagar por la comida comprada a los campesinos, ejecutar a sus más notorios perseguidores y poner a sus hombres a trabajar en la recogida del café en la primavera de 1957 transformó su simpatía inicial en apoyo activo. A medida que la unidad de Castro se iba consolidando y desplazando a nuevas zonas, fue absorbiendo pequeñas bandas de fugitivos y bandidos pobremente armados que habían huido de las regiones más remotas para protagonizar allí ocasionales escaramuzas con la guardia rural. La guerra de guerrillas existía en Sierra Maestra mucho antes de

la llegada de Castro y sus combatientes.

No había sido intención de Castro hacer la guerra sobre una base casi enteramente rural, y tampoco los campesinos de Sierra Maestra eran representativos del campo cubano en general. Sin embargo, conforme la campaña contra Batista se iba centralizando en la Sierra fue surgiendo una mitología sobre la rebelión campesina y la virtud de lo rural que más tarde apuntalaría la legitimidad de la Revolución e influiría a la izquierda del mundo entero. En esa nueva versión del populismo rural con reminiscencias de los *narodniks* y de los comunistas chinos y articulada más tarde fundamentalmente por el Che Guevara, la ciudad se retrataba como fuente de corrupción, mientras que un campesinado un tanto idealizado sustituía al proletariado urbano como clase revolucionaria de Cuba. La mitificación de la guerrilla rural se inspiraba en la tradición de la «cubanía rebelde». Las campañas decimonónicas contra el ejército español eran descritas como campañas rurales contra la ciudad, donde tenían su base los imperialistas y sus colaboradores cubanos. En los victoriosos momentos finales, el «mambí» o ejército de liberación había descendido de las montañas y bosques para liberar las ciudades ocupadas y proclamar la independencia de Cuba. El «monte» traía también consigo el eco de los mitos religiosos afrocubanos, donde los espíritus llenaban de vida la vegetación.[26]

Sin embargo, la guerra en la Sierra no podía describirse en ningún sentido como guerra campesina. Los líderes de la guerrilla eran gente de ciudad, aunque adoptaron el emblemático aire de la tierra, y muchos de los miembros de sus filas eran voluntarios reclutados en las ciudades por el Movimiento 26 de Julio. El movimiento clandestino urbano operaba muy activamente en las labores de sabotaje, agitación y trabajo logístico en apoyo a la campaña militar que se desarrollaba en las montañas. Durante la lucha contra Batista llevó a cabo, según algunos cálculos, más de treinta mil actos de sabotaje. No obstante, como escribiría más tarde un antiguo guerrillero que abandonó Cuba después de su alineamiento con Moscú: «La Revolución eran el Comandante y los Doce, no la ciudad, la clandestinidad, el Movimiento, las huelgas obreras, el sabotaje, la abstención del pueblo en las elecciones de Batista. La Revolución eran los héroes. No el pueblo».[27]

Los dos años de campaña que conducirían finalmente a la derrota del régimen de Batista marcaron el progresivo alejamiento del plan original de combinar sabotaje, actividad guerrillera y agitación urbana

en beneficio de una estrategia de combate a gran escala con el ejército regular. La habilidad de los rebeldes para repeler las unidades militares no sólo minó la moral de la tropa, sino que fortaleció también la creencia de que el ejército podía ser derrotado por medios militares. Conforme los contingentes guerrilleros iban consolidando su base en las montañas, el centro de oposición a Batista se fue desplazando progresivamente hacia el área liberada de la Sierra. El apoyo de los pequeños hacendados locales y los peones de labranza iba en aumento a medida que comprobaban que los rebeldes los trataban con respeto, comprando la comida e incrementando su ayuda con las cosechas. Ese cambio de actitud se vio acelerado por dos elementos: el relativo fracaso de las acciones de oposición a Batista en la ciudad y la hábil campaña de radio y prensa llevada a cabo por Castro desde su refugio en las montañas.

Había otros grupos además del Movimiento 26 de Julio que estaban intentando derribar el régimen. En marzo de 1957, la organización estudiantil clandestina Directorio Revolucionario hizo un desesperado intento de eliminar a Batista de un solo golpe atacando el Palacio Nacional. El grupo fue rechazado y muchos de sus miembros murieron en el ataque o en los acontecimientos posteriores, incluido el popular líder estudiantil José Antonio Echevarría. En mayo, una expedición guerrillera financiada por el ex presidente Prío Socarrás desembarcó en la costa norte de Oriente, pero fue delatada por un campesino y aniquilada. En septiembre, oficiales y marineros de la base naval de Cienfuegos organizaron un motín que tenía que formar parte de un golpe generalizado en toda la isla contra Batista llevado a cabo por miembros de las Fuerzas Armadas. Los amotinados, aislados, fueron aplastados sin dificultad por las fuerzas leales al régimen. Esas acciones frustradas no hicieron sino elevar la talla de Castro como destacado opositor al dictador.

Dicho proceso se vio acentuado con la campaña de relaciones públicas que Castro desplegó desde la Sierra. Desde sus días de estudiante, había aprendido el valor los medios de comunicación para llamar la atención sobre sus ideas. También había adquirido conciencia, gracias a su viejo mentor, Eddy Chibás, de las posibilidades de agitación política que ofrecían las emisiones radiofónicas. Apenas diez semanas después del desembarco del *Granma*, Castro organizó un ardid propagandístico que hizo más por su prestigio que cualquier combate militar. Siguiendo sus instrucciones, algunos organizadores del Movimiento llevaron a escondidas a las profundidades de Sierra

Maestra a un solícito periodista del *New York Times*, Herbert L. Matthews, para entrevistar a Castro, del que muchos decían que había muerto. Con un contingente de tan sólo dieciocho hombres, Castro consiguió dar la impresión, gracias a una cuidadosa puesta en escena y a alguna que otra soberbia actuación por parte de sus seguidores, de que controlaba una extensa zona de las montañas y que tenía bajo su mando a un considerable número de guerrilleros. Publicado en el *New York Times* y comentado más tarde en la prensa de Cuba, donde se acababa de levantar la censura, el artículo de Matthews causó sensación, entre otras cosas porque sugería que la fuerza castrista era invencible.

Otro importante golpe mediático fue la instalación de una emisora de radio en la primavera de 1958, momento en el que las fuerzas rebeldes controlaban una vasta zona de la Sierra. Radio Rebelde llevó la guerra de guerrillas a una nueva dimensión. Castro utilizó las ondas con gran eficacia para comunicar su programa de reformas, y los boletines informativos que se emitían regularmente ofrecían un concienzudo y preciso relato de los combates militares, en marcado contraste con las triunfalistas fantasías de los medios favorables a Batista. Al final de la campaña, Radio Rebelde rivalizaba en popularidad con las emisoras de música ligera.[28]

Un año después del desembarco, las fuerzas de Castro controlaban Sierra Maestra. El ejército intentaba asediarlos desde abajo, pero el flujo de mensajeros, armas y reclutas entre el bastión de la guerrilla y la ciudad se colaba entre las patrullas militares sin excesiva dificultad. En un momento dado se unió a Castro una de las más eficaces dirigentes del Movimiento en Oriente, Celia Sánchez, que se convirtió en su compañera y asistente personal hasta su muerte, en 1980. Era una de varias mujeres que desempeñaron un papel considerable en la Revolución, tanto en la Sierra como en el llano. En la Sierra, los rebeldes habían establecido rudimentarios hospitales, talleres para fabricar armas ligeras, municiones y equipamiento de cuero y una imprenta que vino a sumarse a la emisora de radio. Por aquel entonces, el ejército, golpeado por varias pequeñas derrotas, decidió no hacer ninguna incursión militar en territorio rebelde, dejando así que se instalara una inestable tregua.

Sin embargo, entre Castro y los líderes del Movimiento 26 de Julio en el resto de la isla, el llamado «llano», que conformaban ahora la mayoría del Directorio Nacional, estaban surgiendo algunas divisiones. La nueva estrategia de Castro consistía en ampliar la guerrilla rural a

otros lugares de la isla, asediando las ciudades desde el campo; la huelga general era el golpe final que acabaría con Batista. Aunque el sabotaje urbano y la agitación popular seguían desempeñando un importante papel, la principal función del llano, a los ojos de Castro, era prestar servicio a la guerrilla.[29] En cambio, los dirigentes del Movimiento fuera de la Sierra seguían aferrados a la estrategia del levantamiento urbano y la huelga general como principal instrumento para el derrocamiento de Batista. Castro se quejaba constantemente de que retrasaban la entrega de las armas, en tanto que los líderes del llano, según Guevara, daban señales de «cierta oposición al caudillo que temían [existiera] en Fidel, y a la facción militarista representada por nosotros, la gente de la Sierra».[30] Aunque demostraba tener una fe absoluta en Castro, el dirigente del 26 de Julio en Oriente, Frank País, estaba muy dispuesto a reorganizar el Movimiento sin consultar a Castro, centralizando el mando en las manos de unos pocos dirigentes y estableciendo nuevos frentes civiles.[31]

La idea de que los trabajadores irían espontáneamente a la huelga contra el régimen recibió un nuevo impulso con los acontecimientos que siguieron al asesinato de País por la policía en agosto de 1957. Las huelgas de protesta se propagaron desde su ciudad natal, Santiago, hasta las provincias de Camagüey y Las Villas, lo que obligó al Gobierno a suspender los derechos constitucionales. Aquello constituyó un claro testimonio de los estrechos vínculos que unían al Movimiento de Oriente con muchos sectores de trabajadores de la zona oriental de la isla y con las tradiciones del movimiento obrero local, más radicales. Pero los trabajadores del oeste, especialmente los de la provincia de La Habana, donde se concentraba la mayor parte de la mano de obra, no se sumaron a la acción. Eso era algo normal, porque País casi no era conocido allí, pero también se debía a que los comunistas, que eran relativamente fuertes entre las bases organizadas, no estaban dispuestos todavía a apoyar el Movimiento 26 de Julio. Ésa era la razón por la que Castro se mostraba escéptico con respecto a las posibilidades de una huelga general en toda la isla, algo que le pedían con insistencia los líderes del Movimiento en el llano. A pesar de todo, las optimistas noticias que llegaban acerca del espíritu reinante entre los trabajadores animaron a Castro a apoyar su llamamiento a la huelga general en la primavera de 1958. En un discurso pronunciado en Radio Rebelde después de las huelgas de agosto, Castro había declarado: «La huelga espontánea que siguió al asesinato de nuestro compañero Frank País no venció a la tiranía pero

señaló el camino a la huelga organizada».[32]

La mayoría de los análisis de la huelga del 9 de abril consideran que fue un absoluto fracaso. No logró echar a Batista y, en realidad, no hizo sino animar al dictador a pensar por un tiempo que los acontecimientos estaban saliendo una vez más como él quería; según el embajador estadounidense, «parecía que Batista tenía la sensación de estar en una posición dominante».[33] Pero sí sirvió para movilizar a miles de trabajadores cubanos. En la provincia de Las Villas, la mayoría de las industrias y servicios detuvo su actividad; la ciudad de Sagua la Grande, en el norte de la provincia, fue tomada por los trabajadores y resistió un tiempo frente al ejército y la fuerza aérea. La provincia de Camagüey se vio azotada por la acción huelguista durante dos días, mientras que las ciudades de Oriente quedaron paralizadas por las huelgas y las luchas en las calles. En el oeste, sin embargo, sólo fueron a la huelga unos cuantos miles de trabajadores y únicamente hubo algunos actos aislados de sabotaje.[34] En realidad, se repitió el patrón de agosto de 1957. Pero la lección que se extrajo esa vez fue exactamente la contraria.

En un crucial encuentro de la directiva del Movimiento en Sierra Maestra veinticuatro días después, los líderes del llano fueron atacados por no haber organizado suficientemente bien la huelga, haber confiado en la espontaneidad y no haber implicado a los trabajadores en su preparación, es decir, por los mismos presupuestos sobre los que se había asentado la estrategia de Castro para el episodio de Moncada. La preparación en secreto de la huelga había estado en manos de la pequeña red de seguidores del Movimiento constituida por los trabajadores, el Frente Obrero Nacional (FON), y confiaba en un llamamiento por radio a los trabajadores para que dejaran de trabajar. Parece ser también que los encargados del sector obrero del Movimiento se negaron a invitar a los comunistas a participar en los preparativos porque compartían desde hacía mucho tiempo con la totalidad de los líderes del llano una gran desconfianza hacia ellos.[35] Sin embargo, una explicación más relevante del relativo fracaso de la huelga, aparte de la división entre el movimiento obrero del este y el oeste, se encuentra en el hecho de que no se produjera en un momento de protesta laboral generalizada y de que no hubiera muestras claras de que el régimen de Batista se encontraba al borde del derrumbe. No obstante, la conclusión extraída de la reunión fue que había fracasado a causa de las deficiencias de la directiva del llano y que, aunque la perspectiva de una huelga general debía mantenerse,

el centro de atención a partir de entonces sería la campaña militar.[36]

La acción del 9 de abril marcó un hito en la lucha contra Batista. Fortaleció el liderazgo de Castro en el Movimiento 26 de Julio y desacreditó a los dirigentes del llano. El Directorio Nacional fue trasladado a la Sierra y Castro se convirtió en comandante supremo del Movimiento. Castro vio desvanecerse bruscamente su fe en los frentes laborales y cívicos de las ciudades. En una amarga carta dirigida a Celia Sánchez, escribió:

> No hay quien me haga volver a tener fe en la organización […]. Figuro como el líder de este Movimiento, tengo que asumir históricamente la responsabilidad de las estupideces de los demás, y soy un mierda que no puede decidir sobre nada. Con el pretexto del caudillismo cada cual trata de hacer cada vez más lo que le da la gana. No soy ningún estúpido para no darme cuenta de ello, ni soy un hombre dado a ver visiones y fantasmas. No voy a renunciar a mi espíritu crítico y a la intuición de las cosas […], ahora precisamente cuando tengo más responsabilidades que nunca antes en mi vida […].
>
> No creo que surja un cisma en el Movimiento, ni conviene a la Revolución, pero en lo adelante nosotros vamos a resolver nuestros propios problemas.[37]

Aquel acontecimiento también marcó el inicio de un acercamiento entre el PSP y el propio Castro. Sin un respaldo asegurado por parte de los trabajadores, Castro necesitaba cultivar alianzas en un partido que parecía haber consolidado cierto apoyo de base. El PSP, consciente de la talla creciente de Castro, también estaba deseoso de establecer un contacto más estrecho, y en septiembre de 1958 ya tenía a un miembro de alto nivel instalado permanentemente en la Sierra. Por último, el fracaso de la huelga general del 9 de abril reforzó la hegemonía moral de la guerrilla rural sobre la ciudad. Las campañas en los centros urbanos de Cuba, ya fueran actos de sabotaje, manifestaciones, operaciones de propaganda o huelgas, debilitaron definitivamente al régimen de Batista. Sin el apoyo de la organización del llano, las guerrillas se habrían visto privadas casi por completo de armas y dinero.[38] Y también es verdad que la ciudad contribuyó con sus propios mártires a la mitología de la Revolución. Sin embargo, es la guerra en las montañas la que encarna la epopeya nacional de la Cuba contemporánea.

No en vano, la campaña de la Sierra fue el molde que dio forma a

la futura Revolución. El ejército rebelde se convirtió a los ojos de Castro y sus más estrechos seguidores no sólo en la fuente de poder en el nuevo Estado, sino también en el instrumento del cambio social. Conforme se iban ampliando las llamadas zonas liberadas de las montañas, los comandantes empezaron a efectuar expropiaciones y a promulgar leyes que constituirían la base de la reforma agraria en la próxima Revolución. La experiencia en primera persona de las condiciones sufridas por los peones agrícolas más pobres de Cuba fortaleció, sin duda,la determinación de poner fin a la explotación rural. La moral oficial de la futura sociedad, que rendía honores al sacrificio, la solidaridad, la disciplina militar y la lealtad, se forjó entre los soldados del ejército rebelde. La campaña de la Sierra dio vida al unido grupo que constituiría el núcleo central de la dirección de la Revolución; durante décadas, algunos de los más íntimos confidentes de Castro fueron veteranos de la expedición del *Granma*, en tanto que sólo un dirigente del llano conservó un cargo de cierta importancia en el régimen.

Por tanto, parece probable que el futuro curso de la Revolución quedara trazado entre el momento de consolidación de la guerrilla, hacia finales de 1957, y el verano de 1958, al calor de los acontecimientos del 9 de abril. Las informaciones oficiales transmiten la impresión de que Castro lo tenía todo ideado desde el episodio de Moncada. En cambio, quienes rompieron sus lazos con la Revolución después del triunfo aseguraban que en realidad había cambiado de rumbo y traicionado sus ideales. Era evidente que su programa no podía llevarse a cabo en el marco del sistema tradicional de partidos de Cuba. La tesis de la traición nace, por tanto, de la falta de visión. Cuba no podía sufrir cambios tan radicales sin una transformación de su sistema político interno e incluso un realineamiento de sus relaciones internacionales.[39] Al mismo tiempo, es difícil creer que antes de la consolidación del ejército rebelde Castro tuviera una imagen clara de la dirección que iba a tomar la futura Revolución. Tenía un programa radical de reformas, pero no un modelo político bien definido. Da la sensación de que durante la década de los cincuenta estuvo tanteando en busca de su camino político y estratégico. En la Sierra, la hoja de ruta quedó mejor definida. Con el ejército rebelde había construido una base concreta de poder para llevar a cabo los cambios estructurales que contemplaba para Cuba. Tras la huelga del 9 de abril empezó a mirar hacia el Partido Comunista como fuente de apoyo organizado.

Sus ideas políticas quedaron más claramente configuradas bajo la influencia, sobre todo, de sus dos principales consejeros, su hermano Raúl Castro y el Che Guevara. Ambos eran comunistas poco ortodoxos, el primero porque había apoyado a Fidel en actos que el PSP consideraba de pura imprudencia, y el segundo porque estaba más guiado por un panamericanismo opuesto al imperialismo estadounidense que por el respaldo a Moscú. Sin embargo, los dos parecían más familiarizados que Castro con las ideas marxistas, independientemente de sus autojustificaciones retrospectivas. Guevara, como ya hemos comentado, había presenciado la destrucción a manos de la CIA de un Gobierno que había intentado llevar a la práctica un programa de reformas similar al diseñado por Castro. La lección fundamental de aquella experiencia fue que la socialdemocracia era demasiado frágil como instrumento de cambio. En la Sierra, ellos dos eran los únicos rebeldes que mostraban cierta complejidad política y ambos tuvieron la oportunidad de discutir largo y tendido con Castro sobre el futuro rumbo de la Revolución. Es posible que bajo su influencia empezara a tomar forma en la mente de Castro la idea de una versión cubana del «socialismo en un solo país» como modelo para el futuro desarrollo de una Cuba independiente de Estados Unidos. No hay ninguna razón para dudar de la honestidad de Guevara cuando en diciembre de 1957 escribía al sucesor de Frank País en el Movimiento 26 de Julio:

Pertenezco por mi preparación ideológica a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada cortina de hierro y tomo este movimiento como uno de los tantos provocados por el afán de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo. Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su figura está realzada por cualidades personales de extraordinaria brillantez que lo colocan muy por encima de los de su clase. [40]

Independientemente de cuál fuera su definición política en aquel momento, Castro se cuidaba mucho de despertar en la oposición a Batista y en Estados Unidos la sospecha de que quisiera sobrepasar el marco del restaurado sistema democrático de Cuba. Mientras Batista siguiera en el poder, necesitaba el apoyo de la oposición. Sin embargo, no dudaba en censurar inmediatamente a cualquiera que rivalizara con él tratando de arrogarse el liderazgo del movimiento antiBatista. Sin que él lo supiera, los representantes del Movimiento en Miami habían

firmado un acuerdo en otoño de 1957 con un nuevo frente unido de oposición, la Junta de Liberación Cubana, en virtud del cual los contingentes castristas quedarían incorporados a las Fuerzas Armadas regulares una vez que Batista fuera derrocado. Cuando tuvo noticia de ese movimiento no autorizado que lo habría privado de su base armada de poder, Castro rompió su relación con la Junta.[41] Su ejército rebelde estaba empezando a anotarse algunas victorias frente al de Batista, mientras que las organizaciones de la oposición habían fracasado en sus intentos de apoderarse del palacio presidencial o de organizar un motín en las Fuerzas Armadas.

Sin embargo, tras el fracaso de la huelga en abril y el inicio de una ofensiva general del ejército en mayo, Castro se vio obligado a moderar su postura. En julio hizo público un manifiesto conocido como Pacto de Caracas, el segundo de esas características desde febrero de 1957, que fue firmado conjuntamente por todas las fuerzas de la oposición salvo el Partido Comunista. En él no había ninguna mención a una agenda radical a excepción de la reforma agraria. El documento hacía referencia a la restauración de los derechos constitucionales y democráticos y formulaba una vaga promesa de progreso económico y social que bien podría haber nacido en el seno de los Auténticos.

No es casualidad que Castro tratara de lograr la unidad con los opositores moderados y conservadores a Batista en el momento en el que el ejército estaba lanzando una ofensiva masiva contra el bastión de la guerrilla. Desde que las fuerzas rebeldes se habían establecido en Sierra Maestra, el ejército había hecho varios intentos fallidos de expulsarlos. En marzo de 1958, Castro se había sentido suficientemente seguro como para establecer nuevos frentes en Oriente. Raúl, por ejemplo, había ido con una columna a Sierra Cristal, en la zona oriental de la provincia, donde los rebeldes empezaron a promulgar un amplio programa de reformas sociales en un área recién liberada. Pero el fracaso de la huelga de abril de 1958 había hecho creer a Batista que podía aplastar al ejército rebelde. Doce mil soldados, respaldados por la fuerza aérea, habían sido enviados a destruir las fuerzas rebeldes en las dos sierras.

El fracaso de la ofensiva se debió no tanto a la fuerza militar de las guerrillas como a la desmoralización del ejército regular. Ya de por sí bastante impopulares entre amplios sectores de la población por su asociación con la dictadura, muchos oficiales y soldados no estaban preparados para combatir. Varias unidades se pasaron a los rebeldes, y

también se produjeron muchas deserciones.[42] Por el contrario, las guerrillas constituían un cuerpo muy disciplinado. Un influyente defensor moderado del Movimiento recordó más tarde que durante una visita a la guarida de los rebeldes la escena «parecía sacada de una película, viéndolos llegar, tomar posiciones aquí y allá, y todos en completo silencio. Todo se decía en voz baja. Me pasé un mes hablando en voz baja: ésa era su disciplina, la diferencia entre el ejército rebelde y el ejército de Batista. El ejército de Batista siempre llegaba gritando, y era fácil sorprenderlos porque se sabía que estaban allí».[43]

En septiembre, Castro estaba listo para trasladar el contingente principal de la guerrilla desde Sierra Maestra hasta Santiago, capital de Oriente. Sin duda, era consciente del riesgo existente de que Batista fuera derrocado por un golpe reformista en el ejército o que Estados Unidos tratara de mediar para imponer un gobierno moderado. Por eso era importante ocupar todo el territorio posible de la isla con el fin de evitar que su plan de revolución se viera frustrado. Poco después envió a Guevara y a Camilo Cienfuegos, un joven trabajador de La Habana y veterano de la expedición del *Granma*, a una épica marcha hacia el centro de la isla a la cabeza de dos columnas separadas. Para aquellas operaciones y para la ofensiva final, Castro necesitaba dinero y apoyo político. Su nueva deriva moderada tenía como propósito atraerse el respaldo de sectores más amplios de la población, además de los que ya simpatizaban con el Movimiento 26 de Julio. Y efectivamente, el dinero empezó a llegar, ya no sólo desde los frentes cívicos y obreros del Movimiento, sino también de manos de propietarios de fábricas azucareras, propietarios de plantaciones de azúcar, ganaderos, banqueros e industriales, sobre todo de Oriente.[44]

Lo que llevó a cada vez más hombres de negocios a apoyar a los rebeldes no fue sólo la creciente impopularidad de Batista, sino también la reivindicación de Castro de una regeneración nacional. Sometidos a la cuota azucarera estadounidense y a una presión cada vez mayor de los productores de remolacha azucarera norteamericanos, los magnates del azúcar, por ejemplo, se mostraron receptivos a los llamamientos a la reforma del régimen económico y del sistema político de Cuba. Las entrevistas ofrecidas por Castro a diarios estadounidenses entre febrero y abril de 1958 tenían la intención de garantizar a las élites empresariales que no tenían nada que temer de la Revolución y sí mucho que ganar. En unas declaraciones realizadas en febrero a un periodista de la revista *Look*,

que había pasado cuatro días y cuatro noches caminando por los senderos de las montañas acompañado de guías hasta llegar al cuartel general de la guerrilla, Castro afirmó: «Sé que revolución suena a medicina amarga para muchos hombres de negocios. Pero después del primer susto, lo verán como un espaldarazo; no más recaudadores de impuestos ladrones, ni jefes militares saqueadores ni oficiales hambrientos de sobornos para chuparles la sangre. Nuestra revolución es tan moral como polí-tica».[45]

Después de rechazar al ejército, las fuerzas rebeldes lanzaron su propia ofensiva general. La columna de Castro desde el oeste y la de su hermano desde el este avanzaron hacia el corazón de Oriente, tomando una ciudad tras otra hasta rodear Santiago. Las unidades de Guevara y Cienfuegos dividieron la isla por en medio, impidiendo así la llegada de refuerzos desde el oeste, y después se trasladaron a La Habana. Con su ejército en rápido proceso de desintegración, Batista inició los preparativos para irse de Cuba. Entre tanto, un grupo de oficiales de alto rango estaba planeando su sustitución por una junta mixta civil y militar que con toda seguridad sería reconocida por el Gobierno estadounidense. El día de Año Nuevo, Batista huyó a la República Dominicana. La junta que lo sustituyó no permaneció mucho tiempo en el poder. Desde su cuartel general de las afueras de Santiago, Castro hizo un llamamiento público a la huelga general para acabar con el golpe militar al que respondieron la gran mayoría de los trabajadores. Al anochecer del 1 de enero, la junta había caído. Al día siguiente, Castro entró triunfalmente en Santiago y poco después, entre el júbilo general, Guevara y Cienfuegos se hicieron con el control de La Habana.

El régimen de Batista cayó, sobre todo, porque era corrupto y brutal. El dictador saqueó las arcas del Estado y dio su aprobación a miles de actos de tortura y asesinato contra sus opositores. Pero también cayó, al igual que había llegado al poder en 1934 y 1952, porque no representaba a ninguna élite social. Incluso el ejército estaba profundamente dividido, como había puesto de manifiesto el motín naval de Cienfuegos. Los más estrechos consejeros de Batista eran oficiales que habían salido como él de las filas de la Revolución de 1933. Su poder y sus privilegios despertaban el resentimiento de la élite de oficiales surgida de la clase media cubana, más profesional, en cuyo seno se habían multiplicado las conspiraciones. El consenso tácito de algunos sectores de la población que había sustentado inicialmente el régimen de Batista se había venido abajo porque éste se mostró

incapaz de enfrentarse a ninguno de los problemas que les afectaban. La corrupción seguía creciendo a pasos agigantados, los pobres seguían siendo igual de pobres. El apoyo que Batista tenía en la clase obrera organizada se había desvanecido. El paro en 1958 había pasado del 8,9 por 100 en enero al 18 por 100 en diciembre. Sólo el estrato superior de la burocracia sindical seguía identificándose con el régimen, porque no tenía otro sitio adonde ir.

Así pues, Batista había perdido su base popular y tampoco se había ganado el aprecio de las élites indígenas que controlaban buena parte de la riqueza de Cuba. Su golpe de 1952 no había puesto fin a la violencia, como esperaban muchos cubanos, sino al contrario, había engendrado todavía más. A la inestabilidad del sistema político cubano vino a sumarse un sentimiento creciente de inseguridad material en la clase media. Aunque gozaban de uno de los mejores niveles de vida de toda Latinoamérica, sus ingresos habían sufrido un descenso en los años cincuenta debido al aumento de la inflación y a la caída constante del precio del azúcar en el mercado internacional. La renta per cápita de Cuba había descendido un 18 por 100 en los dos años posteriores al golpe, y a la altura de 1958 había caído hasta los niveles de 1947. Por otro lado, entre 1956 y 1957, los precios de los alimentos básicos habían llegado a subir incluso un 40 por 100.[46] Un nuevo revés en la situación económica experimentado en la segunda mitad de 1958 provocó un malestar generalizado, al tiempo que el endurecimiento de la competencia y el control económico por parte de Estados Unidos empujó a algunos sectores de la clase media y la burguesía a mirar con buenos ojos la enérgica estrategia nacionalista prometida por Castro. Al igual que el propio ejército rebelde, el clima de malestar se propagó desde el este de la isla, donde la tradición de la rebelión era más fuerte, hasta alcanzar el oeste.

El régimen de Batista también fracasó porque era ilegítimo. Había tomado el poder en vísperas de unas elecciones generales que favorecían a otro candidato y había mantenido el control por medio de la represión; las dos elecciones presidenciales de 1954 y 1958 fueron maniobras consideradas fraudulentas en una democracia. Pero su régimen no había cuidado los detalles porque Batista estaba demasiado ocupado buscando un difícil consenso semejante al que había disfrutado en los años cuarenta. Al mismo tiempo que ponía límites a la libertad de la prensa, le permitió que criticara su mandato en los momentos en los que se sentía más seguro. Castro logró que aparecieran no menos de veinticinco denuncias contra Batista en

publicaciones periódicas cubanas. De hecho, el dictador había subestimado a su más decidido opositor al liberarlo antes de que cumpliera dos años de un sentencia de quince y minimizar la amenaza que suponían las fuerzas rebeldes hasta que ya era demasiado tarde. Su ejército, sin la ayuda efectiva estadounidense en materia de contrainsurgencia, llevó a cabo una campaña que destacó por su brutalidad y su torpeza; cuando Estados Unidos decretó un tardío embargo de armas, el golpe fue más psicológico que material.

De todas las fuerzas políticas tradicionales de Cuba, los militares eran los únicos que contaban con autoridad nacional. Las élites que poseían la mayor parte de la riqueza de la isla se habían mostrado incapaces de unirse en torno a un proyecto nacional. Los partidos conservadores estaban demasiado fragmentados como para constituir un foco de representación, mientras que los Auténticos se habían visto desacreditados por incumplir sistemáticamente sus promesas de poner fin a la corrupción. El único partido con algún apoyo electoral significativo eran los Ortodoxos, pero éstos carecían de organización y de una ideología bien definida, y además su líder popular había muerto. El fracaso del sistema político se debió en gran medida a las contradicciones engendradas por el irregular y dependiente desarrollo de Cuba. Pese a ser una sociedad relativamente desarrollada, Cuba no podía llevar a cabo unas muy necesarias y esperadas reformas estructurales mientras siguiera atrapada en el monocultivo del azúcar. Cualquier intento en ese sentido amenazaba con contrariar a Estados Unidos, cuyas intervenciones militares o simplemente diplomáticas habían determinado profundamente en el pasado el curso de la política cubana.

Así pues, Castro hizo su aparición en medio de un vacío de poder del que no era enteramente responsable. Lo que hizo fue aprovechar hábilmente las oportunidades ofrecidas por una conjunción de condiciones históricas que eran exclusivas de Cuba. Por otro lado, su éxito debía tanto a su imaginativo uso de los medios de comunicación como a la campaña guerrillera. A través de los periódicos y la radio, en particular la emisora de la guerrilla, Radio Rebelde, despertó la admiración general con su oratoria patriótica y sus denuncias de la injusticia y la opresión. Sacó provecho del moderno sistema de comunicación de masas ya instalado en Cuba. Los líderes rebeldes del Movimiento pudieron proyectar su lucha en la inmensa pantalla del imaginario histórico de Cuba, la revolución inacabada de Martí y otros héroes nacionales. Aquel llamamiento al cumplimiento de una misión

histórica alimentó la fantasía de muchos cubanos, huérfanos de modelos heroicos en los políticos del momento.[47] En 1959, Castro ya se había convertido en el depositario de muy dispares esperanzas de regeneración en Cuba. En el transcurso de su lento recorrido triunfal por carretera desde Santiago hacia La Habana, fue recibido como el último de la larga lista de héroes cubanos; el último porque, a diferencia de los otros, él había sobrevivido y triunfado.

[1]. Mencía, M., *El Grito de Moncada*, La Habana, Política, La Habana, vol. 1, 1986a, pp. 110-114.

[2]. *El Acusador*, nº 3, 16 de agosto de 1952, citado en *ibid.*, p. 250. Un ejemplo de la línea oficial posterior, que defendía que Castro era ya leninista, se puede ver en Mencía, *op. cit.*, p. 248.

[3]. Mencía, M., *Tiempos Precursores*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986b, p. 123.

[4]. Este relato se basa en una serie de fuentes entre las que se encuentran Merle, R., *Moncada. Premier Combat de Fidel Castro*, París, Robert Laffont, 1965; Mencía, 1986b; Szulc, T., 1897, pp.174-209; y los recuerdos personales de Castro en Ramonet, 2006, pp. 117-146.

[5]. Entre otros, en Fernández Ríos, O., *Formación y desarrollo del estado socialista en Cuba*, La Habana, Ciencias Sociales, 1988, y Mencía, *El Grito*, 1986.

[6]. Carta de Castro a Conte Agüero del 12 de diciembre de 1953, en Conte Agüero, L., *Cartas del Presidio*, La Habana, Lex, 1959, p. 21.

[7]. Discurso de Castro en la Universidad Carolina de Praga en el Ministerio de Educación Superior, *La Revolución Cubana* 1953-1980, vol. 1, 1983, pp. 245-149; véase también en el mismo libro el artículo de Mirta Aguirre «El Leninismo en la Historia me absolverá», pp. 251-279. En Ramonet, 2006, p.155, en cambio, Castro afirmaba: «Nosotros ni pensábamos en la URSS ni nada de eso, eso vino después».

[8]. Entre otros, Martin, L., *The Early Fidel; Roots of Castro's Communism*, Nueva Jersey, Lyle Stuart, Seacaucus, 1978 , p. 116. [Hay trad. cast.: *El joven Fidel*, Barcelona, Grijalbo, 1982.]

[9]. Mencía, M, 1986a, vol. 2, pp. 472-473.

[10]. Ministerio de Educación Superior, 1983, p. 244.

[11]. Castro, F., *Fidel Castro habla con Barbara Walters*, Colombia, Carlos Valencia, 1977, p. 30.

[12]. Véase Martin, 1978, p. 122.

[13]. Cartas a Luis Conte Agüero, 17 y 31 de julio de 1954, en Conte Agüero, 1959, pp. 46 y 52.

[14]. Faustino Pérez en *Bohemia*, 11 de enero de 1959, p. 38; también «Los Sucesos del 30 de Noviembre de 1956», en *Bohemia*, 6 de diciembre de 1959, pp. 48-51 y 121-123.

[15]. Castro, F., «El Movimiento 26 de Julio», en *Bohemia*, 1 de abril de 1956.

[16]. Testimonio de Celia Sánchez en el Museo de la Clandestinidad, Santiago.

[17]. *Bohemia*, 15 de julio 1956, pp. 63 y 84-85.

[18]. Szulc, T., *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987, pp. 250-251. [Hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987.]

[19]. Ramonet, 2006, p. 160.

[20]. Castañeda, J. G., *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997, pp. 117-130. Las pruebas acumuladas por Castañeda sugieren que la reiterada afirmación de que Guevara se sumó a la expedición después de una noche entera de charla con Castro no deja de ser un mito. Por su parte, Quirk, R. E., en *Fidel Castro*, Nueva York, Norton, 1994, pp. 92-98, sobrevalora el testimonio de una Hilda Gadea ya muy distanciada de su marido, y su descripción de la repentina adhesión de Guevara a una causa revolucionaria resulta poco verosímil.

[21]. Matthews, H. L., *The Cuban Story*, Nueva York, Braziller, 1961, pp. 51-52.

[22]. Mencía, *Tiempos Precursores*, 1986, pp. 309-310.

[23]. Según contó Guevara a Tomás Gutiérrez Alea, y este último al autor en una

conversación el 29 de agosto 1988.

[24]. Coronel Pedro A. Barrera Pérez, citado en García Montés, J. y Alonso Ávila, A., *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Universal, Miami, 1970, pp. 553-554, nota 5.

[25]. Guevara, E., «Un año de lucha armada», en *Verde Olivo*, 5 de enero de 1964.

[26]. Kapcia, A., *Cuba. Island of Dreams*, Oxford, Berg, 2000, pp. 181-183.

[27]. Franqui, C., 1980, p. 509, y *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981, p. 65.

[28]. Castro, F., *Fidel en Radio Rebelde*, La Habana, Gente Nueva, 1973.

[29]. Véase, entre otros, carta de Castro a Celia Sánchez del 11 de agosto de 1957, en Franqui, 1980, pp. 220-221.

[30]. Citado en Szulc, 1987, p. 350.

[31]. Carta de País a Castro, 7 de julio de 1957, en Franqui, 1980, pp. 202-205.

[32]. Winocur, M., *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, Barcelona, Grijalbo, 1979 , p. 100. Sobre el escepticismo, véase Ramonet, 2006, p.179.

[33]. Smith, Earl E.T., *The Fourth Floor*, Nueva York, Random House, 1962, p. 128.

[34]. Detalles en *Carta Semanal*, 23 de abril de 1958, citado en *Hoy*, 9 de abril de 1964.

[35]. Véase «Una reunión decisiva», en Guevara, E., *Obra Revolucionaria*, 2ª ed., México, Era, 1968, p. 237; y en *Obras*, 1957-1967 (2 vols.), París, Maspéro, 1970, vol. 2, p. 98.

[36]. *Hoy*, 9 de abril de 1964.

[37]. Carta a Celia Sánchez, 16 de abril de 1958, citada en Franqui, 1980, pp. 300-301 [trad. cast.: pp. 415-416].

[38]. Ésta era, a la vista de las pruebas, la opinión más convincente y reflexiva del dirigente del llano Carlos Franqui, en contraposición a la creencia de Guevara de que, sin duda, la principal responsable de la victoria era la guerra de guerrillas. Para una reconstrucción personal de la discusión entre ambos, véase Franqui, C., *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981, pp. 458-459 (el intercambio de opiniones no aparece íntegramente reproducido en la edición inglesa de 1983).

[39]. Pérez-Stable, M., *The Cuban Revolution*, Nueva York, OUP, 1993, p. 59. [Hay trad. cast.: *La revolución cubana*, Madrid, Colibrí, 1998.]

[40]. Franqui, 1980, p. 269 [trad. cast.: p. 361].

[41]. *Ibid.*, pp. 265-267.

[42]. Pérez, L. A. Jr., *Army Politics in Cuba* 1898-1958, Universidad de Pittsburgh, 1976, pp. 153-155.

[43]. Raúl Chibás a Tad Szulc en Szulc, 1987, p. 333.

[44]. Domínguez, J. I., *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University, 1978, pp. 128-129.

[45]. *Look*, 4 de febrero de 1958.

[46]. Pérez, L. A. Jr., *Cuba. Between Reform and Revolution*, Nueva York, OUP, 1988.

[47]. Véase, entre otros, la correspondencia entre Castro y Frank País y Celia Sánchez en Franqui, 1980.

4
EL DESAFÍO AL COLOSO

> Al ver caer los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ése va a ser mi destino verdadero.
>
> FIDEL CASTRO en una carta dirigida a Celia Sánchez el 5 de junio 1958, después de que los misiles proporcionados por Estados Unidos destruyeran la casa de un campesino simpatizante del movimiento castrista[1]

Cuando Castro llegó a La Habana el 8 de enero de 1959 tras su triunfal desfile por Cuba, su programa de Moncada ya no era la lista de deseos de 1953. Aunque tenemos pocos testimonios de su pensamiento de aquella época y él siempre procuraba no soltar prenda sobre sus planes, las medidas que adoptó en los meses siguientes sugieren que ya había desarrollado una hoja de ruta para el cambio político y económico en Cuba que no era compatible con el capitalismo liberal ni la socialdemocracia. El nuevo equilibrio de poder en Cuba le dio la oportunidad de intentar hacer realidad lo que había sido una vez un utópico proyecto eminentemente retórico: lograr la modernización y la justicia social a través de la nacionalización y la reforma radical. El principal actor de aquella regeneración sería la élite central constituida bajo su dirección y purgada por la cárcel y el combate, constituida principalmente por profesionales o intelectuales de clase media acostumbrados a tratar con la maquinaria del Estado. La peculiar naturaleza de la Revolución de 1959 alentó la creencia de que la transformación de Cuba podía realizarse desde las altas esferas de un Estado centralizado.

En este sentido, en los años cincuenta Castro y sus más estrechos colaboradores compartían con muchos dirigentes poscoloniales del Tercer Mundo la convicción de que sólo la planificación centralizada podía asegurar el desarrollo económico, social y cultural. Sólo así sería posible también garantizar que los beneficios del crecimiento económico se distribuían de manera equitativa. Tales procesos

radicales se desarrollarían desde arriba, porque el nuevo régimen había nacido de una revolución que no era social sino política, y su poder derivaba de la victoria militar de un ejército rebelde que operaba en los márgenes de la sociedad, aunque gozara del apoyo de la mayoría de los cubanos.

Los obstáculos a los que Castro y su élite central tenían que hacer frente eran colosales. Con el fin de llevar a cabo sus planes de transformación drástica de la isla tenían que desmantelar el viejo orden, mantener a su lado o neutralizar a sus dispares aliados políticos y plantar cara a los intereses económicos, tanto internos como externos, que controlaban las riquezas de Cuba. Y, por encima de todo, tenían que hacer frente a la potencial ira de Estados Unidos, cuya Administración era la misma que había ayudado a destruir al régimen reformista de Arbenz en Guatemala menos de seis años antes. Estados Unidos, el coloso del Norte, había mantenido una relación prácticamente de copropiedad con la isla, moldeando su economía, interviniendo de manera reiterada en su administración desde que lograra la independencia y ocupando parte del territorio cubano en la bahía de Guantánamo, por la que pagaba una renta irrisoria.

Pese a su profunda confianza en sí mismo, Castro actuó al principio con cautela, tanteando el terreno político. Dentro del cuadro de mando pocos tenían experiencia política. El ejército rebelde, semianalfabeto aunque disciplinado, no era precisamente un dechado de habilidades administrativas. Castro tenía que conciliar, al menos por el momento, las muy diversas ideologías de la coalición antiBatista, que iban de los demócratas moderados dentro del Movimiento 26 de Julio a los estalinistas del interior del PSP.[2] También era necesario dar una organización al entusiasmo popular frente al cambio político. Durante la campaña de Sierra Maestra, Castro se había esforzado por crear el consenso más amplio posible dentro de la oposición a Batista. Aunque había dejado muy claro su propósito de lograr la regeneración de Cuba, también había lanzado llamamientos al retorno a la democracia liberal mediante elecciones parlamentarias y el respeto a la propiedad privada. Fiel a las tradiciones populistas, Castro supo sacar partido de su aparente indefinición política. Ni siquiera sus más estrechos colaboradores estaban seguros de adónde se dirigía. Uno de los líderes del llano, Carlos Franqui, que había sido jefe de propaganda del Movimiento y responsable tanto de *Revolución* como de Radio Rebelde, escribió mucho más tarde, después de romper con la Revolución, que todo el mundo sabía lo que era, el indiscutible caudillo de la

Revolución, pero nadie sabía lo que estaba pensando. Para Franqui, nada estaba claro desde el punto de vista ideológico. Fidel era un enigma para todos.[3] Desde su bastión de la Sierra, Castro había nombrado a un juez muy apreciado y simpatizante del Movimiento, Manuel Urrutia Lleó, presidente del Gobierno provisional que sucedería a Batista. Tras la caída de éste, Urrutia nombró un gabinete formado por miembros moderados del Movimiento al tiempo que Castro era confirmado como comandante en jefe de las nuevas Fuerzas Armadas. Era un gobierno aceptable para casi todos los sectores de la opinión pública de Cuba y de Estados Unidos.

Sin embargo, no tardó en convertirse en una Administración meramente simbólica. En un gesto que pronto se volvería característico de su estilo político, Castro fundó un comité extraoficial formado por sus principales consejeros en el que figuraban su hermano Raúl y el Che Guevara, y fue realmente esa Oficina de Planes y Coordinación Revolucionaria la que fijó la agenda de la Revolución.[4] Conscientemente o no, los revolucionarios cubanos estaban siguiendo una estrategia dual de poder que Lenin y Mao habían empleado con cierto éxito. Al mismo tiempo, y tras una serie de contactos previos mantenidos durante la guerra, Castro inició unas discretas negociaciones con miembros destacados del Partido Comunista, que todavía acusaban a su Movimiento de pequeñoburgués. Esperaba con ello fusionar a los comunistas con el ala radical del Movimiento, empleando la experiencia y la base organizada del PSP para contribuir a crear nuevas instituciones de la Revolución bajo sus propias consignas.

En mayo se fundó el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) con Castro como presidente. Sus dos objetivos eran administrar la ley de Reforma Agraria, elemento central de la legislación de los primeros días de la Revolución, y llevar a cabo las primeras intervenciones en la industria. Durante los meses siguientes, el INRA, que absorbió la Oficina de Planes y Coordinación Revolucionaria, se convirtió en un gobierno extraoficial y paralelo gestionado por los principales consejeros de Castro. Las manifestaciones más recientes de Castro dejan claro que la administración del INRA era un tanto caótica y que había diferencias de opinión entre los líderes revolucionarios con respecto al alcance de la reforma agraria. Castro afirmaría más tarde que él era más radical en lo relativo a las expropiaciones de tierra que Guevara, que pasó a ser jefe del departamento de industria del INRA.[5]

El ritmo de las reformas vino en parte determinado por el grado de seguridad que tenía Castro para poder controlar las tensiones resultantes. Desde su primer día en La Habana venía demostrando su poder de movilización popular. Cuando el otro grupo guerrillero urbano, el Directorio Revolucionario (DR), se resistió a entregar las armas al ejército rebelde, Castro se encargó de poner a la población en su contra, obligándolo finalmente a capitular. También contribuyó a sus planes de reforma la falta de cohesión entre las élites económicas de Cuba. La ley de Reforma Agraria, por ejemplo, preveía la nacionalización de haciendas de más de mil acres, con un límite máximo de poco más de tres mil acres para las compañías extranjeras, y de las plantaciones de azúcar y arroz con altos niveles de producción. En cumplimiento de las cláusulas de la ley, las haciendas expropiadas, que representaban aproximadamente el 40 por 100 de la tierra cultivada, fueron repartidas entre trabajadores de las plantaciones y pequeños hacendados o convertidas en fincas de titularidad estatal (que después pasarían a ser cooperativas), todo ello con el propósito de diversificar la producción frente al virtual monopolio del azúcar de la agricultura cubana y reducir el número de desempleados y trabajadores sin tierra en el campo. Aunque los grandes terratenientes y las compañías estadounidenses se opusieron duramente a las expropiaciones, tanto el capital financiero e industrial como amplios sectores de la clase media las acogieron con agrado. El nacionalismo económico que previsiblemente adoptaría el nuevo Gobierno aumentó la confianza de la empresa privada cubana en poder hacerse con una parte más grande del negocio.[6] Tan fragmentada como estaba, la oposición interna a la nacionalización gradual de la economía constituía en realidad un desafío muy poco sólido.

A mediados de febrero, Castro se sintió ya lo suficientemente seguro como para asumir el cargo de primer ministro con nuevos y muy amplios poderes, poniendo fin a un inestable período de poder dual. El gabinete acabó convirtiéndose con el tiempo en un mero organismo ratificador de las políticas decididas por Castro y sus principales consejeros. Los medios de comunicación desfavorables a las medidas radicales que estaba promulgando el Gobierno eran cerrados y las voces críticas, silenciadas. En el verano de 1959, Castro arremetió contra los moderados del gabinete, incitado en parte por las declaraciones públicas de Urrutia contra la infiltración de los comunistas en la administración. En un nuevo llamamiento a las

masas, Castro obligó a Urrutia a dimitir y en su lugar designó presidente a un estrecho seguidor, Osvaldo Dorticós. Las tensiones dentro del Movimiento en torno a la creciente influencia de los comunistas alcanzaron su punto crítico con la dimisión en octubre del gobernador militar de la provincia de Camagüey, Huber Matos, destacado veterano de Sierra Maestra. Matos envió directamente a Castro su carta de dimisión, en la que se quejaba de la infiltración de comunistas en el Gobierno, dos días después del nombramiento de Raúl Castro como ministro de las Fuerzas Armadas. Matos y otros oficiales bajo sus órdenes de ideas afines fueron procesados y el primero fue sentenciado a veinte años de cárcel por rebelión.[7] La Revolución estaba empezando a devorar a sus hijos.

Una vez más, Castro supo aprovechar la crisis para consolidar su poder, en esta ocasión anunciando la creación de las milicias armadas, que entraron a formar parte de la estructura emergente del poder revolucionario, constituida por las Fuerzas Armadas y su departamento de contrainteligencia, la policía política y los servicios de inteligencia del Ministerio de Gobernación, estructura que permitió a Castro establecer un equilibro de poder dentro de las instituciones del nuevo Estado. Castro también intervino en el congreso de noviembre de la Confederación de Trabajadores de Cuba para insistir en la unidad entre los delegados del PSP y los representantes anticomunistas de su Movimiento.[8] A finales de año, la luna de miel entre el ala liberal y el ala radical del Movimiento había tocado a su fin.

Otra fuente de tensión era la creciente oposición de la jerarquía eclesiástica al giro radical del nuevo régimen. Muchos católicos del movimiento de oposición a Batista habían visto con buenos ojos la llegada de la Revolución y, en un principio, también la Iglesia. Pero ésta era una fuerza tradicionalmente conservadora en la sociedad cubana. La jerarquía había apoyado a España en las Guerras de Independencia y más tarde defendido la causa franquista en la Guerra Civil española. Cuando el nuevo Gobierno empezó a secularizar la educación y a reducir el papel institucional de la Iglesia en los asuntos nacionales, la jerarquía católica se unió al anticastrismo en la tarea de activar un inmenso movimiento de protesta.

No obstante, fue la reacción cada vez más virulenta de la Administración estadounidense ante las reformas cubanas la que aceleró la deriva radical del Gobierno. Castro se había mostrado muy interesado desde el principio en mantener relaciones con Washington sin comprometer su programa de reformas internas. En un esfuerzo por

mejorar los contactos, durante los primeros meses de la Revolución dedicó algún tiempo a mejorar su inglés, idioma que hablaba con dificultad y con un fuerte acento cubano. Sin embargo, nada indica que debamos dudar de su valoración de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos en 1960-1961, tal como la expresó muchos años después en una conversación privada con un diplomático estadounidense:

Yo llegué al poder con algunas ideas preconcebidas sobre Estados Unidos y sobre la relación de Cuba con ese país. Echando la vista atrás, veo varias cosas que me gustaría haber hecho de otra manera. En ningún caso habríamos acabado siendo grandes amigos. Estados Unidos nos dominaba en exceso. La Revolución Cubana estaba decidida a terminar con esa dominación. Había, pues, un inherente conflicto de intereses. Aun así, hasta los adversarios encuentran útil mantener puentes entre sí. Tal vez yo quemé alguno de esos puentes precipitadamente; puede ser que hubiera momentos en los que fui más brusco, más agresivo, de lo que la situación exigía. Todos éramos más jóvenes entonces; cometimos errores de juventud.[9]

Esta referencia inusitadamente suave y autocrítica a la política cubana sobre Estados Unidos corresponde a un período muy posterior en el que Castro estaba interesado en reanudar sus relaciones con Washington, pero lo cierto es que pone de manifiesto dos aspectos importantes del conflicto cubano-estadounidense. En primer lugar, refleja hasta qué punto la Revolución Cubana estaba guiada por un antagonismo histórico apenas contenido con Estados Unidos. En segundo lugar, los líderes revolucionarios sabían que el acuerdo era poco probable porque las reformas que estaban planeando serían inaceptables para Washington. De modo que las primeras declaraciones públicas de Castro después del 1 de enero de 1959 sobre las relaciones con Estados Unidos fueron una cortina de humo. En los primeros tres meses de la Revolución, Castro repitió una y otra vez el programa reformista del Movimiento 26 de Julio, que determinaba que Cuba tendría una economía mixta en la que la inversión privada estadounidense y la ayuda del Gobierno de Estados Unidos seguirían desempeñando un papel importante. Sin embargo, para entonces ya estaba preparando planes de intervención estatal en empresas públicas, en minas y en la producción de azúcar, sectores todos ellos en los que los estadounidenses te-nían intereses manifiestos. Además, hoy sabemos que ya en marzo de 1959, cuando el Gobierno moderado de Urrutia estaba todavía nominalmente en el poder, el Consejo de

Seguridad Nacional estadounidense de Eisenhower estaba contemplando la posibilidad de una acción armada contra Cuba.[10]

En realidad, las relaciones entre Cuba y Estados Unidos estuvieron cargadas desde el principio de desconfianza e incomprensión mutua. La simpatía inicial que la Revolución despertó entre amplios círculos estadounidenses dio paso a la inquietud cuando, poco después de la victoria, empezaron los juicios y ejecuciones con fines propagandísticos del personal de Batista que había participado en asesinatos y actos de tortura. Aquellos juicios, en los que Castro asumía a veces el destacado papel de fiscal, eran una versión más formal de la justicia revolucionaria administrada a quienes eran considerados culpables de perseguir a las familias campesinas durante la campaña guerrillera en la Sierra. Los más notorios secuaces de Batista fueron procesados en el estadio nacional ante la presencia de cientos de espectadores, lo que provocó fuertes críticas internacionales. Castro admitió muchos años más tarde que la forma en la que se llevaron a cabo aquellos juicios no fue la apropiada. Pero también señaló que, a diferencia de muchos otros regímenes posdictatoriales, no se había dado una ruptura del orden público y, por tanto, no se habían producido atrocidades contra los autores de la represión de Batista a manos de la población civil.[11]

Del mismo modo, cuando en abril Castro anunció la suspensión de las elecciones durante su visita a Estados Unidos, pocos estadounidenses podían entender hasta qué punto había quedado desacreditada la democracia parlamentaria en Cuba debido a la corrupción de los políticos del pasado ante la pasiva aquiescencia del Gobierno estadounidense. A continuación se llevó a cabo la expropiación de grandes plantaciones azucareras de titularidad estadounidense en cumplimiento de la ley de Reforma Agraria, algo que resultó todavía más difícil de digerir para las compañías estadounidenses porque la compensación ofrecida por el Estado cubano se basaba en el reducido valor que habían atribuido a aquellas tierras con propósitos fiscales. El acuerdo militar y comercial firmado entre Cuba y la Unión Soviética en febrero de 1960 no hizo sino acrecentar en la Administración estadounidense el miedo a que la isla se estuviera volviendo comunista. Los informes de la CIA de los meses siguientes ponían de manifiesto que estaban empezando a llegar armas soviéticas a Cuba y que Castro estaba apoyando a los revolucionarios de Centroamérica y el Caribe.[12] Hemos de recordar también que, debido a su estratégica posición y a sus vínculos históricos con Estados

Unidos, varias generaciones de gestores políticos estadounidenses habían visto a Cuba como parte de la estructura de defensa del flanco meridional de Estados Unidos, así como elemento clave para el control del Caribe y de las rutas de navegación hacia y desde el canal de Panamá. A esta tradicional preocupación por la seguridad en su patio de atrás se había añadido con la guerra fría la obsesión por la amenaza del comunismo, que tendía a eclipsar las raíces esencialmente nacionalistas de los movimientos de izquierda de la zona y de otros lugares del Tercer Mundo.

Las sospechas surgidas en el lado cubano de que Estados Unidos estaba ayudando a las fuerzas contrarrevolucionarias alcanzaron su punto crítico cuando el barco mercante francés que transportaba armas belgas para Cuba explotó en el puerto de La Habana el 4 de marzo de 1960, causando numerosas bajas. La Administración estadounidense ya había estado tratando de obstaculizar la compra de armas a los aliados de Estados Unidos por parte de Cuba, y ésta tenía la impresión de que la explosión había sido fruto de un acto de sabotaje llevado a cabo por los grupos contrarrevolucionarios respaldados por la CIA.[13] En la concentración de masas celebrada a continuación, Castro advirtió del peligro de una invasión a manos de los enemigos de la Revolución Cubana y pronunció por primera vez el famoso lema «Patria o Muerte, Venceremos». Y efectivamente, menos de dos semanas después, la Administración estadounidense, con Eisenhower a la cabeza, dio instrucciones secretas a la CIA de que preparara un contingente paramilitar para realizar una acción contra el Gobierno cubano.[14] La disputa verbal entre los dos países degeneró en una espiral de medidas y contramedidas que Castro supo explotar para consolidar su poder y acelerar el ritmo de la Revolución.

Cuando el Gobierno cubano nacionalizó las refinerías de petróleo de titularidad extranjera a finales de junio después de que éstas se negaran a procesar el crudo comprado a los soviéticos, Eisenhower disminuyó las importaciones de azúcar desde Cuba. Los cubanos respondieron nacionalizando las principales compañías estadounidenses que operaban en la isla. Estados Unidos replicó en octubre con un embargo económico parcial al comercio con Cuba. La ruptura de relaciones diplomáticas tuvo lugar en enero de 1961, y un año después, en febrero de 1962, el nuevo presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, impuso un embargo económico y financiero total.

La dinámica del conflicto entre Cuba y Estados Unidos llevó al

Gobierno revolucionario a acelerar el proceso de centralización política y económica. Castro consideraba que la inminente confrontación con Estados Unidos permitía adelantar algo que en realidad habría sido una estrategia a mucho más largo plazo. La valoración de los acontecimientos de 1960-1961 que realizaba muchos años después resulta convincente:

> Estábamos llevando a la práctica nuestro programa poco a poco. Todas esas agresiones [estadounidenses] aceleraron el proceso revolucionario. ¿Fueron ellas la causa? No, eso sería un error [...].En Cuba íbamos a construir el socialismo de la forma más ordenada posible, en un período razonable de tiempo, con el menor trauma y los menores problemas posibles, pero las agresiones del imperialismo aceleraron el proceso revolucionario.[15]

La crisis en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos agudizó la creciente polarización de la sociedad cubana. A partir de mediados de 1960, la primera gran avalancha de emigrantes abandonó Cuba para vivir en el exilio en Estados Unidos. Y dado que aquellos emigrantes procedían en gran parte de las élites empresariales y profesionales de Cuba, su marcha hizo desaparecer una potencial fuente de oposición al nuevo régimen y contribuyó, por lo tanto, a imprimir velocidad al proceso de centralización política.

Por último, en abril de 1961, el tan esperado contingente invasor de exiliados cubanos se hizo a la mar desde Nicaragua escoltado por la Armada estadounidense. El nuevo presidente estadounidense, John F. Kennedy, había aprobado en principio el proyecto de invasión, pero lo modificó considerablemente y siguió albergando dudas sobre su viabilidad. La nueva operación, planeada por la CIA y bautizada con el nombre en clave de Zapata, ya no incluía el uso de contingentes estadounidenses para el combate porque a Kennedy le inquietaba que una ofensiva abierta estadounidense contra Cuba pudiera provocar un movimiento soviético contra Berlín.[16] El desembarco tuvo lugar en dos playas, una de ellas llamada Playa Girón, situada en la bahía de Cochinos, en la remota y pantanosa región situada al sur de Matanzas. Se da la causalidad de que era una zona que Castro había explorado a fondo recientemente mientras investigaba un proyecto personal para drenar las marismas. La invasión se vio precedida de varias incursiones desde el cielo contra las bases aéreas de la isla con bombarderos estadounidenses tripulados por pilotos cubanos. Pero los ataques no lograron poner fuera de circulación a la minúscula fuerza aérea cubana, lo que tuvo consecuencias fatídicas para los invasores. Sin

autorización para efectuar nuevos ataques aéreos y privada, por tanto, de apoyos desde el aire, la fuerza invasora se vio acosada por los aviones cubanos. Dos cargueros fueron hundidos, el buque de mando de la CIA fue alcanzado y el resto de la flota huyó, dejando a mil trescientos hombres abandonados a su suerte en las dos playas. Las tropas cubanas se trasladaron rápidamente al área que se encontraba bajo el enérgico mando de Castro. Una fotografía de la época lo muestra saltando de un tanque cubano en la zona de guerra. Tras dos días de feroz combate, durante los cuales los ataques aéreos que la Administración estadounidense acababa de autorizar causaron multitud de bajas en la milicia cubana, los invasores fueron derrotados.

La victoria de Playa Girón fue recibida con euforia en todo el país. Era como si Estados Unidos se hubiera llevado por fin su merecido tras un siglo de intromisiones en los asuntos de Cuba. Nunca el prestigio de Castro entre la población alcanzaría cotas más altas. Poco antes de los desembarcos, cuando estalló la crisis, se había sentido lo suficientemente seguro del apoyo masivo con el que contaba como para declarar por primera vez que la Revolución era una revolución socialista. Ese mismo año declaró en televisión que era marxista y que la Revolución Cubana tendría un programa «marxista-leninista». La letra de una canción popular de los días posteriores a los acontecimientos de Playa Girón, «Cuba Sí, Yanquis No», sugiere que la fe colectiva en Castro venía a invalidar cualquier resquicio de las viejas ideologías; si Fidel estaba al mando, daba a entender la canción, no importaba la dirección que tomara la Revolución:

> Si las cosas de Fidel son cosas de buen marxista, que me pongan en la lista que estoy de acuerdo con él.

El episodio de Playa Girón no sólo contribuyó a definir la ideología oficial de la Revolución, sino que también aceleró su institucionalización. Tres meses después, Castro anunció la fusión de los grupos de oposición a Batista, su propio Movimiento, el 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y los comunistas, en las Organizaciones Integradas Revolucionarias, como primer paso hacia la creación de un nuevo Partido Comunista. También llevó a los dirigentes cubanos a tratar de estrechar lazos con la Unión Soviética. Para ellos no había duda de que Estados Unidos intentaría una nueva invasión, esta vez con marines estadounidenses. Los documentos

oficiales estadounidenses desclasificados a finales de los años noventa revelan que la Administración Kennedy no sólo estaba llevando a cabo un programa de operaciones encubiertas contra Cuba en colaboración con los exiliados cubanos, conocido como Operación Mongoose o Mangosta, sino que también había diseñado planes para una intervención militar estadounidense, la Operación Northwoods.[17] La Operación Mangosta incluía actos de sabotaje, ataques paramilitares, apoyo continuado a actividades guerrilleras, dinero falso, contaminación de productos cubanos, etc., todo ello financiado con un presupuesto de unos 100 millones de dólares y controlado desde un gigantesco centro de operaciones situado en el campus de la Universidad de Miami. La Operación Northwoods, por su parte, preveía una invasión anfibia de Cuba con un cuarto de millón de soldados, marines y aviadores militares estadounidenses y un completo apoyo aéreo y naval.[18]

Castro había establecido una estrecha relación con Kruschev en septiembre de 1960 durante una Asamblea General de Naciones Unidas celebrada en Nueva York; el famoso abrazo entre los dos hombres, el bajito y rechoncho líder soviético y el imponente cubano, parecía reflejo de una sincera simpatía mutua. Poco después se firmó un pacto comercial y militar entre los dos países. La Unión Soviética estaba experimentando un rápido crecimiento económico y el nuevo sentimiento de confianza que ello generaba llevó al Kremlin a tratar de mejorar su posición dentro del equilibrio de poder en el mundo proporcionando ayuda económica y militar a los Estados radicales del Tercer Mundo. Una Cuba prosoviética representaba para Kruschev una doble oportunidad: frenar la creciente influencia de China en el Tercer Mundo y, sobre todo, presionar a Estados Unidos. Por su parte, Castro estaba ansioso por obtener una sustancial ayuda militar soviética después de la victoria en la bahía de Cochinos con el fin de disuadir a Estados Unidos de realizar una nueva tentativa de invasión. Además, la situación interna en 1962 era muy inestable. Las guerrillas antigubernamentales estaban activas en las montañas de Escambray, donde había operado el DR durante la guerra contra Batista, la economía se tambaleaba y habían surgido tensiones en el nuevo partido entre los castristas y algunos viejos comunistas.

La idea de instalar misiles soviéticos de medio alcance en suelo cubano provino, según algunos testimonios, del propio Kruschev.[19] Con ello, el máximo dirigente soviético esperaba fortalecer súbitamente su capacidad negociadora con Washington. Era un

movimiento dictado por el puro oportunismo, ya que el equilibrio en la estrategia de la disuasión nuclear favorecía a Estados Unidos, y era muy difícil que el país norteamericano aceptara la presencia de cabezas nucleares en su patio de atrás. Castro, que no estaba al corriente de la distribución de la capacidad de ataque entre las dos superpotencias, creía evidentemente que Cuba podría resguardarse bajo el paraguas nuclear de la Unión Soviética sin desencadenar una guerra mundial.[20] Al margen de esto, confiaba en lograr, al menos, una garantía de que Estados Unidos no invadiría Cuba. Además, a los ojos de Castro estaba en juego un importante principio: el derecho de Cuba, en tanto que nación soberana, a defenderse como quisiera.

Hoy sabemos que en octubre de 1962 ya se habían entregado a Cuba treinta y seis cabezas nucleares para su uso con misiles de alcance intermedio. Además había nueve misiles nucleares de corto alcance con lanzadores Luna listos para ser empleados contra Guantánamo en el este y bahía Honda en el oeste, donde se esperaba una invasión anfibia. Esos misiles móviles de tipo Frog dependían de las órdenes de oficiales soviéticos locales que tenían facultades para lanzarlos en caso de invasión sin consultar al mando supremo en La Habana o Moscú. Los líderes cubanos han insistido desde entonces en que realmente esperaban una invasión, y efectivamente, después se descubrió que las tropas estadounidenses habían entrado en estado de alerta máxima, que había bombarderos B52 preparados para un ataque aéreo y que se habían quitado las tapas de los misiles de largo alcance orientados hacia la Unión Soviética. Por otro lado, en la isla había unos cuarenta y dos mil soldados soviéticos dando apoyo a los doscientos cuarenta mil cubanos integrantes de las Fuerzas Armadas.[21] La información facilitada por el coronel Oleg Penkovsky, agente soviético de la CIA, sobre la ubicación de los misiles fue confirmada por las fotografías tomadas por los aviones espía estadounidenses U2, que revelaron la presencia de los misiles de alcance intermedio. Ante las apremiantes preguntas de Kennedy, Kruschev aseguró que sólo se trataba de armas defensivas, respuesta que Castro consideró desacertada, como explicaría más tarde, tanto desde el punto de vista político como ético.[22]

Kennedy exigió entonces su retirada e impuso un franja de cuarentena alrededor de la isla. El 24 de octubre, un convoy ruso que incluía un carguero con veinte nuevas cabezas nucleares a bordo se dirigió hacia la flota estadounidense que rodeaba la isla. El mundo parecía al borde de la guerra nuclear. En el último momento, Kruschev

se echó atrás. El convoy ruso dio la vuelta y se encaminó hacia casa. El día 27, un avión U2 estadounidense fue derribado por un misil tierra-aire ruso. Sin embargo, Kennedy y Kruschev ya estaban negociando un final para la crisis. Sin consultar a Castro, el máximo dirigente soviético accedió a sacar los misiles nucleares de Cuba a cambio de la retirada de una anticuada generación de misiles estadounidenses de Turquía y la promesa de que Estados Unidos no intentaría invadir Cuba.

La crisis de los misiles de 1962 había empezado como una disputa sobre el derecho de Cuba a poseer armas ofensivas y había terminado en una confrontación entre superpotencias en la que Cuba era solamente un peón más. Según sus propias palabras, Fidel Castro estaba enfadado por haber sido excluido de las negociaciones que se llevaron a cabo entre soviéticos y estadounidenses. En una entrevista ofrecida a la NBC muchos años más tarde, dijo lo siguiente acerca de la decisión de Kruschev: «No nos sentimos traicionados, pero estábamos muy molestos y disgustados». Más recientemente aseguró que si hubieran consultado a los cubanos, éstos habrían podido negociar el cierre de la base estadounidense de Guantánamo y la suspensión de los vuelos de los U2.[23] La animosidad resultante entre La Habana y Moscú iba a prolongarse durante toda la década de 1960. El resentimiento quedó reflejado en un discurso secreto que Castro pronunció ante el Comité Central en enero de 1968 y que calificaba la retirada de la Unión Soviética de traición.[24] Sin embargo, como venía siendo habitual en él, Castro supo sacar algún partido de todo aquel asunto. Indirectamente había conseguido de Estados Unidos la garantía de que no prepararía una invasión militar de Cuba. Al mismo tiempo se había asegurado la clase de apoyo por parte de la Unión Soviética que era imprescindible si Cuba quería sobrevivir al embargo económico estadounidense.

Hoy ya nadie puede discutir que las acciones del Gobierno estadounidense empujaron a Castro a una dependencia militar y económica de la Unión Soviética mayor de lo que él habría deseado. El empuje central de la Revolución Cubana se dirigía a la búsqueda de la independencia y la modernización; era ante todo un movimiento nacionalista cuyas raíces se hallaban en la lucha anticolonial. Ninguna de las posteriores proclamaciones de amistad entre ambos países pudo ocultar la situación de dependencia de Cuba respecto a su nueva aliada. La economía cubana empezó a quedar tan atrapada dentro de la de los países del Comecon como lo había estado antes en la de

Estados Unidos, aunque la forma que adoptó esta vez esa dependencia fue muy distinta.

Pese a todo, no fue solamente el intento de superar la hostilidad estadounidense lo que llevó a Castro a alinear a Cuba con los soviéticos. Dado el enconado antiamericanismo que albergaban los líderes cubanos, era lógico que sintieran simpatía por la URSS como ostensible defensor de toda oposición al imperialismo y al neocolonialismo estadounidense. No obstante, también hubo un componente ideológico en el giro del Gobierno cubano hacia el socialismo de tipo soviético, y éste es el aspecto que a menudo se ha tendido a malinterpretar. Aparte de su simbólica adhesión a los valores socialistas, la Unión Soviética ofrecía a los dirigentes cubanos un modelo de modernización a través de una economía dirigida que encajaba con su estrategia. Después de que la Revolución de 1917 no consiguiera extenderse a los países más modernizados de Europa, el Estado soviético de Stalin abandonó la estrategia internacionalista de los viejos líderes bolcheviques y se volcó hacia el interior, hacia la autarquía; la teoría de que el socialismo en un solo país era posible se convirtió en la nueva ortodoxia. A través de un brutal proceso de industrialización, la URSS acabó convirtiéndose en una poderosa economía estatal. Dicha transformación se llevó a cabo con independencia del resto del mundo y bajo la dirección centralizada del Partido Comunista.

Castro sentía cierta simpatía por Stalin, aunque difícilmente podríamos describirlo como estalinista. En una entrevista con un periodista estadounidense, declaró que «Stalin tuvo […] grandes méritos, extraordinarios méritos sin duda, en el período de industrialización de la URSS, y a la cabeza del Estado soviético en los difíciles días del ataque nazi», pero en otra posterior admitió que Stalin «cometió los errores que todos sabemos, la represión, las purgas y todo eso», y atacó el legado de «exclusión», «mentalidad de gueto», «control» obsesivo e «infiltración» sectaria que el estalinismo había dejado en partidos comunistas como el PSP.[25] Los líderes cubanos miraban también hacia otros modelos de desarrollo centralizado en un sistema de partido único, como Corea del Norte y China. Castro creía que su programa revolucionario de reformas requería un grado similar de control político y económico. El retorno a la empresa privada o incluso una economía mixta fomentarían el pluralismo político, y aunque tales medidas fueran posibles en las condiciones «de asedio» impuestas por Estados Unidos, no harían sino ralentizar o impedir la

tan anhelada transformación de la sociedad cubana. De todos modos, el comunismo soviético no era un modelo que Castro deseara implantar en Cuba; prefería adaptarlo a las particulares circunstancias de la sociedad cubana. «No debemos ignorar la experiencia —dijo refiriéndose a los soviéticos en un discurso pronunciado en 1966—, pero también debemos evitar una copia mecánica de las fórmulas».[26]

De hecho, Castro era demasiado impaciente y la Revolución Cubana demasiado singular para la ortodoxia soviética. Incluso después de que Castro se declarara socialista en vísperas de la invasión de bahía de Cochinos, los dirigentes soviéticos tardaron un año en dar por bueno su liderazgo. Sin embargo, sí había un grupo de comunistas prerrevolucionarios que parecían contar con el apoyo del Kremlin. Desde el inicio de sus negociaciones secretas con Castro poco después del triunfo revolucionario, los líderes comunistas habían empezado a ocupar puestos destacados en el naciente nuevo Estado. Entre ellos hubo algunos capaces de adaptarse al muy poco ortodoxo liderazgo de Castro y los suyos; sin duda, el creciente acercamiento a la Unión Soviética allanó el camino en este sentido. Pero otros seguían sintiéndose incómodos con el castrismo y habían tratado de valerse de sus puestos para colocar a comunistas de confianza a la cabeza de las organizaciones de base del nuevo partido. En marzo de 1962, Castro hizo valer su autoridad lanzándose a un virulento ataque contra el miembro más notable de esa facción, Aníbal Escalante, al que acusó de llenar el partido de familiares y compañeros suyos; ahora que Cuba era oficialmente socialista, Escalante estaba aprovechando su prestigio como comunista para, según Castro, minar la autoridad de sus verdaderos líderes.[27]

En un incidente anterior, ocurrido durante un acto de conmemoración a los muertos en el intento de asalto al palacio presidencial de 1957, entre ellos el dirigente estudiantil José Antonio Echeverría, el presidente de la Federación leyó el testamento de Echeverría, omitiendo, por orden de los miembros de dicha facción, un pasaje que deja entrever su religiosidad. Castro, que iba siguiendo el texto del testamento, se levantó de un salto para pronunciar un apasionado discurso en el que denunciaba la censura como «concepción miope, sectaria, estúpida y manca, negadora de la Historia y negadora del marxismo». Era, continuó, «un síntoma, una corriente miserable, cobarde, mutilada, de quien no tiene fe en el marxismo, de quien no tiene fe en la Revolución, de quien no tiene fe

en sus ideas».[28] Al atacar al grupo de los comunistas prerrevolucionarios, Castro estaba afirmando también su independencia con respecto a la ortodoxia de Moscú. El embajador ruso, que había estado involucrado en el episodio de Escalante, fue destituido a petición de Castro y sustituido por un hombre de su elección. A partir de entonces, el Kremlin tendría que reconocer que sólo había una autoridad suprema en Cuba.

Durante las décadas siguientes, las políticas de Castro iban a fluctuar entre la ortodoxia y la heterodoxia en función de las circunstancias nacionales e internacionales. Había elementos de la ortodoxia soviética que, a juicio de Castro, encajaban con las condiciones existentes en Cuba: la necesidad del control estatal, una disciplinada mano de obra, la subordinación del consumo a la producción. El marxismo-leninismo era una iglesia ideológica mundial cuya bestia negra era el imperialismo estadounidense, lo que hacía de ella una comunidad de fe de la que Castro, Guevara y otros podían sentirse parte integrante. Además, los conceptos de libertad, igualdad y derecho de autodeterminación que destacaban en la doctrina oficial de la Unión Soviética eran valores consagrados por la tradición radical cubana.

Ahora bien, si el movimiento marxista-leninista era una «iglesia», muchas eran ya sus herejías. Lenin ya había cuestionado el marxismo clásico en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, al asegurar que el imperialismo creaba las condiciones en las que era posible la revolución en sociedades semidesarrolladas como la Rusia zarista, donde la clase obrera industrial constituía una pequeña minoría de la población. También había afirmado en *¿Qué hacer?* que sólo una vanguardia revolucionaria de intelectuales podía dirigir la revolución socialista porque los trabajadores estaban demasiado impregnados de un sindicalismo compatible con el capitalismo. Estas dos influyentes obras sirvieron para otorgar el sello marxista-leninista a la Revolución Cubana y a su estructura de autoridad; resulta significativo que Castro aluda a estas dos obras como instructivas influencias en su pensamiento de principios de los años cincuenta.[29]

Ahora bien, pese a los intentos de historiadores y políticos cubanos, la Revolución no puede insertarse a la fuerza dentro del molde del socialismo revolucionario, del mismo modo que la Unión Soviética de Stalin rompió con las tradiciones marxistas-leninistas. Aquel proceso no fue resultado directo de la lucha de clases, y tampoco la clase obrera organizada se erigió en la nueva fuerza hegemónica de la

sociedad cubana. En realidad, la Revolución participa más bien de los movimientos de liberación nacional que recorrieron el Tercer Mundo en la posguerra. Como sucedió en Cuba, por lo general dichos movimientos estaban dirigidos por sectores desafectos de la clase media que llegaron al poder con un programa populista y nacionalista y que a menudo empleaban la palabra «socialismo» para describir la economía nacionalizada, las políticas igualitarias y el Estado centralizado que vinieron a sustituir a los elementos del viejo régimen.

No obstante, la génesis de la Revolución Cubana fue distinta a la de cualquier otra revolución del Tercer Mundo. La diferencia más llamativa fue la facilidad con la que se produjo la victoria de Castro. En comparación con las largas y sangrientas luchas libradas en China, Argelia y Vietnam, por ejemplo, la Revolución Cubana fue una tarea relativamente sencilla. Eso se debió a las particulares condiciones estructurales de la sociedad cubana: la fragilidad política del régimen de Batista, la dependencia de las élites económicas cubanas con respecto a Estados Unidos, el reducido tamaño de la isla y su relativamente desarrollada sociedad urbana. Fue en gran medida la facilidad de la victoria de Castro la que despertó las ilusiones de millones de personas en Latinoamérica y Europa, para las que la Revolución se hizo depositaria de esperanzas y fantasías que poco tenían que ver con la realidad cubana. Lejos de constituir un prototipo universal, la Revolución fue una cuestión cubana que no podía repetirse en ningún otro lugar, como más tarde descubrirían por experiencia propia los líderes revolucionarios. La Revolución se inspiró en la historia cubana, y la forma que adoptaron sus instituciones fue producto de los imperativos del crecimiento económico y la reforma social bajo las condiciones del embargo económico impuesto por Estados Unidos. Y también fueron estos dos imperativos los que centraron la atención de Castro en la primera década de su Revolución.

[1]. Franqui, C., 1976, *Diario de la Revolución Cubana*, París, Ruedo Ibérico, p. 473.

[2]. Castro en Ramonet, 2006, p. 200.

[3]. Franqui, C., 1981, pp. 39-40; Farber, S., *The Origins of the Cuban Revolution Reconsidered*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006, pp. 61-67.

[4]. Szulc, T., *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987, pp. 369-373. [Hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987.]

[5]. Ramonet, 2006, pp. 223-226.

[6]. Domínguez, J. I., *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University, 1978, p. 195.

[7]. El juicio retrospectivo de Castro sobre Matos, al igual que su valoración de muchos de los que, como él, terminaron desaprobando el rumbo de la Revolución, era cuando menos poco generoso. En lugar de reconocer diferencias ideológicas o políticas, Castro le achacó defectos personales, como la arrogancia y la ambición. Del mismo modo, tachó a Urrutia de oportunista y mediocre. Véase Ramonet, 2006, p. 519.

[8]. *Bohemia*, 29 de noviembre de 1959; *Revolución*, 23 de noviembre de 1959; Skierka, 2006, pp. 86-87.

[9]. Smith, W. S., *The Closest of Enemies*, Nueva York, Norton, 1987, pp. 144-145.

[10]. Szulc, 1987, p. 384.

[11]. Ramonet, 2006, pp. 202-205.

[12]. Beschloss, M. R., *Kennedy v. Krushchev. The Crisis Years* 1960-63, Londres, Faber and Faber, 1991, p. 104.

[13]. Ramonet, 2006, pp. 230 y 244.

[14]. El documento que autorizaba la invasión, «A Program for Covert Action Against the Castro Regime, 16 March 1960», fue desclasificado el 9 de abril de 1998: Departamento de Estado, *Foreign Relations of the United States* 1958-1960, vol. VI, Cuba, 1960.

[15]. Szulc, 1987, p. 384.

[16]. Beschloss, pp. 105-108.

[17]. Kasten, Nelson A., «Operation Northwoods and the Covert War against Cuba' 1961-1963», en *Cuban Studies*, nº 32, 2001, pp. 145-154.

[18]. May, E. R. y Zelikow, P. D., eds., *The Kennedy Tapes. Inside the White House during the Cuban Missile Crisis*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1997, pp. 26-27 y 91.

[19]. Kruschev, N., *Khrushchev Remembers*, Penguin, Harmondsworth, vol. 1, 1971, pp. 526-527. Esto fue confirmado por Castro en su discurso en la Conferencia de La Habana sobre la Crisis de los Misiles en enero de 1992; véase también Beschloss, pp. 382-383.

[20]. Véase su conversación con Szulc, T., 1987, pp. 470-474.

[21]. Blight, J. G. y Welch, D. A., *On the Brink. Americans and Soviets Reexamine the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, Noonday Press, 1990; Brown University, *Tripartite Conference on the October Crisis of* 1962 (*Havana* 8-13 *Jan.* 1992), 1992; entrevista del autor con el coronel Casteneiros, marzo de 1992.

[22]. Ramonet, 2006, pp. 249-250.

[23]. *Ibid.*, p. 252; *Granma Weekly Review* (*GWR*), 13 de marzo de 1988.

[24]. Algunos extractos del discurso y el debate en el Comité Central están traducidos al inglés en Blight, J. H. y Brenner, P., *Sad and Luminous Days. Cuba's Struggle with the Superpowers after the Missile Crisis*, Maryland, Rowman y Littlefield, 2002, pp. 35-71.

[25]. Ramonet, 2006, pp. 201 y 351; Castro, F., *Fidel Castro habla con Barbara Walters*, Colombia, Carlos Valencia Editores, 1977, p. 69.

[26]. Citado en Dumont, R., *Is Cuba Socialist?*, Nueva York, Viking Press, 1974 , p. 39.

[27]. *Cuba Socialista*, mayo de 1962.

[28]. *Op. cit.*, abril de 1962. También en «Discursos de Fidel», en *Granma*, Discurso pronunciado en el Acto homenaje a los mártires del asalto al Palacio Presidencial en la escalinata de la Universidad de La Habana el 13 de marzo de 1962.

[29]. En Ramonet, 2006, p. 105.

5
LA GRAN ILUSIÓN

La Revolución Cubana tuvo toda la apariencia del triunfo del heroísmo individual. El logro de Castro de derrocar al régimen de Batista y desafiar a Estados Unidos fomentó una creencia de signo milenarista en la capacidad de la voluntad para superar todos los obstáculos. La relativa facilidad con la que se llevó a cabo la Revolución y el entusiasmo que ésta despertó en millones de cubanos llevaron a Castro y a los suyos a creer que esa misma determinación y ese mismo talento político permitirían movilizar a los cubanos para lograr el triunfo sobre el problema prácticamente irresoluble del subdesarrollo. Los obstáculos eran inmensos. Cuba era una isla pequeña y sólo parcialmente desarrollada que parecía estar atrapada en el monocultivo del azúcar y depender del apoyo soviético para la supervivencia de la Revolución. Pese a todo, la batalla por la modernización y la soberanía económica, librada bajo la bandera del socialismo, se convirtió en la principal preocupación de Castro tan pronto como llegó al poder. Las oscilaciones en sus decisiones políticas durante la primera década de mandato sólo pueden entenderse a la luz de esta gran ilusión.

Al mismo tiempo, el prodigioso papel de Castro en la Revolución hizo que, aun a su pesar, muchos cubanos creyeran que era infalible. Durante los años siguientes, iba a dedicar mucho tiempo en los discursos dirigidos a las masas a desvelar algunos de sus errores para someterlos a examen público. Incluso los liberales que decidieron exiliarse cuando se produjo el giro de la Revolución hacia la izquierda consideraban que lo único que podía explicar lo que sucedía era su carisma, o lo que uno de ellos calificó como «los fascinantes talentos de un líder único».[1] En contra de los deseos del propio Castro, en torno a su figura se gestó el culto a la personalidad, pero más atenuado y atractivo que el asociado con los líderes de otros regímenes comunistas. No había iconos destinados a honrar a los héroes vivos de la Revolución, y la amable imagen pública de Castro distaba mucho de la pétrea deificación de Stalin o de Kim Il Sung. Dondequiera que iba acababa rodeado por la multitud. Era camarada, caudillo y benefactor al mismo tiempo.

La base de la popularidad de Castro era indudablemente su relación

única con el pueblo, ya fuera en la pantalla del televisor o en los encuentros públicos. A decir de todos, durante sus años universitarios había sido un buen orador, pero su estilo cambió radicalmente después de la Revolución. De joven tenía tendencia a usar la ampulosa retórica propia de los políticos de la época y común a las tradiciones cubanas e hispánicas. Aquel grandilocuente estilo oratorio estaba cargado de alusiones bíblicas y literarias, y basaba su efectividad en un crescendo de antítesis y resonantes epítetos que acababan moviendo a la multitud a la acción. Sus discursos posrevolucionarios eran igual de profusos y considerablemente más largos, en ocasiones casi interminables, pero su propósito era por lo general más didáctico que agitador, lo que reflejaba el nuevo papel de líder que había asumido. En esos discursos lograba conectar inmediatamente con la multitud y establecía una especie de diálogo en el que él reaccionaba en función de la atmósfera reinante entre el público e improvisaba respuestas a los comentarios que le llegaban desde abajo. Pronunciadas en un tono sorprendentemente agudo para un hombre de semejante tamaño, sus alocuciones abarcaban una gran variedad de asuntos, y él no escatimaba esfuerzos en explicar sus puntos de vista en términos populares, alternando hechos e interminables datos estadísticos con bromas e imágenes cotidianas próximas a la experiencia de la gente corriente. En un discurso ofrecido a los trabajadores del metal en 1967, por ejemplo, mencionó el caso de los famosos helados Coppelia, de producción estatal, para ilustrar su creencia en la superioridad de la producción socialista sobre la capitalista. El capitalismo, admitía, genera productos mejor hechos inicialmente pero después tiende a reducir la calidad. El socialismo, en cambio, se esfuerza constantemente por mejorar la calidad. Así, continuaba, la fábrica de helados nunca había cejado en el empeño de incrementar su variedad de sabores, y ahora ya había veinte.[2]

También se servía del foro público para lanzar campañas contra las élites o los individuos del régimen con los que se había enemistado. Para deleite del público, lanzaba colosales invectivas, mencionando a sus víctimas o aludiendo a individuos, grupos o departamentos gubernamentales no identificados hasta hacer trizas su reputación política. La importancia de la oratoria para el ejercicio del poder en Castro se puede juzgar por el hecho de que, hasta que tuvo los primeros problemas de salud en los años noventa, estuvo dando una media de un discurso cada cuatro días de una extensión que oscilaba entre una hora y medio día, dependiendo de las exigencias políticas

del momento. Los discursos más breves fueron los de los años setenta, momento en el que optó conscientemente por desempeñar un papel menos destacado en el Gobierno de Cuba.

Durante los años sesenta, Castro se dedicó fundamentalmente a movilizar al pueblo cubano para la hercúlea (por no decir quimérica) tarea de la modernización. Los problemas a los que se enfrentaban, según los dirigentes cubanos, no eran sólo materiales sino también psicológicos. Superar el subdesarrollo implicaba crear un Hombre Nuevo. En una inversión típicamente castrista del determinismo estalinista, el Hombre Nuevo se forjaría para aumentar las fuerzas productivas y no como consecuencia del desarrollo de éstas. No en vano, supuestamente ese Hombre Nuevo estaba ya presente en las figuras de los líderes revolucionarios, tanto hombres como mujeres (aunque a la Mujer Nueva se le daba mucha menos importancia). La ética oficial de la Revolución era una prolongación a la vida cotidiana de la de la campaña de Sierra Maestra. Las nuevas virtudes que se esperaba adoptaran los cubanos eran la austeridad, la disciplina, el altruismo y la camaradería. En un discurso pronunciado ante los delegados de los trabajadores a finales de 1959, Castro advirtió de que en el «ejército de trabajadores» debía haber disciplina, camaradería y unidad, y afirmó que ellos eran «los oficiales de este ejército, los líderes».[3]

La ética de la Revolución fue malinterpretada por muchos izquierdistas extranjeros que veían a Cuba como modelo. El énfasis en la austeridad y la disciplina no marcó el nacimiento de una nueva sociedad, como ellos pensaban, sino el regreso a la primitiva acumulación de capital gestionada por el Estado. Como reiteraría Castro durante décadas, los cubanos tenían que trabajar el doble, subordinando el consumo privado a la producción con el fin de superar el legado del pasado. «Queremos trabajar fuerte —dijo Castro en un discurso pronunciado mucho después—, porque tenemos que trabajar fuerte, porque somos un país del Tercer Mundo, porque perdimos siglos de colonialismo, casi sesenta años de neocolonialismo, y hemos perdido unos cuantos años también en la Revolución. ¡Tenemos que recuperar el tiempo perdido!».[4] El régimen de austeridad se endureció todavía más debido al embargo económico de Estados Unidos y a la necesidad de desviar los escasos recursos existentes hacia la defensa nacional. La nueva ideología hizo así de la necesidad virtud.

Más aún que la reforma económica, la gran preocupación de Castro

era garantizar los recursos humanos y sociales que consideraba vitales para el despegue económico, en particular la educación, la sanidad y la vivienda. Poco después de la victoria organizó a miles de jóvenes voluntarios en brigadas y los envió al campo a enseñar a leer y a escribir a los muchos analfabetos que había entre la población rural. Aquella campaña se convirtió en una de las grandes gestas de la Revolución, ya que en pocos años erradicó prácticamente por completo el analfabetismo de Cuba. También sirvió para socializar a muchos cubanos de las ciudades y el campo en los nuevos valores de la Revolución. Prestaciones estatales como un servicio de salud gratuito y moderno, un eficiente sistema educativo y viviendas nuevas y económicas se consideraban un imperativo tanto político como económico. Pensaban que cubrir las necesidades básicas de la población hacía disminuir la importancia de los salarios y la demanda de bienes de consumo.

El campo salió más beneficiado que las ciudades de esas inversiones estatales. Las zonas rurales habían sufrido grandes privaciones antes de la Revolución. Sólo el 15 por 100 de la población rural contaba con agua corriente, frente al 80 por 100 en el caso de la población urbana, y sólo el 9 por 100 de los hogares del campo tenían electricidad. Los trabajadores agrícolas ganaban menos de ochenta dólares al mes de media (en comparación con los ciento veinte dólares de salario mensual medio en la industria), aunque el subempleo era una práctica crónica en esas zonas. Los fondos del Estado se invirtieron entonces en las áreas rurales para crear puestos de trabajo e infraestructura. La Habana, por su parte, quedó bastante descuidada, y vio cómo sus fachadas se apagaban y se desconchaban en medio de una atmósfera húmeda y salina.

Las reformas sociales y la campaña moral se veían sustentadas por la convicción de Castro y sus más estrechos seguidores de que podían acelerar las fases del desarrollo y crear en poco tiempo las condiciones necesarias para el establecimiento de una sociedad comunista en la que cada persona recibiera en función de sus necesidades y diera en función de su capacidad. El marxismo ortodoxo insistía en que sin el desarrollo a gran escala de las fuerzas productivas no era posible el socialismo; el subdesarrollo o el semidesarrollo implicaban la persistencia de las relaciones capitalistas de producción bajo una forma u otra, independientemente del grado de nacionalización de la economía. El Che Guevara, que era, de todos los castristas, el más elocuente defensor del socialismo aquí y ahora, afirmaba, en cambio,

que el alineamiento de Cuba con el desarrollado bloque soviético permitía saltarse algunas fases de la transición hacia el socialismo.[5]

Los dirigentes bolcheviques de habían enfrentado a un dilema similar en 1924. Rodeados de Estados hostiles por todas partes y ante la oposición de la masa de campesinos a cualquier medida socialista, se sumieron en una ardua polémica sobre el modo de salvar la Revolución. Un sector defendía una política de rápida industrialización, y para ello había que acumular capital mediante la subordinación del consumo a la producción y la disminución de los bienes rurales privados. Otro sector de los bolcheviques, temeroso del derrumbe de la agricultura y de la contrarrevolución encabezada por el campesinado más acomodado, propugnaba una política que permitiera enriquecerse a los campesinos y empleara, por tanto, a la empresa privada para la reconstrucción de Rusia. Stalin apoyó inicialmente la segunda opción, y una vez en el poder puso en práctica la primera y eliminó el campesinado.

Los líderes cubanos no creían encontrarse ante ninguno de estos problemas; la alianza económica con el bloque soviético permitía una industrialización sin traumas, y el campesinado cubano sí defendía la reforma agraria socialista. Bajo la dirección del Che Guevara en su calidad de ministro de Industria, se elaboraron ambiciosos planes para industrializar Cuba sin sacrificar los niveles de vida de sus habitantes. No en vano, en los dos primeros años se produjo un aumento del consumo, una vez que los sectores más pobres de la población tuvieron acceso a una mejor alimentación y mejores viviendas. Esta redistribución fue en parte posible gracias a la fluidez con la que transcurrió la Revolución; la economía no se había visto dañada por una guerra civil, las fábricas estaban bien surtidas y bien equipadas y las reservas extranjeras procedentes de las exportaciones anteriores seguían disponibles. Sin embargo, pronto quedó de manifiesto que la economía no podía sostener unos niveles de consumo tan relativamente altos; las provisiones se estaban agotando, se estaba acabando con el ganado porque se sacrificaba para comer y el embargo económico estadounidense no se podía contrarrestar enteramente con los intercambios con el bloque soviético. En marzo de 1962 se impuso el racionamiento por primera vez; los cubanos tendrían que convivir con él en adelante.

Al mismo tiempo, la esperanza de que la economía cubana pudiera insertarse de alguna manera en la de los países del Comecon se vio socavada por dos grandes problemas: la distancia física y la

incompatibilidad de la industria y la infraestructura de Cuba, orientadas hasta entonces a la economía estadounidense, con las del bloque soviético. Además, ni la tecnología del Comecon ni sus técnicos estaban al mismo nivel que los de Estados Unidos. La combinación de inexperiencia y mala calidad de las materias primas y las máquinas originó numerosos fallos en el programa de industrialización. Pese a las optimistas previsiones de Castro y algunos otros, la industria creció tan sólo un 0,4 por 100 en 1962 y llegó incluso a decrecer un 1,5 por 100 al año siguiente. La agricultura se resintió todavía más, no sólo como resultado de la primacía otorgada a la industrialización, sino también debido a una serie de colosales y no siempre exitosos intentos de diversificar la producción. La industria azucarera, que ya se encontraba en un pésimo estado con Batista, se vio afectada por la pérdida de muchos de sus administradores y técnicos, que habían empezado a emigrar a Estados Unidos en torno a un año después del triunfo revolucionario. Además, en aquel desenfrenado esfuerzo por diversificar la agricultura se habían quemado muchos campos de caña de azúcar; la cosecha de 1963 resultó ser la peor desde la Segunda Guerra Mundial. Según las estadísticas del Gobierno, la producción de azúcar cayó desde un máximo posrevolucionario de 6.876.000 toneladas en 1961 a 3.883.000 en 1963, al tiempo que el índice de producción agrícola total descendía a su nivel más bajo desde los años cuarenta y la producción industrial sufría un pronunciado descenso.[6] Los problemas se vieron agravados por el trastorno económico derivado del cambio estructural y por la desviación de los recursos hacia la defensa. A mediados de 1963, la economía cubana iba camino de la depresión.

La crisis sacó a la luz las divisiones latentes en el seno de la cúpula dirigente cubana. Tanto Castro como Guevara habían sido defensores del modelo estalinista de industrialización y diversificación agrícola. Ese proceso de modernización económica tenía que ser gestionado enteramente por una directiva centralizada que estableciera los objetivos y controlara los presupuestos. A la cabeza de aquella vasta operación en su calidad de ministro de Industria, Guevara pasaba día y noche recibiendo informes, lanzando planes, controlando la contabilidad, estudiando a fondo los manuales técnicos, representando su nuevo papel casi del mismo modo que había representado el de guerrillero en la Sierra. Por su parte, Castro recorría el campo cubano incansablemente, emprendiendo ambiciosos proyectos agrícolas, redistribuyendo mano de obra y maquinaria, animando y dando clases

a su pueblo dondequiera que iba. El agrónomo francés René Dumont, que fue consejero suyo durante un breve espacio de tiempo, escribió sobre su experiencia: «Viajando con Castro a veces tenía la impresión de que estaba visitando Cuba con su propietario, que estaba exhibiendo sus campos y sus pastos, sus vacas cuando no sus hombres».[7] A los viejos comunistas, el estilo de los dirigentes revolucionarios les resultaba, sin duda, caótico. Además, en Europa del Este estaban empezando a soplar brisas reformistas que aconsejaban una gestión económica muy diferente de la practicada por los castristas.

El debate interno que surgió a continuación en Cuba fue similar al que se produjo entre los dirigentes bolcheviques en 1925 y entre los comunistas chinos en 1958-1959 tras el descalabro del Gran Salto Adelante. Adoptó la forma de un choque entre dos discursos muy diferentes sobre el desarrollo económico; por un lado, un modelo exógeno que se inspiraba en la Nueva Política Económica de Lenin, basada en la puesta en marcha de mecanismos de mercado, descentralización e incentivos materiales para empresas estatales en mutua competencia, y, por el otro, un modelo endógeno que hacía hincapié en la planificación centralizada, los incentivos morales y la necesidad social.[8] Los comunistas prerrevolucionarios y sus aliados en materia de política económica abogaban por el primer modelo, pues consideraban que la acumulación primitiva de capital sólo era posible sobre la base de un gran incremento de la producción azucarera. Sólo la exportación masiva de azúcar y un mejor uso de sus derivados podía, en su opinión, crear la plataforma necesaria para el despegue económico. Al mismo tiempo, defendían las nuevas reformas que se estaban extendiendo por Europa del Este, que garantizaban la autonomía económica interna, y un mayor énfasis en la rentabilidad y los incentivos materiales. Sus polémicas afirmaciones iban dirigidas tácitamente contra Guevara en tanto que principal partidario del modelo endógeno de política económica, aunque sabían que Castro secundaba sus ideas.[9] Sin embargo, Castro, en uno de sus habituales gestos de pragmatismo, cedió ante los reveses económicos de 1963. En un largo viaje sin Guevara a la Unión Soviética realizado en la primavera de 1963, firmó numerosos acuerdos que en la práctica relegaban a Cuba a la producción de sus materias primas tradicionales dentro de la división socialista del trabajo. Los dirigentes soviéticos recubrieron aquella amarga píldora con la garantía de un mercado para el azúcar cubano a un alto precio que permitía la planificación a

largo plazo. El ministerio de Guevara fue dividido, los recursos de la industria se desviaron hacia la agricultura y dio comienzo una sangría de empleados de la Administración.

Al igual que seguirían haciendo durante las décadas siguientes, los líderes cubanos trataron de responsabilizar del fracaso del proyecto de industrialización a los individuos en lugar de a las políticas o a los mecanismos de elaboración de las mismas. Estaba claro que los planes de Castro, Guevara y sus más estrechos seguidores habían sido demasiado ambiciosos. Reflexionando sobre este período muchos años después, Castro confesó que en aquel momento tenían muchas ideas bienintencionadas pero no demasiado realistas: «Queríamos saltar etapas».[10] Uno de los problemas era que el éxito político de la Revolución había hecho nacer la creencia de que la conciencia revolucionaria podía mover montañas. En un arrebato de honestidad muy propio de él, Guevara concluyó: «No basábamos nuestros argumentos en datos estadísticos, ni en la experiencia histórica. Tratábamos con la naturaleza de una manera subjetiva, como si hablando con ella pudiéramos convencerla».[11] Los trabajadores y técnicos cubanos actuaban con entusiasmo, en realidad casi con demasiado entusiasmo, pero en general carecían de la experiencia necesaria y de los conocimientos tecnológicos. Otro problema era la excesiva centralización de la toma de decisiones, que provocaba serios trastornos en la economía cubana. En eso Castro tenía mucha más culpa que Guevara, ya que era responsable del lanzamiento de numerosas iniciativas agrícolas a imagen de las ofensivas militares, iniciativas que, como él mismo admitiría más tarde, no tenían en cuenta la rentabilidad ni la tecnología apropiada.[12]

Pero a pesar de todo, fue Guevara el que pagó las consecuencias de la debacle, aunque durante un tiempo siguió estando tan cerca de Castro como siempre. Dieciocho meses después de que se anunciara la decisión de revisar la política económica, Guevara se marchó a hacer una gira por países africanos y asiáticos. A su regreso dimitió de sus cargos gubernamentales, renunció a su ciudadanía cubana y en abril de 1965 se fue a África. La marcha de Guevara de Cuba ha sido objeto de muchos debates. Es posible que se fuera simplemente porque no había un papel claro para él tras el fracaso de su política de industrialización. No fue expulsado, y tampoco parece que tuviera ningún desacuerdo fundamental con Castro, ya que éste no tardaría en reactivar muchas de las políticas que él más apreciaba. Además, era más propio del estilo de gobierno de Castro marginar, no destituir, a

cualquier defensor destacado de una política que él hubiera dado oficialmente por fracasada.

Sin embargo, los métodos poco ortodoxos de Guevara y sus crecientes críticas a las políticas de la Unión Soviética en el Tercer Mundo encajaban mal con el delicado proceso de acercamiento a Moscú exigido por la crisis económica. El discurso pronunciado por Guevara con motivo del encuentro de la Solidaridad Afroamericana en Argel en febrero de 1965, durante el cual acusó al bloque soviético de complicidad con el imperialismo, no iba precisamente destinado a ganarse el aprecio de la Unión Soviética. De hecho, se rumorea que a su regreso de Argel mantuvo un largo y acalorado intercambio con Fidel y Raúl Castro y el presidente Dorticós en el que reafirmó su oposición a la convergencia con la política internacional soviética y se marchó de Cuba sin despedirse de Castro.[13] Se unió a él un pequeño contingente de veteranos de la campaña de la Sierra para ayudar a los rebeldes de Kananga en su lucha contra el Gobierno congoleño. Desde allí, según el relato de Castro, se fue a Praga en marzo de 1966, y cuatro meses más tarde volvió en visita secreta a Cuba a entrenar a otros quince veteranos para una nueva campaña guerrillera en Bolivia y se sometió a cirugía plástica para modificar su aspecto. Durante aquella visita estuvo en contacto con Castro y otros dirigentes cubanos.[14] En octubre ya había levantado un campamento en las tierras altas bolivianas. Guevara siempre había dejado claro que su compromiso primordial era con la revolución del continente suramericano. El ejemplo de la Revolución Cubana hizo nacer la esperanza de que otras acciones similares podían tener éxito en lugares distintos. El nuevo clima de rebelión que estaba haciendo aparición en el Tercer Mundo a mediados de los años sesenta, potenciado por la resistencia de los vietnamitas frente a Estados Unidos, fomentó todavía más esa grandiosa visión. Probablemente ése fue el motivo más importante por el que Guevara se fue de Cuba.

La desaparición de Guevara y el hundimiento de la campaña de industrialización reforzaron a los elementos ortodoxos prosoviéticos del estrato intermedio de la cúpula dirigente cubana. De hecho, durante un tiempo se tuvo la sensación de que Castro estaba cediendo ante la creciente presión. El precio del renovado apoyo soviético fue cierta descentralización del sistema de toma de decisiones económicas y la introducción de una limitada gama de mecanismos de mercado. Al mismo tiempo, los dirigentes cubanos aceleraron el proceso de creación de un marco institucional ortodoxo reclamado con insistencia

por el Kremlin, y en octubre de 1965 se constituyó el único partido de la Revolución, el Partido Comunista de Cuba (PCC), integrado por las organizaciones que habían surgido de la victoria.

Pero Castro no había abandonado los dos objetivos inseparables de la Revolución: crear una sociedad comunista sobre la base de una economía desarrollada y garantizar una independencia duradera para Cuba. Las políticas soviéticas llevadas a cabo desde la crisis de los misiles parecían amenazar de manera creciente la consecución de dichos objetivos. En el plano interno, las nuevas reformas económicas puestas en marcha en la Unión Soviética eran incompatibles con el modelo postulado por Castro de una sociedad en lucha por sobrevivir y desarrollarse. A sus ojos, la tarea central de los cubanos era acumular recursos bajo la dirección de la élite revolucionaria, que se quedaría con el excedente para el pago de la defensa y la inversión industrial y costearía los servicios sociales esenciales, como la sanidad y la educación. Con la aplicación de los incentivos materiales, las reformas amenazaban con socavar los principios igualitarios de la Revolución y desviar los esfuerzos de los cubanos hacia objetivos materiales personales y no hacia la acumulación nacional. En cualquier caso, las gratificaciones monetarias no tenían demasiado sentido en una economía interna que ofrecía pocos bienes de consumo y un salario social relativamente alto. Las reformas dictadas por los soviéticos amenazaban también con convertir la economía cubana en un nicho de especialización dentro del sistema del Comecon, de modo que proporcionara azúcar y productos tropicales a cambio de bienes industriales, algo que no haría sino restablecer una relación de tipo neocolonial conocida desde hacía tiempo en Cuba, aunque bajo una apariencia diferente. Asimismo, el nuevo modelo económico recientemente adoptado por la Unión Soviética ponía el sistema político cubano al alcance de las élites emergentes de la Administración y de la clase trabajadora, sectores que no sólo generarían desigualdades sino que se interpondrían entre los dirigentes y el pueblo.[15]

En el plano internacional, las políticas de la Unión Soviética también parecían plantear dificultades serias para la Revolución Cubana. El XX Congreso del Partido Comunista Soviético celebrado en 1956 había declarado que el nuevo equilibrio de poder entre el Este y el Oeste ofrecía las condiciones adecuadas para el surgimiento pacífico del socialismo en Occidente del modo que determinaran las características locales de cada país, dando así luz verde a los partidos

comunistas para tomar el camino parlamentario hacia el socialismo. Esto implicaba la adopción de una nueva modalidad del sistema de Frente Popular; es decir, una alianza con las fuerzas alineadas en contra de las oligarquías locales, que iban desde los socialdemócratas hasta los generales progresistas. También entrañaba el desarrollo de una nueva relación con los países del Tercer Mundo caracterizada por una mayor preocupación por la viabilidad comercial en detrimento de la importancia del color político de los gobiernos. La decisión marcó en su día el inicio de una nueva era de coexistencia pacífica con Occidente que se vería trastocada brevemente con motivo de la crisis de los misiles de 1962.

Ni los dirigentes chinos ni los cubanos veían con buenos ojos la política de coexistencia pacífica y la vía parlamentaria hacia el socialismo. Durante más de medio siglo los métodos constitucionales habían fracasado en su intento de conseguir la reforma en Cuba. Cuando los gobiernos electos de Latinoamérica trataban de introducir cambios sociales y económicos eran amenazados y, en el caso de Guatemala, derrotados por la contrarrevolución respaldada por Estados Unidos. Según la mitología revolucionaria, tanto la Revolución China como la Cubana habían sido el resultado de campañas guerrilleras que habían empezado en el campo y se habían extendido a las ciudades. Para los castristas, en Latinoamérica se daban las condiciones apropiadas para tales acciones, que, confiaban, culminarían en una revolución a escala continental. En un apenas disimulado ataque a los partidos comunistas latinoamericanos, Castro declaró en 1966 que la guerra de guerrillas era el único camino revolucionario que podían tomar la mayoría de los países del continente: «Pero de lo que nosotros estamos convencidos es de que en la inmensa mayoría de los países de América Latina existen condiciones superiores para hacer la Revolución de las que existían en Cuba, y de que si esas revoluciones no se hacen en esos países es porque falta la convicción en muchos que se llaman revolucionarios». [16]

La situación internacional de mediados de la década de 1960 hacía pensar a los líderes cubanos que esa línea de actuación era crucial para la supervivencia de la Revolución. Castro se sentía consternado por la disputa chino-soviética, que no hacía sino debilitar al bloque socialista. «[…] ni siquiera los ataques de Vietnam del Norte [por parte de Estados Unidos] —dijo en un discurso en marzo de 1965— han tenido la virtualidad de superar las divisiones en el seno de la familia

socialista. ¿Y quién puede dudar de que esa división alienta a los imperialistas?».[17]

La estrecha proximidad con Estados Unidos hacía a Cuba extremadamente vulnerable, y los cubanos no confiaban en las garantías dadas a Moscú por los estadounidenses al final de la crisis de los misiles de que no tratarían de invadir la isla. Según Castro, la división chino-soviética, sumada a la nueva línea de moderación de la Unión Soviética, sobre todo tras la caída de Kruschev en 1965, no hacía otra cosa que fomentar en Estados Unidos una mayor agresividad, de la que sus crecientes intervenciones en Vietnam parecían constituir una señal clara. No se podía confiar en que Moscú defendiera la Revolucion Cubana; ésa había sido la traumática lección de 1962. Además, la Unión Soviética se mostraba cada vez más conciliadora con Estados Unidos. La Revolución Cubana necesitaba la ayuda soviética, pero sólo podía sobrevivir a largo plazo gracias a los gigantescos esfuerzos de su población por crear las bases materiales del desarrollo y a la exportación de su modelo a Latinoamérica, donde se esperaba que las nuevas revoluciones vinieran en ayuda de una Cuba acosada por las dificultades.

Para Castro, por tanto, las políticas de la Unión Soviética de mediados de los años sesenta no representaban ni una garantía de defensa contra Estados Unidos ni un modelo de desarrollo económico. Pero, al mismo tiempo, tampoco podía permitirse perder el apoyo de Moscú. Éste era el dilema que explicaba las oscilaciones en su línea política en la segunda mitad de los años sesenta. A partir de 1965, Castro empezó a distanciarse de la Unión Soviética y a criticar abiertamente su política en el exterior con mayor dureza aún que la empleada por Guevara. Si en los primeros años de la Revolución Castro había desafiado al Águila, ahora retaba al Oso. En el plano interno lanzó una nueva ofensiva para plantar cara de una vez por todas al problema del subdesarrollo, arrinconando a los pusilánimes, a los inconformistas y, sobre todo, a la residual oposición prosoviética que todavía existía en el interior del PCC. Ambas campañas correspondían al mismo objetivo general: defender la Revolución, afirmar la independencia cubana y movilizar al pueblo en la tarea de la modernización. El fracaso del programa de industrialización hacía ese proyecto todavía más urgente.

La enérgica actitud de Castro en sus relaciones con Moscú se basaba en un nuevo sentimiento de confianza. Efectivamente, la disputa chino-soviética había debilitado al bloque socialista, pero al

mismo tiempo también había otorgado a Cuba cierta capacidad de influencia sobre la Unión Soviética, que quería mantener a la isla a su lado por todos los medios. Pese a todo, Castro procuró guardar las distancias con los chinos, que estaban tratando de sacar provecho de las diferencias entre La Habana y Moscú.[18] El tibio apoyo ofrecido a Vietnam del Norte tanto por China como por la Unión Soviética hizo nacer la posibilidad de un tercer alineamiento de las fuerzas socialistas en el que se incluyeran Hanoi, el Vietcong, los cubanos y Corea del Norte. La resistencia de los norvietnamitas ante el embate de las bombas estadounidenses generó, sin duda, un inmenso entusiasmo entre los dirigentes cubanos. Por otra parte, Cuba gozaba de un prestigio en las naciones del Tercer Mundo y en muchos sectores de la opinión pública occidental que Moscú no podía desdeñar.

Pero la confianza de Castro descansaba, sobre todo, en su fe en la estrategia de la guerrilla en Latinoamérica. A comienzos de los años sesenta parecía que el ejemplo cubano podía exportarse. Entre los campesinos de Centroamérica y de la región andina reinaba un clima de gran agitación. Habían surgido grupos guerrilleros en Colombia, Venezuela, Perú y Guatemala. Y en Bolivia, la nación más pobre, más agreste y más central de Suramérica, Guevara se estaba preparando para emprender una guerra de guerrillas concebida para extenderse a los países vecinos, Argentina, Brasil, Perú y más allá. Su presencia en la selva boliviana con un selecto grupo de veteranos de la campaña de la Sierra despertó ilusiones desmesuradas sobre la posibilidad de una oleada revolucionaria en el subcontinente que acabara con el aislamiento de Cuba y redujera su dependencia respecto de la Unión Soviética. Incluso Castro pareció sucumbir al mito, reforzado por la Revolución Cubana, de que el heroísmo o la fe revolucionaria podían triunfar bajo cualquier circunstancia. La Revolucion Cubana no habría tenido lugar, dijo en un discurso en 1966, si se hubieran tenido en cuenta las condiciones objetivas. En cuanto a las condiciones subjetivas, continuó, «bueno, posiblemente aquí no pasaban de veinte, al principio no pasaban de diez, las personas que creyeran en la posibilidad de una Revolución […], lo que importaba no eran los individuos, sino la convicción; que el mérito no está en los individuos sino en la convicción».[19]

Los apenas disimulados ataques de Castro a la Unión Soviética entre 1965 y 1968 sólo pueden entenderse si se tiene en cuenta esa convicción de que estaba tomando forma un nuevo eje revolucionario encabezado por Cuba, Vietnam y Corea del Norte y que pronto

incluiría a los recién liberados países latinoamericanos y a otras naciones del Tercer Mundo. Sería un nuevo frente comunista que haría cambiar el rumbo del imperialismo estadounidense ante el que los soviéticos y sus seguidores ortodoxos parecían haber capitulado. Ésta fue la agenda oculta de la Conferencia Tricontinental de organizaciones revolucionarias de África, Asia y Latinoamérica celebrada en La Habana en enero de 1966, en el transcurso de la cual se leyó un llamamiento de Guevara a los revolucionarios latinoamericanos para crear «dos, tres, muchos Vietnam». Unos dieciocho meses después se produjo un encuentro de organizaciones revolucionarias latinoamericanas auspiciado por Cuba en el que se constituyó un nuevo frente, la Organización Latino-Americana de Solidaridad (OLAS). Con el voto en contra de los pocos partidos comunistas ortodoxos que asistieron al encuentro, la OLAS aprobó la estrategia de la guerra de guerrillas y eligió a un Guevara ausente, por aquel entonces internado en las tierras altas bolivianas, como presidente honorario. Durante la conferencia, Castro profirió ataques contra el Partido Comunista de Venezuela por sabotear el movimiento guerrillero en dicho país e intrigar contra Cuba. También criticó indirectamente a la Unión Soviética y al Comecon por proporcionar gasolina y conceder créditos a países que habían impuesto un boicot comercial a Cuba.[20]

Moscú reaccionó ante su cada vez más díscolo y quisquilloso protegido aplazando la firma de acuerdos comerciales y reduciendo finalmente un suministro de petróleo sumamente apremiante para Cuba. Un documento desclasificado de la Alemania del Este sugiere que la Unión Soviética y sus aliados se estaban planteando directamente si mantener o no su vinculación con Cuba.[21] Las relaciones cubano-soviéticas tocaron fondo cuando Castro se negó a asistir a la celebración del cincuenta aniversario de la Revolución Rusa en otoño de 1967. Tres meses más tarde efectuó su ataque más hiriente a la ortodoxia comunista. En la conferencia internacional de intelectuales de La Habana, proclamó:

> […] no puede haber nada más antimarxista que el dogma, no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de la ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles […]. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria.[22]

Pero en realidad, aquel atrevido mensaje iba dirigido principalmente a los miembros de las filas del partido en Cuba que recelaban de la dirección radical que estaba tomando la Revolución. En febrero de 1968, poco después del discurso de Castro, los más destacados defensores de la ortodoxia soviética fueron procesados por faccionalismo. La presentación del informe del Comité Central sobre las acusaciones corrió a cargo de Raúl Castro y duró doce horas. El documento presentaba un escabroso escenario de encuentros secretos de comunistas prosoviéticos y citas clandestinas con oficiales soviéticos y de Europa del Este.[23] Es altamente probable que la llamada «microfacción» no constituyera realmente una conspiración seria, pero sí vino a poner de manifiesto las constantes tensiones entre las dos alas de la Revolución Cubana, los comunistas prerrevolucionarios y el Movimiento 26 de Julio. El juicio sirvió también para advertir a los soviéticos de que no se les permitiría ejercer presiones dentro del país.

La arremetida contra los comunistas prosoviéticos formaba parte de una ofensiva mayor lanzada por Castro en 1968 para doblegar la voluntad de los cubanos en pos de la acumulación. Desde la reorganización de los ministerios económicos en 1965, Castro había tomado las riendas de la economía en su calidad de presidente del INRA, aprobando y dirigiendo personalmente los objetivos de sus ambiciosos proyectos. El modelo de Europa del Este de planificación quinquenal centralizada fue abandonado en beneficio de planes regionales o sectoriales orquestados por dirigentes individuales como el propio Castro. No obstante, a principios de 1968 ya había signos inequívocos de que la economía se encaminada de nuevo a la crisis. La Unión Soviética, decidida a apretar las tuercas a Cuba, estaba reduciendo drásticamente el suministro de combustible y gasóleo. Muchos de los proyectos económicos no habían estado a la altura de lo esperado debido a una inadecuada planificación o a la falta de competencia técnica.[24] A Castro le irritaban especialmente las actividades de algunos pequeños hacendados y comerciantes que, aprovechándose del racionamiento y la escasez de productos, pusieron en funcionamiento un mercado negro. La presencia de esos elementos no era conveniente desde el punto de vista político en un momento en el que Castro estaba apelando al sacrificio universal, y tampoco encajaba en la sociedad que estaba tratando de construir. No se hizo la Revolución para establecer el derecho a comerciar, exclamó. Describiendo con todo detalle el ejemplo de los puestos callejeros en

los que se vendían bocadillos de huevo frito, advirtió del peligro de permitir que se expandiera el capitalismo privado a pequeña escala.[25] En marzo lanzó una Ofensiva Revolucionaria para eliminar los últimos vestigios del sector privado, nacionalizando más de cincuenta y cinco mil pequeños negocios que representaban un tercio de la venta al por menor en Cuba.[26]

El empeoramiento del clima político se vio reflejado en la creciente campaña contra los cubanos que no se adaptaban al espíritu de disciplina exigido por Castro. En una sociedad sumamente machista, aquella disciplina se extendía igualmente a la orientación sexual. Ya en 1965, el ejército había empezado a reclutar por la fuerza a los homosexuales en batallones de trabajo independientes, junto a objetores de conciencia y hombres con bajo nivel formativo. En privado, ya se sabía que Castro albergaba los prejuicios masculinos típicamente cubanos contra los gays. Un ex castrista relata que oyó a los dos hermanos Castro reírse de un chiste sobre una máquina checa de detección de homosexuales.[27] Sin embargo, en respuesta a la petición realizada por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, varios de cuyos miembros habían sido obligados a ingresar en tales batallones, Castro ordenó su disolución en 1967, aunque eso no puso fin a la discriminación en muchos otros sectores de actividad.[28]

La disciplina revolucionaria se extendía también a intelectuales y artistas creativos. Inicialmente, Castro definió el papel del intelectual en la Revolución Cubana en una reunión con artistas y escritores en 1961 en la que estableció el principio de que todo era tolerable dentro de la Revolución pero nada en su contra.[29] A la luz de los acontecimientos posteriores, quedó claro que lo que quería decir con «dentro de la Revolución» tenía más que ver con cómo definían los líderes la ortodoxia revolucionaria en cada momento que con un conjunto nítido de normas y valores. *Lunes*, el iconoclasta suplemento cultural del periódico oficial, *Revolución*, había sido clausurado en 1961 cuando los acontecimientos de Playa Girón parecieron imponer la necesidad de la «unidad revolucionaria».

Por otro lado, el giro «tercermundista» de la Revolución después de 1965 había provocado el cierre de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria que enseñaban el marxismo soviético ortodoxo, en tanto que los intelectuales vinculados al periódico *Pensamiento Crítico* y al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana fueron instados a profundizar en el discurso guevarista del Hombre Nuevo y la «Vía Cubana». Todo ello contribuyó a generar una corriente de

solidaridad en la Nueva Izquierda europea y americana que culminaría en un espectacular congreso cultural en 1968 al que acudieron intelectuales de muchos lugares del planeta. No obstante, a finales de ese mismo año, escritores y artistas empezaron a ser blanco de las críticas, principalmente del ejército, por no crear obras ejemplares más acordes con el estilo dictado por el ministro de Cultura de Stalin, Zhdánov. Este nuevo ciclo de represión contra los intelectuales quedó ejemplificado en la campaña que Raúl Castro y el ejército llevaron a cabo a partir de finales de 1968 contra *Pensamiento Crítico*.[30] Estar dentro de la Revolución acabó significando a finales de los años sesenta, a los ojos de una facción neoestalinista de la Administración y el ejército cada vez más importante, excluir todo lo que no fuera la ortodoxia marxista soviética y el realismo socialista. Los artistas y escritores que parecían manifestar dudas sobre la Revolución o cuya actividad creativa renunciaba a la corrección política tenían cada vez más dificultades para ver autorizada su obra. Al final de la década, cuando el régimen se vio forzado a girar de nuevo hacia la ortodoxia soviética debido al fracaso de la estrategia guevarista de signo tercermundista y a la necesidad de apoyo económico soviético, varios intelectuales fueron obligados a exiliarse y otros fueron encarcelados o forzados a confesar públicamente sus «opiniones contrarrevolucionarias». Uno de ellos fue el poeta Herberto Padilla, que despertó la solidaridad de muchos intelectuales extranjeros que habían apoyado la Revolución, como García Márquez y Sartre. Finalmente, *Pensamiento Crítico* fue clausurado y el Departamento de Filosofía purgado en 1971.[31]

Es difícil determinar la actitud concreta de Castro ante la persecución de los intelectuales «díscolos». Es posible que no aprobara el exceso de celo en la aplicación del realismo socialista, y muchos años después se unió a la crítica retrospectiva de la política cultural de finales de los años sesenta y principios de los setenta.[32] Pero no cabe duda de cuál era su posición general en el debate acerca de las políticas culturales y educativas. En los primeros días del nuevo régimen existieron diferencias entre profesores, intelectuales y gestores culturales en torno a la naturaleza del arte y la educación revolucionarios. Para algunos, la Revolución representaba la liberación del espíritu creativo y crítico; para otros, el arte y la educación debían atender las prioridades políticas. Para Castro, el intelectual debía estar al servicio del «pueblo», subordinando su propia individualidad a las necesidades de la Revolución. Tal vez Castro compartiera este

neozhdanovismo con los viejos estalinistas cubanos que habían visto aumentar su influencia en el régimen, aunque quizá nacía de fuentes diferentes. En los años de actividad conspirativa y de guerra de guerrillas, Castro se había imbuido de una falta de confianza de signo militarista en el pluralismo ideológico o cultural. Debido a su origen social, nunca se había sentido identificado con la cultura cosmopolita de muchos de sus compañeros de estudios en La Habana. Por otro lado, en sus relaciones personales Castro había dado muestras de una fuerte veta mojigata. Durante su estancia en México, según explicaba un gran amigo y seguidor suyo, tuvo un breve romance con una guapa cubana y, después de verla bañarse en biquini, insistió enojado en que se pusiera un bañador que compró especialmente para ella.[33] Este puritanismo subyacente se extendía igualmente a las cuestiones políticas y culturales, adoptando el aspecto de una irremediable austeridad. En los discursos de finales de la década de 1960, Castro afirmaba que la supervivencia misma de la Revolución dependía del compromiso total de cada cubano con sus objetivos inmediatos; cualquier otra actitud, insinuaba, era una peligrosa desviación. Este mensaje quedó explicado con todo detalle en septiembre de 1968 en un discurso pronunciado ante los comités locales de Defensa de la Revolución. Pasando revista a la difícil situación económica, Castro exclamó:

> Y repetimos: ¡De liberalismo, nada! ¡De reblandecimiento, nada! Un pueblo revolucionario, un pueblo organizado, un pueblo combativo, un pueblo fuerte, porque ésas son las virtudes que se necesitan en estos años. Y todo lo demás es puro ilusionismo, sería subestimar la tarea, subestimar al enemigo, subestimar la importancia histórica de estos años, subestimar la lucha que tenemos por delante.[34]

El apremiante tono del discurso de Castro revelaba que ya en 1968 sus opciones se estaban estrechando. Por un lado, los movimientos guerrilleros en Latinoamérica se estaban desmoronando. En octubre de 1967, después de pasar un angustioso período en las montañas de Bolivia, Guevara y su grupo habían sido capturados y asesinados por las tropas de asalto bolivianas entrenadas por Estados Unidos con la ayuda de una unidad de la CIA que, según se ha afirmado recientemente, pudo haber obtenido información del criminal de guerra nazi huido Klaus Barbie.[35] La muerte de Guevara supuso un doble golpe para Castro. Aparte del dolor personal por la pérdida de un gran amigo y camarada, el fracaso de la empresa boliviana arrojaba

dudas sobre la posibilidad de exportar el modelo cubano de guerra de guerrillas al continente suramericano. Aunque Castro aseguraba que eran las ideas las que contaban y no los individuos, la muerte de Guevara constituyó un fracaso todavía mayor para la estrategia guerrillera teniendo en cuenta la mística de invulnerabilidad que rodeaba a los héroes vivos de la Revolucion Cubana.

Castro culpó en buena medida de la muerte de Guevara al Partido Comunista Boliviano, a cuyos líderes acusó de sabotear la operación guerrillera.[36] Sin embargo, eso no hacía sino subrayar la dificultad de trabajar con independencia de los partidos ortodoxos que controlaban en varios países los recursos esenciales para el éxito de las guerrillas. Además, a finales de los años sesenta parecían a punto de ratificarse las políticas frentepopulistas defendidas por los partidos comunistas. En Perú, una junta militar reformista y antioligárquica tomó el control en 1968 y empezó a nacionalizar las multinacionales estado-unidenses. Un año más tarde, el nuevo Gobierno democrático de Bolivia expropió la Gulf Oil Corporation, mientras que en Chile se constituyó un amplio frente de partidos de izquierda y centro-izquierda, Unidad Popular, para participar en las elecciones presidenciales de 1970. En suma, los acontecimientos vividos en Latinoamérica al final de la década parecían aconsejar al régimen cubano el retorno a la ortodoxia soviética en las relaciones internacionales.

Sin embargo, fueron sobre todo las presiones económicas las que llevaron a Castro a buscar un acercamiento con la Unión Soviética. Además de la creciente restricción del suministro de petróleo por parte de Moscú, la economía cubana debía cantidades ingentes de dinero al bloque soviético. En virtud de los acuerdos comerciales entre los dos países, la Unión Soviética compraba azúcar cubano a un precio por lo general más alto que el del mercado internacional, y Cuba empleaba las divisas no convertibles con las que se pagaba el azúcar en comprar petróleo y productos industriales al Comecon. El excedente de azúcar podía venderse entonces en el mercado internacional para aumentar las divisas extranjeras, que eran vitales para la adquisición de tecnología y productos que no se podían conseguir en el bloque socialista. No obstante, a lo largo de los años sesenta, las exportaciones de azúcar de Cuba a la Unión Soviética fueron muy inferiores a las importaciones de productos del Comecon, y Moscú había mostrado hasta el momento su disposición a financiar esos déficits comerciales. En 1969, Cuba debía unos 7,5 millones de toneladas, y Castro declaró

que aquél sería el Año del Esfuerzo Decisivo, durante el cual todos los cubanos se consagrarían denodadamente a producir una cosecha de 10 millones de toneladas de azúcar. Independientemente de si era o no posible conseguir una cosecha récord como aquélla, Castro no podía permitirse seguir contrariando a la Unión Soviética. La intervención en Checoslovaquia el 21 de agosto de 1968 en virtud del Pacto de Varsovia le proporcionó una inesperada oportunidad para empezar a reconstruir los puentes con Moscú.

El mensaje de Castro a la nación cubana emitido cuarenta y ocho horas después de la invasión fue recibido con gran expectación. Un grupo de altos funcionarios cubanos de visita en Europa aseguraron al periodista francés K. S. Karol que aquello «abriría una nueva página en la historia del movimiento obrero internacional».[37] Aparte de la creciente disputa de Castro con la Unión Soviética desde 1965, el Pacto de Varsovia tuvo forzosamente que generar comparaciones con las constantes intervenciones de Estados Unidos en los asuntos de Cuba desde que la isla alcanzara la independencia en 1902. Era una doctrina similar de seguridad colectiva y «esferas de influencia» la que se estaba empleando para justificar la violación de la soberanía de Checoslovaquia, y Estados Unidos podía acabar invocando esa misma doctrina para responder con la invasión de Cuba. En un discurso secreto pronunciado ante el Comité Central sólo siete meses antes, Castro había atacado duramente a la Unión Soviética por su deserción unilateral de Cuba en 1962.[38]

Castro empezó su mensaje rechazando la afirmación de la Unión Soviética de que la intervención estaba justificada desde el punto de vista legal. Lo que no podía negarse, dijo, era que se había vulnerado la soberanía del Estado checoslovaco y que la vulneración era flagrante. Sin embargo, reiteró, la intervención había sido un mal necesario, ya que la situación política en Checoslovaquia se estaba deteriorando y que, avanzando como lo estaba haciendo por el camino del retorno al capitalismo, el país iba a acabar cayendo inexorablemente en manos del imperialismo. En nombre de la «lucha del pueblo contra el imperialismo», que Castro definió como una ley más sagrada para los comunistas que el derecho internacional, el bloque socialista se había visto obligado a tomar cartas en el asunto.

Pero Castro también aprovechó la ocasión para hacer dos demandas tácitas a la Unión Soviética: el final de las reformas de tipo economía de mercado en el bloque socialista y el compromiso de que éste vendría en defensa de otros países socialistas como Cuba si se

veían amenazados por el imperialismo. Tales demandas se plantearon en forma de interrogantes; así, Castro preguntó si la intervención significaba que la Unión Soviética también iba a frenar ciertas corrientes en el campo de la economía tendentes a incrementar la importancia de las relaciones mercantiles y si enviarían divisiones del Pacto de Varsovia a Cuba en caso de que los «imperialistas yanquis» atacaran el país o amenazaran con hacerlo y Cuba así lo solicitase.[39]

La aprobación con reservas de la invasión de Checoslovaquia confundió o decepcionó a muchos militantes de izquierda del extranjero que habían recibido con entusiasmo primero la Revolución Cubana y después la Primavera de Praga como un mismo acto de ruptura con la ortodoxia proestalinista. Muchos analistas lo interpretaron entonces, y muchos lo siguen interpretado ahora, como un ejercicio de *realpolitik* dictado por la presión soviética.[40] Sin embargo, analizado a la luz de los problemas internos del régimen cubano, el apoyo de Castro a la invasión adquiere una nueva dimensión. Las reformas de los dirigentes checos, como afirmaba el propio Castro, suponían una intensificación de las medidas descentralizadoras y los mecanismos de mercado introducidos por la Unión Soviética a mediados de los años sesenta. Precisamente, el juicio a la «microfacción» había arremetido contra los defensores locales de esas medidas, y la Ofensiva Revolucionaria de marzo había nacido con la intención de eliminar el sector privado residual y el incipiente mercado negro que amenazaba con volver a introducir los valores mercantiles por la puerta de atrás.

Según Castro, no se podía permitir la relajación del control central y la disciplina social en medio de la crisis económica y el cerco imperialista, como dejó claro en el discurso pronunciado por aquel entonces. La Primavera de Praga, empapada de culturas alternativas, era la antítesis de su modelo para una Cuba asediada. Las medidas reformistas de Dubcek y sus aliados habían despertado demasiadas expectativas y habían sido contestadas con una oleada de huelgas. La tendencia de Castro, como iba a demostrar en repetidas ocasiones durante los años siguientes, no era hacer caso omiso del descontento social sino apropiarse de él, canalizarlo en la dirección escogida y emplearlo para debilitar o desplazar a quienes según él se interponían en el camino de las cambiantes prioridades de la Revolución. Sus recelos con respecto a la Primavera de Praga eran todavía mayores porque sus grandes figuras —estudiantes, artistas e intelectuales— procedían de la misma élite social que estaba siendo atacada en Cuba

en los años sesenta por abrigar tendencias burguesas y liberales. La poca simpatía que Castro sentía por el movimiento de reformas de Checoslovaquia, o su incomprensión de los motivos que lo guiaban, quedó resumida en unas declaraciones en las que afirmaba, no sin desdén, que para los miles de millones de personas que vivían sin esperanza en condiciones de hambre y extrema necesidad había cuestiones más interesantes que el problema de si dejarse o no el pelo largo.[41]

Castro tenía, por tanto, sus propias razones para defender la invasión auspiciada por el Pacto de Varsovia. Por mucho que hubiera criticado la política exterior de los soviéticos, es evidente que se sintió animado por su determinación a la hora de evitar unas nuevas divisiones en el seno del bloque socialista que dejarían a Cuba en una situación muy comprometida. Al mismo tiempo, veía con buenos ojos la intervención en la medida en que ésta restauraba la cohesión política en Europa del Este y ponía fin a un negativo experimento en materia de reformas económicas que se estaba dando en la Unión Soviética. En cualquier caso, Castro no tenía muchas más opciones que la de respaldar la acción soviética. Cada vez más aislado en el plano internacional, con su estrategia guerrillera hecha jirones y con un ingente déficit comercial sobre los hombros, el régimen cubano no podía permitirse perder el apoyo soviético.

En tales circunstancias, la campaña de 1969-1970 para producir una cosecha de 10 millones de toneladas de azúcar se convirtió para Castro y para la cúpula revolucionaria en un último y casi desesperado intento de acumular los recursos necesarios para lograr el desarrollo de la isla y para preservar cierto grado de independencia para la formulación de sus políticas. En palabras del destacado comunista prerrevolucionario Carlos Rafael Rodríguez, aquella cosecha de 10 millones de toneladas iba a garantizar la segunda liberación del país.[42] La campaña constituiría también la apoteosis del modelo castrista de movilización, la prueba de que la determinación moral podía mover montañas. A su éxito encomendó Castro su propia reputación y la del régimen. La nación entera fue convocada al cumplimiento de la tarea, y todas las demás actividades económicas quedaron subordinadas a su consecución. De hecho, la cosecha de 10 millones de toneladas acabó siendo un objetivo más político que económico. En un discurso pronunciado el 18 de octubre de 1969, Castro declaró que aquella cosecha representaba mucho más que unas toneladas de azúcar, mucho más que una victoria económica, que era una prueba, un

compromiso moral para el país, y que no podían fallar ni por un solo gramo de esos 10 millones de toneladas, porque eso supondría una derrota, no una victoria.[43]

La campaña iba también destinada a levantar la moral de los cubanos en un momento en el que estaban empezando a aflorar las tensiones del trabajo y el racionamiento. Los trabajadores tenían que renunciar de manera creciente a los beneficios salariales conseguidos al inicio de la Revolución a cambio de una limitada cantidad de servicios estatales gratuitos. Las horas extra no retribuidas, el llamado «trabajo voluntario», se habían vuelto obligatorias, y los incentivos materiales estaban siendo sustituidos por incentivos morales tales como los privilegios otorgados a los trabajadores ejemplares que formaban parte del Movimiento de Trabajadores de Avanzada. La productividad no crecía, y sí lo hacía el absentismo. Castro parecía confiar en que la gran campaña azucarera serviría para recuperar el espíritu de Playa Girón y haría más soportables las penurias.

En su habitual estilo, Castro dio ejemplo a la nación pasando cuatro horas al día cortando caña durante la temporada de cosecha. La época de siembra y recogida se amplió para aumentar el rendimiento, y se retrasó la celebración de la Navidad. Sin embargo, conforme avanzaban los meses iba quedando claro que no se conseguiría el objetivo establecido. En mayo de 1970, Castro reconoció que no se lograrían los 10 millones de toneladas. Llegado el momento, la producción de azúcar alcanzó una cifra récord de 8,5 millones de toneladas. En realidad era un logro extraordinario, casi el doble de la cantidad recogida el año anterior. La razón por la que no se logró el objetivo no fue la falta de voluntad de los cubanos, sino una planificación insuficiente y unos recursos técnicos inadecuados. Sin embargo, dado que Castro había hecho de la campaña una prueba de la credibilidad del régimen, aquello supuso un terrible revés para su liderazgo. Para complicar aún más las cosas, la concentración en la cosecha había provocado graves trastornos en una economía ya de por sí en crisis. Más del 21 por 100 de los bienes industriales y agrícolas y más del 41 por 100 de los productos forestales registraron su peor año desde la Revolución.[44]

El 26 de julio de 1970, fecha del aniversario de la acción de Moncada, Castro se puso en pie ante una inmensa multitud para ofrecer uno de los discursos más importantes de su carrera. Sin más preámbulos, profirió una sorprendente crítica a la gestión de la sociedad cubana durante la década anterior. En referencia al intento

del régimen de aumentar los niveles de vida y acumular capital al mismo tiempo, señaló:

Fuimos incapaces de librar lo que llamábamos la batalla simultánea. Y el esfuerzo heroico para elevar la producción, para elevar nuestro poder adquisitivo, se tradujo en descompensaciones en la economía, en reducciones de producción en otros sectores y, en fin, en un acrecentamiento de nuestras dificultades.

Después de repasar uno a uno un largo listado de índices económicos, Castro continuó: «Vamos a empezar por señalar en primer lugar en todos estos problemas la responsabilidad de todos nosotros [los dirigentes], y la mía en particular». A continuación formuló la propuesta más bien retórica de que el pueblo cubano buscara nuevos líderes; como era de esperar, la multitud respondió manifestando a gritos su desacuerdo, y, como avergonzado por tan demagógico desliz, Castro reconoció que sería hipócrita por su parte fingir que deseaba dimitir.

No obstante, prosiguió:

Creo que nosotros, los dirigentes de esta Revolución, hemos costado demasiado caros en el aprendizaje. Y desgraciadamente nuestro problema [...] es precisamente la herencia en primer lugar de nuestra propia ignorancia [...]. La mayor parte de las veces incurrimos en el error de minimizar la complejidad de los problemas [...]. Tenemos que hacer cambios [en la cúpula dirigente]. Es incuestionable que hay compañeros que se han gastado, se han achicharrado incluso; han perdido energías, ya no pueden con la carga que llevan sobre sus hombros.

Tras su crítica a los dirigentes, Castro mencionó los cambios que deseaba presenciar. Reivindicó un sistema de consulta más democrático en las bases. También abogó por una mayor delegación de poderes dentro de la cúpula del partido y una revisión a fondo de la dirección tomada por la Revolución. Recordando el asalto al cuartel de Moncada, la guerra de guerrillas y la invasión de Playa Girón, señaló:

Es más fácil ganar veinte guerras que ganar la batalla del desarrollo [...]. Hoy no se lucha contra hombres —si acaso los hombres contra los que luchamos somos nosotros mismos—; luchamos contra factores objetivos; luchamos contra el pasado, luchamos con la presencia de ese pasado todavía en el presente, luchamos contra limitaciones de todo tipo. Pero es

sinceramente el reto mayor que hemos tenido en nuestras vidas, y el reto mayor que ha tenido la Revolución.[45]

El discurso de Castro fue una auténtica demostración de fuerza, sumamente personal, didáctico y normativo al mismo tiempo. No son muchos los jefes de Estado que han desvelado tan explícitamente sus puntos débiles y sus fracasos. Al hacerlo, Castro supo convertir una derrota prácticamente en una virtud. Sin embargo, su discurso también marcó el final de una era. No deja de ser significativo que tuviera que volver a la tribuna inmediatamente después de terminar de hablar porque había olvidado pronunciar la parte del discurso en la que evocaba al Che Guevara. No en vano, el modelo guevarista de «quemar» etapas de crecimiento gracias a la movilización moral, al que Castro había regresado a mediados de los años sesenta, estaba siendo ahora discretamente enterrado. Su fracaso no fue tanto consecuencia de la fallida campaña del azúcar o de la presión soviética como de una crisis cada vez mayor en el seno de la sociedad cubana. Aunque la multitud seguía elogiando a Castro, ya había algunas señales de descontento con la dirección que estaba tomando la Revolución.

El indicio más claro de que algo iba mal era la epidemia de absentismo en todo el país. El propio Castro observó que en agosto y septiembre de 1970, alrededor de un 20 por 100 de los trabajadores se ausentaban en un día cualquiera, y en agosto de 1970, en Oriente, el 52 por 100 de los trabajadores agrícolas no aparecían en el trabajo.[46] Era evidente que la retórica relación de Castro con las masas y su contacto casi diario con la gente corriente no podía sustituir un sistema organizado de consulta. Los bajos niveles de productividad indicaban igualmente que los incentivos morales no estaban funcionando y que muchos trabajadores ya no respondían a los constantes llamamientos al patriotismo. Había una neta distinción entre las grandes campañas, como la cosecha de los 10 millones de toneladas, a la que los cubanos respondieron con entusiasmo, y el esfuerzo diario en pos del aumento de la productividad. Además, parecía que los servicios gratuitos que ofrecía ahora el régimen en materia de asistencia sanitaria, educación, transporte, seguridad social e incluso llamadas telefónicas locales, no bastaban para compensar la falta de productos en las tiendas ni las incomodidades del día a día.

El fracaso de la campaña del azúcar también vino a debilitar el extendido mito de la infalibilidad de Castro. Por primera vez aparecía como vulnerable al error. Y, como era habitual en él, también supo

sacar provecho de ello, animando a los cubanos a buscar soluciones colectivas en lugar de héroes y chivos expiatorios. Sería un engaño imperdonable para el pueblo, dijo en su discurso de julio de 1970, que fingiera que los problemas que tenían eran problemas de individuos. El problema afectaba a toda la población.[47] Sin embargo, en realidad, Castro era responsable en gran medida del personalismo que dominaba de aquella manera el sistema político cubano. Con sus frecuentes críticas a la burocracia y a los problemas de producción y con sus ataques a los elementos rebeldes del régimen, había fomentado la idea de que los culpables eran los individuos y no los sistemas o los procesos de toma de decisiones.

Y lo que era más importante: había fomentado el concepto de la emulación al destacar el papel ejemplar de los héroes de la Revolución. Él personalmente había decidido desempeñar una función preeminente en los asuntos cubanos, no por ansias de poder, como muchos detractores de la Revolución han querido hacernos creer, sino por elitismo. Implícita en muchos de sus discursos estaba la idea de que para llevar a cabo la inmensa tarea del desarrollo no se podía dejar que los cubanos se las arreglasen solos porque estaban condicionados por décadas de neocolonialismo, por no decir siglos de subdesarrollo y dependencia. Era a esta mentalidad del subdesarrollo a la que se refería Castro cuando aludía en su discurso de julio a «la presencia de ese pasado todavía en nuestro presente». A su juicio, la necesidad de unos líderes ejemplares en lugar de la delegación del poder era todavía mayor porque la Revolución se encontraba asediada. Sin embargo, no era tan habitual que Castro admitiera que él también participaba de la tradición. En el discurso que pronunció en el I Congreso del Partido Comunista de Cuba en 1975, reconoció que el «embrión de chovinismo» y el espíritu «pequeñoburgués» que afectaba a aquellos que habían llegado al camino de la revolución meramente por la vía intelectual daba lugar, de forma a veces inconsciente, a ciertas actitudes de autosuficiencia y excesiva autoestima.[48]

A finales de la década, la Revolución Cubana se hallaba en un punto muerto. La economía se encontraba en crisis, los cubanos se sentían inquietos y el régimen estaba aislado fuera del bloque socialista y dependía cada vez más del apoyo soviético. Había que construir un nuevo camino hacia el desarrollo y la independencia. En un gesto muy propio de él, Castro se puso manos a la obra, escarmentado en cierta medida —a juzgar por sus discursos— por los fracasos de los años sesenta, pero con la misma voluntad y el mismo

pragmatismo de los que había hecho gala en multitud de ocasiones en el pasado.

[1]. Llerena, M., *The Unsuspected Revolution*, Nueva York, Ithaca, Cornell University Press, 1978, p. 200.

[2]. *Verde Olivo*, 5 de marzo de 1967.

[3]. *Revolución*, 20 de noviembre de 1959.

[4]. «Discursos de Fidel», en *Granma*: discurso pronunciado en la clausura de la Asamblea Provincial del Partido de Ciudad Habana, celebrada en el Palacio de las Convenciones el 29 de noviembre de 1987.

[5]. «La Planificación Socialista, su Significado», en Guevara, E., *Obra Revolucionaria*, México, Era, 1967, 2ª ed., 1968, pp. 602-610.

[6]. Domínguez, J. I., *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University, 1978, pp. 174-178.

[7]. Dumont, R., *Is Cuba Socialist?*, Nueva York, Viking Press, 1974, p. 57.

[8]. Kapcia, 2000, pp. 133-138.

[9]. *Nueva Industria*, 3 de octubre de 1963; Brundenius, C., *Economic Growth, Basic Needs and Income Distribution in Revolutionary Cuba*, Universidad de Lund, 1981, pp. 71-75; Castro confirma este extremo en Ramonet, p. 228; véase también Castañeda, 1997, cap. VIII.

[10]. *Granma*, 12 de febrero de 1985.

[11]. Citado en Brundenius, 1981, p. 71.

[12]. *Granma*, 27 de julio de 1970.

[13]. Skierka, pp. 170-175. Para un análisis detallado del estado de ánimo y los planes de Guevara, véase Castañeda, 1997, cap. VIII.

[14]. Ramonet, 2006, pp. 266-268.

[15]. Suárez, A., *Cuba: Castroism and Communism,* 1959-1966, Cambridge, Massachusetts, MIT, 1967.

[16]. «Discursos de Fidel», en *Granma*: discurso pronunciado en la conmemoración del 13º aniversario del asalto al cuartel de Moncada, 26 de julio de 1966.

[17]. «Discursos de Fidel», en *Granma*: discurso pronunciado en el acto de homenaje a los mártires celebrado el 13 de marzo de 1965 en la escalinata de la Universidad de la Habana.

[18]. Domínguez, 1978, p. 161; Brundenius, 1981, p. 78; discurso de Castro de 1979, «Vietnam is not alone», en Taber, M., ed., *Fidel Castro Speeches: Cuba's Internationalist Foreign Policy* 1975-80, Nueva York, Pathfinder, 1981, p. 142.

[19]. *Granma*, 27 de julio de 1966.

[20]. www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f100867e.html

[21]. Skierka, 2006, pp. 190-191.

[22]. «Discursos de Fidel», en *Granma*: discurso pronunciado en la clausura del Congreso Cultural de La Habana en el Teatro Chaplin el 12 de enero de 1968.

[23]. Castro, R., *Desenmascaran la microfacción,* Minas (Uruguay), en *Hoy*, 1968.

[24]. Dumont, 1974, pp. 41-47, 61-62, 71-95.

[25]. *GWR*, 24 de marzo de 1968.

[26]. Brundenius, 1981, p. 79.

[27]. Franqui, C., *Family Portrait with Fidel*, Londres, Jonathan Cape, 1983, p. 140. [Hay trad. cast.: *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981.]

[28]. Conversación del autor con Pablo Armando Fernández, agosto de 1988; Castro

admitió más tarde que en aquella época había habido mucha discriminación por motivos de raza, género y orientación sexual, pero aseguraba que él no tenía prejuicios: Ramonet, 2006, pp. 204-207.

[29]. Castro, F., *Palabras a los intelectuales*, La Habana, 1961.

[30]. Uno de los principales medios de comunicación que criticaban a los intelectuales era *Verde Olivo*. Véase, entre otros, los números del 20 y el 27 de octubre de 1968.

[31]. Artaraz, K., «El Ejercicio de Pensar: the Rise and Fall of *Pensamiento Crítico*», en *Bulletin of Latin American Research*, 24.3, julio de 2005, pp. 348-366.

[32]. Entre otros, en el IV Congreso de la UNEAC, recogido en *Cuba Socialista*, nº 32, marzo-abril de 1988.

[33]. Teresa Casuso, citado en Szulc, T., *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987, p. 274. [Hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987.]

[34]. «Discursos de Fidel», en *Granma*: discurso pronunciado en el acto de conmemoración del 8º aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, celebrado en la plaza de la Revolución el 28 de septiembre de 1968. Véase también *Verde Olivo*, 6 de octubre de 1968, p. 62.

[35]. La acusación de la implicación de Barbie se hace en un documental realizado por Kevin Macdonald, «My Enemy's Enemy», en *The Observer*, 23 de diciembre de 2007.

[36]. Véase la introducción de Castro a Guevara, E., *El Diario del Che en Bolivia*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, pp. VII-VIII.

[37]. Karol, K. S., 1970, *Guerrillas in Power: the Course of the Cuban Revolution*, Nueva York, Hill & Wang, 1970, p. 506. [Hay trad. cast.: *Los guerrilleros en el poder: itinerario político de la revolución cubana*, Barcelona, Seix Barral, 1972.]

[38]. Blight, J. H. y Brenner P., 2002, pp. 35-71.

[39]. *GWR*, 25 de agosto de 1968. Estas importantísimas declaraciones no aparecen en la página web de *Granma* dedicada a los discursos de Castro, lo que sugiere que sigue siendo una cuestión sensible y controvertida.

[40]. Entre otros, Bourne, P., *Castro: a Biography of Fidel Castro*, Londres, Macmillan, 1987, p. 271; y en cierta medida Szulc, 1987, pp. 504-505.

[41]. *GWR*, 25 de agosto de 1968.

[42]. *Bohemia*, 13 de junio de 1969.

[43]. *GWR*, 26 de octubre de 1969.

[44]. Domínguez, 1978, pp. 177-178.

[45]. *Granma*, 27 de julio de 1970.

[46]. Domínguez, 1978, pp. 275-276.

[47]. *Granma*, 27 de julio de 1970.

[48]. *GWR*, 4 de enero de 1976.

6
EL PADRINO REVOLUCIONARIO

La fallida campaña de cosecha de azúcar de 1969-1970 marcó el final de un ciclo de esfuerzos del Estado cubano encaminados a romper el círculo de la dependencia y el desarrollo distorsionado mediante la apelación ideológica al pueblo cubano. Al mismo tiempo, aquella desmesurada confianza en la posibilidad de exportar la Revolución a toda Latinoamérica se vio truncada hacia el final de la década con la eliminación de la mayoría de los grupos guerrilleros del continente. Desde principios de los años setenta, los dirigentes cubanos trataron de reorientar la política exterior y reconfigurar las estructuras económicas y políticas de Cuba para adaptarlas a los nuevos imperativos. Uno de los más importantes era la creciente dependencia respecto de la Unión Soviética, dado que su ayuda y los intercambios comerciales con ella eran esenciales para la supervivencia de la Revolución. Con el agravamiento de la crisis en Cuba después de la campaña, los líderes se volvieron aún más sensibles a la presión soviética a favor de una reforma interna y de un realineamiento de su política exterior.

Las reformas que se produjeron en la primera mitad de la década estaban destinadas a equiparar las instituciones económicas y políticas de Cuba con las de la Unión Soviética. Con la colaboración de numerosos consejeros soviéticos, las agencias y empresas económicas cubanas se vieron sometidas a una reestructuración. En diciembre de 1970 se creó una comisión soviético-cubana para coordinar el uso de la ayuda soviética, y dos años más tarde Cuba pasó a ser miembro de pleno derecho del mercado común del bloque soviético, el Comecon o Consejo de Asistencia Económica Mutua (CAEM). Poco a poco se fue desarrollando un nuevo sistema de gestión económica que empezó a operar al final de la década y que proporcionó cierto nivel de responsabilidad financiera, rentabilidad y flujo de componentes entre empresas, al tiempo que permitió la introducción de un amplio abanico de incentivos materiales. En el frente político, en 1976 se aprobó en referéndum una nueva Constitución inspiraba en gran medida en la de la Unión Soviética. El texto establecía tres pirámides de poder, el Consejo de Ministros o Gobierno, el Partido Comunista, encabezado por el Buró Político, y los Órganos del Poder Popular (OPP), una innovación institucional sin paralelo claro en el sistema

soviético que establecía asambleas electas a nivel municipal y sufragio indirecto a nivel provincial para la elección de miembros de la Asamblea Nacional y el Consejo de Estado, ante los que era responsable el Consejo de Ministros.

Algunos analistas han definido este proceso de institucionalización como la «sovietización» de Cuba, atribuyendo los cambios a la influencia de Moscú.[1] Y lo cierto es que la Unión Soviética con Brézhnev tenía varias razones para desear llevarse la isla a su terreno; Cuba constituía ahora una amenaza menor al proceso de distensión con Estados Unidos y el coste de respaldar la economía cubana podía repartirse entre otros países del bloque socialista. Por otro lado, el Kremlin estaba en condiciones de exigir una reorganización de las instituciones económicas cubanas como precio por la concesión de nuevos avales a su economía. Sin embargo, podría afirmarse que las reformas institucionales se debieron más a la dinámica interna de la Revolución que a la presión soviética. Durante los años sesenta, Cuba estuvo gobernada por un gabinete encabezado por Castro que tenía conferidos todos los poderes legislativos y ejecutivos. El Partido Comunista de Cuba, fundado en 1965, no funcionaba como partido de masas, y, de hecho, no celebraría su primer congreso hasta 1976. De las distintas organizaciones de masas, sólo los Comités de Defensa de la Revolución habían desarrollado raíces populares. Los líderes revolucionarios creían que el altamente centralizado sistema de gobierno de los años sesenta era imprescindible para asegurar la supervivencia de la Revolución frente al acoso estadounidense y para movilizar a los trabajadores cubanos en la tarea del desarrollo y garantizar al mismo tiempo la igualdad social. Castro y sus más estrechos seguidores se veían a sí mismos como depositarios de la Revolución que actuaban en nombre del pueblo cubano hasta que éste estuviera preparado para asumir las responsabilidades del autogobierno en una sociedad socialista. Como había escrito Guevara, «Nuestra aspiración es que el partido se convierta en un partido de masas, pero sólo cuando las masas alcancen el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educadas para el comunismo».[2]

No obstante, en 1970 ya había quedado claro que aquel modelo político no funcionaba. El signo más evidente era, como hemos visto, el absentismo generalizado y los bajos niveles de productividad registrados en verano y en otoño. En las elecciones para el Movimiento de Trabajadores de Avanzada de aquel mismo período, muchos de los que ostentaban el privilegiado estatus de trabajador ejemplar no

fueron reelegidos, a modo de crítica tácita a aquella versión cubana del estajanovismo. Castro se apresuró a responder a la crisis de confianza que se estaba extendiendo entre los trabajadores cubanos. En septiembre mantuvo un encuentro de doce horas de duración con los representantes de los trabajadores en la provincia de La Habana e insistió en la presencia de tres de sus hombres más destacados, entre ellos el ministro de Trabajo. Durante la reunión, los dirigentes fueron sometidos a un aluvión de detalladas quejas sobre la ineficacia de la gestión en todos los niveles. En concordancia con el nuevo clima de autocrítica, Castro no escatimó ataques a la excesiva centralización de la planificación económica, hizo alusión al problema de las «diabólicas centralizaciones» y leyó la cartilla a los tecnócratas cubanos, a quienes describió como «gente preparada pero poco realista. Es decir, tienen formación tecnológica, han aprendido un poco de matemáticas, pero están muy subdesarrollados en lo que se refiere a la realidad de la vida».

Sin embargo, su crítica más significativa fue la dirigida contra todo el modelo de acumulación por medio de la movilización moral que había dominado la estrategia de los líderes revolucionarios en los años sesenta. Empleando una metáfora típicamente militar, declaró:

> tenemos que tomar conciencia del hecho de que en una época de crisis [...] la Revolución […] tal vez ha avanzado demasiado. Tal vez es incluso como un ejército que penetrara demasiado hondo en las filas enemigas, con tropas que no estuvieran suficientemente bien entrenadas, con soldados que todavía fueran insuficientemente marciales, y con algunos comandantes muy malos […]. Tal vez nuestro mayor idealismo fue haber creído que una sociedad que acaba de salir del cascarón en un mundo que ha sido sometido durante años a la ley del más fuerte […] podría convertirse, de golpe, en una sociedad en la que todos se comportaran de forma ética y moral.[3]

El proceso de reforma institucional y económica de la década de 1960 iba en parte encaminado a superar la crisis en el movimiento obrero que había surgido durante la campaña del azúcar. Se había visto a la mano de obra como un ejército, sometido a una jerarquía de mando. Ahora, Castro reivindicaba su democratización. En su discurso final con motivo del encuentro de la sección provincial de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) en La Habana, declaró: «Para los trabajadores su aporte número uno […] es autodemocratizarse. Constituir un fuerte y poderosísimo movimiento obrero, que para que sea fuerte, sea poderosísimo y sea movimiento

obrero tiene que ser ciento por ciento democrático».[4] El nuevo tono contrastaba claramente con las críticas hechas a los representantes de los trabajadores durante el I Congreso de la CTC tras la Revolución del 1 de noviembre de 1959. Reprendiéndolos por el «desvergonzado espectáculo» que habían protagonizado cuando afloraron las divisiones entre los trabajadores anticomunistas del Movimiento 26 de Julio y los representantes del PSP, declaró que en su momento le había parecido que estaban jugando con la revolución que tenían entre las manos, que había tenido la desagradable sensación de que aquella masa de hombres, de líderes, no se estaba comportando de manera responsable, que dudaba de que la clase obrera o sus responsables supieran lo que estaban haciendo. Y finalmente señaló que la Revolución exigía que los trabajadores se organizaran como un ejército.[5]

Sin embargo, la reivindicación de Castro de un incremento de la democracia en el movimiento obrero no era reflejo de una nueva convicción acerca de las virtudes del pluralismo. En realidad nacía de la urgente necesidad de incrementar la producción y aumentar la eficacia de los trabajadores. Las exhortaciones de los líderes a trabajar más ya no eran suficientes; se necesitaban nuevos mecanismos para estimular la producción. A los ojos de los dirigentes, los sindicatos nunca habían sido defensores de los salarios y las condiciones de los trabajadores, sino, como afirmaba Raúl Castro, vehículos de las orientaciones, directrices y metas que el poder revolucionario transmitía a las masas trabajadoras.[6] A finales de los años sesenta, los líderes no habían promovido el crecimiento de la CTC, y fue el Movimiento de Trabajadores de Avanzada el que recibió el respaldo oficial. Después de 1970, en cambio, se crearon nuevas ramas de la CTC en multitud de lugares de trabajo y empezaron a celebrarse con regularidad congresos de delegados. La propia CTC se vio relanzada en noviembre de 1973 con una nueva estructura y nuevos estatutos.

El llamamiento a la democracia tenía más que ver, por tanto, con el propósito de endurecer la disciplina laboral que con el de dar carta blanca a las demandas de las bases, algo que quedó confirmado con la campaña simultánea contra el absentismo y la «vagancia» lanzada por Castro. Desde el estrado denunció la desidia generalizada en el trabajo, y señaló con su dedo acusador algunos lugares concretos de trabajo. En cada nuevo número de otoño de 1970, el periódico oficial, *Granma*, presentaba lemas que asociaban la democratización con la campaña contra el absentismo, y al año siguiente se aprobó una ley «antivagancia» que contemplaba toda una variedad de sanciones

contra los supuestos «holgazanes».

La reafirmación de los sindicatos también tenía como propósito hacer posible un nuevo sistema de organización laboral dentro del paquete de reformas económicas. La nueva estrategia suponía un retorno a las políticas más ortodoxas, ensayadas brevemente entre 1963 y 1966. La única forma de conseguir una mayor productividad era ofrecer incentivos materiales a los trabajadores y establecer normas laborales.[7] La demanda de Castro de una mayor democracia en el movimiento obrero iba destinada, en parte, a preparar a los trabajadores para un sistema más riguroso de control de su trabajo. Al relatar su ronda de encuentros de otoño de 1970 con los representantes de los trabajadores, dijo que el debate y la participación crearían el «clima» apropiado para la introducción de nuevos esquemas de organización y nuevas normas laborales.[8]

Esta insistencia en las cuotas laborales, el control de las horas de trabajo mediante el sistema de fichado, los incentivos materiales, etc., supuso un revés para aquellos dirigentes, entre los que se encontraba el propio Castro, que habían creído que podían infundir en el movimiento obrero una nueva moral de generosidad patriótica. La compulsiva campaña por la acumulación tuvo que ralentizarse porque muchos trabajadores no estaban respondiendo a los llamamientos morales. Aunque Castro calculaba que sólo el 20 por 100 de los trabajadores eran «vagos», el alto índice de absentismo y el bajo nivel de productividad registrados en el cambio de década indicaban que el descontento entre los trabajadores estaba más extendido de lo que él reconocía públicamente.[9] No obstante, la nueva estrategia laboral no implicaba abandonar por completo los incentivos morales, sino encontrar un equilibrio diferente entre gratificaciones monetarias y morales, ya que, según Castro, las primeras conducían al egoísmo individual y las segundas eran demasiado idealistas.[10]

La reforma de los sindicatos formaba parte de una reestructuración más amplia del sistema político y económico de Cuba llevada a cabo en los años setenta. Al igual que en el caso de los cambios operados en las prácticas laborales, aquellas reformas constituyeron más una respuesta al fracaso de las campañas de finales de la década anterior y a las presiones desde abajo derivadas de ello que el resultado de la presión soviética. Sus objetivos, conectados entre sí, eran descentralizar en cierta medida la administración del Gobierno y la gestión de la economía con el fin de hacerlas más eficientes y dar más voz al conjunto de la población cubana a la hora de dirigir los asuntos

locales para que pudieran aflorar las críticas de las bases. Esto contrastaba con el período radical de finales de los años sesenta, cuando, en palabras de Castro, prevalecía la idea de que los comentarios críticos y la denuncia de los errores estaban beneficiando al enemigo.[11] Sin embargo, ninguno de aquellos propósitos tenía la intención de disminuir el control político del partido o de los líderes revolucionarios.

Las tres medidas fundamentales de la institucionalización fueron la creación de los OPP, la puesta en marcha de un nuevo sistema de gestión diseñado con anterioridad, el Sistema de Dirección y Planificación de la Economía y la reorganización de los altos cargos gubernamentales. El establecimiento de los OPP transfirió muchas de las funciones burocráticas hasta entonces desempeñadas por los órganos administrativos regionales a las asambleas municipales y provinciales formadas por miembros elegidos en cada territorio. La nueva estructura permitía cierto grado de control democrático sobre los asuntos locales. También constituía para los líderes un sistema de consulta y evaluación de la opinión pública más fiable que los informales procedimientos adoptados en los años sesenta. Sin embargo, en un nivel superior, el Partido Comunista controlaba de manera notable el proceso de designación de candidatos a las asambleas provinciales y al órgano supremo de los OPP, la Asamblea Nacional. En concordancia con la elitista tradición de la Revolución, los escalones superiores de los OPP no estaban destinados a representar a la opinión pública, sino que iban a quedar ocupados por los cuadros más activos y leales, que eran invariablemente miembros del partido.

La reorganización del Gobierno fue también una reacción a los fracasos estratégicos de los años sesenta. Hasta 1972, las funciones más importantes se habían concentrado en manos de un pequeño gabinete integrado por Castro y un puñado de líderes de la Revolución. Por debajo de ellos, también la administración gubernamental había sufrido un fuerte proceso de centralización; la planificación y la ejecución de las políticas se habían gestionado desde el centro, desde La Habana, y las decisiones se transmitían a través de toda una jerarquía administrativa a los diferentes niveles. Durante los años sesenta, Castro actuó como conciliador, mediador y animador de la Revolución. Recorriendo Cuba sin descanso, resolvió problemas locales y lanzó multitud de proyectos que a menudo eludían o incluso chocaban con los planes elaborados por la Junta Central de

Planificación, la Juceplan, y los ministerios. El agrónomo francés René Dumont, que lo acompañó en varios viajes por la isla, observaba más tarde: «Las ideas personales de Castro constituyen otro programa oficial al menos tan imperativo como el primero [el de la Junta de Planificación y los ministerios]. Por eso se hacen intentos de hacerlo todo y lo que sucede es que sólo se hace un poco». El enorme prestigio de Castro, sumado a su enorme seguridad en sí mismo, hacía difícil contradecir o revocar sus frecuentes iniciativas. Castro, proseguía Dumont, «sigue sus propias ideas, convencido de que son las mejores. De modo que asume un poder personal sin limitaciones y eso fomenta una actitud cortesana en quienes lo rodean. Cuando tira la boina al suelo y se pone hecho una furia, todo el mundo tiembla y teme las represalias».[12]

Aunque muchos de los proyectos de Castro fueron un éxito, hubo otros que tuvieron consecuencias negativas, al desviar preciados recursos hacia experimentos frustrados. Su iniciativa más costosa había sido, como hemos visto, la campaña azucarera de 1969-1970, que no sólo había desbaratado la economía, sino que había mermado la confianza de muchos cubanos en el rumbo de la Revolución. La crisis de 1970 provocó una reestructuración del Gobierno para tratar de organizar la economía de modo más racional. En 1972, el gabinete se amplió para incluir un comité ejecutivo integrado por un nuevo estrato de viceministros que asumieron toda una serie de responsabilidades hasta entonces en manos de Castro y de un puñado de ministros. Junto a los viceministros estaban los jefes de las organizaciones centrales, como la Juceplan y el Banco Nacional. A continuación había un conjunto de organizaciones estatales de rango no ministerial directamente responsables ante dicho gabinete recientemente ampliado, y por debajo de ellas estaban las juntas provinciales y regionales, que tenían encomendadas decisiones gubernamentales de coordinación y ejecución.[13] Las estructuras administrativas de Cuba fueron reorganizadas de nuevo en 1976 con el fin de adaptarlas a las del bloque soviético. Castro, por su parte, pese a estar en 1976 a la cabeza del partido, de las Fuerzas Armadas y del Gobierno (no en vano sustituyó a Dorticós como presidente el 24 de febrero), se fue deshaciendo poco a poco, conforme avanzaba la década, de las responsabilidades ministeriales directas.

Así pues, las reformas administrativas generaron un mayor grado de delegación y especialización en los rangos superiores del Gobierno; la economía quedó así protegida de las en ocasiones perturbadoras

intervenciones de Castro. Pero también contribuyeron a salvaguardar al propio presidente de las consecuencias de los fracasos políticos. La declaración oficial del paso del liderazgo individual al colectivo ayudó a imprimir una mayor estabilidad al régimen en los años siguientes al trauma de la fallida campaña azucarera. El cambio de actitud vino señalado por el discurso de Castro del 26 de julio de 1973. Minimizando considerablemente su papel en los años sesenta, y en referencia a la fundación del Partido Comunista en 1965, declaró:

> […] comenzamos a recorrer el nuevo camino, sin caudillos, sin personalismos, sin facciones, en un país donde históricamente la división y el conflicto de personalidades fue la causa de grandes derrotas políticas […]. Si en los tiempos inciertos del 26 de Julio y en los primeros años de la Revolución los hombres jugaron individualmente un rol decisivo, ese papel lo desempeña hoy el Partido. Los hombres mueren, el Partido es inmortal.[14]

Es posible que la reorganización del Gobierno situara a Castro un poco más lejos de muchos centros de toma de decisiones administrativas, pero su posición a la cabeza de la Revolución, ahora confirmada en la Constitución, no se cuestionaba. Nada indica que el revés producido por la campaña del azúcar minara seriamente su autoridad, como han afirmado algunos analistas,[15] aunque hay que reconocer que puso de manifiesto el fracaso de su estrategia de austeridad y movilización patriótica y que fortaleció al mismo tiempo la voz de quienes estaban reclamando políticas más ortodoxas que habían quedado arrinconadas durante el período radical de finales de los años sesenta. El regreso a posiciones relevantes de notables comunistas prerrevolucionarios como Carlos Rafael Rodríguez, antes ministro sin cartera y ahora, en 1972, presidente de la nueva Comisión Nacional de Colaboración Económica y Científico-Técnica cubano-soviética y viceprimer ministro, reflejaba un importante giro en el equilibrio existente entre los distintos intereses de los líderes. En cierto sentido, se trataba de una versión nueva y más extrema de la crisis de 1963, en la que la cúpula revolucionaria se había visto obligada a abandonar a marchas forzadas su ofensiva de industrialización de Cuba. Sin embargo, parece ser que Castro, al igual que en 1964, logró recuperar la iniciativa convirtiéndose en el más elocuente defensor de la nueva línea de actuación. También supo recobrar su prestigio gracias a sus iniciativas en política exterior, entre ellas la campaña de Angola, la más espectacular (véase el capítulo 7). No hay duda de que Castro todavía era querido y respetado por la mayoría de los cubanos

de la isla; como «líder máximo» de la Revolución era, por el momento, insustituible.

Ahora bien, es difícil analizar las relaciones de poder dentro del régimen cubano porque los debates internos entre los líderes no se han dado a conocer. Por ello, toda descripción de las relaciones en el seno del régimen tiene que basarse en deducciones. Sobre esta base, algunos escritores de la Cuba posterior a 1970 afirman haber identificado divisiones dentro de la élite revolucionaria en torno a las diferentes tendencias políticas y económicas.[16] Sin embargo, es más razonable presumir que, a diferencia de los años sesenta, cuando afloraron y se limaron las diferencias ideológicas entre los defensores de la Revolución, en los setenta los dirigentes revolucionarios se mantuvieron como una fuerza relativamente cohesiva. Para empezar, en Cuba no existía base económica para el surgimiento de élites autónomas. Las nuevas medidas descentralizadoras introducidas en la década de 1970 no disminuyeron las prerrogativas del Estado como centro de planificación y asignación de recursos. Por ejemplo, los empresarios, pese a haber obtenido mayores poderes para la toma de decisiones relativas a las compañías individuales, seguían sometidos al control absoluto del Estado. En segundo lugar, todos los puestos con alguna autoridad en las instituciones revolucionarias, desde los oficiales militares hasta los administradores gubernamentales, estaban sujetos a la disciplina del Partido Comunista, cuyo sistema de centralismo democrático implicaba que una vez decidida la política del partido los miembros tenían que aplicarla independientemente de su posición en el debate que había conducido a esa decisión. Además, el crecimiento de divisiones funcionales dentro del régimen se vio limitado hasta cierto punto por el solapamiento de las funciones de las distintas instituciones. El ejército, por ejemplo, tradicionalmente una fuerza relativamente independiente en Latinoamérica, contaba en el caso de Cuba con una fuerte representación en el partido único del Estado, y al mismo tiempo tenía encomendadas tareas civiles muy variadas, desde labores de ingeniería pública hasta la provisión de mano de obra no cualificada para la recogida de la caña.

A mediados de los años setenta, dieciocho personas de las instituciones supremas del Estado podían calificarse como las figuras más importantes en la toma de decisiones en Cuba. Se trataba, además de Castro y su hermano Raúl, de veteranos del ejército rebelde, miembros civiles del Movimiento 26 de Julio y antiguos miembros del PSP, algunos de los cuales habían sido destituidos de destacados cargos

públicos durante el período radical de finales de los años sesenta. Aunque sus orígenes políticos no eran necesariamente importantes a la hora de determinar sus posiciones de poder, resulta significativo que la mayoría de ellos fueran estrechos colaboradores de Castro desde como mínimo el comienzo de la campaña guerrillera, lo que indica que la lealtad al líder de la Revolución todavía se percibía como un criterio importante de mérito político. Del conjunto de miembros del Comité Central elegidos en el I Congreso del Partido en 1976, casi un tercio eran militares, más del 28 por 100 eran funcionarios del partido y poco menos del 18 por 100 procedían de las filas de la administración. [17] Cuando Castro sustituyó a Dorticós como presidente, función que había estado ejerciendo de manera extraoficial desde el principio, y en tanto que comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, primer secretario del partido y presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, le debían lealtad tanto el ejército como el partido y los funcionarios del Gobierno.

Hay unos pocos indicios de la existencia de diferencias políticas en la década de 1970 entre los líderes y en el seno del Comité Central, pero no parece que adquirieran forma organizativa, como sucedió en el caso del *lobby* comunista prerrevolucionario prosoviético a principios de los años sesenta. Una de las fuentes de tensión más importantes era el equilibrio de poder entre factores económicos y sociopolíticos en la planificación económica. La inversión de las prioridades que se llevó a cabo después de 1970, pasando de la preeminencia de los valores políticos a la de la relación coste-efectividad en la toma de decisiones económicas, no podía por menos que provocar tensiones no sólo entre los funcionarios de rango medio encargados de la puesta en práctica de las políticas, sino también entre los dirigentes. Pese a haber dado el visto bueno a la nueva línea de actuación, Castro había sido, junto con Guevara, el más enérgico defensor de la primacía de la política sobre la economía. No en vano, como veremos, a mediados de los años ochenta volvería a intervenir para corregir una balanza que, en su opinión, se había inclinado demasiado del lado de los cálculos puramente cuantitativos.

Por el momento, eran los partidarios de un enfoque más técnico de la planificación económica los que criticaban abiertamente las líneas de actuación de los años sesenta. Sin duda, algunos de ellos eran comunistas prerrevolucionarios que no aprobaban las ideas de Guevara y que habían sido excluidos de sus posiciones de poder. Pero también había críticos dentro del Gobierno. En un discurso pronunciado en la

Universidad de La Habana en 1972, Dorticós, comunista del PSP y todavía presidente de Cuba, arremetió contra los encargados de la planificación económica de los años sesenta con argumentos que bien habrían podido aplicarse al propio Castro. Según Dorticós, durante aquellos años, uno de los indicadores más devaluados de la planificación económica había sido el de los costes. Hasta entonces, prosiguió, era frecuente decir que se había conseguido tal cifra de producción, se había alcanzado tal porcentaje o se había superado lo planificado, pero cuando se preguntaba a los funcionarios cuáles habían sido los costes, el gasto de recursos materiales, humanos y financieros, ninguno de ellos sabía la respuesta, y eso reflejaba un algo grado de irresponsabilidad, como si el coste fuera algo así como una «entidad metafísica».[18]

Otra fuente de tensión entre los intereses de los diferentes grupos integrantes del régimen era la asignación presupuestaria. El ejército, en particular, se estaba llevando una gran cantidad del superávit de Cuba (más del 5 por 100 del PIB durante los años setenta y ochenta), lo que era una muestra de la importancia de la defensa nacional desde la Revolución y la intervención militar en el extranjero a partir de mediados de los años setenta. Pero también reflejaba el papel clave que el ejército desempeñaba en la economía cubana. Como la élite más poderosa y profesional del Estado, el ejército podría haberse convertido en el núcleo de una tendencia política independiente de no haber sido por su estrecha implicación en prácticamente todos los aspectos de la vida en Cuba. Los oficiales superiores del ejército no sólo eran miembros del Partido Comunista sujetos a su disciplina, sino que también intervenían en la ejecución de los planes económicos. El rasgo dominante de los líderes revolucionarios era la naturaleza mixta de sus funciones civiles y militares, que encontraba su mejor ejemplo en los dos hermanos Castro. En lugar de ser una institución separada, el ejército formaba parte de una «nación en armas».

Sin embargo, las reformas institucionales de los años setenta dieron lugar a una mayor separación funcional dentro de la cúpula revolucionaria. La preeminencia que se seguía reconociendo al ejército provocaba las quejas ocasionales de las agencias civiles. Por ejemplo, cuando Cuba intervino en la guerra por la independencia de Angola en 1975, los gerentes de algunas empresas intentaron oponerse al alistamiento obligatorio de trabajadores cualificados en la reserva militar. Su obstinación quedó de manifiesto en un discurso de Castro en el que afirmó que era necesario «combatir los criterios

ocasionalmente exagerados para determinar de quién no se puede prescindir en la producción».[19]

Con todo, a pesar de las tensiones existentes en los estratos superiores del régimen en los años setenta, los dirigentes cubanos seguían estando relativamente unidos. La transición del modelo centralizado y jerárquico a un modelo de gobierno más colectivo a partir de mediados de los años setenta se logró sin derramamiento de sangre, aunque no sin desacuerdos. Las estructuras más amplias de poder creadas a principios de los años setenta no sólo permitieron a los comunistas prerrevolucionarios más veteranos regresar a los puestos de influencia dentro del régimen, sino que abrió también la puerta a una nueva generación de administradores, técnicos, funcionarios y gestores del partido. De hecho, las diferencias más significativas dentro del régimen en los años siguientes tendían a ser de naturaleza generacional, como analizaremos más adelante. Durante los años sesenta no se produjeron cambios radicales de personal en los estratos superiores del partido y del Estado que pudieran sugerir algún cambio en el equilibrio interno de poder. Las degradaciones de categoría se produjeron como resultado de fracasos políticos o de una supuesta incompetencia, y los ascensos tendían a recompensar éxitos, como sucedió con el nombramiento para el Consejo de Estado de dos generales destacados en las operaciones de 1975 en Angola.

Con las reformas de principios de los años setenta, pues, la cúpula dirigente de la Revolución parecía algo así como una extensa familia cuyo núcleo más íntimo estaba formado por los veteranos de la expedición del *Granma* y la campaña en la Sierra.[20] Ahora que ya no era directamente responsable de todas sus actividades, Fidel Castro asumió el papel de padrino de la familia revolucionaria. Aunque seguía siendo la fuente última de autoridad y el árbitro de las disputas, ya no estaba en condiciones de imponer fácilmente medidas contra una u otra rama de la familia. Las nuevas restricciones a su autonomía derivaban en parte de la renovada influencia de la Unión Soviética. La integración de Cuba en el Comecon y la masiva ayuda militar proporcionada por Moscú se conjugaron para crear fuertes lazos institucionales entre el personal económico y militar cubano y sus homólogos soviéticos y de Europa del Este. En consecuencia, aunque Castro había sabido actuar con decisión contra el grupo prosoviético en 1962 y 1968, el coste de desafiar a los administradores de alto rango próximos a los funcionarios soviéticos se acrecentó notablemente en los años setenta.[21]

El nuevo marco institucional también puso más difícil a Castro el intervenir en áreas de responsabilidad que habían sido transferidas a niveles inferiores de la administración. A mediados de los años sesenta había emprendido una ofensiva antiburocrática, proclamando que el futuro progreso de la Revolución se mediría en función del descenso anual del número de empleados administrativos y del aumento del número de trabajadores del metal en Cuba. En los años setenta, por el contrario, abogaba por el fortalecimiento del aparato estatal porque consideraba que el excesivo peso del partido en la década anterior era el causante de la falta de eficiencia.[22] Conforme retrocedía el control político sobre las agencias económicas, el personal de alto rango de los ministerios iba adquiriendo mayor libertad para gestionar sus asuntos dentro del marco de la planificación nacional. Además, la nueva organización económica adoptada por el régimen no exigía que Castro siguiera actuando como guía y modelo. Ya no aparecía a la menor oportunidad para lanzar un nuevo plan o explicar una nueva política, para reprender y espolear a los cubanos. La modificación del papel de Castro quedó reflejada en su cambio de apariencia. La imagen del joven atlético vestido para la batalla con un puro entre los dientes recorriendo el campo a toda velocidad en un jeep fue dando paso, a medida que transcurrían los años setenta, a la de un circunspecto estadista bastante corpulento en uniforme militar, cargado de medallas y con barba cada vez más gris, presidiendo ceremonias para jefes de Estado extranjeros.

Como vemos, no es sencillo dibujar un retrato de la estructura de poder en Cuba en los años setenta. Castro no movía todos los hilos, como han afirmado algunos analistas occidentales, pero su poder tampoco se reducía a las funciones que le asignaba la Constitución, como sostienen los informes oficiales cubanos. Las reformas institucionales consagraron su autoridad como líder supremo, pero también hicieron nacer nuevos centros de poder que Castro no podía pasar por alto. La política interna venía, por tanto, determinada por una compleja interacción entre las diversas ramas de la familia revolucionaria. También se veía profundamente influida por las presiones exteriores al círculo familiar más inmediato. Entre ellas estaba la opinión pública, expresada de manera informal o través de las organizaciones de masas de la Revolución; después de todo, había sido la disminución del entusiasmo de los trabajadores con respecto a los objetivos de productividad la que había acelerado la reorganización del sistema político en Cuba. Otras poderosas presiones

procedentes del exterior eran las restricciones políticas y económicas que acompañaron a la creciente integración de Cuba en el bloque soviético.

Por tanto, Castro ya no contaba con la autonomía prácticamente ilimitada de la que había gozado en los años sesenta para definir las líneas de actuación. En este sentido, es posible que las políticas que formuló como jefe del Estado fueran resultado más de un consenso dentro de los altos estratos del régimen que de la imposición de su autoridad personal. Sin embargo, lo cierto es que siguió ejerciendo una enorme influencia en tales decisiones. Ante cualquier desacuerdo, el equilibrio de poder se inclinada a su favor, ya que podía reunir un poder inmenso fuera de la cámara de debate. A comienzos de los años setenta, la capacidad de Castro para desoír las opiniones que contradecían la suya era mínima. Sólo cuando algunas de esas políticas se tambalearon, como sucedió a mediados de los años ochenta, pudo aprovechar de nuevo la ocasión para reorientar personalmente el curso de la Revolución.

Como él mismo admitía, Castro intervino poco en el proceso de las reformas institucionales. Su sentimiento de insatisfacción con la forma en la que se llevó a cabo quedó de manifiesto muchos años después en una entrevista con el periodista italiano Gianni Minà. En referencia a la transición del radicalismo de finales de los años sesenta a la ortodoxia de principios de los setenta, Castro confesó: «Hemos atravesado un período de autosuficiencia durante el cual creíamos que sabíamos más que los demás y podíamos hacer las cosas mejor que ellos, y pasamos a otra fase, en la que yo no estaba particularmente implicado, en la que se desarrolló una tendencia a copiar. Yo creía que copiábamos bien las cosas malas y mal las cosas buenas».[23] Así pues, en los años setenta, Castro consumió todas sus energías en la política exterior. No porque le aburriera el monótono panorama con el que se enfrentaba en Cuba, como sugiere uno de sus biógrafos.[24] Tampoco porque la nueva división del trabajo en el Gobierno cubano lo liberara de un compromiso inmediato con la gestión de la economía. Su intensa implicación en las relaciones exteriores fue resultado directo de un giro en la estrategia internacional cubana que acompañó a la transformación de la política interna. Y tanto en sus estrategias exteriores como en las internas, Castro demostró una vez más su olfato para sacar el máximo provecho a las oportunidades que surgían en su camino con el fin de aumentar su prestigio personal y el de la Revolución.

[1]. Entre otros, Mesa-Lago, C., *Cuba in the* 1970*s. Pragmatism and Institutionalization*, Universidad de Nuevo México, 1974; también Domínguez, J. I., *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University, 1978.

[2]. Guevara, E., *Man and Socialism in Cuba*, La Habana, Book Institute, 1967.

[3]. *Granma*, 8 de septiembre de 1970.

[4]. *Op. cit.*, 10 de septiembre de 1970.

[5]. Citado en Franqui, C., *Family Portrait with Fidel*, Londres, Jonathan Cape, 1983, pp. 230-232. [Hay trad. cast.: *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981.] La versión oficial que aparece en la recopilación digital de los discursos de Castro en *Granma Internacional* no incluye esta cita.

[6]. *Granma weekly Review* (*GWR*), 26 de septiembre de 1974.

[7]. Pérez, H., *Sobre las dificultades objetivas de la revolución. Lo que el pueblo debe saber*, La Habana, Política, 1979.

[8]. *Granma*, 25 de enero de 1971.

[9]. *Op. cit.*, 8 de septiembre de 1970.

[10]. *GWR*, 5 de agosto de 1973.

[11]. Minà, G., *Il racconto di Fidel*, Milán, Mondadori, 1988, pp. 153-154.

[12]. Dumont, R., 1974, pp. 107 y 111.

[13]. *Granma*, 25 de noviembre de 1972.

[14]. *GWR*, 5 de agosto de 1973.

[15]. Entre otros, Mesa-Lago, 1978 y González, E., «Institutionalization, Political Elites and Foreign Policies», en Blasier, C. y Mesa-Lago, C., eds., *Cuba in the World*, Universidad de Pittsburgh, 1979, pp. 3-36.

[16]. Mesa-Lago, 1974; González, 1979; Domínguez, 1978. Para una crítica de las diferentes descripciones del poder en la Cuba posterior a 1970, véase Zimbalist, A., ed., *Cuban Political Economy: Controversies in Cubanology*, Colorado, y Londres, Westview, Boulder, 1988.

[17]. Domínguez, 1978, pp. 307-315.

[18]. *Economía y Desarrollo*, mayo-junio de 1972, pp. 30-31.

[19]. *GWR*, 4 de enero de 1976, citado en Domínguez, 1978, p. 355.

[20]. El símil ha sido empleado en González, E., «Political Succession in Cuba», en *Studies in Comparative Communism*, 9 (1 y 2), primavera-verano de 1976, pp. 80-107, aunque muchas de sus conjeturas sobre las tendencias existentes dentro de la cúpula dirigente son muy discutibles: véase Bengelsdorf, C., «Cubanology and Crises: the Mainstream looks at Institutionalization», en Zimbalist, ed., 1988, pp. 212-225.

[21]. Domínguez, 1978, p. 382.

[22]. *Verde Olivo*, 5 de marzo de 1967, y *GWR,* 4 de enero de 1976.

[23]. Minà, 1988, p. 142.

[24]. «Se negó a conformarse con ninguna clase de statu quo, y en la segunda mitad de 1970 pasó del deprimente escenario interior y sus poblemas económicos a los problemas internacionales y las controversias, que tan bien se le daban», Szulc, T., *Fidel: a Critical Portrait,* Londres, Hutchinson, 1987, p. 511. [Hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico,* Barcelona, Grijalbo, 1987.]

7
EL ESTADISTA MUNDIAL

Hacia finales de los años sesenta, Cuba estaba prácticamente sola en el mundo, acosada por Estados Unidos, marginada por la mayoría de los países latinoamericanos y cada vez peor vista por la Unión Soviética. Diez años más tarde, en cambio, la isla gozaba de un prestigio internacional sin precedentes. Cuba fue escogida como país anfitrión de la VI Conferencia del Movimiento de Países No Alineados de 1979, con Castro como presidente durante un período de cuatro años. Treinta y cinco países recibían ayuda militar y civil de Cuba, y Castro, en su calidad de veterano estadista, ofrecía consejo a los nuevos regímenes revolucionarios de distintos lugares del mundo.

La nueva capacidad de influencia de Cuba en el plano internacional derivó en parte de la transformación de la posición del Tercer Mundo en los años setenta. Hubo tres acontecimientos que contribuyeron muy en particular a dicho cambio en el equilibrio del poder: la crisis del petróleo, la Guerra de Vietnam y la caída del Imperio portugués en África. El cártel de los países productores de petróleo, casi todos ellos del Tercer Mundo, aprovechó la creciente dependencia del petróleo de las economías industrializadas para subir el precio del crudo en 1973, provocando la primera gran crisis del capitalismo occidental desde la Segunda Guerra Mundial. La derrota de Estados Unidos a manos del Vietcong y Vietnam del Norte supuso un importante espaldarazo psicológico para la causa del nacionalismo tercermundista al disminuir la amenaza de la intervención exterior estadounidense. Aparte de los vietnamitas y los camboyanos, fueron los cubanos los que más se beneficiaron de aquello, después de pasar una década sintiendo la presencia de los marines a sus espaldas. En tercer lugar, el golpe militar de 1974 en Portugal provocó el desmantelamiento en África de las últimas colonias europeas del viejo imperio y el surgimiento de tres nuevas naciones. El clima de confianza reinante en el Sur animó a los líderes cubanos a participar con resolución en los asuntos mundiales. Como David ante el Goliat estadounidense, Cuba se ganó el respeto de buena parte de los países del Tercer Mundo.

La capacidad del régimen cubano para influir en los acontecimientos internacionales se debía en gran medida a la conexión soviética. La vuelta de Cuba al redil de los leales aliados de Moscú

después de 1968 reactivó el flujo de petróleo y bienes capitales desde el bloque oriental, así como la ayuda militar y el entrenamiento. Y también abrió muchas puertas diplomáticas. Guiados por una política exterior más pragmática que la de los años sesenta, los dirigentes cubanos encontraron nuevos aliados en el Tercer Mundo que buscaban inspiración en la Revolución y recibían de buen grado su ayuda exterior. Sin embargo, la fuerte implicación de Cuba en el exterior era fruto, sobre todo, de las inmensas energías liberadas por la Revolución. Miles de voluntarios salieron de la isla para llevar a cabo misiones médicas, educativas, técnicas y militares en el extranjero. Esta desviación de los escasos recursos internos hacia la ayuda exterior sólo puede explicarse por el apoyo del pueblo cubano a los propósitos internacionalistas proclamados por la Revolución.

Los éxitos diplomáticos del Cuba en los años setenta también debieron mucho a Castro. Liberado de la gestión directa de los asuntos domésticos gracias a la reorganización del Gobierno, se lanzó a un intenso programa de encuentros oficiales en el extranjero y de conversaciones con los jefes de Estado que viajaban a Cuba. Las visitas de Castro no eran meros eventos protocolarios, sino que a menudo servían para establecer o estrechar lazos económicos y militares con los aliados exteriores. Mientras él mantenía encuentros de alto nivel, el siguiente estrato de dirigentes cubanos —Osvaldo Dorticós, todavía presidente, Raúl Castro como ministro de las Fuerzas Armadas y el respetadísimo y veterano político Carlos Rafael Rodríguez, que estaba al mando de las relaciones exteriores económicas y diplomáticas— se ocupaban de negociaciones bilaterales más concretas. Por debajo de ellos estaban los ministerios y, junto a ellos, las poderosas comisiones militares y de planificación que servían de nexo de unión entre Cuba y el bloque soviético.

Aunque obligado a actuar dentro del marco establecido por esas limitaciones institucionales, Castro gozaba de más autonomía para la formulación de la política exterior que para los asuntos internos, no sólo porque en tanto que jefe del Estado era directamente responsable de las relaciones exteriores, sino también porque siempre había sido el más decidido defensor de la vocación internacional de la Revolución. Aunque la estrategia política en conjunto se presentaba como fruto de la decisión colectiva, podemos identificar en la política exterior cubana una serie de rasgos típicamente castristas que indican que él ejerció una influencia decisiva en su desarrollo. El más importante de esos rasgos era el énfasis en la solidaridad internacional. La primacía

de la política sobre la economía era uno de sus principios inmutables en la esfera doméstica, y podemos observar ese mismo componente ideológico en la política exterior cubana de los años setenta y ochenta. Desconcertados por la aparente ausencia de interés personal en muchas de las actuaciones de Cuba en el plano internacional, algunos analistas han visto en ello una rareza muy costosa; otros lo explican aduciendo que Cuba se limitaba a actuar como suplente de la Unión Soviética en el extranjero.[1] Castro, por su parte, aseguraba que la política exterior cubana estaba guiada por los más elevados principios. En una conversación con corresponsales extranjeros en 1983, declaró que los cubanos no eran nacionalistas sino patriotas, y que eran fieles a sus principios políticos, que sabían cómo sacrificar los intereses nacionales por los principios de la Revolución y del internacionalismo. Los estadounidenses, continuó, se quedaban perplejos, no lo entendían. «Nuestra patria no es sólo Cuba; nuestra patria es también la humanidad», afirmó.[2]

No obstante, parece ser que la política exterior de Castro respondía a un objetivo más concreto que el de la solidaridad humana y a un papel más nacionalista que el de agente de la Unión Soviética en el extranjero. En los años sesenta, Castro había tratado en vano de consolidar la Revolución extendiéndola al extranjero y creando una sólida economía en el interior. Su política exterior de los años setenta, por el contrario, se tradujo en la búsqueda de la independencia por medios enimenentemente diplomáticos. Su estrategia a largo plazo consistía en forjar la unidad entre los países del Tercer Mundo, en especial los de Latinoamérica, con el fin de alterar las desfavorables condiciones que dominaban los intercambios comerciales entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas. Castro insinuó en numerosos discursos y entrevistas que la división fundamental en el mundo se daba entre el subdesarrollado Sur y el industrializado Norte.[3] Al igual que los maoístas, él veía el mundo como un conjunto de naciones rivales organizadas políticamente en bloques pero separadas por una división más importante entre países ricos y pobres, o naciones capitalistas y proletarias. Aunque insistía una y otra vez en la solidaridad con los explotados de todos los territorios, en realidad era la nación o el pueblo lo que definía la línea de actuación. Desde esta perspectiva, el antiimperialismo era más importante que el anticapitalismo, y la actitud adoptada con respecto a Estados Unidos era la que determinaba quién era amigo y quién enemigo. De ahí que Castro apoyara al Derg, el régimen militar prosoviético de Etiopía, y

defendiera más tarde al general Noriega en Panamá y a la junta militar argentina durante la Guerra de las Malvinas.[4]

Las operaciones diplomáticas de Castro servían a un doble propósito: incrementar el prestigio de Cuba en el mundo y consolidar el régimen en el interior. Su renovada popularidad en Cuba en los años setenta, después de la crisis de 1969-1970, debió mucho a su ostentosa exhibición de habilidad política internacional. Admirado todavía como el hombre que había restaurado el orgullo nacional al enfrentarse a Estados Unidos, ahora eran cada vez más lo que lo veían como un estadista internacional que estaba dotando a Cuba de un nuevo prestigio en la comunidad internacional. Todo ello era un auténtico circo diplomático para compensar la falta de pan, pero también era una causa con la que Castro se sentía realmente comprometido. Sus viajes al extranjero y las visitas de Estado de dirigentes del Tercer Mundo, que iban a Cuba en número creciente, recibieron una atención privilegiada. Los efusivos gestos de Castro, que abrazaba a los estadistas extranjeros, reprendía a los enemigos de Cuba en las tribunas internacionales y ofrecía largas entrevistas a todo un torrente de fascinados corresponsales y políticos extranjeros, iban dirigidos tanto al público interior como al internacional.

La nueva política exterior de Cuba de los años setenta no fue tanto resultado de la presión soviética como de una reevaluación de la política existente a la luz de las cambiantes circunstancias en el extranjero. Tres son los objetivos que podemos distinguir. En primer lugar, Castro y los líderes cubanos seguían buscando nuevas alianzas en el Tercer Mundo mediante misiones militares y programas de ayuda en el extranjero con un doble propósito: el final del aislamiento de Cuba en la comunidad internacional y la reducción de su dependencia respecto de la Unión Soviética. Al mismo tiempo se proponían incrementar su capacidad de influencia sobre la Unión Soviética convirtiéndose en su indispensable aliado en el Tercer Mundo. Esperaban obtener así una mayor autonomía para la formulación de líneas de actuación en el interior y en el exterior al tiempo que se aseguraban de que la Unión Soviética seguía prestando apoyo económico. Y en tercer lugar, intentaron reiteradamente abrir un diálogo con Washington con el fin de disminuir la presión del embargo al que Estados Unidos seguía sometiendo a Cuba. Estos tres objetivos no siempre eran compatibles entre sí, y a lo largo de los años setenta Castro recurrió a sus grandes dotes de político para sacar el máximo provecho de la intervención de Cuba en el extranjero sin que se vieran

afectados.[5]

Mientras que la política exterior de Cuba de los años sesenta había confirmado la experiencia revolucionaria como modelo para Latinoamérica, la nueva estrategia reconocía que había diferentes caminos hacia la emancipación nacional, dependiendo de las circunstancias locales. Castro admitió en las dos Declaraciones de La Habana de principios de los años sesenta que tanto el ejército como la Iglesia católica podían desempeñar un papel progresista en la lucha por la afirmación nacional y la reforma en Latinoamérica. El surgimiento en el continente de una corriente reformista dentro de las Fuerzas Armadas, ejemplificada en el régimen militar de Perú, y el nacimiento de un nuevo movimiento en la Iglesia latino-americana que tenía como prioridad la lucha por la justicia social fortalecieron la creencia de que el cambio se produciría gracias a una alianza entre las distintas fuerzas sociales y ya no con la acción guerrillera como factor principal.[6] La victoria del Frente Popular en Chile con Salvador Allende vino a reivindicar el camino parlamentario al socialismo postulado por la Unión Soviética y los partidos comunistas ortodoxos. La experiencia personal de Castro de comienzos de los años cincuenta lo había llevado a la conclusión contraria, que sólo la acción armada podía provocar el cambio radical. La historia de Cuba hacía pensar que el proceso electoral podía verse fácilmente pervertido por la corrupción o destruido por el ejército. Sin embargo, ahora Castro reconocía, no sin cierta cautela, que en determinadas circunstancias las elecciones podían ser el eje de una estrategia revolucionaria.

Castro articuló su nueva posición durante el viaje de tres semanas de duración que realizó a Chile en noviembre de 1971. Era su primera salida al extranjero desde hacía varios años, y constituyó todo un triunfo. Recibido con los brazos abiertos por el nuevo presidente Allende y saludado allá adonde iba por multitudes entusiasmadas, recorrió aquel estrecho territorio de norte a sur, dirigiéndose a estudiantes, mineros del cobre y del carbón, trabajadores del nitrato, peones agrícolas y masas de gente reunidas en estadios. Con su característica mezcla de didactismo y atención al detalle, expuso sus opiniones sobre multitud de temas, haciendo gala de su habilidad para recordar pormenores técnicos y acumular datos estadísticos. Muchos le preguntaban si apoyaba el camino chileno hacia el socialismo teniendo en cuenta que contradecía la experiencia cubana. Respondiendo en ese sentido a un líder sindical, aseveró que no encontraba en ello contradicción alguna, que en realidad habían visto una posibilidad en

las condiciones concretas existentes en el momento de las elecciones en Chile, y que así era como debían interpretar en el futuro las variaciones que pudieran aparecer. Si todos los caminos llevaban a Roma, continuó, lo único que cabía desear era que miles de caminos llevasen a una «Roma revolucionaria».[7]

Pese a todo, Castro seguía sin estar convencido de la posibilidad de un camino pacífico hacia el socialismo. Y también seguía conservando su instinto para comprender las relaciones de poder. Al mismo tiempo que elogiaba la victoria de Allende, criticaba implícitamente que el presidente chileno no hubiera movilizado a las organizaciones populares contra la creciente amenaza de la derecha. Casi dos años después de su visita, en vísperas del golpe militar de septiembre de 1973, escribió a Allende para instarle a hacer uso de la fuerza organizada de la clase obrera para frenar el inminente golpe. Dos semanas después de que los militares tomaran el poder, declaró en una concentración de masas en Cuba que el ejemplo chileno había demostrado que era imposible hacer la revolución sólo con el pueblo, que las armas también eran necesarias, y viceversa.[8]

No obstante, eso no significaba que Castro estuviera propugnando la revolución social. En sus palabras ante los trabajadores chilenos insistía constantemente en que debían supeditar sus demandas al «interés nacional». No en vano, insinuó que una batalla para mejorar sus condiciones significaría una desviación de la guerra contra el imperialismo. En otras palabras, la lucha por los derechos de los trabajadores y de cualquier otro sector de la sociedad no formaba parte de la lucha contra el imperialismo y, de hecho, podía debilitarlo. Así pues, Castro recordó a los trabajadores del cobre el daño que podían hacer a la economía chilena si se ponían en huelga. Lo que él defendía eran alianzas lo más amplias posibles entre clases, desde los trabajadores hasta los «sectores progresistas de la burguesía nacional», para combatir el imperialismo estadounidense. La inherente contradicción de aquel argumento era que, en la práctica, la lucha social y la lucha política no podían separarse; desalentar las luchas de los trabajadores significaba también desmovilizar el obstáculo más poderoso contra un posible golpe militar. Es más, fue un típico sector de la pequeña burguesía nacional, los propietarios de camiones chilenos, el que provocó la crisis que condujo al golpe militar de 1973.

La insistencia de Castro en la importancia de la unidad nacional de Chile ponía de manifiesto que bajo su profesión de internacionalismo proletario se escondía un trasfondo más poderoso de nacionalismo

panamericano inspirado en Bolívar y Martí. Dicha visión presuponía una unidad subyacente entre todos los sectores de la sociedad de Latinoamérica a excepción de los más reaccionarios y de las fuerzas oligárquicas, que, aseguraba, no sobrevivirían sin el apoyo del imperialismo. Para que América se uniera y fuera «Nuestra América», aquella de la que hablaba Martí, era necesario erradicar los últimos restos de los sectores reaccionarios que querían pueblos débiles para poder oprimirlos y someterlos a los monopolios extranjeros.

Durante su gira, Castro delineó el retrato de una Latinoamérica unida y libre que organizaría el intercambio de mercancías sobre una base racional y cooperativa. Como era habitual, sus descripciones de muy diversas ideas políticas eran sumamente vívidas, y estaban pensadas para adecuarse a la experiencia inmediata de sus oyentes. En un discurso pronunciado ante los trabajadores de las minas de nitrato del norte de Chile, Castro explicó cómo, debido a las sanciones comerciales impuestas contra Cuba, Chile se había visto obligado a invertir grandes sumas de dinero para producir azúcar de remolacha y Cuba había tenido que invertir decenas de millones de dólares para comprar y producir fertilizante de nitrógeno, el producto final del mineral que los trabajadores extraían de la montaña. A partir de ejemplos como éstos, Castro trazó el seductor retrato de un mercado común latinoamericano, una unión de «naciones hermanas» que podían convertirse en una enorme y poderosa comunidad en el futuro. [9]

El renacimiento del nacionalismo hemisférico en muchos lugares de Latinoamérica y el Caribe al calor del embargo del petróleo de 1973 impuesto por las naciones de la OPEP a los países occidentales parecía venir a corroborar las palabras de Castro. La moderación del régimen cubano en relación con Latinoamérica era, en parte, reflejo de esa realidad. La nueva política abría, asimismo, muchas puertas diplomáticas. Cuba empezó a ser aceptada de nuevo en la comunidad de naciones latinoamericanas tras su aislamiento de la década anterior. A partir de 1972, restableció los contactos con los países latinoamericanos y caribeños y poco después se incorporó a varias organizaciones de desarrollo regional. En 1975, veinticinco países, incluida Cuba, constituyeron el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) en un intento de coordinar la estrategia económica y reducir su dependencia con respecto a Estados Unidos. Tres meses antes se había fundado en La Habana el Comité Caribeño de Cooperación y Desarrollo después de una serie de visitas recíprocas entre Castro y los

jefes de Gobierno de Jamaica, Guyana y Trinidad y Tobago. Ese mismo año, la Organización de los Estados Americanos (OEA) votó a favor de levantar las sanciones contra Cuba, aunque Castro había dejado claro que la isla nunca se uniría a esa organización, dominada por Estados Unidos.

En tanto que máximo opositor a la hegemonía estadounidense en Latinoamérica, Castro recibió con agrado las nuevas iniciativas. En las recién creadas organizaciones multilaterales, Cuba podía ayudar a que las naciones amigas se libraran de la influencia de Estados Unidos, así como actuar de puente entre Latinoamérica y el bloque soviético. De hecho, las ventajas de la integración de Cuba en esos organismos hemisféricos eran más políticas que económicas. Las esperanzas de Castro de que surgiera un nuevo bloque económico en Latinoamérica subestimaban el hecho de que los mercados para los productos cubanos y la avanzada tecnología necesaria para el desarrollo de la isla se concentraban en Occidente, y en particular en el archienemigo de Cuba, Estados Unidos. Por otra parte, los países latinoamericanos compartían en general un patrón similar de actividad económica centrada en la producción y el procesamiento de materias primas y en la elaboración de bienes de consumo, por lo que sus economías competían entre sí en lugar de complementarse.[10] Por el momento, Cuba seguía dependiendo de la Unión Soviética para la provisión de energía y tecnología. Si la isla quería desarrollar su potencial económico, debía producirse una transformación fundamental en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. El país del Norte tenía la llave del desarrollo de Cuba; podía proporcionarle los productos, los créditos, la tecnología y el turismo que tanto necesitaba.

Sin embargo, Washington seguía viendo al régimen cubano como un peligro para la seguridad y los objetivos exteriores estadounidenses, en una imagen desproporcionada en relación con la capacidad real de Castro de influir en los acontecimientos internacionales. La política estadounidense con respecto a Cuba todavía estaba determinada, en parte, por una reacción visceral a los traumáticos hechos de 1959-1962. Pero también se basaba en la creencia de que el castrismo representaba una amenaza para su gran objetivo de promover la expansión del capital occidental en el Tercer Mundo. Aunque dentro de los círculos empresariales de Estados Unidos había algunas presiones para normalizar las relaciones con Cuba, Washington siguió insistiendo en la necesidad de que el Gobierno cubano hiciera grandes concesiones en la política interior y exterior como precio por la

distensión entre los dos países.

La necesidad de un acercamiento a Estados Unidos era una píldora amarga para Castro, pero siempre había estado dispuesto a tragarla. Es muy posible que la Unión Soviética lo instara en aquel momento a hacerlo como parte de su tentativa de lograr una distención Este-Oeste. La presión pudo proceder también de las corrientes más pragmáticas desarrolladas dentro de las agencias económicas del Gobierno cubano. Además, el embargo estadounidense constituía una fuente constante de preocupación para los cubanos. Hubo numerosos momentos críticos, como los de los secuestros aéreos y marítimos en ambos bandos y la toma ocasional de barcos de pesca cubanos por lanchas cañoneras estadounidenses. El deshielo en las relaciones entre Estados Unidos y Cuba comenzó, de hecho, con un acuerdo antisecuestro firmado en 1973 por la Administración Ford y prosiguió al año siguiente con la celebración de conversaciones secretas iniciadas por Kissinger durante el mandato de Carter; asimismo, el Gobierno estadounidense acabó relajando las restricciones comerciales ante la presión de los intereses empresariales estadounidenses.[11] En 1975, Estados Unidos se sumó a la mayoría de los países de la OEA para votar a favor del final de las sanciones contra Cuba.

A pesar de todo, Castro no estaba dispuesto a que la distención con Estados Unidos menoscabara su objetivo de construir una alianza en el Tercer Mundo. Cuando el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) solicitó ayuda militar a Cuba en 1975, los dirigentes cubanos respondieron de inmediato. La toma del poder por el MPLA el día de la proclamación de la independencia se había visto amenazada por la incursión militar sudafricana en apoyo de las guerrillas derechistas. El Gobierno cubano respondió enviando a mil soldados por vía aérea para ayudar a defender la capital, Luanda. Aquel movimiento no pretendía ganarse precisamente las simpatías de Estados Unidos. Contrariamente a lo que afirmaba Kissinger, los estadounidenses estaban muy bien informados de los planes de Sudáfrica de efectuar una invasión encubierta, y los agentes de la CIA habían colaborado en la operación.[12] Cuando, además, Cuba auspició una conferencia en La Habana en apoyo de la independencia de Puerto Rico, el acercamiento con Estados Unidos quedó estancado.

Los beneficios derivados de la intervención de Cuba en la guerra civil angoleña compensaban con creces las pérdidas debidas a la ruptura de conversaciones con Estados Unidos. El conflicto de Angola había estallado en vísperas de su independización de Portugal. Los tres

movimientos guerrilleros que habían luchado contra los portugueses firmaron un acuerdo en Alvor en enero de 1975 en el que reivindicaban un gobierno provisional tripartito y la celebración de elecciones ese mismo año. Casi todo el mundo asumía que el MPLA, movimiento nacionalista de izquierda alienado en cierta medida con la Unión Soviética y con mucho la más popular de las tres organizaciones de Angola, obtendría la gran mayoría de los votos. Sus rivales, sin embargo, respaldados por la ayuda encubierta de la CIA y por tropas sudafricanas, zaireñas y mercenarias, rompieron el acuerdo y lanzaron una ofensiva militar en dos flancos contra el MPLA, que controlaba la capital. En agosto, las tropas sudafricanas entraron en Angola y en octubre, en vísperas del día de la independencia, emprendieron un ataque total contra Luanda. La rápida reacción de Cuba por aire y por mar ante el requerimiento directo del MPLA a Castro los ayudó a conservar la capital. Más de veinte mil soldados cubanos atravesaron el Atlántico durante la crisis; el flujo de armas y soldados alcanzó tal volumen que la propia seguridad de Cuba quedó comprometida. A finales de noviembre, las tropas sudafricanas y las dos organizaciones guerrilleras rivales se batían en retirada, y cuatro meses después el MPLA controlaba la mayor parte de la recién independizada Angola.

La mayoría de los análisis coinciden en que la decisión de Cuba de enviar tropas a Angola se adoptó sin consultar a la Unión Soviética. [13] Los cubanos mantenían un estrecho contacto con el MPLA desde que el Che Guevara había entrenado a las guerrillas congoleñas en 1965. Después de que los líderes del MPLA asistieran a la Conferencia Tricontinental de La Habana del año siguiente, algunas de sus guerrillas recibieron entrenamiento militar en Cuba. Además, Castro y los dirigentes cubanos se sentían muy identificados con otros aspectos de la lucha de Angola. Cuba mantenía fuertes vínculos culturales y étnicos con África a través de los descendientes de los esclavos africanos. La expedición militar a Angola iba en consonancia con el discurso oficial afrocubano de la Revolución.[14] El MPLA era un movimiento muy en la línea del régimen cubano, pues fomentaba el control estatal de la economía y la centralización política. Por otro lado, la ayuda militar cubana al MPLA incrementó su prestigio entre las naciones no alineadas e hizo nacer la esperanza de que podía ejercer una influencia todavía mayor en el Tercer Mundo. No es casualidad que menos de cuatro años después La Habana fuese la sede de la VI Conferencia del Movimiento de Países No Alineados y Castro, su nuevo presidente.

Las recompensas por la intervención de Cuba fueron todavía mayores a nivel interno. Aunque la intervención provocó tensiones inevitables cuando aumentaron las bajas humanas debido a la acción militar, la victoria en Angola sirvió para confirmar a los ojos de muchos cubanos la fuerza de la Revolución y constituyó un motivo de orgullo nacional muy bien recibido tras los reveses de finales de los años sesenta y principios de los setenta. Aunque no era él quien controlaba las operaciones militares, Castro desempeñó un papel destacado en la guerra en tanto que asesor militar y comandante en jefe absoluto de las Fuerzas Armadas. Según su amigo el escritor colombiano Gabriel García Márquez, Castro

despedía a todos los barcos, y antes de cada partida hablaba con los soldados para levantarles la moral. Él personalmente se había llevado a los comandantes del batallón de fuerzas especiales que se iban en el primer vuelo y los había acercado en persona en un jeep soviético hasta los pies de la escalerilla del avión. No había un solo rincón de Angola que no pudiera identificar ni un rasgo físico que no hubiera memorizado. Su concentración en la guerra fue tan intensa y meticulosa que podía ofrecer cualquier cifra sobre Angola como si se tratara de Cuba, y hablaba de ciudades, costumbres y gentes angoleñas como si hubiera vivido allí toda la vida.

Durante la primera parte de la operación, recuerda García Márquez, «Castro se quedaba hasta catorce horas seguidas en el centro de operaciones del Estado Mayor, a veces sin comer y sin dormir, como si él mismo estuviera en el campo de batalla. Seguía los detalles de cada batalla con alfileres de colores sobre los detallados mapas que cubrían las paredes, y estaba en comunicación constante con los altos mandos del MPLA en un campo de batalla con seis horas de diferencia».[15]

Probablemente la intervención militar de Cuba en Angola incrementó también el peso de La Habana en los cálculos del Kremlin, ya que permitió a Moscú asegurar que no estaba implicada en aquel asunto. Después de las arriesgadas aventuras de los años de Kruschev, la Unión Soviética se dedicó a poner en marcha un cauteloso proceso de distensión con Estados Unidos bajo el mando de Brézhnev. Sin embargo, su búsqueda de un acercamiento con Occidente iba en una dirección muy diferente a la de la estrategia a largo plazo de Castro de reconfigurar las relaciones entre Norte y Sur. Para los soviéticos, la política del Tercer Mundo sólo tenía importancia en la medida en que afectaba al equilibrio de poder entre Estados Unidos y el bloque

socialista. Para Castro, a pesar de proclamar el ritual de la doctrina soviética, la cuestión clave de la política mundial era el problema del subdesarrollo y el imperialismo. Detrás de sus diferencias en materia de estrategia se escondía un desacuerdo tácito más profundo en relación con la naturaleza del cambio revolucionario.

La ortodoxia soviética seguía sosteniendo que el triunfo del socialismo a escala mundial era inevitable porque las contradicciones internas del capitalismo lo llevarían a la destrucción. La estrategia de coexistencia pacífica no se entendía como una negación de la lucha entre los dos sistemas, sino como un prerrequisito de la victoria final del socialismo. Castro, en cambio, insistía constantemente en la importancia de las condiciones subjetivas para la creación de una situación revolucionaria. La Revolución Cubana sólo podía explicarse en esos términos; de ahí la estrategia de los años sesenta de exportar el modelo cubano a Latinoamérica. Además, la distensión entre Este y Oeste amenazaba con dejar al Sur al margen. No es descabellado pensar que Castro se alinease en los años setenta con la doctrina soviética de la coexistencia pacífica aun considerando que era un error. No resultó demasiado convincente cuando en julio de 1972 dijo a Brézhnev que los cubanos coincidían completamente con él en que el principio de la coexistencia pacífica y los éxitos obtenidos en ese terreno no debilitarían de ningún modo una lucha ideológica que crecía y se agudizaba con la confrontación entre los dos sistemas.[16]

A pesar de todo, la evolución de los acontecimientos en África a partir de mediados de los años setenta animó a los dirigentes soviéticos a implicarse más en dicho continente aun a riesgo de provocar a Estados Unidos. En esa recuperación de la intervención en el extranjero convergieron los intereses de Cuba y los de la Unión Soviética. Las credenciales de Cuba como país antiimperisliata del Tercer Mundo resultaron muy útiles a la Unión Soviética, y los líderes cubanos, con su apoyo material a las políticas soviéticas en África, lograron incrementar su influencia en Moscú. No obstante, lejos de actuar como suplentes del Kremlin en el extranjero, los líderes cubanos pudieron llevar a cabo una política exterior independiente siempre que no chocara con la de la Unión Soviética. La conexión angoleña, por ejemplo, no era una prioridad para el Kremlin, y las pruebas sugieren que fue Cuba, y Castro en particular, quien tomó la iniciativa y fomentó una mayor implicación soviética.[17]

En cambio, la participación de Cuba en la guerra de 1977-1978 entre Etiopía y Somalia respondió más a los intereses soviéticos que a

los cubanos. El Cuerno de África constituía un área de enorme valor geoestratégico para la URSS. En tanto que aliada del régimen miliar somalí durante varios años, la Unión Soviética contaba con una base naval en Berbera, en el golfo de Adén. Los acontecimientos de mediados de los años setenta en el Cuerno de África precipitaron un drástico giro en las alianzas internacionales en la zona. En 1974, el régimen del emperador Haile Selassie, en la vecina Etiopía, apoyado por Estados Unidos, fue derrocado por un golpe militar. La nueva junta que sustituyó al antiguo régimen, el Derg, fue depuesta a su vez tres años más tarde por oficiales radicales. Estados Unidos respondió interrumpiendo su ayuda a Etiopía, y el Derg reaccionó dirigiéndose a la Unión Soviética para conseguir armas. Por su parte, el régimen somalí, que mantenía desde hacía tiempo una disputa con Etiopía por las pretensiones somalíes sobre el desierto de Ogaden, en el sur, reorientó su lealtad hacia Estados Unidos. El cambio de socios afectó también a la guerra civil etíope entre el Gobierno y el Frente para la Liberación de Eritrea. Pese a haber defendido la integridad territorial de Etiopía, Estados Unidos apoyaba ahora al movimiento independentista de Eritrea.

La Unión Soviética había tratado de reconciliar a los dos bandos en un esfuerzo por conservar su recién adquirida capacidad de influencia en la región. En marzo de 1977, casi con toda seguridad con la aprobación de Moscú, Castro visitó a los líderes tanto de Etiopía como de Somalia para tratar de conseguir un acuerdo,[18] pero en junio las fuerzas somalíes, recientemente armadas por Estados Unidos, invadieron el desierto de Ogaden. En un gesto destinado a legitimar el creciente apoyo militar a Etiopía, el Kremlin solicitó la intervención de tropas cubanas en la campaña para expulsar al ejército somalí de Ogaden. Reforzadas con quince mil soldados cubanos y con envíos masivos de armas soviéticas, las fuerzas etíopes lanzaron una contraofensiva, y en febrero de 1978 habían empujado de nuevo al ejército somalí al otro lado de la frontera.

Inicialmente, Castro había apoyado las pretensiones somalíes frente a Etiopía. El giro radical producido en el régimen etíope en 1977, que llevó al poder a una junta prosocialista, le planteó un dilema. El posterior viraje en su actitud en el Cuerno de África podía justificarse por el hecho de que Somalia había vulnerado la legislación internacional al invadir el Ogaden. Más difícil resultaba, sin embargo, explicar el alineamiento de Cuba con un régimen que estaba llevando a cabo una guerra de desgaste contra una minoría nacional oprimida

en Etiopía, los eritreos, que deberían haber contado, y, de hecho, así había sido anteriormente, con el apoyo de Castro. Mientras que la Unión Soviética tenía un interés evidente en preservar la integridad territorial de Etiopía frente a las pretensiones secesionistas dado que Eritrea controlaba un estratégico tramo de la costa del Mar Rojo, lo único que Cuba podía esperar ganar de su intervención militar en Etiopía era la buena disposición de los soviéticos. Castro trató de resolver aquella contradicción asegurándose de que las tropas cubanas no participaban en la guerra contra el Frente para la Liberación de Eritrea y reivindicando un estatus de semiautonomía para Eritrea dentro de Etiopía. Sin embargo, su apoyo a la junta militar etíope no podía sino empañar su reputación entre algunas naciones del Tercer Mundo.

El precio que Cuba se vio obligada a pagar por su alineamiento internacional con la Unión Soviética alcanzó su cota máxima cuando los soviéticos intervinieron en Afganistán en diciembre de 1979. La invasión no pudo llegar en peor momento para Castro. El año 1979 había constituido un punto culminante en su trayectoria como estadista mundial. En marzo, un golpe de Estado en la isla vecina de Granada había llevado al poder a un estrecho aliado suyo, el popular Maurice Bishop, y en julio el viejo dictador de Nicaragua, Anastasio Somoza, había sido derrocado por una insurrección encabezada por los sandinistas, movimiento de liberación alineado con La Habana. En septiembre, Castro se puso en pie ante los representantes de los noventa y cuatro países y movimientos de liberación que integraban el Movimiento de Países No Alineados para pronunciar el discurso de apertura como presidente y anfitrión de su VI Conferencia, celebrada en La Habana. En todos aquellos acontecimientos, Castro supo poner de manifiesto el nuevo espíritu de moderación de la política exterior cubana. Actuando como veterano estadista revolucionario para el nuevo régimen nicaragüense, exhortó a los sandinistas a ser realistas en sus políticas. Tenían que reconstruir una economía arruinada por la guerra con la cooperación de todos los sectores de la sociedad, lo que implicaba, insinuaba Castro, desarrollar una economía mixta y un sistema político plural. Asimismo, los instó a mantener buenas relaciones con Estados Unidos.[19]

El discuso de Castro en la Conferencia del Movimiento de Países No Alineados se distinguió también por el tono de conciliación adoptado hacia los países miembros con los que Cuba tenía diferencias. Desde la Conferencia de 1973, celebrada en Argel, Castro era el principal

portavoz de la tesis de que el bloque soviético era el aliado natural del Tercer Mundo frente al imperialismo occidental, en contra del argumento planteado entre otros por China de que tanto la Unión Soviética como Estados Unidos eran potencias imperialistas. Consciente de que no podría llevarse a su terreno a muchos países miembros en la Conferencia, Castro no volvió a insistir en el alineamiento soviético, y prefirió dedicar sus esfuerzos a garantizar a los asistentes que Cuba respetaría las distintas opiniones allí representadas.[20]

El respaldo oficial de Cuba a la intervención soviética en Afganistán, apenas tres meses después de la Conferencia, afectó muy negativamente a su pretensión de asumir el liderazgo moral del Tercer Mundo. Castro se encontraba ante un dilema. Afganistán había sido miembro fundador del Movimiento de Países No Alineados, y para Cuba dar su aprobación a la intervención masiva de tropas soviéticas en la que era claramente una guerra civil no se correspondía con su estatus de no alineado, especialmente cuando tenía la función de encabezar el Movimiento. Pero, al mismo tiempo, Cuba no podía oponerse a la acción soviética sin poner en peligro su relación con Moscú. Cuando el Movimiento de Países No Alineados votó una resolución de las Naciones Unidas para condenar la intervención, Cuba fue una de las nueve naciones que dieron su respaldo a la Unión Soviética frente a las cincuenta y seis que apoyaron el texto. Pese a los esfuerzos de atenuar su apoyo a la invasión, el prestigio de Castro en el Tercer Mundo quedó muy dañado.[21]

Es probable que los acontecimientos de 1979 en Afganistán trajeran a la memoria de Castro el fantasma de la invasión de Checoslovaquia en 1968. Pero esta vez, como entonces, el respaldo cubano a la acción soviética no sólo fue una respuesta a los dictados de Moscú. Al igual que en varios regímenes militares del Tercer Mundo, entre ellos el Derg etíope y durante un tiempo la junta somalí, Castro veía en el Gobierno afgano una fuerza progresista, no solamente porque estaba alineado con Moscú, sino porque estaba llevando a la práctica un programa de reformas sociales en una sociedad inmensamente pobre y atrasada. La caída del régimen, afirmaba, destruiría esa revolución en curso y entregaría el país a los fundamentalistas prooccidentales. Al igual que sucedió con Checoslovaquia, la inestabilidad existente se atribuía a las maquinaciones de la CIA y no a las contradicciones internas. La invasión soviética de Afganistán, como la de Checoslovaquia, estaba por tanto justificada, a los ojos de Castro, por

motivos más importantes que la soberanía. Afganistán, señalaba, podía ser un país no alineado, pero conservaba el régimen revolucionario. Si la solución ofrecida se basaba en la idea de que Afganistán regresara al viejo régimen y sacrificara la revolución, no creía que pudiera haber paz en mucho tiempo.[22] Pese a su sincera convicción de que había que defender el régimen de Kabul a toda costa, sin duda Castro era muy consciente de que su apoyo a la acción soviética invalidaba gran parte de sus esfuerzos por convertirse en el líder del Tercer Mundo. Para empezar, bastó para privarlo del asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que con toda probabilidad le habría proporcionado su cargo de presidente del Movimiento de Países No Alineados.

Aquel revés coincidió con la reactivación de las tensiones con Estados Unidos. Castro había seguido intentando lograr un acercamiento con Washington que no anulara sus esfuerzos por construir alianzas con el Tercer Mundo. En los dos primeros años de la Administración Carter, los dirigentes cubanos habían realizado denodados esfuerzos por mejorar las relaciones con Estados Unidos. El resultado fue un acuerdo para crear oficinas de intereses en La Habana y Washington y una serie de acuerdos sobre derechos de pesca. Durante dieciocho meses, Castro y los emisarios de Carter mantuvieron negociaciones secretas a espaldas de los soviéticos en las que actuó como mediador el empresario cubano exiliado Bernardo Benes. Los encuentros concluyeron con la oferta de Castro de permitir a los exiliados cubanos visitar a sus familiares en la isla y comenzar la liberación de presos políticos. Pero incluso cuando los cubanos empezaron a llevar a la práctica su propuesta, las señales que enviaba la Administración Carter resultaban confusas. El consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, partidario de la línea dura, no estaba dispuesto a entablar conversaciones porque le preocupaba especialmente la presencia cubana en África; en cambio, su colega, el secretario de Estado, Cyrus Vance, sí mostraba cierto interés por las negociaciones con Cuba.[23] Así pues, la Administración Carter parecía dispuesta a mejorar las relaciones con La Habana, pero insistía en la necesidad de que realizara concesiones que difícilmente podían aprobar de forma unilateral los dirigentes cubanos, como la retirada de sus tropas de Angola. El requerimiento por parte de Estados Unidos de que Cuba se retirara de África llevó a Castro a protagonizar uno de sus desafiantes arrebatos de rectitud moral. En un discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional del Poder Popular en diciembre de 1977,

recordó a los delegados el doble rasero de Estados Unidos:

> ¿Qué moral tiene Estados Unidos para hablar de los soldados cubanos en África? ¿Qué moral puede tener un país cuyos soldados están en todos los continentes […]? ¿Qué moral tiene Estados Unidos para esgrimir el argumento de nuestros soldados en África cuando sus soldados están por la fuerza en el territorio panameño, ocupando una fracción de ese país? ¿Qué moral tiene Estados Unidos para hablar de nuestros soldados en África cuando sus soldados están en nuestro propio territorio nacional, en la base naval de Guantánamo? […] Sería ridículo que nosotros ahora le dijéramos al Gobierno de Estados Unidos que para que puedan restablecerse o mejorarse las relaciones entre Cuba y Estados Unidos tienen que retirar sus soldados de Filipinas, o de Turquía, o de Grecia, o de Okinawa, o de Corea del Sur.[24]

Entre 1979 y 1981, momento en que Reagan asumió la presidencia, las tensiones entre Cuba y Estados Unidos alcanzaron dimensiones inéditas desde la crisis de los misiles de 1962. El principal problema fue el de los intentos de los cubanos desafectos de abandonar la isla. En primer lugar se produjo una avalancha de secuestros marítimos ante la que las autoridades estadounidenses actuaron muy tímidamente. El problema se agravó cuando, en abril de 1980, un reducido grupo de cubanos atravesó las puertas de la embajada peruana en La Habana con un camión con el objetivo de pedir asilo y un policía cubano murió en el tiroteo. Como los peruanos no entregaban a los huidos, las autoridades, enojadas, retiraron a todos sus guardias, y pocos días después casi diez mil ciudadanos que aspiraban a ser reconocidos como refugiados entraron en la embajada. Carter agravó la situación al asegurar que Estados Unidos recibiría con los brazos abiertos a aquellos cubanos «amantes de la libertad». Los dirigentes cubanos contraatacaron autorizando el éxodo masivo de los ciudadanos que desearan emigrar. En una operación marítima organizada por los exiliados instalados en Miami con el consentimiento de las autoridades cubanas, miles de pequeños botes alcanzaron el puerto de Mariel para recoger a las masas de cubanos que habían solicitado abandonar el país. Se produjeron enfrentamientos violentos entre los aspirantes a refugiados y los militantes de los Comités de Defensa de la Revolución, que los acribillaron a insultos, llamándolos «gusanos». Transcurrieron más de cuatro meses y más de cien mil cubanos emigraron antes de que se suspendieran las operaciones de transporte marítimo una vez que Cuba y Estados Unidos acordaron reanudar las negociaciones.

El episodio de Mariel, la segunda crisis de esa naturaleza desde el incidente de Camarioca de octubre de 1965, cuando el Gobierno permitió que trescientas mil personas fueran trasladadas en botes a Florida, fue un suceso traumático para Castro, que, sin duda, se vio sorprendido por el grado de desafección que aquel suceso ponía de manifiesto. Además, todo esto coincidió con un duro período de luto personal. Su fiel compañera y consejera durante los últimos veintitrés años, Celia Sánchez, una de esas mujeres excepcionales que se habían unido al bando de Castro a mediados de los años cincuenta, había muerto de cáncer de pulmón tres meses antes. Había destacado por su talento en la campaña de Sierra Maestra, y desde entonces trabajaba con Castro cuando éste se trasladaba de una residencia a otra ya fuera por razones de seguridad o debido a una costumbre que, dado su carácter inquieto, había adquirido ya antes de la campaña guerrillera. No se sabe con certeza si Sánchez fue o no amante de Castro. Él había tenido varios romances, y a comienzos de los años sesenta había conocido a Dalia del Soto Valle durante las campañas de alfabetización cuando ella era maestra en Trinidad. Del Soto vivió con él desde entonces y juntos tuvieron cinco hijos varones. Sin embargo, según todos los testimonios, Sánchez también había proporcionado cierta clase de marco doméstico a la excéntrica e irregular vida que Castro había escogido llevar, y es muy probable que le brindara, junto con Del Soto, una estabilidad emocional que contribuyó a poner amarras a su volátil naturaleza. Sin embargo, no hay señales evidentes de que la pérdida de Sánchez afectase, como se ha sugerido, a su criterio político.[25]

De hecho, Castro supo sacar cierto provecho del potencialmente desfavorable incidente de Mariel. La exhaustiva cobertura dada al episodio de la embajada peruana y a los llamados «marielitos» por los medios de comunicación internacionales y las trágicas historias narradas a los periodistas estadounidenses por los emigrantes recién llegados hicieron muy mala publicidad a la Revolución. Sin embargo, Castro logró poner en evidencia a Estados Unidos haciendo salir a la calle a partidarios del régimen cuyo apoyo parecía desmentir las afirmaciones de que la mayor parte de la población cubana era desafecta. El éxodo generó también serios problemas para el Gobierno de Estados Unidos, no sólo por la dificultad de integrar a semejante cantidad de inmigrantes, sino también porque se habían sumado a la evacuación muchas personas con antecedentes penales menores y otros convictos liberados de prisión y de instituciones psiquiátricas. Castro

había mostrado su desprecio por los autoproclamados refugiados tildándolos de escoria de la sociedad o «lumpen» de Cuba, pero los motivos de la mayoría de los emigrantes no eran distintos de los que dejaron Centroamérica y las islas caribeñas en busca de una vida más próspera en Estados Unidos.[26] No obstante, las autoridades estadounidenses no podían tolerar que se admitiera a criminales y enfermos mentales por mucho que Estados Unidos hubiera ofrecido asilo automático a todos los cubanos mediante la ley de Ajuste Cubano de 1966. Así pues, tras el incidente de Mariel se encontraron con varios miles de cubanos a los que no podían ofrecer estatus de inmigrante ni enviar de vuelta a casa por la inexistencia de un protocolo con Cuba, y lo que hicieron fue mantenerlos en prisión sin cargos. Finalmente, unos cuatro años más tarde, en diciembre de 1984, la Administración Reagan llegó a un acuerdo con Cuba, el primer convenio de inmigración entre ambos países, por el cual Estados Unidos ofrecía veinte mil visados al año a los cubanos que quisieran ir allí como inmigrantes y Cuba accedía a recibir a aquellos que Estados Unidos se negara a admitir.[27]

El lenguaje empleado por Castro en la escena pública en aquel período revelaba lo mucho que el caso Mariel lo había alarmado. No faltaban motivos para exasperarse con el comportamiento del Gobierno estadounidense, que al principio no respondió a las tentativas de acercamiento por parte de Cuba en torno al problema de la emigración y después trató sin más de volver el episodio en contra del Gobierno cubano. En un discurso pronunciado en junio, Castro negó que se hubiera autorizado a ningún condenado por crímenes violentos a marcharse, pero acusó a Estados Unidos de proteger a los verdaderos criminales, los secuaces de Batista, responsables de asesinatos y actos de tortura. Airado, declaró: «Bueno, que reciban ahora al lumpen, a los ladrones de gallinas, de ovejas o de puercos, y de algunas otras cosas más. ¿Por qué aquél sí y éste no? ¿Dónde está la moral de esa posición? […] Es pura hipocresía, puro fariseísmo».[28] El incidente, a pesar de todo, puso de manifiesto que los dirigentes cubanos no estaban al corriente de los sentimientos de muchos de sus conciudadanos. El posterior levantamiento del racionamiento de muchos productos alimenticios y la introducción de mercados campesinos libres fueron las consecuencias más visibles de tan traumático episodio.

La llegada al poder de la administración Reagan en 1981 provocó un nuevo deterioro de las relaciones cubano-estadounidenses. Cuba era

para el nuevo Gobierno estadounidense un suplente de la Unión Soviética, y cualquier posibilidad de reabrir las negociaciones entre los dos países dependía ahora del irrealizable requisito de que Cuba abandonara su conexión soviética. Reagan se negó igualmente a renovar el acuerdo de pesca de 1977 y endureció el embargo comercial contra Cuba. A pesar del nuevo impulso de la retórica de la guerra fría procedente de la Casa Blanca, Castro y los líderes cubanos siguieron tratando discretamente de mantener conversaciones con Estados Unidos sin establecer condiciones previas. Con el fin, en parte, de favorecer dicho proceso, Cuba interrumpió drásticamente su ayuda militar a Nicaragua y a los rebeldes salvadoreños y empezó a apelar a una solución política en El Salvador después de que la ofensiva de 1981 del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional no lograra desplazar al ejército gubernamental, apoyado por Estados Unidos. Bernardo Benes se encargó de nuevo de las negociaciones informales con Castro y sus asesores en 1985. Se trajo consigo la que era aparentemente una oferta de Reagan para levantar el embargo y aprobar una nueva cuota azucarera con la condición de que Cuba cejase en el empeño de exportar la Revolución. La respuesta de Castro fue afirmativa, pero antes de que pudiera ser transmitida a la Administración estadounidense se inauguró la programación de la primera emisora de radio anticastrista del exilio, con la connivencia de Estados Unidos. Seguramente, Reagan era consciente del efecto que aquello iba a tener en el delicado proceso de negociación con Cuba. [29]

No en vano, el temor de los dirigentes cubanos a las belicosas intenciones de la Administración Reagan ya había quedado confirmado cuando los marines estadounidenses invadieron Granada en 1983. El pretexto para la invasión fue la alteración del orden público después de que un golpe palaciego depusiera y asesinara al amigo y aliado de Castro Maurice Bishop. Los consejeros militares cubanos y los obreros de la construcción recibieron órdenes de ofrecer resistencia a los marines y, de hecho, aquélla fue la primera vez que se libró una batalla entre tropas regulares de ambos bandos. Los cubanos, inferiores en número, y en particular los trabajadores de la construcción, causaron considerables bajas entre los marines, lo que hace suponer que las tropas estadounidenses no lo habrían tenido fácil en caso de que hubieran intentado invadir Cuba.[30] Los acontecimientos de Granada reavivaron el miedo a una invasión estadounidense de Cuba bajo una Administración Reagan ferozmente anticubana y

desencadenaron la formación de milicias civiles para compartir la defensa de la isla con las fuerzas armadas regulares. Y también supusieron un nuevo golpe para las esperanzas de Castro de que se estableciera una alianza antiimperialista en la cuenca caribeña. Su otro aliado en la zona, el jamaicano Michael Manley, había sido derrotado en las elecciones de 1980 por el conservador prooccidental Edward Seaga. La mayoría de los países anglófonos del Caribe, por su parte, habían apoyado activamente o aceptado con pasividad la acción estadounidense.

La pérdida de influencia de Cuba en el Caribe a mediados de los años ochenta se vio contrarrestada por las nuevas oportunidades de establecer vínculos políticos y comerciales con Latinoamérica. La Guerra de las Malvinas de 1982 había resucitado un viejo espíritu anticolonial en el continente que no podía por menos que redundar en beneficio de Cuba. Castro había enviado un mensaje de apoyo a la junta de Argentina, a la que había ofrecido ayuda militar. La caída de las dictaduras militares de Argentina y después de Brasil, combinada con la concienciación de muchos gobiernos latinoamericanos sobre la necesidad de cooperación regional, contribuyó al final del aislamiento de Cuba. En 1987, el país había restablecido las relaciones diplomáticas con la mayor parte del continente y veía fluir los intercambios comerciales y los créditos entre la isla y las grandes potencias económicas de la región, como Brasil, México, Venezuela y Argentina. Más lejos, Cuba había establecido lazos comerciales con varios países de Europa occidental, muy en especial con España, cuyo Gobierno socialista le concedió sustanciosos créditos garantizados. La oferta de nuevas oportunidades, sobre todo para los países industrializados con acceso a la alta tecnología, fue un componente esencial de la estrategia exterior cubana de los años ochenta. Si los estadounidenses con Reagan y más tarde con Bush padre no estaban dispuestos a levantar el bloqueo económico, Cuba buscaría fuentes de bienes capitales en otros sitios, principalmente en la CEE y Japón.[31]

Animado por las señales de cooperación regional aparecidas en el continente latinoamericano, Castro consagró todo su talento para las relaciones públicas al grave problema de la deuda del Tercer Mundo. Durante los años setenta, Occidente había prestado millones de dólares de manera indiscriminada al Tercer Mundo y muy en particular a Latinoamérica en un intento de evitar una recesión internacional al recuperar los excedentes generados por las subidas en el precio del petróleo. La deuda que se había acumulado a comienzos de los años

ochenta empezó a sobrepasar la capacidad de muchos países de pagar siquiera los intereses. En los seis primeros años de la década, el Tercer Mundo transfirió a Occidente alrededor de 321.000 millones de dólares en concepto de pagos de capital, y 325.000 millones en concepto de intereses, lo que suponía en total en torno al 5 por 100 de su PIB anual.[32] La presión sobre sus economías, agudizada por las estrictas condiciones impuestas por el FMI a cambio de los nuevos préstamos, afectaba sobre todo a los millones de desposeídos del Tercer Mundo. El primer signo externo de la inminente crisis fue el anuncio por parte de México en 1982 de que no podía seguir pagando los intereses.

El nuevo grito de guerra de Castro no era un simple acto de oportunismo. El problema de la deuda del Tercer Mundo constituía precisamente el meollo de su eterna campaña por la reestructuración de las relaciones entre Norte y Sur. Además estaba convencido de que la creciente crisis de la deuda crearía las condiciones para el cumplimiento de su viejo sueño de unidad latinoamericana. También era una oportunidad, ahora que había dejado de ser presidente del Movimiento de Países No Alineados, de recuperar su pretensión de asumir el liderazgo moral del Tercer Mundo tras el revés sufrido en Afganistán. A través de una serie de apasionados y argumentados discursos y entrevistas, Castro se convirtió en el más elocuente defensor de la cancelación de la deuda del Tercer Mundo, respaldando su causa con argumentos morales y prácticos. La supervivencia de Latinoamérica, afirmaba, dependía de si se encontraba o no una solución a la crisis de la deuda, que era «el problema clave de nuestro tiempo». Sostenía que la deuda era tan elevada que ya no se podía pagar.[33] Cualquier intento de imponer mayores sacrificios a la población del Tercer Mundo para que prosiguiese con los pagos era también peligroso desde el punto de vista político y acabaría provocando una revuelta generalizada. En cualquier caso, afirmaba, era moralmente inaceptable que los países subdesarrollados tuvieran que financiar a las economías industrializadas; calculaba que en 1984, en gran medida debido a los pagos de la deuda, Latinoamérica había hecho una transferencia neta de 26.700 millones de dólares a los países occidentales desarrollados.

La solución que proponía trataba de plantar cara a dos de los grandes problemas con los que se enfrentaba el mundo, la pobreza y la carrera armamentística. Si los Estados acreedores reducían su gasto militar tan sólo un 12 por 100, la deuda del Tercer Mundo podía

cancelarse, por ejemplo, recurriendo al uso de los ahorros para emitir bonos gubernamentales a largo plazo con el fin de dar garantías a los bancos responsables de los préstamos. Un recorte más drástico en el gasto armamentístico, por otra parte, no sólo haría desaparecer el problema de la deuda, sino que también sufragaría un nuevo orden económico internacional que redundaría en beneficio de todos. Castro insistía una y otra vez en la desigualdad de las relaciones comerciales entre el mundo desarrollado y el menos desarrollado. El Tercer Mundo, afirmaba, se estaba empobreciendo debido a la brecha cada vez mayor entre el precio de los bienes manufacturados que estaba obligado a importar de las economías desarrolladas y el precio de sus exportaciones a esas economías. Calculaba que solamente entre 1980 y 1984 el poder adquisitivo del Tercer Mundo había disminuido casi un 22 por 100. Si a eso se añadían los elevados tipos de interés estadounidenses, la consiguiente fuga de capital desde el Tercer Mundo, la sobrevaloración del dólar, la práctica del *dumping* y el aumento de las políticas proteccionistas en Occidente, resultaba que Latinoamérica, por lo pronto, estaba siendo despojada de miles de millones de dólares año tras año. La cancelación de la deuda y el establecimiento de relaciones comerciales justas, añadía Castro no sin intención, favorecería también a las naciones desarrolladas al proporcionarles un nuevo e inmenso mercado en el Tercer Mundo.[34]

La estrategia de Castro en relación con la deuda del Tercer Mundo contemplaba, por tanto, la formación de un cártel de varias naciones deudoras que recurrieran a la amenaza del impago o a una moratoria sobre el pago de la deuda como instrumento de negociación para hacer descender el gasto armamentístico y acordar nuevas condiciones en los intercambios comerciales entre Norte y Sur. Lejos quedaba la estrategia de los años sesenta de extender el modelo revolucionario de Cuba al continente. De hecho, Castro parecía algo desilusionado con respecto a la posibilidad de éxito de la revolución o del socialismo en un solo país. Probablemente tenía en mente la presión de veinticinco años de esfuerzos por lograr el desarrollo de la economía cubana en medio del aislamiento casi total y las durísimas condiciones impuestas al Gobierno sandinista cuando en 1985 declaró ante la Federación Latinoamericana de Periodistas que la condonación de la deuda y el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional eran hechos mucho más importantes que dos, tres o cuatro revoluciones aisladas. Una revolución en medio de la pobreza, prosiguió, era mejor que el sistema de explotación, pero no se podía responder a las

necesidades acumuladas en los países del Tercer Mundo solamente con cambios sociales.[35]

La elocuencia de Castro sobre la cuestión de la deuda internacional no se correspondía demasiado con su capacidad para influir en el proceso. En la primera mitad de la década de 1980, Cuba necesitó pocos préstamos de Occidente y pudo hacer frente a los pagos. No en vano, las autoridades cubanas eran famosas por la seriedad con la que respondían a sus obligaciones contractuales. Además, la economía cubana estaba resguardada de los efectos más graves del mercado occidental gracias a su especial relación con el Comecon, aunque ello generara problemas de otra clase. Por otro lado, Castro no tenía mucho peso entre los gobiernos de los grandes países latinoamericanos, que seguían tratando de renegociar sus deudas cada uno por su cuenta, alentados o apoyados por Estados Unidos. Sólo Perú, en 1985, bajo el Gobierno de Alan García, plantó cara a las condiciones de los pagos, negándose a devolver más del 10 por 100 de sus exportaciones anuales. Después del «lunes negro», 19 de octubre de 1987, cuando cayeron los mercados bursátiles de todo el mundo, la retórica de la resistencia contra el peso de la deuda entre los principales países latinoamericanos subió algunos decibelios, pero sus gobiernos, una vez más, no lograron ponerse de acuerdo para la formación de un cártel de deudores.

A pesar de todo, sería un error subestimar la influencia de Castro en Latinoamérica. Es posible que sus propuestas para la solución del problema de la deuda sólo tuvieran la fuerza de una apelación moral, pero era difícil no extraer la conclusión de que, a medida que empeoraba la crisis de la deuda, iba aumentando la posibilidad de algún tipo de acción conjunta por parte de los países latinoamericanos. Castro contaba también con numerosos seguidores en muchos sectores de la población latinoamericana. No sólo gozaba del prestigio de ser el más decidido detractor de la hegemonía estadounidense sobre el continente, sino que también estaba aumentando su popularidad dentro del movimiento por la justicia social que crecía a pasos agigantados en el seno de la Iglesia latinoamericana. Durante su visita a Chile en 1971, y después en Jamaica y en Nicaragua, Castro había apoyado la reivindicación de una alianza estratégica entre cristianos y marxistas.

La Iglesia católica en Cuba, a diferencia de muchos otros lugares de Latinoamérica, no había arraigado demasiado entre los pobres, especialmente en las zonas rurales. Castro afirmaba que no había

habido nunca si una sola iglesia en el campo, donde vivía el 70 por 100 de los cubanos.[36] Su experiencia personal de la educación de los Hermanos Cristianos y los jesuitas no le había llevado precisamente a sentir un gran afecto por el cristianismo, y en tanto que autoproclamado marxista-leninista, por supuesto, era ateo. Sin embargo, las relaciones entre el régimen revolucionario y la Iglesia habían mejorado considerablemente desde el enfrentamiento de 1960-1961. El peor momento en las relaciones Iglesia-Estado se vivió después de la invasión de bahía de Cochinos en 1961, cuando el Gobierno prohibió la enseñanza de la religión en los colegios públicos, cerró escuelas religiosas y expulsó a decenas de sacerdotes como respuesta al apoyo encubierto ofrecido por algunos miembros del clero al intento de invasión. El Concilio Vaticano II de 1962-1965, con su especial atención a la reforma social, allanó el camino para un nuevo diálogo, y la Iglesia cubana se fue reconciliando poco a poco con la Revolución, a pesar de su pérdida casi total de poder y privilegios.

En el conjunto de Latinoamérica, sin embargo, la Iglesia era la institución más influyente entre la población, y a partir de mediados de los años sesenta muchos de sus sectores empezaron a apoyar demandas de reforma política y justicia para los pobres y los oprimidos. Por tanto, ningún movimiento revolucionario podía rechazarla o ignorarla. La revolución sandinista de Nicaragua, por ejemplo, estaba basada en una estrecha alianza entre socialismo y cristianismo. Castro reclamaba ahora no sólo encontrar un idéntico espíritu de austeridad y sacrificio personal para los dos movimientos, sino un objetivo político común. En una entrevista con el sacerdote brasileño Frei Betto en 1985, señaló que desde el punto de vista político los cristianos podían ser también marxistas y trabajar conjuntamente con los comunistas para transformar el mundo, y que lo importante en ambos casos era que fueran revolucionarios honestos que quisieran terminar con la explotación del hombre por el hombre y luchar por el reparto justo de la riqueza social, por la igualdad, la fraternidad y la dignidad de todo ser humano.[37] Resulta significativo que la entrevista con Frei Betto se convirtiera en un éxito de ventas en Latinoamérica.

De hecho, el llamamiento de Castro a la unidad entre cristianos y comunistas y su campaña sobre la deuda del Tercer Mundo tuvo una enorme resonancia moral en Latinoamérica. Sus publicitadas manifestaciones acerca de la pobreza, la explotación, la represión y el nacionalismo trascendieron los límites de los reducidos círculos de la

izquierda. A diferencia de la mayoría de los estadistas latinoamericanos, él podía permitirse dar voz a la generalizada aversión a Estados Unidos y, de hecho, trató conscientemente de convertirse en la conciencia anticolonial de Latinoamérica y el Tercer Mundo. El compromiso de Cuba con la causa del Tercer Mundo se hacía evidente en su relativamente masiva ayuda a naciones de muchos lugares del planeta. La popularidad de Castro no sólo se debía a lo que decía, sino también a cómo lo decía. Su capacidad retórica y su estilo exuberante despertaban el interés de los medios de comunicación de todo el mundo y lograban que Cuba recibiera una atención desproporcionada en relación con su importancia internacional.

La influencia de Castro en el extranjero, sin embargo, se veía seriamente mermada a causa de la percepción generalizada de que Cuba era un suplente de la Unión Soviética. Aunque es verdad que los líderes cubanos gozaban de cierta autonomía para la toma de decisiones internas, la política exterior estaba estrechamente unida a la de Moscú. Además, los problemas internos de Cuba indicaban que la Revolución Cubana no era un modelo que pudiera seguirse en cualquier otro lugar. De hecho, a mediados de los años ochenta, Castro se vio obligado de nuevo a dirigir su atención a la política interior y a concentrar sus esfuerzos en resolver las crecientes contradicciones internas de la Revolución.

[1]. Para una visión general sobre estas cuestiones, véase Domínguez, J., «Cuba in the International Arena», en *Latin American Research Review*, XXIII(1), 1988.

[2]. Castro, F., *Conversaciones con periodistas norteamericanos y franceses*, La Habana, Política, 1983.

[3]. Entre otros, Elliott, J. M. y Dymally, M. M., *Fidel Castro: Nothing Can Stop the Course of History*, Nueva York, Pathfinder, 1986, pp. 108-120; Betto, F., *Fidel and Religion*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1987, p. 299. [Hay trad. cast.: *Fidel y la religión*, Madrid, GEASA, 1986.]

[4]. Sobre Noriega, véase la entrevista de Castro con Maria Shriver, de la NBC, en *GWR*, 13 de marzo de 1988, y sobre las Malvinas, véase *Granma*, 3 de mayo de 1982.

[5]. Blasier, C. y Mesa-Lago, C., eds., 1979, *Cuba in the World*, University of Pittsburgh, *passim*.

[6]. Betto, 1987, pp 244-245, 233-235.

[7]. Castro Ruz, F., *Fidel in Chile*, Nueva York, International Publishers, 1972, p. 119.

[8]. Taber, M., ed., *Fidel Castro's Speeches*, Nueva York, Pathfinder, vol. 2, 1983, pp. 13-14.

[9]. Castro Ruz, 1972, pp. 136 y 220.

[10]. Reed, S. L., «Participation in Multinational Organizations and Programs in the Hemisphere», en Blasier y Mesa-Lago, C. (eds.), 1979, pp. 297-312.

[11]. Smith, W. S., 1987, p. 93. Para una profundización en la política estadounidense sobre Cuba en los años setenta, véase Morley, M. H., *Imperial State and Revolution: the United States and Cuba,* 1952-1986, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

[12]. Para una visión general de las políticas de Cuba y Estados Unidos sobre África, véase Gleisejes, P., *Conflicting Missions. Havana, Washington and Africa* 1959-1976, Chapel Hill, Carolina del Norte, University of North Carolina Press, 2002.

[13]. *Ibid.* para un análisis relativamente reciente.

[14]. Kapcia, A., 1979, «Cuba's African Involvement. A New Perspective», en *Survey. A Journal of East and West Studies*, 24.2, primavera de 1979, pp. 142-159.

[15]. García Márquez, G., «Cuba in Angola: Operation Carlotta», en Taber, M., ed., *Fidel Castro's Speeches: Cuba's International Foreign Policy* 1975-80, Nueva York, Pathfinder, 1981, p. 353.

[16]. *GRW*, 9 de julio de 1972.

[17]. Entre otros, Castro, F., *Fidel Castro habla con Barbara Walters*, Colombia, Carlos Valencia Editores, 1977, p. 53; y Shevchenko, A., *Breaking with Moscow*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1985, p. 272.

[18]. Smith, W. S., 1987, p. 130.

[19]. Discurso de Castro del 26 de julio de 1979, en Taber, 1981, pp. 293-309.

[20]. Taber, 1981, p. 167.

[21]. Erisman, M. H., *Cuba's International Relations: the Anatomy of a Nationalistic Foreign Policy*, Colorado, Westview, Boulder, 1985, pp. 128-129.

[22]. Elliott y Dymally, 1986, pp. 18 y 183.

[23]. Levine, R. M., *Secret Missions to Cuba. Fidel Castro, Bernardo Benes and Cuban Miami*, Nueva York y Basingstoke, Palgrave, 2001, pp. 85-148.

[24]. Fidel Castro, discurso en Taber, 1981, p. 253.

[25]. Entre otros, Bourne, P., 1987, Londres, Macmillan, p. 295.

[26]. Bach, R. L., «Socialist Construction and Cuban Emigration: Explorations into Mariel», en *Cuban Studies* 15(2), verano de 1985.

[27]. Según palabras de Castro en Ramonet, 2006, p. 302. Para más detalles sobre la experiencia de estas personas en Florida, véase http://www.glo balsecurity.org/ military/ops/mariel-boatlift.htm

[28]. *Granma*, 16 de junio de 1980.

[29]. Levine, R. M., 2001, pp. 166-167.

[30]. Erisman, 1985, pp. 146 y 156, nota 41.

[31]. Stubbs, J., *Cuba: the Test of Time*, Londres, Latin America Bureau, 1989, pp. 131-136.

[32]. Roddick, J., 1988, *The Dance of the Millions: Latin America and the Debt Crisis*, Londres, Latin America Bureau, 1988, p. 3.

[33]. Betto, 1987, pp. 301 y 297.

[34]. Castro, F., *La cancelación de la deuda externa y el nuevo orden económico internacional como única alternativa verdadera. Otros asuntos de interés político e*

histórico, La Habana, Editora Política, 1985, pp. 101, 122-125, 156-157; Betto, 1987, pp. 299-300.

[35]. Discurso en el IV Congreso de la FELAP, 6 de julio de 1985, citado en O'Brien, P., «The Debt Cannot be Paid: Castro and the Latin American Debt», en *Bulletin of Latin American Research*, 5(1), 1986, p. 56.

[36]. Betto, 1987, p. 181.

[37]. *Op. cit.*, p. 276.

8
RECUPERANDO EL RUMBO

En febrero de 1986, Castro se puso en pie ante los delegados del III Congreso del Partido Comunista de Cuba para lanzar en el frente interior una nueva ofensiva de nombre algo farragoso, el «proceso de rectificación de errores y tendencias negativas». Aquello marcaba su retorno al centro del escenario político de Cuba tras aproximadamente una década en la que su presencia se había hecho notar menos en el terreno doméstico. Su discurso denostaba la idea de liberalizar la economía y atacaba la corrupción, el corporativismo, el materialismo y el egoísmo de la sociedad cubana. Insistía en la necesidad de una mayor productividad y un menor consumo y reivindicaba el retorno a los valores morales igualitarios. En resumidas cuentas, Castro pedía sacrificios aún mayores al pueblo cubano.

El trasfondo inmediato de aquella nueva campaña era el deterioro de la situación económica de Cuba a mediados de los años ochenta. Lo cierto es que la economía se había recuperado en los años setenta después de las decepcionantes tasas de crecimiento de la década anterior. Según los indicadores macroeconómicos empleados por los países socialistas, el producto social global (o PSG) de Cuba había aumentado en la primera mitad de la década de 1970 un 14,8 por 100 de media para descender a una tasa anual del 4,6 por 100 entre 1976 y 1979. Sin embargo, a mediados de los años ochenta se evidenciaba ya una drástica caída, agudizada por las desfavorables condiciones climatológicas, la baja productividad, la inadecuada planificación y el endurecimiento del embargo económico estadounidense por parte de la Administración Reagan. En 1986, Cuba alcanzó un déficit récord de más de 199 millones de dólares y una deuda exterior de 3.870 millones de dólares, un 6,9 por 100 más que en 1985, mientras que el GSP sólo creció un 1,4 por 100 durante el año anterior. Además, disminuyó el crédito procedente de Occidente, porque Cuba, por una vez, no había podido pagar los intereses de su deuda acumulada de más de 6.000 millones de dólares.[1]

Los altibajos en el rendimiento económico no habían afectado a las considerables inversiones estatales en reformas sociales, ayuda exterior e intervención militar en el extranjero. Respaldados por un crédito a largo plazo y acuerdos comerciales con la Unión Soviética, los cubanos

habían alcanzado niveles de salud y educación que no tenían nada que envidiar a los de los países desarrollados. La tasa de mortalidad infantil, un parámetro común de desarrollo, había descendido del 60 por 1.000 de los nacidos vivos en 1958 al 13,3 a mediados de los años ochenta. En vísperas de la Revolución sólo había un médico por cada cinco mil cubanos. Treinta años más tarde había uno por cada cuatrocientos. La esperanza de vida había pasado de los 57 a los 74 años, y sólo el 2 por 100 de la población era analfabeta, en comparación con el 24 por 100 de 1958. Todos los niños en edad escolar iban ahora al colegio, mientras que sólo el 56 por 100 lo hacía antes de la Revolución.[2]

Las meras cifras ocultan el verdadero alcance del cambio social y económico experimentado en Cuba. El campo disfrutó muy especialmente de los beneficios de una inyección masiva de fondos del Estado. No sólo se erradicó el modelo tradicional de las relaciones de clase a través de la expropiación y la nacionalización, sino que también se eliminó casi por completo el eterno azote del desempleo y el subempleo. El campo aparecía ahora salpicado de pequeñas localidades rurales de entre quinientos y dos mil habitantes, dotadas de agua corriente, electricidad, clínicas y colegios, allí donde antes gran parte de la población vivía desperdigada en cabañas de mala calidad rodeadas de minúsculas parcelas de tierra. Los latifundios habían dado paso a fincas estatales, cooperativas asistidas por el Estado y pequeñas pero productivas propiedades, aunque la reorganización del sector agrario no se había producido sin traumas. Cuba no padecía la pobreza ni las enfermedades que estaban asolando gran parte de Latinoamérica, incluidas las economías más desarrolladas. Los cubanos tenían acceso a una variedad incomparable de servicios sociales y recreativos y de oportunidades educativas. Asimismo, había personal médico, ingenieros, profesores y consejeros militares cubanos trabajando en multitud de países pobres como parte del generoso programa gubernamental de ayuda en el extranjero.

La carencia más notable de la sociedad cubana era la falta de bienes de consumo. Sin embargo, Castro se mantenía firme en la idea de que el éxito de la Revolución debía juzgarse al menos en parte por la sanidad, la vivienda y la educación, y no en términos de accesibilidad de los bienes de consumo. Despreciaba la simple utilización de la expresión «nivel de vida», porque a su entender entrañaba un «terrible egoísmo nacional». Entre el aplauso habitual, en una ocasión declaró que, aunque era verdad que preferirían tener diez

o veinte metros más de tela per cápita, ése no era el problema en aquel momento; el problema era el desarrollo, el futuro. Los cubanos, aseveraba, no podían hipotecar su futuro por diez metros de tela.[3] Con todo, y pese al descontento generalizado, la cantidad y variedad de bienes básicos de consumo había aumentado considerablemente desde los años de escasez de finales de la década de 1960. Esto se debió principalmente al crecimiento económico, pero también contribuyeron a ello la nueva estrategia de permitir que los productos se vendieran a un precio más alto en «mercados paralelos» gestionados por el Estado y la creación en 1980 de «mercados campesinos libres» en los que los pequeños propietarios podían vender sus excedentes a precios no fijados. Estas medidas liberalizadoras formaban parte de un intento de mediados de los años setenta de introducir en la economía una serie de mecanismos de mercado. Después de la desastrosa campaña del azúcar de 1970 se había modificado el modelo de «economía de guerra» empleado en Cuba a finales de la década de 1960 para establecer un nuevo marco denominado Sistema de Dirección y Planificación de la Economía (SDPE), que daba paso a cierta descentralización de la planificación y la gestión y a un nuevo abanico de incentivos materiales. El propósito era mejorar la eficiencia y estimular la producción.[4]

Aunque Castro se cuidaba mucho de criticar directamente el nuevo sistema, era evidente que no se sentía cómodo con él. No es casualidad que las medidas de liberalización económica implantadas en el pasado se hubieran introducido precisamente coincidiendo con los dos momentos de especiales dificultades para el modelo castrista de una economía centralizada y «moral»: en 1964, tras el fracaso de la campaña de industrialización, y después de la crisis de 1970. Su latente desconfianza hacia los mecanismos del mercado se vio fortalecida a mediados de los años ochenta cuando quedó de manifiesto que la economía estaba empezando a sufrir graves tensiones. La situación alcanzó un punto crítico con motivo del plan de 1985 elaborado por la Junta Central de Planificación (Juceplan), con Humberto Pérez, economista adiestrado en Moscú, a la cabeza. El plan fue suspendido por intervención directa de Castro por contemplar un presupuesto excesivamente hinchado sin tener en cuenta la situación económica de Cuba. Uno de los problemas más importantes, señalaba Castro, era que la descentralización del proceso de toma de decisiones económicas había dado origen a tendencias corporativistas dentro de la Administración. Para justificar su acción, aseguró a la Asamblea

Nacional que durante todos aquellos años, desde que se iniciaron los esfuerzos de planificación y desarrollo, todos los organismos y ministerios se habían visto invadidos por un «espíritu sectorial», y que cada institución batallaba por los limitados recursos existentes. Aquel criterio, proseguía, había quedado abolido, y se había determinado que el plan debía ser el plan de todos y la economía era la economía de todos.[5] Sin contar con la Juceplan, Castro creó un nuevo comité para elaborar un plan revisado para 1985 que reducía drásticamente el gasto estatal, daba prioridad a las exportaciones sobre las importaciones y establecía medidas para ahorrar recursos. Humberto Pérez, el tecnócrata más estrechamente vinculado al SDPE, fue relevado de su puesto poco después, y en 1986, expulsado del Buró Político.

Con la denominada campaña de Rectificación, Castro amplió el blanco de sus críticas. En una serie de congresos celebrados entre 1986 y 1987, se dedicó a atacar los «errores y tendencias negativas» que habían surgido en los años anteriores. Al mismo tiempo hizo un llamamiento a los cubanos para aumentar la productividad, reducir el consumo y reanudar el trabajo voluntario, en especial los equipos voluntarios de construcción, las Microbrigadas. La forma en la que conducía aquellos extensos encuentros era la de Castro en estado puro. Entablaba con los delegados una conversación incesante, interrogándolos sobre los detalles más nimios de su trabajo y utilizando la información obtenida para ilustrar temas más amplios. Pocas instituciones escapaban a su mordacidad. Denunciaba la baja productividad de la industria cubana, acusando a los directivos de permitir el gasto de los recursos, a los tecnócratas de no realizar una correcta labor de evaluación y a los trabajadores de aprovecharse de las poco exigentes normas laborales de productividad para obtener primas excesivas. Denunciaba el surgimiento de una nueva capa de pequeños empresarios que habían aprovechado las oportunidades surgidas con la introducción de mecanismos de iniciativa privada como los mercados campesinos libres para enriquecerse. Señalaba que esas tendencias estaban haciendo crecer los diferenciales de ingresos y permitiendo la entrada al consumismo, mientras que el trabajo voluntario se estaba devaluando. En general, en los últimos años, declaró en uno de los congresos, había disminuido la disciplina y también el respeto de la ley.[6]

Al igual que en 1970, la nueva campaña respondía en parte a la enorme presión ejercida desde abajo. A mediados de los años ochenta

se había generalizado, especialmente entre la población urbana, un sentimiento de desafecto que estaba empezando a verse reflejado aunque con cierta cautela en algunos sectores de la prensa. La Habana, centro político, administrativo e industrial de la isla y la ciudad más densamente poblada de Cuba, parecía ser el semillero de aquellas críticas. El malestar no derivaba únicamente del eterno problema de la escasez de bienes subvencionados, el elevado precio de los productos vendidos en el mercado paralelo o la calidad de servicios tales como el transporte público. Se debía también a que los sacrificios que exigían los dirigentes estaban desigualmente distribuidos. De todos era sabido que había gente que se estaba aprovechando de la situación de escasez para obtener espléndidas ganancias de aquel nuevo sistema más liberal. También daba la impresión de que algunas personas de la Administración, el ejército o las empresas estatales estaban abusando de sus privilegios. Abundaban las historias sobre casos de amiguismo, comisiones ilegales, elevadas cuentas de gastos y uso privado de coches oficiales. En un discurso pronunciado con ocasión del III Congreso del Partido, Castro hizo suyas algunas de aquellas quejas, actuando, como era habitual en él, como una especie de autoproclamado portavoz del descontento popular contra la Administración. Su reputación como «la síntesis de las mejores virtudes del pueblo» se vio así fortalecida. Según explicó en ese mismo congreso un miembro destacado del Comité Central y protegido de Castro, en muchas de las reuniones y asambleas de los meses anteriores se había oído a la gente lamentarse del hecho de que otra vez hubiera tenido que ser «el camarada Fidel» el que plantase cara a las desviaciones y a las políticas equivocadas.[7]

La mayor invectiva de Castro fue la dirigida contra su sempiterna bestia negra: los burócratas y los tecnócratas. Tomando como ejemplo el Ministerio de la Construcción (Mincons), cuyos representantes en la sala tuvieron que revolverse, sin duda, en sus asientos al escuchar sus palabras, se refirió con sarcasmo a su falta de voluntad a la hora de ocuparse de las necesidades sociales de los trabajadores. Habló del caso de la nueva fábrica de Guanabacoa, en la que las trabajadoras necesitaban una guardería porque les resultaba muy costoso que cuidasen a sus hijos. Sin embargo, aseveró, la sola referencia a su construcción casi «hizo desmayarse» a los del ministerio. El ejemplo de la guardería no había sido escogido al azar; pretendía resaltar la vinculación entre las necesidades sociales y el desarrollo económico, que constituía la esencia de su «economía moral».

No en vano, eran los conceptos morales los que dominaban sus discursos sobre economía. Recurriendo, en el momento más acalorado de su discurso, a una imagen de muy dudoso gusto, acusó a algunos tecnócratas y burócratas de Cuba de padecer y transmitir una especie de «sida ideológico» que estaba destruyendo las defensas de la Revolución.[8] Esta nueva enfermedad burocrática no era, según Castro, otra cosa que la propagación del espíritu «capitalista o pequeñoburgués» entre personas que parecían muy versadas en el marxismo pero que equivocadamente había depositado su confianza en los mecanismos del mercado, olvidando la primacía de la conciencia revolucionaria.[9] En el pasado, Castro había atacado reiteradamente las desviaciones burocráticas. Su renovada ofensiva en la campaña de Rectificación constituía un indicio del ascenso a partir de los años setenta de una nueva capa de gestores en la Administración y en las empresas estatales estrechamente asociados con las medidas reformistas del SDPE. Estas figuras defendían una mayor autonomía de gestión, planes de beneficios en las plantas, incentivos materiales, diferenciales salariales y más economatos para los trabajadores cualificados.

La ofensiva de Castro, sin embargo, no iba en contra del SDPE; lo único que decía era que se había aplicado de manera ineficaz (y en algunos casos corrupta) y que había llegado demasiado lejos. La campaña de Rectificación no era, por tanto, una vuelta a la «economía de guerra» del período 1966-1970 ni un rechazo del nuevo sistema de gestión económica, sino un intento de recuperar el equilibrio entre ambos. Resulta significativo que a pesar de su ataque a los empresarios privados de Cuba (los mercados de agricultores se cerraron en 1986), Castro no cuestionara la política oficial de fomentar acuerdos conjuntos entre empresas estatales cubanas y compañías privadas extranjeras. Detrás de la campaña de Rectificación subyacía la apremiante necesidad de responder a la crisis económica de mediados de los años ochenta en Cuba sin sacrificar los principios de la Revolución. Evidentemente, Castro creía que el precio de una mayor liberalización económica era demasiado alto para Cuba: por un lado, estaba desmovilizando a la población, y por otro, estaba socavando la base igualitaria de la Revolución. En aquellas condiciones de persistente subdesarrollo y constante bloqueo por parte de Estados Unidos, Castro pensaba que el Gobierno no podía permitirse renunciar a su control de la economía, y que el pueblo cubano tampoco podía relajarse o «dejarse llevar» por el consumismo. La supervivencia de la

Revolución dependía de la generación del máximo excedente posible para la inversión en defensa, intervención en el extranjero y asistencia social. En una economía en decadencia eso significaba apretarle todavía más el cinturón al país e impulsar la productividad sin aumentar los salarios. En su opinión, sólo un retorno parcial a una mayor centralización de los controles y una restauración de los incentivos morales junto con las gratificaciones materiales podían garantizar el correcto equilibrio.

Las duras palabras empleadas por Castro a lo largo de la segunda mitad de la década de 1980 no eran las de un puritano revolucionario o un decrépito estalinista aferrado a un dogma trasnochado, como han sugerido algunos analistas.[10] En realidad se basaban en la percepción de que el sistema de gestión económica introducido a mediados de los años setenta no estaba funcionando debidamente y que, aunque había que reformarlo, también los dirigentes cubanos tenían que renovar sus instrumentos tradicionales de movilización y toma de decisiones. Castro siempre había pensado que un principio clave del socialismo especialmente válido para un país en vías de desarrollo era que las decisiones sobre el uso de los recursos económicos tenían que centralizarse.[11] Sin embargo, se vio obligado a renunciar a ello cuando vio peligrar su modelo. De hecho, no había nada nuevo en la Rectificación. Era un medio de «enderezar el timón» para «recuperar» el rumbo de la Revolución que Castro había tomado desde su llegada al poder, primero tras el fracaso de la campaña de industrialización de comienzos de los años sesenta, después durante la fase radical, entre 1966 y 1970, y más recientemente tras la crisis de 1970. Los cuatro momentos de reorientación política constituyeron respuestas cíclicas a presiones internas y externas, especialmente la procedente del mercado internacional.

Tensiones similares, aunque de una magnitud completamente diferente, afectaron al bloque soviético a mediados de los años ochenta, lo que llevó a un sector de la cúpula directiva soviética encabezado por Gorbachov a lanzar un programa de reformas económicas, la *perestroika* ('reestructuración'). Podemos decir que la campaña de Rectificación de Cuba empezó antes de la *perestroika*, si tenemos en cuenta que Castro lanzó su primer ataque contra la ineficiencia en 1984. Castro y Gorbachov perseguían el mismo objetivo, incrementar la productividad y la eficiencia económica en una economía en decadencia, pero los medios empleados divergían porque los obstáculos con los que se enfrentaban eran distintos. Castro

aseguraría más tarde que había visto con buenos ojos las primeras declaraciones de Gorbachov sobre la reestructuración de la economía soviética, pero que no tardó en forjarse una opinión muy negativa de las medidas aplicadas por el dirigente soviético.[12] A juicio de Castro, la *perestroika* debilitó el control del Estado sobre la economía e introdujo un conjunto de mecanismos radicales de mercado para estimular la racionalización y la productividad. La Rectificación, en cambio, fortaleció el control estatal y centralizó la planificación de la economía. La política paralela de *glásnost* o 'apertura' en la Unión Soviética fue ante todo una campaña destinada a desarticular los grupos de presión consolidados en el partido y la administración que estaban bloqueando la reforma. En una sociedad pequeña y centralizada como Cuba, ningún sector del parti-do o de la administración había constituido una base autónoma de poder como las que podían encontrarse en la Unión Soviética.

Es verdad que Castro empleó un método similar para hacer entrar en vereda a quienes encarnaban lo que él entendía como intereses burocráticos creados. Al igual que Gorbachov, alentó las críticas desde abajo con el fin de sacudir los estratos intermedios del Estado cubano. Y al igual que el dirigente soviético, fue él quien orquestó aquellas voces críticas, gestionándolo todo desde la tribuna del orador, como una especie de presidente y abogado del diablo al mismo tiempo. Con frecuencia, como sucedió en el Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) en la primavera de 1987, Castro encarecía a sus ministros asistir a encuentros en los que eran sometidos a contundentes críticas por parte de los delegados de las bases. Así era como Castro hacía siempre frente a los conflictos internos del partido y de la sociedad en general. En una entrevista ofrecida a la NBC en 1988, aseguró que en Cuba también tenían *glásnost* y siempre la habían tenido. Ningún partido en el mundo, aseveró, había sido más autocrítico que el Partido Comunista de Cuba. Si se examinaba su historia podía presenciarse la *glásnost* a gran escala.[13]

Pero a pesar de todo existía una diferencia sustancial entre los dos procesos. Mientras que la *glásnost* soviética abrió una caja de Pandora de demandas que amenazaban con socavar la frágil estabilidad de la URSS, la versión cubana, si es que podía recibir el mismo nombre, era un proceso decididamente controlado y limitado. Al parecer, el disentimiento era algo tolerado en la medida en que convenía a la cúpula dirigente. En un momento en el que Castro se mostraba deseoso de erradicar la ineficiencia y la corrupción menor entre los oficiales de

todos los niveles, se admitía la manifestación de las críticas siempre y cuando fueran dirigidas contra la negligencia o la inmovilidad burocrática. Sin embargo, las críticas que ponían en cuestión los principios mismos de la Revolución no se consideraban aceptables. Ya se estaba liberando a los ciudadanos cubanos que habían sido encarcelados en aplicación de una ley que contemplaba las actividades de oposición como traición, pero todavía quedaba un largo camino por recorrer antes de que el disentimiento explícito con la política oficial pudiera aflorar libremente fuera de las instituciones del Estado. Las quejas indirectas manifestadas en las columnas más audaces de la prensa no podían compararse con el diálogo crítico que se estaba manteniendo en la Unión Soviética.

De hecho, podría decirse que el único que era un verdadero periodista de investigación en Cuba era Castro, que seguía recorriendo la isla, aunque con menos frecuencia que en los años sesenta, identificando gracias a su agudo olfato los indicios de los abusos y la ineficiencia. Allí donde Castro autorizaba las críticas, éstas salían a borbotones. Durante sus paseos entre la gente, ésta lo acosaba pidiéndole soluciones para pequeños problemas locales, pues sabía que sus palabras eran órdenes para la Administración. Castro se había rodeado de un reducido grupo de unos veinte técnicos y administradores jóvenes e inteligentes que ejercían de asistentes personales y mediadores. Ese Grupo de Coordinación y Apoyo se había convertido en cantera de futuros dirigentes gubernamentales, y varios ministros del Gabinete habían salido de sus filas. Eso indicaba una vez más que, aunque Castro no eludía los canales oficiales, su instinto lo guiaba siempre hacia el control centralizado y la acción directa. «En mi oficina —dijo en una entrevista al *Washington Post* en 1985— tengo veinte camaradas que están continuamente en la carretera visitando fábricas, hospitales, escuelas, coordinando, ayudando a todos, y no son inspectores, son gente que se acerca, ve cómo está la situación, coordina un organismo con otro».[14] Además, él era la única fuente consistente de datos estadísticos sobre la economía y la sociedad. Era fundamentalmente él quien, desde la tribuna y la pantalla de la televisión, informaba al pueblo de lo que sucedía en Cuba.

Ahora bien, sería un error deducir de todo ello que Castro ejercía de nuevo, como en los años sesenta, un poder ilimitado. Dentro del partido y la cúpula dirigente se desarrolló un intenso debate antes y a lo largo de la campaña de Rectificación que fue calando en las distintas instituciones y asambleas locales hasta llegar a la calle. El

nuevo programa fue casi con toda seguridad fruto de un consenso nacido en parte de las divergencias entre los líderes y las presiones desde abajo. Las discusiones eran a menudo acaloradas, y provocaban desacuerdos explícitos entre los altos cargos y, en una ocasión, entre Castro y uno de sus ministros en la propia Asamblea Nacional.[15] Aunque las opiniones políticas heterodoxas todavía se consideraban intolerables a finales de los años ochenta, existía, dentro de los límites de la Revolución, un debate en torno a la toma de decisiones mucho más crítico que el que se había producido en las dos décadas anteriores.

El regreso de Castro al centro del escenario interior tampoco era señal de un cambio en el esquema de poder dentro del régimen. En realidad era una renovación del estilo populista de los años sesenta al servicio de una nueva movilización social. El moderado alcance de la descentralización de la gestión y los incentivos materiales puestos en marcha en la década de 1970 no requería el mismo tipo de liderazgo carismático que acompañó a las operaciones en pos del esfuerzo patriótico. Dado que era el mando supremo y el más eficaz comunicador de la cúpula dirigente, correspondió inevitablemente a Castro encabezar una ofensiva que casi con toda seguridad había ideado él. Si después de la campaña de Rectificación se produjo una drástica renovación de los miembros de rango intermedio del partido y de los gestores y los funcionarios de los ministerios económicos, los cambios de personal en el estrato de los altos dirigentes no hacen pensar que existieran divisiones serias. Se trataba más bien de un cambio en las prioridades similar a la práctica de las remodelaciones de gabinete; los ministros que fueron sustituidos eran los más estrechamente relacionados con los fracasos políticos. En las elecciones para el Buró Político de 1986, de los veintisiete miembros de la etapa 1980-1985 nueve perdieron sus asientos pero conservaron su cargo en el Comité Central, uno había muerto, otro fue trasladado al Secretariado y otro se retiró debido a su avanzada edad.

El retrato de Castro popularizado por algunos sectores de la prensa occidental como excéntrico resistente a las inevitables fuerzas de modernización personificadas por Gorbachov era, por tanto, una imagen distorsionada. La *perestroika* y la campaña de Rectificación derivaban de tradiciones y problemas políticos diferentes, como señaló Castro en su discurso ante la Asamblea Nacional con ocasión de la visita de Gorbachov en 1989.[16] En contraste con la Unión Soviética, Cuba era una sociedad pequeña y relativamente homogénea cuyos

miembros todavía podían ser movilizados para protagonizar haza-ñas de esfuerzo colectivo cuando el Estado así lo reclamaba. Mientras que los reformadores soviéticos veían en la liberalización un medio de dar salida a las energías bloqueadas por el peso muerto de la burocracia, los dirigentes cubanos creían, por el contrario, que necesitaban fortalecer su control sobre la economía y la sociedad con el fin de movilizar a sus ciudadanos para trabajar más y defender la Revolución frente a la amenaza de la agresión estadounidense. La Rectificación fue su respuesta a la terna de la decadencia económica, la insatisfacción popular y la persistente necesidad del Estado de quedarse con una parte sustancial del excedente nacional.

Pese a sus numerosas diferencias, la *perestroika* y la Rectificación estaban íntimamente unidas. Es posible que Castro descartara la idea de una *perestroika* cubana por considerarla inapropiada, pero no podía escapar a los efectos de las reformas de Gorbachov. La *glásnost* y la *perestroika* estaban de moda; la apelación a un esfuerzo aún mayor, que era lo que subyacía íntimamente a la campaña de Rectificación, no. Uno de los nuevos lemas vinculados a la campaña, «Ahora sí podemos construir el socialismo», resultaba ya cansino, como si todos los sacrificios del pasado hubieran sido en vano, y se convirtió en blanco de numerosas críticas populares. Dentro del partido había unos pocos sectores, entre ellos algunos viejos comunistas prerrevolucionarios y algunos Jóvenes Comunistas, que sentían una considerable aunque callada admiración por Gorbachov. Por una vez, un dirigente soviético parecía haber eclipsado a Castro. Y lo que es más importante, la reestructuración de la gestión económica soviética tuvo serias implicaciones para la especial relación existente entre los dos países. Gorbachov trató de introducir principios más rentables en las redes comerciales internacionales de la Unión Soviética. Ya desde su llegada al poder en 1985, el precio que la URSS estaba pagando por el azúcar cubano había pasado de ser once veces el precio del mercado mundial a sólo tres. Y en el plano internacional, una eventual mejora en las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos haría disminuir la importancia geoestratégica de Cuba para los soviéticos.

Castro y sus ministros no habían pasado de realizar veladas críticas a la *perestroika*, preocupados por no trastocar las relaciones con la Unión Soviética.[17] Las diferencias entre los dirigentes soviéticos y los cubanos se hicieron explícitas durante la visita de Gorbachov a Cuba en abril de 1989. El líder soviético hizo una inequívoca advertencia en relación con el nuevo acercamiento: «A medida que la

vida avanza, se están planteando nuevas demandas sobre la calidad de nuestra interacción. Esto afecta especialmente a los contactos económicos: deberían ser más dinámicos y efectivos y generar mayores rendimientos para nuestros dos países, nuestros dos pueblos».[18] En adelante, los organismos económicos cubanos no debían ocuparse tanto de la burocracia soviética como directamente de los encargados de las compras y los proveedores, que actuarían en función de nuevos criterios de rentabilidad. La Unión Soviética trataría de lograr un mayor equilibrio comercial entre los dos países y reducir los subsidios encubiertos a los precios incorporados al sistema de intercambios cubano-soviéticos. Por su parte, Castro insistía en que su país no se apartaría del modelo socialista cubano. Tales eran las agendas ocultas que se hallaban detrás de un publicitadísimo tratado de cooperación por veinticinco años firmado de manera conjunta por Gorbachov y Castro durante la visita del primero a Cuba y del protocolo de un año de duración acordado entre los dos países poco después.

Otro grave efecto para Cuba del «nuevo pensamiento político» de Gorbachov fue su tácita retirada de la política del Tercer Mundo. A finales de los años sesenta, Castro había criticado a la Unión Soviética por su tibio apoyo a las luchas de liberación nacional, como la de Vietnam. Sin embargo, con Brézhnev en los años setenta, el Kremlin se había comprometido claramente con la ayuda militar y comercial a los países alineados con los soviéticos, pues consideraba el Tercer Mundo como un escenario de la confrontación Este-Oeste. Gorbachov rechazaba explícitamente esta concepción de las relaciones internacionales. Sostenía que los problemas de pobreza y conflicto en el mundo subdesarrollado sólo podían resolverse a través de la acción coordinada entre las superpotencias y debían, por tanto, subordinarse al objetivo primordial de la distensión entre Este y Oeste. Aunque afirmaba que Latinoamérica tenía reservado un importante papel en el proceso de distensión, era evidente que el Tercer Mundo iba a ser un espectador más o menos pasivo en las negociaciones entre las superpotencias. Además, Gorbachov dejaba entrever que estaba más interesado en el potencial comercial de los países latinoamericanos que en su color político.[19]

La creciente convergencia entre Moscú y Washington de finales de los años ochenta fue bien acogida por Castro en la medida en que conducía hacia la distensión internacional. Un recorte sustancial en el gasto armamentístico liberaría dinero que podría utilizarse para la ayuda al desarrollo o para financiar la deuda del Tercer Mundo. La

distensión entre Estados Unidos y la URSS también allanaría el camino para una renovación de las relaciones cubano-estadounidenses y el final del embargo económico sobre la isla. Sin embargo, Castro no creía que Estados Unidos hubiera modificado sus centros de atención. Una retirada estratégica del Tercer Mundo por parte la Unión Soviética dejaría a Cuba y a otros países, como Nicaragua, peligrosamente expuestos al acoso estadounidense. Cuatro meses antes de que Gorbachov llegara a Cuba, en un discurso pronunciado en conmemoración del trigésimo segundo aniversario del desembarco del *Granma*, Castro había declarado:

La cuestión de la supervivencia de la humanidad es un problema que nos atañe a todos; la paz es un problema que nos atañe a todos […], apoyamos con sinceridad la política de paz de la Unión Soviética […]. Pero, aún, la supervivencia y la paz tienen un sentido diferente para unos países y para otros; hay dos supervivencias y hay dos paces: la supervivencia de los ricos y la supervivencia de los pobres, la paz de los ricos y la paz de los pobres […]. Es muy posible, es casi seguro que la forma de concebir la paz del imperio [Estados Unidos] es paz entre los poderosos, paz con la Unión Soviética y guerra con los pequeños países socialistas, revolucionarios, progresistas o, simplemente, independientes del Tercer Mundo.[20]

Castro hizo explícita su inquietud durante la visita de Gorbachov. Comparando los procesos revolucionarios de Cuba y de Rusia, se permitió una sarcástica y algo imprudente burla a la Unión Soviética, al declarar que en Cuba no había habido estalinismo, «a no ser que me consideren a mí […] una especie de Stalin, y, en ese caso, yo diría que todas mis víctimas gozan en nuestro país de excelente salud». Y prosiguió con una tácita crítica a las políticas de Gorbachov: «Sabemos lo que significa la expresión de un nuevo pensamiento político internacional, una nueva mentalidad en el enfoque de los problemas. Ahora bien, no tenemos ninguna seguridad, todavía no la tenemos, no tenemos la plena constancia de que el imperialismo haya asimilado esa nueva mentalidad internacional, y tenemos, por el contrario, razones sobradas para desconfiar de su conducta».[21]

El problema de Castro no era solamente que Moscú estuviera abandonando todos sus compromisos militares con el Tercer Mundo, sino que estaba redefiniendo sus vínculos comerciales y su programa de ayuda exterior para adecuarlos de alguna manera a las prácticas capitalistas. Pese a sus manifestaciones en sentido contrario, realizadas con ánimo tranquilizador, las reformas de Gorbachov contenían la

amenaza oculta de que tanto la seguridad como la viabilidad económica de Cuba podían resentirse con la retirada soviética. La capacidad de Castro para enfrentar entre sí a Washington y Moscú se vería reducida considerablemente ahora que la Unión Soviética ya no veía en Cuba una palanca contra Estados Unidos. La nueva política internacional de Gorbachov, que restaba importancia al Tercer Mundo como instrumento para el cambio, amenazaba también con debilitar la capacidad de Castro de desempeñar un papel activo en los asuntos mundiales. Las misiones militares cubanas en el extranjero, aunque no siempre fueran puestas en marcha a instancias de Moscú, se habían amoldado a la estrategia soviética y habían contado con su apoyo militar y diplomático.

La más espectacular de esas misiones había sido la operación cubana en Angola. Durante trece años, las tropas cubanas, con el apoyo de las armas soviéticas, estuvieron preservando la frágil independencia de Angola frente a las incursiones de Sudáfrica y las implacables operaciones de la organización guerrillera a su sueldo, Unita. La victoria militar de las tropas cubanas y angoleñas sobre el ejército sudafricano en Cuito Cuanavale en mayo de 1988 había contribuido a obligar a Pretoria a entablar negociaciones para lograr el fin del conflicto en el sur de África y a reconocer la independencia de Namibia. Aunque los posteriores Acuerdos de Brazzaville fueron fruto en gran medida de la convergencia de la política determinada para esa zona entre Reagan y Gorbachov, la intervención cubana había sido decisiva a la hora de convencer a Pretoria de que el coste de continuar con la acción militar era demasiado alto. Estados Unidos se vio forzado a aceptar la participación de Cuba en las negociaciones, aunque más tarde trataría de minimizar su papel en la liberación del África meridional.[22] Por otro lado, el prestigio de Cuba entre muchos países del Tercer Mundo, en especial entre los Estados de Primera Línea, era mayor que nunca. No obstante, ese tipo de operaciones, que tan buena reputación le habían granjeado, eran mucho más difíciles de realizar ahora que la Unión Soviética estaba abandonando todo compromiso político explícito en el Tercer Mundo.

De hecho, a finales de los años ochenta, las opciones de Castro se estaban estrechando tanto en casa como en el extranjero. En ese momento se enfrentaba al incremento de las tensiones económicas y a la creciente insatisfacción de muchos sectores de la población, agudizada con el regreso de miles de veteranos de la guerra de Angola. La ofensiva contra los especuladores que estaban sacando provecho de

la escasez de bienes no era un mero gesto ético, sino que iba encaminada a garantizar a una población inquieta que el Gobierno sería justo en el trato dado a todos los ciudadanos. De ahí la furibunda reacción de la cúpula dirigente ante el descubrimiento en junio de 1989 de que algunos altos cargos habían estado introduciendo en Estados Unidos cocaína colombiana de contrabando por valor de millones de dólares. El proceso emprendido contra ellos nos proporciona una fascinante visión de las diferentes culturas que crecieron al calor de los esfuerzos cubanos por eludir el embargo. Pero también habla de las relaciones de poder existentes en los escalones superiores del régimen.

Como reconocería Castro más tarde, las agencias gubernamentales tanto militares como civiles habían fundado redes clandestinas para comercializar productos cubanos a cambio de dólares con los que comprar artículos de primera necesidad y recambios que estaban sujetos al embargo.[23] Es probable que el Gobierno hiciera la vista gorda con dichas actividades, aunque oficialmente las prohibiera. Según parece, un veterano de la campaña de Sierra Maestra y muy loado comandante militar en las guerras de Angola y Etiopía, el general Arnaldo Ochoa Sánchez, sobrepasó con creces los límites de esos acuerdos tácitos. Una cosa era comprar armas en el mercado negro para los sandinistas nicaragüenses, como había hecho, y otra era comerciar con drogas. Al parecer, Ochoa estableció contacto a través de sus asesores militares con las guerrillas colombianas de izquierda, a las que compraba droga para después venderla clandestinamente a los traficantes estadounidenses. Parece ser que obtenía grandes sumas de dinero que guardaba cuidadosamente en la casa de sus colaboradores en la isla. Aquellos intercambios tenían supuestamente por objetivo la compra de bienes imprescindibles para sus actuaciones en la administración militar. La operación contó con la aprobación del ministro de Gobernación, otro veterano de la Revolución, José Abrantes.

Castro aseguró más tarde que habían hecho todo aquello por razones patrióticas y no para enriquecerse, aunque parece ser que también desviaban una pequeña parte del dinero para consumo propio y no dudaban en hacer ostentación de ello. A pesar de todo, no representaban una amenaza política. «Lo peor —decía— es que los que se metieron en eso partían de la idea de que ayudaban a la República». Sin embargo, a los ojos de Castro habían violado el código ético que resultaba esencial para la Revolución Cubana.[24] En los juicios, los

cuatro funcionarios fueron condenados a muerte por alta traición, en tanto que a Abrantes se le impuso una pena de veinte años de prisión. Un indicio de que aquel asunto era algo más que un caso de rebeldía individual por parte de un puñado de funcionarios lo constituye la profunda purga llevada a cabo en el Ministerio de Gobernación después de los juicios. El hecho de que fuera Fidel Castro el que tuviera que ordenar la investigación en primer lugar, quizá porque los acusados ocupaban cargos muy elevados en el Gobierno, ponía de manifiesto una vez más lo mucho que dependía la salud del régimen de su autoridad personal.[25]

El juicio, emitido en detalle a través de la televisión cubana en una versión adaptada, pareció otorgar un mayor peso a las crecientes quejas de muchos sectores de la población cubana en torno al abuso de poder por parte de algunos funcionarios. Las críticas populares iban dirigidas no sólo a la escasez y la baja calidad de los bienes de consumo y a las deficiencias de determinados servicios públicos, sino también a la corrupción de los funcionarios, plasmada en el crecimiento de una red clientelar que recibió el sobrenombre de «sociolismo». Los dirigentes cubanos también recibían críticas desde dentro del partido por su reticencia a compartir el poder. Pero fue la nueva generación de comunistas la que planteó el desafío más firme en ese sentido. Su diario, *Juventud rebelde*, declaraba en agosto de 1988 que los cubanos estaban viviendo un período de «sana insurgencia» y que la poca atención que se prestaba a ello generaba muestras evidentes de inconformismo. El justo deseo de una existencia más cómoda exigía una mayor participación de todos en la búsqueda de soluciones a los problemas del país.[26] La impaciencia de los jóvenes militantes por lograr una mayor democratización, expresada muy en particular en el Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas de 1987, estaba generando tensión entre las dos generaciones.[27] No en vano, la nueva generación no sentía una devoción excesiva por las vacas sagradas de la Revolución.

Castro era el único que seguía despertando una profunda admiración, aunque también había muchos ciudadanos de a pie que consideraban que ya era hora de que se retirase. Eso sí, como era habitual en él, supo desactivar las potenciales críticas asumiendo el papel de abogado del diablo. Por ejemplo, parece ser que en una reunión mantenida con una organización cultural juvenil oficial Castro se quedó impactado por el descontento expresado por algunos jóvenes escritores y artistas con respecto a las políticas y el comportamiento de

los gestores culturales del Gobierno. Uno de los jóvenes críticos fue interrumpido por el poderoso jefe del Departamento de Orientación Revolucionaria, Carlos Aldana, que se quejó del clima de rencor que dominaba la sala, pero Castro, a su vez, lo interrumpió a él y le dijo que escuchara las críticas.[28]

Aunque Cuba ya no resultaba tan útil a la Unión Soviética, bajo la nueva Administración de George Bush padre siguió siendo el principal blanco de la hostilidad estadounidense. La campaña de Rectificación pudo, al menos, erradicar parte de la corrupción y la ineficacia que había padecido el sistema de administración de la economía y la sociedad. También puede ser que alentara la realización de nuevos esfuerzos patrióticos por parte de muchos cubanos, pero no pudo lograr el milagro del desarrollo. No sería exagerado decir que los dilemas con los que se encontraban Castro y los demás dirigentes al final de la década, aunque de diferente clase, eran tan grandes como aquellos a los que se habían enfrentado durante los treinta años anteriores.

[1]. Azicri, M., *Cuba: Politics, Economics and Society*, Londres, Pinter, 1988, pp. 140-141 y 144-149.

[2]. Stubbs, J., *Cuba: the Test of Time*, *passim*, 1989.

[3]. *Granma*, 1 de diciembre de 1986; en *Bohemia*, 14 de diciembre de 1984.

[4]. Pérez, H., *Sobre las dificultades objetivas de la revolución. Lo que el pueblo debe saber*, La Habana, Política, 1979.

[5]. *Granma*, 5 de enero de 1985.

[6]. *Op. cit.*, 1 de diciembre de 1986.

[7]. Carlos Aldana citado en *Granma*, 1 de diciembre de 1986; la cita sobre la reputación de Castro está extraída de *Juventud Rebelde*, 18 se septiembre 1988.

[8]. *Granma Weekly Review* (*GWR*), 13 de diciembre de 1987.

[9]. *Granma*, 9 de junio de 1986.

[10]. Entre otros, Szulc, T., 1987, *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987. [Hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987.]

[11]. *GWR*, 24 de julio de 1988.

[12]. Ramonet, 2006, p. 325.

[13]. *GWR*, 13 de marzo de 1988.

[14]. *Granma*, 12 de febrero de 1985.

[15]. Entrevista del autor con José Ramón Vidal, director de *Juventud Rebelde*, septiembre de 1988.

[16]. *GWR*, 16 de abril de 1989.

[17]. Bain, M. J., 2005, «Cuba-Soviet Relations in the Gorbachev Era», en *Journal of Latin American Studies* 37.4, pp. 769-791.

[18]. Discurso ante la Asamblea Nacional en 1989, «Visit of Mikhail Gorbachev to Cuba», Novosti Press, Moscú, p. 10.

[19]. *Op. cit.*, pp. 17 y 22.

[20]. Discurso del 5 de diciembre de 1988 en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1988/esp/f051288e.html o en *GWR*, 18 de diciembre de 1988.

[21]. *GWR*, 16 de abril de 1989.

[22]. Castro en Ramonet, 2006, pp. 296-297.

[23]. *Ibid.,* pp. 331-338.

[24]. *Ibid.*, p. 332 y 338-339.

[25]. *GWR*, 22 de junio y 10 de julio de 1989; *Juventud Rebelde*, 26 de junio de 1989;

para un análisis especulativo de los juicios, véase Julia Preston, «The Trial that Shook Cuba», en *New York Review of Books*, 7 de diciembre de 1989; por otro lado, Franko Mora, en «Cuba's Ministry of Interior: the FAR's Fifth Army», en *Bulletin of Latin American Research*, 26:2, 2007, pp. 222-237, sugiere que el juicio formaba parte de una estrategia de los militares para hacerse con el Ministerio de Gobernación; para una versión muy diferente de este episodio, véase el libro de uno de los más estrechos colaboradores de Ochoa, el periodista Norberto Fuentes, en *Dulces Guerreros Cubanos*, Barcelona, Seix Barral, 1999, que logró sobrevivir a las purgas y se marchó al exilio. Fuentes asegura que Ochoa era el núcleo de un grupo dirigente revolucionario alternativo.

[26]. Cruz, S., «Sí, hay arreglo», en *Juventud Rebelde*, 30 de agosto a 5 de septiembre de 1988, p. 2.

[27]. Entrevista del autor con José Ramón Vidal, septiembre de 1988.

[28]. Entrevista del autor con Ramón Fernández-Larrea, septiembre de 1988.

9
UN PERÍODO ESPECIAL

La caída de los regímenes comunistas de Europa del Este a partir de 1989 y de la propia Unión Soviética a finales de 1991 pareció venir a asestar un golpe mortal al Estado cubano. La economía se había mantenido a flote en gran parte gracias a su ayuda. Casi todos los intercambios comerciales de Cuba habían sido con los países del Comecon, que habían proporcionado créditos para cubrir el creciente déficit comercial, préstamos para el desarrollo y la aplicación de ingentes subsidios a los precios. En 1991, la ayuda del bloque soviético a Cuba equivalía aproximadamente al 37 por 100 de la deuda total contraída por las naciones en vías de desarrollo con los países donantes.[1] El último acuerdo comercial cubano-soviético se había firmado en 1991, y contemplaba una transición de un año de duración hacia un nuevo sistema de intercambios, que se realizarían en una moneda fuerte y a los precios del mercado internacional. No obstante, mientras el régimen siguiera teniendo amigos bien situados en el Estado soviético, se podía esperar el mantenimiento de ciertas ayudas. Tras el fracaso del golpe de Estado interno prosoviético de diciembre de 1991 y con la subsiguiente disolución de la Unión Soviética, todos los protectores de Cuba en Rusia fueron eliminados del poder.

La noticia del intento de golpe fue comunicada a Castro al final de los Juegos Panamericanos, cuando los dirigentes cubanos estaban celebrando el triunfo de sus atletas sobre los estadounidenses. Su euforia inicial dio paso enseguida a la preocupación, cuando el golpe acabó en derrota, y después a la alarma, cuando el Partido Comunista Soviético y la propia Unión Soviética se desintegraron.[2] Era de todos conocido que Boris Yeltsin era hostil al régimen cubano. Un líder militar próximo al dirigente ruso había afirmado: «Tal vez el mejor favor que podamos hacer al pueblo cubano sea interrumpir toda colaboración con el régimen de Castro para que la isla pueda regresar al camino de la civilización mundial».[3]

Los nuevos gobiernos de Rusia y la Comunidad de Estados Independientes no tardaron en romper sus lazos con Cuba. En 1992, la mayor parte del personal soviético había abandonado la isla y en junio de 1993 las últimas tropas soviéticas, quinientos soldados de la Brigada de Infantería Motorizada y sus familias, que estaban allí desde

1962, zarparon rumbo a Rusia. En el transcurso de una conferencia internacional sobre la Crisis de los Misiles celebrada en 1992, Castro declaró que la desintegración de la Unión Soviética fue «peor para nosotros que la Crisis de Octubre», y en un discurso ante la Asamblea Nacional pronunciado un año después describió la consiguiente pérdida de la ayuda y de las condiciones comerciales preferenciales como un «golpe traicionero y devastador».[4]

La súbita disminución de la ayuda y de los intercambios comerciales garantizados con los países que habían formado parte de la Unión Soviética y el Comecon tuvo un efecto dramático sobre la economía cubana. Privada de su generoso e indulgente padrino, la economía cayó en picado. Entre 1989 y 1993, el PIB se redujo un 35 por 100 y la exportación de productos cubanos disminuyó un 79 por 100. Pese a la moderada recuperación experimentada a partir de mediados de la década, el valor de dichas exportaciones al inicio del nuevo milenio era todavía un 70 por 100 inferior al de la década de 1980. Asimismo, la importación de bienes representaba ahora un 43 por 100 de los niveles anteriores a 1989. El Gobierno cubano se vio obligado a acudir al mercado financiero internacional en busca de préstamos a un interés alto para financiar su galopante déficit comercial.[5] Y había toda una serie de indicadores económicos igualmente negativos. Disminuyó el rendimiento industrial y agrícola, y en el sector azucarero, tradicional puntal de la economía cubana, la producción se redujo a la mitad. Sólo en los sectores de alto valor tecnológico, como el petróleo, el níquel y el gas natural, se podía encontrar algún consuelo, gracias a la anterior reorientación de la política económica. Una oleada de exportaciones en dichos sectores permitió a la economía cubana del período postsoviético financiar importaciones de primera necesidad.[6]

Ante el rápido declive de la economía, los dirigentes cubanos respondieron con una serie de inconexas iniciativas destinadas a cubrir el hueco dejado por la desaparición del comercio con la Unión Soviética y Europa del Este y a reorientar la economía hacia nuevos socios comerciales. A principios de 1990, Castro anunció una nueva política denominada «Período especial en tiempo de paz», una adaptación de los planes de emergencia bélica que se habían elaborado cuando existía el temor a que el presidente Reagan impusiera a Cuba un bloqueo naval total. Las acciones que incluía el programa —reducción de los subsidios alimenticios y recortes en el gasto público—, eran similares a las medidas de ajuste que estaban adoptando los

demás países del Tercer Mundo en aquel momento, excepto por el hecho de que la asistencia básica de la que gozaban los cubanos alcanzaba niveles muy superiores a los de los otros países pobres, algo que a Castro le encantaba recordar.[7] La producción se militarizó parcialmente, se restringió el suministro de combustible y electricidad, se fomentó entre los agricultores el uso de bueyes («el noble buey», como ahora lo describía Castro, tratando de hacer de la necesidad virtud) y se suspendió toda una serie de proyectos y programas sociales.[8]

También se lanzó un programa alimenticio en un intento de superar los problemas de producción y suministro de alimentos derivados de la progresiva desaparición de los intercambios con los soviéticos. El programa contemplaba una enorme inversión de dinero y trabajo, por lo que exigía de nuevo la movilización social de voluntarios de fuera del sector agrario, como los estudiantes. Al igual que muchas iniciativas del pasado, ésta tenía algunas carencias y sufría las deficiencias propias de la gestión centralizada (los estudiantes, por ejemplo, abandonaban los campos para presentarse a los exámenes de verano y muchos de los cultivos de las zonas donde ellos estaban acababan estropeándose).[9] Si fracasaba el proyecto del Período Especial o se endurecía el embargo, advertía Castro, los cubanos se enfrentarían a la Opción Cero, el aislamiento total del resto del mundo.

No obstante, y pese a las expectativas que había despertado, el dos veces pospuesto IV Congreso del Partido Comunista de Cuba de octubre de 1991 no llevó a cabo ninguna reforma económica de gran alcance. No se restablecieron los «mercados campesinos libres» de principios de los años ochenta y sólo se aprobó la creación de un limitadísimo número de negocios privados de carácter individual y artesanal. No obstante, a medida que la crisis se agudizaba, el régimen se iba viendo forzado a anunciar nuevas medidas reformadoras. La producción se reorganizó en plantaciones estatales de azúcar, creando plantillas más pequeñas y concediendo incentivos materiales y pequeños terrenos a los peones agrícolas. En julio de 1993 se legalizó finalmente el uso interno del dólar, tras años de frenéticos intercambios en el mercado negro. Pero esta medida iba más destinada al control de una economía sumergida en auge y a inyectar en el sistema un muy necesario efectivo en moneda fuerte procedente de los cubanos exiliados que a estimular la producción.[10] Se aprobaron pequeños negocios dedicados a multitud de nuevas actividades que

estaban floreciendo de forma clandestina, y las fincas estatales fueron convertidas en cooperativas. Asimismo, a principios de 1994, Castro anunció un paquete de reformas monetarias que eliminaba la subvención estatal de todo un conjunto de bienes y servicios, introducía impuestos progresivos y ponía en circulación una moneda convertible.

Una vez concluida su especial relación con la Unión Soviética, la estrategia económica de los dirigentes cubanos consistía en lograr reinsertar el comercio del país en el mercado mundial. Y eso se conseguiría, sin ninguna reforma fundamental de la economía dirigida interna, encontrando nuevas salidas para las exportaciones tradicionales de Cuba, como el azúcar, el níquel, los cítricos y el tabaco, expandiendo el turismo y comercializando los apreciados productos biotecnológicos desarrollados en los laboratorios cubanos. Todas esas actividades se enfrentaban a múltiples problemas: el mantenimiento del embargo estadounidense hacía difícil encontrar nuevos socios comerciales, las economías vecinas producían una variedad similar de productos tradicionales de exportación, la producción de azúcar y de níquel dependía de la importación de combustible, repuestos y tecnología que Cuba difícilmente podía pagar, y la incipiente industria farmacéutica cubana apenas podía competir en un mercado internacional en el que las multinacionales disponían de recursos muy superiores de investigación y desarrollo.

El sector de la exportación, en particular, necesitaba atraer capital y conocimientos extranjeros para poder competir en el mercado mundial. Para ello, el régimen promovió el aumento de proyectos conjuntos con capital extranjero. A mediados de los años noventa estaban en marcha más de cien grandes programas conjuntos de varias modalidades, sobre todo en el sector turístico, en los que Cuba proporcionaba el personal y la infraestructura y las empresas extranjeras, la tecnología y el mercado.[11] Castro, siempre situado en el centro del proceso de toma de decisiones económicas, participaba en las negociaciones, que a menudo tenían que llevarse a cabo en secreto por temor a que la presión de Washington desanimase a los inversores extranjeros.[12] La presencia creciente de empresas extranjeras se traducía en la existencia en Cuba de cuatro economías cada vez más claramente diferenciadas: una próspera economía sumergida que cubría en torno al 60 por 100 de las necesidades alimenticias básicas de la población, un sector de exportación independiente y acotado, un mercado de consumo basado en una moneda fuerte abierto a quienes

disponían de dólares y una economía nacionalizada caracterizada por una baja productividad y un estricto racionamiento y dependiente en gran medida del trabajo voluntario.[13]

Las contradicciones que generaba este tipo de economía mixta no ayudaron a que los cubanos de a pie aceptaran el deterioro de sus condiciones de vida. Con el aumento de los precios y la disminución del suministro de artículos básicos, los niveles de vida cayeron en picado. El consumo medio de calorías se redujo hasta las 900 al día (frente a la cifra normal, 2.500) y las enfermedades asociadas a la malnutrición y a la carencia de vitaminas, desterradas de Cuba por la Revolución en 1959, empezaron a reaparecer. También se extendió una nueva enfermedad, la neuritis óptica, que no se dio por controlada hasta septiembre de 1993. La población tenía que sufrir cada vez más cortes eléctricos y restricciones en los servicios públicos, y las bicicletas hechas en China se convirtieron para la mayoría en el único medio de transporte privado después de un drástico racionamiento del combustible (incluso el ejército tenía que desfilar en bici en las celebraciones patrióticas tradicionales).

La disparidad en las oportunidades que ofrecía la economía mixta (algunos cubanos, por ejemplo, obtenían dólares fácilmente) contribuyó a erosionar la base igualitaria de la Revolución, lo que vino a su vez a minar de manera creciente la legitimidad del propio Estado. Incluso la privilegiada posición de la que disfrutaban el partido y las élites militares se resintió con los recortes; a diferencia de quienes operaban en el mercado negro y de los cubanos que tenían generosos familiares exiliados en Miami, ellos tenían dificultades para acceder a los dólares.[14] Los constantes logros de Cuba en materia de salud y de educación —con una de las mejores proporciones de médicos por habitante y una de las menores tasas de mortalidad infantil del mundo — difícilmente podían compensar a muchos cubanos por las carencias de su dieta y la ausencia de bienes de consumo. Los cubanos tenían difícil preservar el histórico papel de resistencia ante Estados Unidos que Castro les había atribuido («Nuestra gente sabe que sobre los hombros de nuestro pueblo ha caído una gran responsabilidad histórica…»)[15] mientras siguieran pasando hambre.

Por otro lado, probablemente el llamamiento al «heroísmo» de los años sesenta tenía muy poco sentido para una nueva generación de cubanos. El creciente desencanto entre los jóvenes se vio seguramente intensificado por el sentimiento de alejamiento de una élite política sumamente envejecida pese a la exaltación del mito de la juventud en

la ideología oficial.[16] La oleada de descontento en relación con las condiciones de Cuba provocó un nuevo éxodo en agosto de 1994, el tercero desde 1965, cuando, principalmente por motivos económicos, decenas de miles de refugiados, muchos de los cuales tenían entre veinte y treinta años, zarparon rumbo a la costa de Florida en rudimentarias embarcaciones, entre ellas balsas caseras y neumáticos. Algunos perecieron en el camino, engrosando una lista de muertos que ya se había ampliado con el hundimiento de un remolcador robado en julio por un grupo de personas que deseaban emigrar.[17] Ese mismo mes estallaron disturbios en La Habana por el empeoramiento de las condiciones de la vida cotidiana. Al igual que había sucedido una década antes con la Administración Reagan, la nueva crisis de los inmigrantes llevó al Gobierno de Clinton a negociar con Cuba una nueva cuota de visados de entrada de acuerdo con la ley de Ajuste Cubano de 1966, lo que desencadenó una enorme oleada de solicitudes.

Aunque crearon fisuras en la sociedad cubana, las nuevas reformas no pusieron en cuestión el modelo básico de la economía dirigida. Además, la gente las veía como reformas asistemáticas nacidas de la urgencia generada por la pérdida de la conexión soviética; como en tiempos de guerra, las decisiones económicas tenían que improvisarse, ya que no se había podido llevar a cabo ninguna planificación a largo plazo durante el período de transición hacia el nuevo modelo en las relaciones económicas. Aunque sensiblemente menos vital que antes, Castro estaba de nuevo en su elemento; las emergencias habían constituido la esencia de su carrera. Rodeado de su grupo especial de consejeros, recorrió la isla, emprendiendo inspiradas y en ocasiones no tan inspiradas acciones improvisadas frente a los problemas de producción y suministro. Siempre dispuesto a confiar en los elixires tecnológicos, tenía tendencia a lanzar programas no suficientemente ensayados, algunos de los cuales acabaron fracasando o generando costes que se suponía debían evitar.[18]

La reforma económica, por tanto, fue fruto no tanto de una nueva reflexión sobre el sistema económico como de la pura y simple necesidad de supervivencia del régimen. Consciente de las contradicciones que conllevaba la dolarización, Castro presentó la medida por televisión (rompiendo así con el precedente de las deliberaciones cerradas de la Asamblea Nacional) con estas palabras: «Es doloroso pero, sin duda, inteligente […] y tenemos derecho a inventar cosas para sobrevivir en estas condiciones sin dejar de ser

revolucionarios».[19] Pero al mismo tiempo, Castro siguió afirmando la ortodoxia del régimen en medio del derrumbe a escala mundial del socialismo de tipo soviético. El lema «Socialismo o Muerte», acuñado por primera vez a principios de 1989 con motivo del trigésimo aniversario de la Revolución, se convirtió en el grito de guerra de todos sus discursos. Y tampoco dejó nunca de criticar el capitalismo. Cuando anunció el paquete de medidas de la reforma monetaria de enero de 1994, declaró que autorizar el comercio privado supondría un giro político e ideológico, que sería como emprender el camino hacia el capitalismo. Afirmó que el capitalismo le resultaba repugnante, «una porquería», burdo y alienante porque provocaba guerras, hipocresía y competencia.[20]

Al igual que sucedió con el intento de los dirigentes chinos de compaginar modernización y gobierno autoritario, Castro estaba tratando de llevar a cabo una reintegración parcial de la economía en el mercado mundial sin alterar significativamente el orden interno.[21] Lejos de estimular la reforma, la caída del socialismo soviético y de Europa del Este fortaleció su convicción de que cualquier mínimo retoque del sistema político tendría consecuencias desastrosas. Aunque estaba seguro de que Gorbachov había querido «perfeccionar» el socialismo, las políticas de *glásnost* y *perestroika* del líder soviético habían acabado socavando la legitimidad del Partido Comunista. Castro afirmaba que las reformas de Gorbachov habían desencadenado un proceso que acabó provocando la destrucción de la autoridad del partido, lo que significaba la destrucción de uno de los pilares del socialismo. La desintegración de la Unión Soviética era interpretada, por tanto, como resultado de una serie de errores de ejecución, y no de fallos sistémicos.[22]

En un discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional en marzo de 1993, Castro lamentó las consecuencias de la caída de la Unión Soviética: «Lo que estamos viendo es morir naciones enteras de desengaño a causa de ilusiones que políticos mediocres les metieron en la cabeza hasta llevarlas a situaciones que nadie sabe todavía cómo van a terminar. Algunos de esos antiguos países socialistas hoy no se sabe ni lo que son ni lo que van a ser […]. No hay plan, no hay un orden, no hay programa, no hay nada, y ¿qué puede salir de la nada […] si no el caos?». No en vano, los medios de comunicación de masas controlados por el Estado siguieron con mucho interés los problemas que sufría la población de la Comunidad de Estados Independientes como resultado de la adopción del pluralismo y el sistema de mercado.

[23]

La experiencia de los sandinistas en Nicaragua, que habían abrazado el modelo de la socialdemocracia y habían acabado perdiendo las elecciones de febrero de 1990, también sugería que cualquier apertura política incontrolada representaba un experimento demasiado peligroso. Mientras continuara la ofensiva estadounidense contra Cuba, cualquier reforma política sustancial sería vista como una señal de debilidad, lo que animaría al país vecino a intensificar sus demandas. Castro insinuaba que si se levantaba el embargo y se normalizaban las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, tal vez sería posible «otra forma de liderazgo político», aunque insistía en que no sería una democracia burguesa.[24]

Sin embargo, después de los juicios por corrupción de 1989, momento en el que los dirigentes lanzaron una campaña de asambleas masivas para fortalecer la legitimidad del régimen, quedó patente la existencia una corriente de apoyo a la reforma política y a una liberalización parcial de la economía.[25] Dentro del partido surgió una tendencia reformista, uno de cuyos máximos defensores era el encargado de las áreas de ideología y relaciones internacionales, Carlos Aldana. Respaldados por algunos intelectuales y administradores de alto rango, los reformistas abogaban por una serie de reformas significativas: pluralismo político limitado, que incluía la admisión de opositores que se presentaran a las elecciones, reforma económica parcial, medios de comunicación independientes, un Estado laico, en contraposición al Estado ateo, y un retorno en la propaganda del régimen al énfasis en los orígenes nacionales de la Revolución frente a sus credenciales «socialistas internacionales».[26] No se trataba de un programa de *perestroika*, pero bastaba para desafiar la posición de los sectores más conservadores del partido y del resto de los dirigentes, que miraban con recelo cualquier reforma a la vista de los acontecimientos de Europa oriental y la Unión Soviética. Por eso no sorprendió a nadie que Aldana fuera cesado en septiembre de 1992 y sustituido por un hombre más conservador, ex embajador en la Unión Soviética, aunque la justificación oficial de la destitución de Aldana se basara en parte en una explicación ya tristemente habitual: que se había visto envuelto en un escándalo financiero.[27]

El IV Congreso del Partido, pese a todo, votó a favor de algunos componentes del programa reformista. Se eliminó el artículo de los estatutos del partido por el que éste se comprometía con el ateísmo, y el propio partido fue redefinido parcialmente para incorporar su

«carácter nacional». El congreso también aprobó la elección directa de diputados para la Asamblea Nacional. Estos cambios no eran significativos; aunque ahora los candidatos a la Asamblea Nacional podían ser elegidos directamente en votación secreta, tenían que ser escogidos como tales por comités de selección de las organizaciones de base a nivel municipal, y aunque no tenían por qué ser miembros del partido, ninguna organización exterior a él podía proponer candidatos. Así las cosas, en las elecciones generales de febrero de 1993, el 70 por 100 de los candidatos eran miembros del partido, y todos los candidatos, incluidos dos pastores protestantes que finalmente fueron elegidos, estaban incluidos en la denominada «lista unificada» propuesta por el Gobierno. La opción que se ofrecía a los votantes era, por tanto, votar la lista oficial, abstenerse o inclinarse por el voto nulo. Llegado el momento, con una participación del 98,8 por 100, el 88,4 por 100 votó a la lista unificada, el 7,2 optó por el voto nulo y el 4 por 100 votó sólo a un candidato de la lista.[28]

La purga contra los reformistas no era señal, por tanto, de un rechazo total a la reforma. Deshacerse de sus defensores más destacados y apropiarse al mismo tiempo de algunas de sus propuestas era una forma de admitir sus ideas sin permitir que éstas pusieran en cuestión el régimen. Y a la inversa, el proceso resultó satisfactorio para los conservadores del partido y el ejército que se oponían al cambio sin abandonar la posibilidad de una reforma limitada. La acción de los dirigentes sugería una vez más que Castro no tenía libertad para dictar la línea de actuación, que tenía que encontrar constantemente el equilibrio entre los intereses en conflicto dentro y fuera del partido.

No obstante, a pesar de su retórica defensa de la ortodoxia socialista, los discursos y entrevistas de Castro hacían cada vez más hincapié en un tema que había sido una constante de toda su carrera política: que la principal contradicción del mundo contemporáneo no se daba entre las diferentes clases sociales sino entre Norte y Sur, entre naciones desarrolladas y naciones en vías de desarrollo. El socialismo cubano, mezcla de centralismo, austeridad y justicia social, se presentaba como un modelo no para las economías industrializadas, como en los textos marxistas ortodoxos, sino para los países del Tercer Mundo. En una entrevista concedida a una revista española, Castro afirmó que Marx pensaba que el socialismo era el resultado natural de una sociedad capitalista desarrollada, pero que la vida les había enseñado que, en realidad, era el instrumento ideal de desarrollo en los países que se habían quedado atrás. En una entrevista similar con

un periodista mexicano en 1991, dijo que si se podía hablar del fracaso del socialismo también cabía preguntarse dónde estaba el éxito del capitalismo en África, Asia y Latinoamérica.[29] Tras la caída del socialismo soviético, Castro se erigió en paladín de los pobres del mundo frente al triunfalismo poscomunista del capitalismo liberal. En el IV Congreso, proclamó en tono mesiánico que tenían una responsabilidad universal porque estaban luchando no sólo por ellos mismos y sus ideas, sino por las ideas de todos los explotados, subyugados, saqueados y hambrientos del mundo.[30]

Sin embargo, probablemente el potencial solidario de los países del Tercer Mundo nunca había sido tan limitado como a mediados de los años noventa. Los que fueran una vez aliados de Cuba en Latinoamérica y África o bien habían perdido el poder o bien habían abrazado el consenso neoliberal de Washington. Resulta sintomático que Michael Manley, amigo de Castro y ex primer ministro socialista de Jamaica, hubiera sido contratado por la firma Cable and Wireless para tratar de convencer al Gobierno cubano de que concediera un contrato a la empresa británica para modernizar la red telefónica cubana.[31] Pese a todo, Castro seguía despertando amplios apoyos en Latinoamérica, como quedó de manifiesto en su visita a Bolivia y Colombia en verano de 1993, durante la cual se vio acosado por multitudes ansiosas por transmitirle sus buenos deseos. Para muchos seguía siendo un símbolo del desafío a la persistencia del imperialismo económico y cultural de Estados Unidos. Sin embargo, su vieja visión bolivariana de una Latinoamérica unida frente al depredador del Norte, protegida por barreras arancelarias y libre de deudas, ya no resultaba atractiva para los dirigentes latinoamericanos, que habían renegociado sus problemas de deudas y estaban deseosos de obtener nuevos créditos y beneficios gracias a unos vínculos comerciales más estrechos con Estados Unidos.[32]

Cuba podría haberse convertido una vez más en un socio político aceptable en Latinoamérica, ya que hacía mucho tiempo que había abandonado su estrategia guerrillera continental. Castro fue recibido con los brazos abiertos por el presidente mexicano Carlos Salinas en la cumbre de jefes de Estado latinoamericanos celebrada en Guadalajara (a la que por primera vez no se había invitado a Estados Unidos), y el Mercado Común del Caribe (Caricom) estaba debatiendo asuntos comerciales con el Gobierno cubano. Sin embargo, las políticas de Cuba y las de la mayoría de los dirigentes latinoamericanos avanzaban en direcciones opuestas, tal como reconocía el propio Castro.[33] Por

su parte, la izquierda latinoamericana había abandonado el modelo de democracia centralista y socialismo estatal defendido todavía por Cuba, en tanto que las tradiciones panamericanas y antiimperialistas de Lázaro Cárdenas y Perón estaban siendo redefinidas radicalmente por sus herederos, Carlos Salinas y el presidente de Argentina, Carlos Menem. Por el momento, el intento de Castro de apelar a una herencia radical y nacionalista latinoamericana no le permitió ganar nuevos seguidores en el continente ni reactivar su legitimidad en Cuba.[34]

Asimismo, desde la campaña de Rectificación y muy especialmente desde la caída de la Unión Soviética, los dirigentes cubanos tendieron a minimizar las analogías con la Revolución de Octubre en beneficio de los orígenes autóctonos de la Revolución Cubana y sus conexiones latinoamericanas.[35] El anterior torrente de artículos dedicados a los lazos fraternales con Europa del Este y los soviéticos dejó paso a las columnas sobre la América Latina contemporánea y los héroes de la independencia latinoamericana y cubana. Socialismo se convirtió en sinónimo de la peculiar naturaleza de la experiencia cubana, aunque los dirigentes de Cuba siguieron empleando la retórica del marxismo-leninismo. Las obras del Che Guevara, crítico feroz del revisionismo soviético, fueron promocionadas de nuevo por Castro. «Mi admiración y mi simpatía por el Che crecen —afirmó en una entrevista en 1992— en la medida en que he visto todo lo que ocurrió en el campo socialista, porque él era rotundamente opuesto a los métodos de construcción del socialismo utilizando las categorías del capitalismo».[36] En las elecciones a la Asamblea Nacional de febrero de 1993, el propio Castro se presentó como candidato por una circunscripción situada a los pies de Sierra Maestra que abarcaba algunos suburbios de Santiago, un gesto simbólico que contribuyó a evocar los primeros momentos de la Revolución. Junto al farragoso dogma del socialismo soviético, Castro renovó el llamamiento de signo guevarista a la justicia y el igualitarismo como categorías esenciales de la Revolución. Así pues, en sus últimos años como líder, Castro se remontó a los primeros valores de la Revolución, antes de la adopción del marxismo-leninismo.

La pervivencia de la legitimidad de Castro entre los cubanos se basaba ante todo en su llamamiento al nacionalismo asediado. La victoria de los demócratas en las elecciones estadounidenses de 1992 no hizo que disminuyera la ofensiva estadounidense contra Cuba, pese al optimismo de Castro en torno a las intenciones de Bill Clinton.[37] La ley de Democracia Cubana (también conocida como enmienda

Torricelli) de noviembre de 1992, que otorgaba poderes al presidente estadounidense para prohibir a todas las filiales estadounidenses establecidas en terceros países que comerciaran con Cuba, había sido promocionada por un demócrata y apoyada por el propio Clinton, aunque las Naciones Unidas votaron en dos ocasiones, y por una aplastante mayoría, en contra del embargo estadounidense sobre el comercio cubano. Los requerimientos de Castro para que el pueblo cubano realizara sacrificios aún mayores podían justificarse por el «bloqueo» de Cuba, y la centralización política se podía legitimar apelando al sentimiento de asedio. Esa misma sensación de inseguridad había llevado en 1991 a la creación de grupos de vigilancia o Brigadas de Respuesta Rápida formadas por voluntarios para contraatacar a una potencial quinta columna, si bien por lo general se emplearon para acosar a los representantes de las organizaciones cubanas de derechos humanos o a particulares que reclamaban reformas políticas.

El embargo comercial estadounidense contra Cuba se endureció después de que la fuerza aérea cubana derribara a comienzos de 1996 dos aviones civiles pertenecientes a la organización de exiliados cubanos Hermanos al Rescate. La organización había empezado a invadir el espacio aéreo y llevado a cabo en enero dos audaces incursiones para lanzar panfletos anticastristas sobre La Habana. El 24 de febrero, dos de los tres aviones que estaban tratando de repetir la acción fueron derribados sin previo aviso por cazas cubanos. A modo de represalia, el presidente Clinton firmó una de las leyes más controvertidas de la historia de Estados Unidos. La ley para la Libertad y la Solidaridad Democrática Cubanas (ley Libertad, también conocida como ley Helms-Burton Bill) había sido aprobada por el Senado en 1995 pero había quedado en suspenso. La ley contemplaba una muy polémica intensificación del embargo mediante la amenaza de sanción contra todos los países, instituciones y empresas de fuera de Estados Unidos que concedieran préstamos a Cuba (como el Banco Mundial) o comerciaran con ella. También se amenazaba con sanciones a las empresas estadounidenses si importaran de otros países cualquier producto que contuviera material originario de Cuba. De acuerdo con la ley, el nuevo y fortalecido embargo sólo podía levantarse cuando se estableciera un gobierno de transición en Cuba y las propiedades confiscadas en los años sesenta por el Gobierno cubano se devolvieran a sus anteriores dueños si se trataba de ciudadanos estadounidenses, añadiendo la compensación correspondiente.[38]

El ámbito de aplicación de la ley constituye un pasmoso reflejo de la hegemonía de la que disfrutó Estados Unidos durante un breve espacio de tiempo, en la medida en que extendía el alcance de la legislación estadounidense al resto del mundo. Fue este crucial elemento de extraterritorialidad el que empujó a los países que comerciaban con Cuba a oponerse ferozmente a la ley. Cuba era el séptimo mayor socio comercial de Gran Bretaña, y el Gobierno conservador del Reino Unido presentó inmediatamente una enérgica nota diplomática de protesta e instó a la Unión Europea a tomar medidas.[39] En octubre, el Consejo de la Unión Europea declaró que la ley contravenía la libertad de comercio y dio instrucciones a las empresas de la UE para que hicieran oídos sordos al texto, al tiempo que trataba de obligar a Estados Unidos a que lo revocase. Tras una serie de negociaciones entre la Unión Europea y Estados Unidos, el Gobierno estadounidense ac-cedió a eximir a la UE del cumplimiento de las cláusulas extraterritoriales de la ley. A partir de entonces, en intervalos semestrales, primero Clinton y después George Bush hijo firmaron sucesivas exenciones a terceros de dichas cláusulas, aunque siguieron amenazando con su aplicación con la esperanza de que sirvieran como instrumento de disuasión. La ley no logró impedir que Cuba expandiera su comercio exterior, pero siguió representando una amenaza constante a sus intercambios y un motivo de enojo y resentimiento en todas partes.

Las cláusulas relativas a Cuba contemplaban un endurecimiento del embargo (por ejemplo, estableciendo normas más estrictas de regulación de las remesas enviadas a Cuba y de las licencias concedidas a ciudadanos estadounidenses para viajar a la isla) y una intensificación de la propaganda anticastrista. El levantamiento del embargo quedaba condicionado a la realización de una transición a la democracia en Cuba definida en términos tan rígidos que no se adecuaban en absoluto a ningún escenario realista para el cambio político negociado más allá de la caída del régimen. La respuesta de Castro a la ley fue tan combativa como de costumbre. Las divisiones que generó el texto entre Estados Unidos por un lado y sus aliados y las organizaciones comerciales internacionales por otro constituyeron para Castro un nuevo medio para movilizar el patriotismo, pero también para garantizar a los cubanos que no estaban aislados. En dos discursos pronunciados el 31 de marzo y el 30 de abril de 1996, describió el texto como «esa brutal y genocida ley Helms-Burton» que además «lesiona la soberanía del resto del mundo». Sin embargo,

proseguía, «nosotros vemos crecer como espuma el número de disgustados [con Estados Unidos] en el mundo, y gente inventando fórmulas para hacer, de un modo o de otro, inversiones en Cuba y negocios en Cuba».[40]

La polarización derivada de la intensificación del embargo estadounidense agudizó, sin duda, la inquietud de las élites cubanas más conservadoras, especialmente dentro del partido. La limitada liberalización económica del Período Especial ya había hecho saltar algunas alarmas, ya que sus efectos amenazaban con debilitar la economía dirigida y socavar los principios igualitarios de la Revolución. Ese sentimiento de inseguridad se extendió a algunas de las nuevas ideas que estaban surgiendo en los centros de investigación que el partido había creado a mediados de los años setenta, ideas que parecían poner en cuestión la ortodoxia del mismo. Sólo unas semanas después de la firma de la ley para la Libertad y la Solidaridad Democrática Cubanas se empezó a investigar a algunos intelectuales del partido en un proceso que recordaba a las acciones realizadas contra *Lunes de Revolución* en 1961 y *Pensamiento Crítico* en 1969. Dos de esos centros fueron objeto de intervención del Comité Central y el Buró Político. Excepcionalmente, los documentos y las actas de la investigación interna sobre uno de ellos, el Centro de Estudios sobre América (CEA), de renombre internacional, fueron sacados de Cuba a escondidas y publicados, en contra de la directiva estatal que exigía su destrucción.[41] Ese material proporciona una fascinante visión de la mente de los miembros de la línea dura del partido.

Inicialmente, la tarea encomendada al CEA había sido la de estudiar las relaciones de Cuba con Latinoamérica. El centro había sido clasificado como ONG en 1988, si bien la plantilla estaba formada en su mayor parte por militantes del partido. En los años noventa, las publicaciones científicas del CEA se estaban centrando cada vez más en la política interna de Cuba y estaban explorando discretamente las reformas del sistema económico y político. De lo que se acusaba a sus miembros en marzo de 1996 era de haberse desviado no sólo de su misión original sino también de la línea oficial. El presidente de la comisión del partido encargada de investigar el centro, el veterano dirigente José Balaguer, dejó muy claro en qué consistía esa ortodoxia. Según las actas, Balaguer había afirmado que «el lenguaje oficial es el lenguaje de Fidel Castro y a eso se suma el lenguaje del ministro de Economía, de Carlos Lage» (y presumiblemente el de los demás altos cargos del régimen). El informe de la comisión fue presentado al

Comité Central por Raúl Castro, y acusaba a los investigadores de caer «en la tela de araña urdida por los cubanólogos extranjeros, en verdad servidores de Estados Unidos en su política de fomentar el quintacolumnismo».[42] La actitud de la comisión al exigir del centro un gesto de autocrítica y confesión de errores tenía un inconfundible regusto a purga estalinista, y obtuvo como respuesta una enérgica acción de defensa por parte de los investigadores. La carta de apelación que enviaron a los hermanos Castro en busca de apoyo no obtuvo respuesta alguna.

Aunque ninguno de los académicos afectados se vio privado de su contrato estatal, todos ellos fueron expulsados del centro y dispersados por distintas instituciones, desde las que algunos abandonaron Cuba y continuaron sus actividades críticas en el extranjero. Lo que ejemplificaba este caso era el constante sentimiento de paranoia que invadía a los partidarios de la línea dura del partido con respecto a la heterodoxia ideológica y política, un temor intensificado a la vista de las consecuencias de la *perestroika* en la Unión Soviética. Dichos elementos justificaban esa inseguridad asociándola con la necesidad, generada por el asedio estadounidense, de una unipolaridad de perspectiva y pensamiento. El resultado dejó claro que los límites del debate interno los establecía Castro y que eran, en la práctica, límites muy estrechos. Tres años más tarde se adoptaron nuevas medidas para restringir las actividades de intelectuales y periodistas con una nueva ley, la ley 88 de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba, apodada «ley mordaza» por los opositores, que otorgaba margen a las autoridades para interpretar cualquier actividad mediática o intelectual independiente como apoyo a la ley Helms-Burton.[43]

La purga de los intelectuales reformistas coincidió con las primeras acciones contra las medidas del Período Especial. Raúl Castro, sin duda con el pleno apoyo de su hermano, criticaba ahora los efectos de las reformas del mercado que había defendido tres años antes. Las primeras restricciones se impusieron al limitado sector privado que había surgido en los espacios abiertos por el Período Especial. Así, se suspendieron algunas licencias de trabajo autónomo o se incrementaron sus cuotas, se aumentaron los impuestos sobre la recaudación de las empresas privadas con licencia, como los restaurantes familiares o «paladares», y se efectuaron redadas contra los sospechosos de «traficar» con las oportunidades generadas por el Período Especial.

El trato que daba el Estado cubano a sus críticos internos era examinado cada vez con mayor atención por los gobiernos extranjeros. La UE puso en marcha su política de condicionalidad, en virtud de la cual la cooperación con Cuba quedaba supeditada a los progresos en materia de derechos humanos y liberalización política en la isla. Con el Gobierno conservador de José María Aznar, España interrumpió su asistencia económica a Cuba, lo que desembocó en la ruptura de las relaciones diplomáticas entre ambos países. El sentimiento de cerco no pudo por menos que agudizarse con la serie de atentados terroristas perpetrados contra hoteles, restaurantes y discotecas de La Habana entre abril y septiembre de 1997, en uno de los cuales murió un turista italiano. El supuesto máximo instigador de aquellas atrocidades era el conocido ex agente de la CIA Luis Posada Carriles, responsable del atentado de 1976 contra un avión de pasajeros cubano y de la muerte de todos sus pasajeros, y estaba apoyado por la Fundación Nacional Cubano Americana, organización derechista de exiliados.[44]

En tales circunstancias, el éxito de Castro en su intento de que el papa Juan Pablo II visitara Cuba en 1998 constituyó un auténtico golpe maestro, ya que trajo una anhelada legitimidad internacional en un período de aislamiento. La visita estuvo gestándose mucho tiempo. El lento acercamiento entre la Iglesia católica cubana y el Estado se había acelerado a mediados de los años ochenta, ayudado por la condena del embargo estadounidense por parte del Vaticano y de las Iglesias cubana y estadounidense. Otros puntos en común cada vez más importantes eran la solidaridad con el Tercer Mundo frente a la explotación capitalista, campaña lanzada inicialmente por el papa Juan XXIII en el Concilio Vaticano II de 1962-1965, y la crítica de la sociedad consumista en el mundo desarrollado. Juan Pablo II había convertido el consenso neoliberal iniciado en los años ochenta en particular blanco de sus críticas. A pesar de defender creencias diametralmente opuestas, el acercamiento se vio facilitado no sólo por las oportunidades que ofrecía, sino también por una postura ética común en torno a cuestiones clave tales como la pobreza o la igualdad. Se trataba de un matrimonio de conveniencia entre la fe política y la religiosa.

Castro, que hacía cada vez más hincapié en los vínculos entre religión y socialismo,[45] había empezado a mantener encuentros con obispos católicos cubanos y estadounidenses a mediados de los años ochenta, y al mismo tiempo el Vaticano comenzó a tender puentes con el Estado cubano. En julio de 1992 se aprobó una enmienda

constitucional que eliminaba la discriminación por motivos religiosos, y en el IV Congreso, celebrado ese mismo año, se autorizó el ingreso de católicos en el partido. En 1996, Castro acudió a Roma para mantener una audiencia con el Papa en la que, sin duda, se discutió sobre el proyecto de una visita papal a Cuba. A modo de preparación para la visita, en 1997 el Gobierno declaró el Día de Navidad como día festivo nacional y permitió al cardenal Ortega emitir un sermón navideño en la televisión cubana.

La visita de Juan Pablo II a Cuba en enero de 1998 fue, por tanto, resultado de un cuidadoso cálculo, tanto por su parte como por la de Castro, de las ventajas y los riesgos que entrañaba. Para el Papa, representaba una oportunidad para movilizar a los fieles y a la prensa en pos de una reforma democrática en Cuba. Sin duda estaba pensando en su primera visita papal a Polonia en 1979, que tan importante papel había desempeñado en la creación de las condiciones necesarias para la transición polaca a la democracia diez años más tarde. Al mismo tiempo, Cuba era una plataforma útil para él, no sólo para demostrar su oposición al embargo estadounidense, sino también para denunciar los excesos del capitalismo neoliberal. Sus discursos fueron hábilmente modulados para garantizar el equilibrio entre apoyo y crítica a la Revolución Cubana.[46] Para Castro, los riesgos de la visita eran mucho mayores que para el pontífice. Como hemos visto, el Estado tenía un miedo tremendo al desarrollo de la sociedad civil al margen de su control. De todas las redes informales que había que vigilar con especial atención, las comunidades basadas en la fe eran de las más importantes.

El impacto de la visita del Papa sobre los cubanos fue valorado de forma muy diferente por el Estado y por la oposición. Para Castro, la masiva concurrencia a las cuatro misas celebradas por el pontífice en distintos lugares de la isla no tuvo demasiado eco entre los cubanos. Muy al contrario, quienes se congregaban para escuchar las palabras del Papa, según Castro, mostraron respeto por ellas porque eso era lo que el Estado les había pedido que hicieran, y cuando los discursos que acompañaban a las misas eran duros con el régimen, como sucedió en Santiago, gran parte del público, aseguraba Castro, se marchaba. Otros han afirmado que el Papa apeló con éxito, por encima del jefe del Estado, a una arraigada religiosidad y a una moral cristiana que los cubanos no tenían permitido expresar.[47] Sea como fuere, la visita constituyó todo un éxito tanto para el Papa como para Castro. Juan Pablo II movilizó claramente a los católicos de Cuba y consiguió que el

régimen liberase a unos trescientos presos y ampliase el margen para las actividades de la Iglesia. En cuanto a Castro, la visita papal le permitió obtener cierto grado de legitimidad internacional en un momento de crisis, pero también pareció confirmar su convicción de que el cristianismo y el socialismo compartían algunos presupuestos básicos, convicción que constituía un importante componente de su esfuerzo por construir una nueva identidad postsoviética que pudiera resultar atractiva para Latinoamérica.

Después de la caída de la Unión Soviética, la mayoría de los analistas no cubanos predijeron sin titubear el inminente derrumbe del régimen de Castro. Sin embargo, su supervivencia en los años noventa no debería haber sido una sorpresa. En Cuba no existía una oposición al Estado organizada porque no estaba permitida y porque cualquier intento de expresar las críticas colectivas a sus políticas era duramente reprimido. La ausencia de oposición no significaba que no hubiera insatisfacción social y política. Muy al contrario, existía un difuso resentimiento principalmente en torno a cuestiones sociales y de consumo, como las carencias de la dieta, el desempleo, las desigualdades y la escasez de bienes, entre otras. Las condiciones de vida de los cubanos sólo mejoraron ligeramente a finales de los años noventa después de las penurias sufridas en los primeros años de la década. A pesar de todo, la situación política era estable y el apoyo general a Castro seguía siendo fuerte. El ejército todavía era la institución más poderosa de Cuba, y la lealtad de los oficiales superiores a Castro era incuestionable. El precio del disentimiento con los líderes era alto; una de las cosas de las que se acusó al general Ochoa en el juicio de 1989 era que había dado muestras de «populismo», aunque no había pruebas de que hubiera contado con ningún apoyo popular. Asimismo, Castro siempre se había preocupado por mantener el equilibrio entre las diferentes «familias» del régimen para garantizar la unidad y prevenir cualquier posible desafío al Estado. Sin embargo, mientras la economía siguiera siendo frágil y el acoso por parte de Estados Unidos implacable, la Revolución castrista continuaría en peligro.

[1]. Mesa-Lago, C., ed., *Cuba after the Cold War*, Universidad de Pittsburgh, 1993, p. 151.

[2]. Quirk, R. E., 1994, *Fidel Castro,* Nueva York, Norton, 1994, p. 832.

[3]. *Latin American Weekly Report*, 12 de septiembre de 1991.

[4]. *The Guardian*, 22 de febrero de 1992; *Granma International*, 28 de marzo de 1993.

[5]. Mesa-Lago, C. y Pérez-López, J. F., *Cuba's Aborted Reform. Socioeconomic Effects, Internacional Comparisons, and Transition Politics*, Florida, University Press of Florida, 2005, pp. 27-70.

[6]. Mesa-Lago, C., 2007, «The Cuban Economy in 2006-7», texto para la Conferencia Anual de la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana (ASCE), tabla 2.

[7]. En una entrevista con Tomás Borge, *Un grano de maíz, conversación con Fidel Castro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 178-179.

[8]. Mesa-Lago, 1993, pp. 165-167.

[9]. *Op. cit.*, pp. 227-244.

[10]. «Keeping the Faith», en *The Economist*, 9 de octubre de 1993.

[11]. Lydia Larifla, «Fin du CAEM et sous-développement dévoilé à Cuba», en *Problèmes d'Amérique Latine*, nº 10, julio-septiembre de 1993, pp. 40-41; *Latinamerica Press*, 30 de septiembre de 1993.

[12]. Mesa-Lago, 1993, p. 202.

[13]. *Latin American News Service*, semana del 18 de febrero de 1994; Larifla, 1993, p. 50; Jorge I. Domínguez, «Cuba's Switch from State Economy», en *The Financial Times*, 26 de enero de 1994.

[14]. *The Economist*, 9 de octubre de 1993. Un portavoz de la CIA, en su comparecencia ante el Comité de Inteligencia del Senado estadounidense en julio de 1993, afirmó que la legalización del dólar iba a «agravar las tensiones y las distinciones sociales en Cuba porque sólo una pequeña parte de la población recibirá moneda fuerte del extranjero», en *Caribbean and Central America Report*, 26 de agosto de 1993.

[15]. Borge, 1992, p. 194.

[16]. Kapcia, A., 2000, p. 209.

[17]. Según el relato de un funcionario cubano reproducido por Castro a Ramonet, 2006, pp. 307-309, el remolcador robado no había sido hundido por una patrullera cubana sino por uno de los otros dos remolcadores que lo empezaron a perseguir cuando abandonó el puerto.

[18]. Mesa-Lago, 1993, pp. 234-238, menciona varios ejemplos recientes, como la sustitución del grano importado por pienso líquido para alimentar los cerdos y la fabricación masiva de un arado múltiple inventado en la zona.

[19]. *Latin American Weekly Report*, 15 de julio de 1993.

[20]. *Op. cit.*, 13 de enero de 1994.

[21]. Algunos oficiales de alto rango fueron enviados a China a estudiar el efecto de las reformas económicas: *Caribbean and Central America Report*, 27 de enero de 1994.

[22]. Borge, 1992, p. 48; *Granma International*, 5 de mayo de 1991.

[23]. Cita de Castro del discurso ante la Asamblea Nacional del 15 de marzo en www.cuba.cu/gobierno/discursos; *New York Times*, 13 de enero de 1993.

[24]. Borge, 1992, p. 120.

[25]. Pérez-Stable, Marifeli, 1992, «Charismatic Authority, Vanguard Party Politics and Popular Mobilizations: Revolution and Socialism in Cuba», *Cuban Studies*, vol. 22, 1992, p. 19.

[26]. *Latin American Weekly Report*, *op. cit.*

[27]. *New York Times*, 12 de octubre de 1992; *Financial Times*, 26-27 de septiembre de 1992. La versión oficial sostenía también que Aldana era culpable de «deficiencias en su trabajo y errores graves de naturaleza personal en el cumplimiento de sus deberes». Para más detalles, véase *Granma International*, 18 de octubre de 1992.

[28]. *Economist*, 6 de marzo de 1993; las cifras oficiales hablaban de un 99,62 por 100 de participación y solamente un 3,05 por 100 de votos en blanco y un 3,9 por 100 de votos nulos.

[29]. *Cambio* 16, 25 de junio de 1990; *Siempre*, 30 de mayo de 1991.

[30]. Reed, G., *Island in the Storm. The Cuban Communist Party's Fourth Congress*, Melbourne, Ocean Press, 1992, p. 32.

[31]. *Financial Times*, 25 de noviembre de 1993; *Caribbean and Central America Report*, 27 de enero de 1994. Llegado el momento, el acuerdo no se formalizó, tal vez debido a la presión estadounidense.

[32]. *Reuter*, 9 de agosto de 1993. Castro también había intentado apelar a los presidentes de México, Colombia y Venezuela en 1991 en una visita no programada a Cozumel, donde estaban reunidos. Pero regresó con las manos vacías, pues le dijeron que Cuba no podía ser admitida en pactos comerciales regionales hasta que no llevara a cabo profundas reformas políticas y económicas.

[33]. Borge, 1992, p. 160.

[34]. Rabkin, Rhoda, 1992, «Cuban Socialism: Ideological Responses to the Era of Socialist Crisis», en *Cuban Studies*, nº 22, p. 29.

[35]. Un ejemplo típico es el artículo de Armando Hart «A Battle for the Identity of Our America», en *Granma International*, 18 de abril de 1993.

[36]. Borge, 1992, pp. 80-81.

[37]. Durante la cumbre de julio de 1993 de dirigentes latinoamericanos celebrada en Brasil, Castro declaró: «Me parece que Clinton pertenece a otra generación de americanos […]. Tengo la impresión de que es una persona decente y pacífica», en *Associated Press*, 5 de agosto de 1993.

[38]. http://usinfo.state.gov/regional/ar/us-cuba/libertad.htm

[39]. House of Commons Research Paper, «Cuba and the Helms Burton Act», 14 de diciembre de 1998.

[40]. www.cuba.cu/gobierno/discursos/1996

[41]. Están publicados en los anexos de la obra de Maurizio Giuliani *El caso CEA: intelectuales e inquisidores en Cuba:¿Perestroika en la isla?*, Miami, Ediciones Universal,

1998.

[42]. *Ibid.*, p. 50, y comentario a cargo de Balaguer en p. 203.

[43]. Para acceder al texto de la ley, http://www.parlamentocubano.cu/espanol/ley88.htm

[44]. Posada Carriles también era considerado responsable de atentar en varias ocasiones contra la vida de Castro y se vio beneficiado por cierta inacción no carente de indulgencia del FBI hasta su detención en 2005. Para más detalles, véase Bardach, 2002 y los archivos desclasificados de la seguridad nacional en http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB153

[45]. Por ejemplo, en sus entrevistas con Betto, 1987, p. 276.

[46]. Por ejemplo, el sermón pronunciado en La Habana el 25 de enero, «Homilía pronunciada en la Celebración Eucarística en el Arquidiócesis de la Habana», en www.nacub.org

[47]. Sobre la opinión de Castro, véase Ramonet, 2006, p. 381; opiniones opuestas en Pedraza, S., «Impact of Pope John Paul's Visit to Cuba», en *Papers and Proceedings of the Fifteenth Annual Meeting of the Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE)*, 1998, nº 8, pp. 482-485; y Zagacki, K.S., «Pope John Paul 11 and the Crusade against Communism: a Case Study in Secular and Sacred Time», en *Rhetoric and Public Affairs*, 2001, 4.4, pp. 689-710.

10
EL OTOÑO DEL PATRIARCA REVOLUCIONARIO

La de 1990 había sido la década más funesta de la Revolución Cubana. Sin embargo, cuando comenzó del nuevo milenio, el envejecido líder y su Estado habían recibido ya una nueva inyección de oxígeno en materia económica y política gracias a los cambios en la configuración de la geopolítica internacional. Con la caída del comunismo en Europa, el mundo bipolar de la guerra fría había dado paso a la efímera hegemonía global estadounidense y ésta, a su vez, a un escenario multipolar de Estados rivales en el que las viejas potencias como Rusia y las economías emergentes como China, India y Brasil desafiaban cada vez con más fuerza la supremacía económica de Estados Unidos. En Latinoamérica dio comienzo un nuevo ciclo de gobiernos socialdemócratas y populistas, en buena medida como respuesta al fracaso de las medidas neoliberales ensayadas por los gobiernos de los años noventa bajo la presión de Estados Unidos y el FMI. Todo ello vino señalado por un nuevo fenómeno que parecía ofrecer algo más que los patrones cíclicos izquierda-derecha de las décadas anteriores, ya que había grupos no tradicionales, como las mujeres y los ciudadanos marcados por su raza o su origen pobre, que estaban penetrando en unas élites políticas hasta entonces blancas, masculinas y de clase media y accediendo a posiciones de poder, a menudo con el respaldo de nuevos movimientos populares.

Cuba salió beneficiada por casualidad de los nuevos espacios abiertos en esta modificada geometría del poder mundial. Las ventajas que obtuvo fueron tanto políticas como económicas, y le permitieron explotar su nivel de desarrollo relativamente alto en áreas como la medicina y la biotecnología. Las relaciones entre Cuba y los países caribeños del Caricom, que ya habían desairado a Estados Unidos al establecer relaciones diplomáticas con la isla en 1972, se fortalecieron en el año 2000 con un nuevo acuerdo de cooperación comercial y económica.[1] Lula da Silva, amigo de Castro, ganó las elecciones de Brasil en 2002 y llevó al poder a un Gobierno de centro-izquierda favorable a Cuba; y tres años más tarde sucedió lo mismo con la elección de otro gran aliado, Evo Morales, en los comicios bolivianos.

A la cabeza de la operación de rescate de Cuba de su ostracismo internacional y de la crisis económica se encontraba la Venezuela de

Hugo Chávez. Castro se había reunido con Chávez en Cuba a mediados de los años noventa, después de que éste cumpliera una condena de dos años de prisión por organizar un golpe civil y militar de izquierdas contra el corrupto patriarcado venezolano. Chávez era un gran admirador de Castro y de la Revolución Cubana en sus casi cincuenta años de lucha contra el imperialismo estadounidense. Chávez se había autoproclamado heredero del legado bolivariano («un auténtico bolivariano», aseguraba Castro),[2] o, mejor dicho, del legado del Bolívar de 1826, cuando el libertador antiimperialista se había alejado ya de su liberalismo inicial para reclamar un mandato vitalicio, censura y democracia restringida. Chávez se veía a sí mismo junto con Castro como el líder de un nuevo movimiento anticapitalista en Latinomaérica. Al igual que éste, era populista y paternalista, y utilizaba los medios de comunicación y en particular su programa semanal de televisión, *Aló Presidente*, para transmitir una visión unilateral de una revolución venezolana y panamericana. Su versión del socialismo era tan poco ortodoxa como la de Castro, y combinaba estatalismo, nacionalismo económico e igualitarismo. Aunque sumamente hábil en el terreno político, su retórica era en ocasiones como una versión de vodevil de la del dirigente cubano, tosca, extravagante y descaradamente populista.[3]

Cuando fue elegido presidente en 1998, Chávez emprendió la reordenación de las relaciones comerciales con Cuba sobre la base de unas condiciones sumamente beneficiosas para la isla. Las inmensas reservas de petróleo de Venezuela permitieron a Chávez extender su influencia a toda Latinoamérica y el Caribe, cerrando tratos mutuamente ventajosos con gobiernos como el de la Argentina de Néstor Kirchner a espaldas de Estados Unidos y del FMI. No obstante, ningún país salió tan beneficiado como Cuba. De hecho, la Venezuela de Chávez había relevado a la Unión Soviética en tanto que puntal económico de la Revolución Cubana. Con el primer acuerdo cubano-venezolano de 2000, Cuba empezó a recibir importantes cantidades de petróleo. En 2006 se habían alcanzado los cien mil barriles al día a un precio preferencial de veintisiete dólares el barril, muy por debajo de los precios mundiales, lo que suponía una subvención de unos 1.800 millones de dólares y representaba como mínimo la mitad del consumo nacional de Cuba. Venezuela también hizo grandes inversiones en la economía cubana, en particular en su valiosa industria del níquel. En 2007, la inversión había alcanzado los 4.000 millones de dólares. A cambio, Cuba proporcionaba a Venezuela apoyo y personal técnico en

el terreno de la educación, el deporte y, sobre todo, la salud. En Venezuela llegó a haber entre veintidós mil y veintiséis mil profesionales médicos cubanos, entre ellos más del 50 por 100 de los médicos cubanos de atención primaria, con salarios pagados por Venezuela.[4]

Éste fue un caso sin precedentes de intercambio de mercancías por capital humano, y en este sentido Cuba estaba proporcionando una ayuda inestimable a un país menos desarrollado a expensas de sus propios ciudadanos. El Gobierno cubano ya identificaba la diplomacia médica como instrumento útil de comercio y solidaridad internacional desde principios de los años noventa. Ofrecer servicios sanitarios como parte de su política exterior le proporcionó prestigio e influencia en el extranjero. El alcance de la estrategia médica cubana trascendió las fronteras de Latinoamérica. Sirvió para ofrecer ayuda en casos de catástrofe y tratamientos en los campos en los que el país estaba especializado. Por ejemplo, más de dieciocho mil víctimas del desastre de Chernóbil, en su mayoría niños, fueron a Cuba para ser tratadas sin coste alguno de las radiaciones sufridas.[5] El Gobierno cubano fundó escuelas médicas y formó a estudiantes de Medicina extranjeros en Cuba también sin coste. Aquella diplomacia sanitaria se extendió incluso a países que estaban alineados internacionalmente contra Cuba. No obstante, su centro principal de acción era Latinoamérica, ya que Castro veía el continente como una comunidad con objetivos e historia compartidos.

De hecho, la eterna ambición de Castro de crear un frente latinoamericano contra Estados Unidos tomó forma en 2004 cuando fundó con Chávez la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) en oposición al Área de Libre Comercio de las Ámericas (ALCA), auspiciada por Estados Unidos. En 2007, Nicaragua, Bolivia, Ecuador y varias islas anglófonas del Caribe, entre ellas el grupo del Caricom, se habían sumado a este nuevo frente de solidaridad regional. La aspiración de Castro de lograr aquella «Nuestra América» de Martí parecía al fin estar dando sus frutos. No obstante, aquel proyecto eminentemente político de desarrollo regional y social dependía de la prodigalidad de la Venezuela de Chávez y su petróleo. Los países latinoamericanos con economías más poderosas, como Brasil, México, Argentina y Chile se se resistían, a pesar de su retórica socialdemócrata, a distanciarse demasiado del consenso neoliberal de Washington. Con todo, ALBA contribuyó a sacar a Cuba de su relativo aislamiento internacional y a proporcionarle una nueva voz en las

relaciones panamericanas. En septiembre de 2006, Cuba fue elegida por segunda vez para liderar el Movimiento de Países No Alineados, integrado por ciento dieciocho miembros, y en 2007 ya tenía relaciones diplomáticas o consulares con ciento ochenta y dos países y La Habana era sede de innumerables conferencias internacionales.

El prestigio de Cuba en la escena internacional también se vio impulsado por China. Con una voz cada vez más poderosa en las relaciones internacionales, China había defendido a Cuba frente al embargo estadounidense en las Naciones Unidas y en otros organismos internacionales y había empezado a construir una estrecha relación con la isla tras la caída de la Unión Soviética en 1991. En el nuevo milenio, el apoyo económico de China a Cuba aumentó gracias a una serie de acuerdos firmados por Castro y los dos presidentes chinos, Jiang Zemin y Hu Jintao, entre 2001 y 2006 en La Habana y Beijing. Es difícil imaginar un mayor contraste cultural que el que se daba entre los adustos dirigentes chinos y el ampuloso Castro (aún confinado en una silla de ruedas en 2006 después de romperse la rodilla en una caída). China ofreció créditos sin interés, subvenciones, préstamos e inversiones masivas (sobre todo en la industria minera de Cuba). Tanto en Cuba como en China se emprendieron numerosas operaciones conjuntas. A mediados de la década, China se había convertido en el segundo socio comercial más importante de Cuba después de Venezuela, ya que representaba el 15 por 100 del volumen de sus operaciones.[6]

El balance de los socios comerciales de Cuba en el nuevo milenio debería incluir el hecho un tanto paradójico de que Estados Unidos siguiera exportando productos a la isla a pesar del embargo. La prohibición del comercio con Cuba había permitido a competidores como Canadá introducirse en el mercado cubano. En el año 2000, la Administración Bush cedió ante la presión de los grupos estadounidenses con intereses en la agricultura y sus aliados en el Congreso y relajó el embargo sobre los intercambios entre Estados Unidos y Cuba a través de la ley de Reforma de Sanciones Comerciales y Aumento de las Exportaciones, aduciendo que los alimentos podían catalogarse como ayuda humanitaria. Sin embargo, las adquisiciones de Cuba tenían un precio muy alto, porque debía realizar los pagos por adelantado y únicamente en dólares. De este modo, entre 2001 y 2006 Cuba compró productos estadounidenses por valor de 2.200 millones de dólares, convirtiéndose así en el vigésimo quinto mercado más grande para las exportaciones agrícolas estadounidenses y haciendo de

Estados Unidos su séptimo socio comercial más importante.[7] Los estados del sur, como Luisiana, Misisipí y Alabama, fueron de los más beneficiados por esta relajación encubierta del embargo.

A pesar de todo, los importantes beneficios que aportaron Venezuela y China a la economía cubana no lograron contrarrestar la pérdida de la conexión soviética. La verdad es que las relaciones con Rusia habían mejorado considerablemente desde los primeros años del poscomunismo. En el nuevo milenio, Rusia estaba absorbiendo nada menos que un 25 por 100 de las exportaciones cubanas, y en diciembre de 2000 Putin hizo una visita de Estado a Cuba.[8] Sin embargo, los indicadores económicos de 2006-2007 revelaban un notable déficit en comparación con el año 1989, cuando Cuba se beneficiaba todavía de relaciones comerciales plenas con los países del Comecon. El rendimiento industrial y agrícola, por ejemplo, seguía siendo comparativamente bajo, en especial en el caso de la producción de azúcar, que era un 82 por 100 inferior a la de 1989. En general, las exportaciones habían caído un 48 por 100, y las importaciones habían aumentado un 16 por 100, lo que provocaba un deteriorado balance comercial y una creciente deuda externa. Entre los factores positivos se encontraba el aumento de la producción de gas natural (3,091 por 100 más que en 1989), de petróleo (un aumento del 303 por 100) y de níquel, y un considerable incremento del número de turistas, de los 270.000 de 1989 a los 2,2 millones de 2006, que generaron unos ingresos brutos de unos 2.100 millones de dólares.[9] En contraste con los austeros años de principios de la década de 1990, a mediados de la primera década del nuevo milenio la economía cubana presentaba un crecimiento sustancial, gracias en gran medida a sus nuevos socios comerciales. De este modo, las contribuciones económicas de Venezuela y China (así como las sustanciosas inversiones de multinacionales como la compañía minera y petrolera asentada en Canadá Sherritt International y la empresa petrolera española Repsol) ayudaron a la economía cubana a sobrevivir a golpe de improvisación, en lugar de superar sus carencias estructurales.

La respuesta del Gobierno a la mitigación de la crisis en los años noventa consistió en lanzar una nueva campaña de recentralización antimercado en 2003. Las medidas del Período Especial, interrumpidas en 1996, fueron revocadas. Con la nueva legislación, el dólar ya no era moneda de curso legal y los individuos y empresas estatales que dispusieran de efectivo tenían que cambiarlo por pesos convertibles a una tasa del 10 por 100. El Ministerio de Comercio Exterior recuperó

el control de todas las exportaciones e importaciones, hasta entonces en manos de las distintas empresas estatales, se revocaron los permisos y licencias de los pequeños negocios y el trabajo autónomo quedó restringido a los militares y empleados del Estado. El relativamente pequeño mercado paralelo oficialmente autorizado, nacido en los espacios abiertos por el Período Especial, quedó definitivamente clausurado.

Castro justificaba la renovación del control estatal sobre la economía aduciendo que el Período Especial había multiplicado las oportunidades de corrupción y creado «profundas desigualdades».[10] Los salarios reales en el sector estatal, que incluía aproximadamente al 77 por 100 de los trabajadores, habían sufrido un brusco descenso, mientras que los de los trabajadores del sector privado dedicados a la industria del turismo, así como a la producción o a las operaciones conjuntas con empresas extranjeras, habían crecido de manera espectacular. El camarero de un restaurante podía ganar mucho más que un médico. Y los trabajadores del sector privado no fueron los únicos beneficiados. Quienes tenían acceso a los dólares gracias a las remesas enviadas por sus familiares desde Estados Unidos habían visto aumentar su nivel de vida. Es decir, que las crecientes desigualdades se articulaban en gran medida sobre la base de una economía dual: la economía del peso cubano y la economía del dólar o del peso convertible.

El Período Especial, por tanto, había perjudicado a los sectores más pobres de la sociedad cubana, que habían visto mejorar sus condiciones de vida durante las dos primeras décadas de la Revolución. Los peor parados fueron los negros, que representaban alrededor del 34 por 100 de la población cubana. Dado que aproximadamente el 84 por 100 de los exiliados cubanos eran blancos, las familias negras tenían un acceso relativamente limitado a las remesas de dólares y además tenían pocas oportunidades de trabajar en la industria del turismo, ya fuera como empleados o por cuenta propia.[11] Como consecuencia, según los cálculos oficiales, la quinta parte más desfavorecida de la población recibía el 7 por 100 de los ingresos totales del país, mientras que la quinta parte más acomodada obtenía el 58 por 100. Así las cosas, es posible que la sociedad cubana siguiera siendo a finales de los años noventa la más igualitaria de toda Latinoamérica por su atención sanitaria y su sistema educativo, pero era cada vez más desigual en términos de ingresos y consumo individuales, aproximándose incluso a los niveles que se pueden

encontrar tal vez en algunas economías capitalistas desarrolladas y en vías de desarrollo.[12]

Sin embargo, Castro parecía más preocupado por justificar las nuevas medidas como medio de combatir la corrupción, la ineficiencia y el abuso de poder. En un discurso pronunciado el 17 de noviembre de 2005 en la Universidad de La Habana lanzó una nueva campaña para erradicar esas «ilegalidades». «Como ustedes saben —dijo a los estudiantes—, estamos envueltos en una batalla contra vicios, contra desvíos de recursos, contra robos [...]. Pero no piensen que el robo de materiales y de recursos es de hoy, o del Período Especial; el Período Especial lo agudizó, porque el Período Especial creó mucha desigualdad y el Período Especial hizo posible que determinada gente tuviera mucho dinero». El periódico de los Jóvenes Comunistas, *Juventud Rebelde*, realizó una exhaustiva cobertura que sacó a la luz casos de corrupción en todos los rincones de la isla. Muchas tiendas eludían los precios y los pesos y medidas oficiales, la gasolina se sacaba a escondidas de las gasolineras, en los puertos se desviaban productos para la venta privada, cerca de los solares en construcción surgían mercados negros para la venta de materiales y los recursos del Estado se empleaban para uso o beneficio privado. Además, la limitada descentralización de los ministerios y el gobierno local había generalizado el despilfarro y multiplicado el uso innecesario de recursos escasos como la gasolina.[13]

El problema de que la corrupción se convirtiera en foco de atención prioritaria para Castro fue que restaba importancia a las dificultades que tenían muchos cubanos para llegar a fin de mes y los apuros a los que se enfrentaban muchas empresas e instituciones estatales como consecuencia de unas carencias sobre las que no tenían ningún control. Obviamente había individuos dedicados al robo menor, así como redes de crimen más o menos organizado, pero también había una corrupción «banal» generalizada cuyo propósito era contrarrestar los bajos niveles de vida. El paro, los reducidos salarios, la precariedad de la vivienda y las frecuentes dificultades para acceder a alimentos básicos a precios subsidiados habían llevado a muchos cubanos a recurrir al hurto, el contrabando, la evasión de los controles estatales, etc., simplemente para poder sobrevivir. Por su parte, las organizaciones estatales acudían a un mercado negro en constante crecimiento para compensar la falta de recursos, los obstáculos burocráticos y la escasez de suministros. Parece ser que otro tipo de empresas, como los centros médicos, empezaron a cobrar por los

servicios a sus clientes más acomodados. Como consecuencia de ello se experimentó una lenta privatización encubierta de bienes y servicios que siguió su curso a pesar de la nueva ofensiva.[14] En otras palabras, el origen de las desigualdades y la corrupción no sólo era la reforma del mercado, sino algo mucho más importante: la propia economía dirigida cubana.

Más que al paradigma chino de socialismo autoritario y de mercado o a su equivalente vietnamita, el Doi Moi, Castro y los demás dirigentes cubanos habían vuelto de nuevo a su propio modelo de economía moral gestionada en nombre de los ciudadanos por las élites situadas a la cabeza del Estado. Al igual que en el anterior ciclo antimercado de mediados de los años ochenta, Castro atribuía principalmente los profundos problemas estructurales con los que se enfrentaba la economía cubana a la descentralización, el despilfarro, la ineficiencia y el egoísmo. Centralizando el proceso de toma de decisiones económicas en las manos de quienes estaban comprometidos con los valores de la Revolución se podía encontrar un nuevo medio de compaginar el crecimiento económico sostenido con el desarrollo del capital humano y social. Esta interpretación de la gestión económica basada en valores constituía un retorno al idealismo de los primeros días de la Revolución, y así quedó reflejado en el lema escogido para la campaña lanzada en el año 2000: «La Batalla de las Ideas».

Un aumento de la centralización no sólo implicaba la gestión a gran escala de la economía por las élites políticas encabezadas por Castro, sino también la microgestión. Entrañaba, igualmente, la intensificación del mecenazgo y el paternalismo estatal. A partir de ese momento, la distribución de los bienes de consumo y los servicios sociales vendría determinada desde arriba en función de criterios fundamentalmente políticos. Así, por ejemplo, Castro prometió en su innovador discurso repartir 2,5 millones de ollas a presión eléctricas de origen chino entre los sectores más pobres de la población para fomentar el ahorro de energía, pero también, cabe suponer, para convencerlos de que el Estado estaba cuidando de ellos.[15] El dilema era que a menudo este tipo de iniciativas estatales encubrían problemas socioeconómicos más profundos. Por ejemplo, el desempleo entre los jóvenes había crecido de manera desproporcionada desde el Período Especial. En un esfuerzo por abordar dicho problema, el Estado organizó cursos para reciclar a trabajadores no cualificados o a personas con capacidades que ya no tenían demanda en una economía

en transformación. Se esperaba que los parados se inscribiesen en esos cursos para adquirir capacidades más apropiadas. El problema fue que muchos simplemente no aparecieron (y fueron así catalogados como «desvinculados») y otros asistían sólo esporádicamente. Las cifras oficiales de 2006 indicaban que había 146.000 «desvinculados», pero probablemente el número era mucho mayor, según el periódico de los Jóvenes Comunistas, *Juventud Rebelde*.[16]

Esa «remoralización» de la vida económica de Cuba requería el apoyo de un nuevo movimiento social. Una vez más, como había hecho con las Microbrigadas en los años ochenta, Castro dirigió la mirada al movimiento juvenil del Partido Comunista y también a los miles de trabajadores sociales jóvenes, muchos de ellos mujeres y la mayoría originarios de la zona oriental de Cuba, menos cosmopolita, que habían sido movilizados a través de la campaña organizada tres años antes para elevar el nivel educativo en toda la isla. Ese nuevo «ejército» de trabajadores políticos pudo disponer de su propio alojamiento y su propio medio de transporte y disfrutó de una relación especial con Castro y su círculo más cercano.[17] Al igual que en la segunda mitad de los años ochenta, Castro también se rodeó de un equipo de jóvenes consejeros comunistas que actuaban como informal gobierno paralelo, supervisando la labor de las instituciones estatales y generando nuevas ideas de gestión y actuación. Siempre había formado parte de las estrategias de Castro el movilizar a las nuevas generaciones de cubanos de todos los niveles para revitalizar la Revolución y desplazar o espolear a las burocracias consolidadas.

La campaña se integró dentro de una reciclada «gran estrategia» para la economía cubana, que fue posible gracias a los nuevos vínculos con Venezuela y China. El discurso pronunciado por Castro el 17 de noviembre de 2005 esbozaba algunos de los aspectos clave de su estrategia de desarrollo. Contemplaba una inversión masiva en fuentes de energía alternativas y más limpias que sustituyeran a tecnologías derrochadoras y contaminantes, como las centrales eléctricas con generadores más pequeños, en una nueva «revolución energética» que se emprendió a comienzos de 2006.[18] Cuba había alcanzado ya una elevada tasa de desarrollo sostenible, de acuerdo con los parámetros internacionales. Según los datos facilitados a las Naciones Unidas, Cuba fue el único país del mundo durante el período 1975-2003 que cumplió los criterios mínimos de sostenibilidad de la ONU, que exigen un equilibrio entre el Índice de Desarrollo Humano y la huella ecológica, es decir, el patrón que mide la demanda sobre la biosfera.

[19] Evidentemente, el relativo éxito de Cuba en este terreno derivaba en parte de la crisis económica sufrida tras la caída de la Unión Soviética. No obstante, el desarrollo sostenible se convirtió en un componente clave de la estrategia estatal del nuevo milenio.

Además, el plan proponía medidas para intensificar el proceso para pasar de una situación de dependencia de las remesas, el turismo y las exportaciones baratas de productos primarios a un modelo de generación de exportaciones de alto valor añadido. Las exportaciones tradicionales de Cuba, como el azúcar, el tabaco y los cítricos, así como las más recientes, como el níquel o el petróleo, se someterían a un proceso de racionalización y renovación de equipamiento para garantizar una mayor productividad, pero también se otorgaría una renovada importancia a los derivados del petróleo, los productos farmacéuticos y la biotecnología, así como a los servicios médicos y educativos, más típicos de una «economía del conocimiento»[20] Como consecuencia de todo ello, afirmó Castro en su discurso, «pasaremos de ser un país idiota a uno que deje atrás a todos los demás».

Aquel radical cambio de estrategia había exigido, como es lógico, el consenso de las distintas élites situadas en la cúspide del Estado cubano. Debido al hermetismo del Estado carecemos de pruebas sobre los debates internos de la cúpula dirigente, de modo que todo intento de análisis ha de basarse únicamente en conjeturas y en la interpretación de las veladas declaraciones y observaciones institucionales de algunos individuos clave, sobre todo del propio Castro. Los integrantes del Buró Político, del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros eran muy dispares y en ocasiones ocupaban cargos en varios organismos, y no había ningún individuo o grupo que contara con una base independiente de poder, aunque sus representantes en la cúpula dirigente sí tenían intereses enfrentados derivados de las diferentes funciones desempeñadas dentro del Gobierno. Las dos instituciones más importantes eran el partido y el ejército, o el Ministerio de las Fuerzas Armadas (que desde 1989 tenía en gran medida bajo su control el Ministerio de Gobernación, responsable de la seguridad nacional).[21]

A diferencia de la mayoría de las instituciones militares, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) desempeñaron un papel central en la economía nacionalizada, ya que administraban toda una serie de empresas que abarcaban desde la minería, el turismo, las propiedades inmobiliarias, la tecnología de la información y la construcción hasta

la agricultura y la ganadería. Muchas de esas actividades pusieron a los funcionarios en estrecho contacto con multinacionales que participaban en operaciones conjuntas con Cuba. Los tecnócratas militares también habían desempeñado un importante papel en la campaña iniciada a finales de los años ochenta para racionalizar la gestión de las empresas dirigidas por el ejército, el Sistema de Perfeccionamiento Empresarial, que transfirió la toma de ciertas decisiones a los funcionarios y ofreció incen-tivos materiales a los trabajadores para aumentar la productividad.[22]

La interrupción de las medidas del Período Especial en 1996 y el paso en 2003 de la liberalización económica limitada y la subsidiariedad al control centralizado y político de la economía provocó una pérdida masiva de influencia sobre los funcionarios y gestores tecnócratas de las empresas no militares, lo que a su vez, como sucedió en los años ochenta, generó tensiones entre los beneficiarios del cambio, los líderes del partido más conservadores, que se sentían aferrados a las tradiciones de la centralización soviética, y los sectores de las Fuerzas Armadas que defendían la vía china. Como era habitual, Castro no se posicionó abiertamente y trató constantemente de mantener una apariencia de imparcialidad, aunque en realidad estaba dirigiendo el proceso hacia el nuevo paradigma.[23] Para garantizar la disciplina militar podía contar con Raúl Castro en su calidad de ministro de las FAR. Aunque su hermano había sido partidario de una mayor liberalización en los años ochenta, también fue el más destacado defensor del regreso a la ortodoxia en 1996 y 1997.

Entonces dio comienzo un nuevo ciclo de despidos y sustituciones. El ministro de Economía y Planificación y el ministro de Finanzas y Precios, ambos estrechamente vinculados a las reformas de 1993-1996, fueron sustituidos por hombres próximos a la línea dura. La principal víctima de la nueva estrategia fue Marcos Portal León, poderoso ministro civil de Industria Básica encargado de todo un importante conjunto de industrias, que fue destituido en octubre de 2004 por exceso de «autosuficiencia». En el lenguaje del régimen, probablemente eso significaba que no había acatado suficientemente la nueva línea o que había creado redes de influencia que afectaban a la jerarquía de mando del sistema de gobierno de Cuba.[24] La destitución de Portal León tuvo, sin duda, un propósito ejemplarizante, y fue todavía más significativa por el hecho de que el ministro estaba casado con una sobrina de Castro.

Estas medidas coincidieron con un nuevo ciclo de represión de la disidencia y de las actividades pro derechos humanos. Castro aseguraba que aquella ofensiva era fruto de la cambiante dinámica de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba después de la elección de George Bush hijo en 2000, más que de la alteración de las políticas internas.[25] Al comienzo del nuevo milenio, las deterioradas relaciones con Estados Unidos habían degenerado en una especie de espectáculo competitivo en torno al incidente de Elián González. Elián, de cinco años de edad, había sido rescatado cerca de la costa de Florida en un yate a motor por dos hombres después de que la embarcación en la que había estado viajando junto a su madre y varias personas más volcara a finales de noviembre de 1999, cuando trataban de llegar ilegalmente a Estados Unidos, y todos los ocupantes murieran ahogados, salvo el niño y una joven pareja. Los familiares de Elián en Miami trataron de quedarse con el chico contra los deseos de su padre, que había permanecido en Cuba. El caso desencadenó protestas públicas contra el régimen por parte de los exiliados de Florida y masivas manifestaciones pro Castro en Cuba, hasta que los tribunales estadounidenses dictaminaron seis meses después que el niño tenía que ser devuelto a la isla para estar con su padre. Castro aprovechó aquella casual e inmensamente fotogénica oportunidad para movilizar los sentimientos nacionalistas de la población en un momento de tensiones sociales y económicas internas.

Con la elección de George Bush pocos meses después se procedió a una renovación de la estrategia estadounidense de injerencia en la política interior de Cuba, entendida como una demostración de fuerza de la democracia liberal (o, en palabras del nuevo jefe de la Sección de Intereses de los Estados Unidos de América, James Cason, como un «apoyo inquebrantable a la luchadora y valiente sociedad civil de Cuba»), si bien sus críticos la tildaban de flagrante política de desestabilización (y Castro de «provocación»).[26] El endurecimiento de la política sobre Cuba de la Administración Bush había quedado plasmado en la retórica posterior al 11-S con la inclusión de la isla en el nuevo «eje del mal», lo que despertó el temor a que Estados Unidos estuviera planeando una invasión militar, directamente o por delegación, como en 1961. Cason entabló contactos con activistas pro derechos humanos de toda la isla en cuanto llegó, en septiembre de 2002, y publicó declaraciones de prensa en las que criticaba al Estado cubano por su trayectoria en materia de derechos humanos.

Como parte del denominado Proyecto Varela, los activistas habían

estado recogiendo firmas con la convicción de que si conseguían llegar a las diez mil la Constitución cubana les permitía proponer una ley de reforma democrática. Aunque lograron alcanzar e incluso superar esa cifra, el Gobierno organizó una contrapropuesta que afirmaba la naturaleza irrevocablemente «socialista» de la Constitución cubana y recogió 8 millones de firmas, casi el 99 por 100 del electorado. Los servicios de seguridad cubanos sometieron a los activistas a un acoso continuado, pero el organizador del proyecto, Osvaldo Payá, fue autorizado a acudir a Estrasburgo en 2002 para recibir el Premio Sajárov para la Libertad de Conciencia, concedido anualmente por el Parlamento Europeo. Los activistas no fueron detenidos hasta que Cason empezó a organizar reuniones con ellos y a invitar a otros diplomáticos a sumarse a él. Castro aseguró más tarde que no se había dado cuenta inmediatamente de la seriedad de la amenaza de invasión estadounidense porque había estado demasiado ocupado con la actividad estatal y había tenido que descansar debido a una infección, lo que daba a entender que su supervisión constante de los acontecimientos que se producían en Cuba era crucial para la seguridad del país.[27]

Aquel asunto alcanzó su punto crítico el 15 de marzo de 2003, cuando el Gobierno detuvo a setenta y cinco activistas pro derechos humanos y los sentenció a duras penas de prisión. Las detenciones, junto con la ejecución de tres cubanos que habían tratado de secuestrar un transbordador a principios de abril, provocaron protestas en toda la comunidad internacional. La UE impuso sanciones y cerró su nueva delegación en La Habana sólo una semana después de su inauguración. Por su parte, Castro encabezó manifestaciones populares contra las embajadas extranjeras que habían protestado por la violación de derechos humanos en Cuba. Más tarde, en 2004, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas aprobó una resolución de condena de las detenciones. Fue así como la espiral descendente de las relaciones cubano-estadounidenses se coló en otras potencias. La UE no suspendió las sanciones hasta principios de 2005, pero las embajadas de algunos de sus miembros seguían invitando a los activistas a sus eventos, lo que provocó a su vez el boicot a las recepciones oficiales por parte del Gobierno cubano, en la que se dio en llamar la «guerra del canapé», y un nuevo ciclo de detenciones en julio.

Castro afirmó más tarde que las «provocaciones» de Cason formaban parte de una estrategia de Estados Unidos para desencadenar

arrestos en Cuba con el fin de poner a la defensiva a los liberales partidarios de Cuba y a la izquierda occidental justo antes de la invasión angloamericana de Iraq.[28] Existiera o no tal conexión, la detención y la intimidación de disidentes, sindicalistas y activistas pro derechos humanos en Cuba era una práctica asentada y operaba en ciclos definidos por la intensidad de las iniciativas de tales grupos y por el grado de vulnerabilidad al que el Estado se sentía sometido en el plano interior y exterior. Pero no eran sólo las actividades de uno y otro tipo las que sufrían el acoso, sino también bibliotecarios y periodistas independientes que publicaban artículos fuera de Cuba (como Óscar Espinosa Chepe). No todos los detenidos eran acusados, y cuando finalmente se celebraban los juicios, a menudo no cumplían los criterios internacionales de imparcialidad, según Amnistía Internacional. Una acusación habitual era el delito de «peligro social», que abarcaba una gran variedad de comportamientos, desde la embriaguez hasta las actividades «antisociales», como la protesta a favor de los derechos humanos.[29]

Pese a lo mucho que perjudicaba a su reputación internacional, la respuesta del Gobierno cubano ante la agitación en defensa de los derechos humanos estaba guiada por algo más que un renovado temor al intervencionismo estadounidense con George Bush. Era la lógica de guerra fría y asedio la que había dado forma a su doctrina de la defensa y la seguridad nacional y ahora parecía dominar todos los aspectos de la vida económica, política, social y cultural de Cuba.[30] Existían numerosas organizaciones en todos los niveles que garantizaban la seguridad interna, desde el ejército y las fuerzas de seguridad hasta los Comités de Defensa de la Revolución y las Brigadas de Respuesta Rápida, cuya tarea consistía en poner freno a los disturbios sociales y a la disidencia colectiva. Las atribuciones de la sociedad civil estaban rigurosamente restringidas, y los limitados mecanismos de consenso estaban controlados por el Estado. No se toleraba muestra alguna de desaprobación fuera de los estrechos límites de la autocrítica regulada por el Estado. El Gobierno trataba de dirigir la sociedad mediante un sistema vertical de control. El acceso a la información global estaba restringido, no sólo debido a los problemas tecnológicos de cobertura de Internet, sino también a la intervención estatal. El resultado era una especie de autarquía cultural, y sugería la existencia de una profunda inseguridad dentro de la cúpula dirigente en relación con la contaminación ideológica de los cubanos; de ahí que la protección de los valores centrales de la

Revolución sólo pudiera encomendarse a las élites revolucionarias, sometidas a su vez a un examen constante a cargo de sus compañeros para asegurarse de que seguían aquel estrecho y recto camino.

Castro, por su parte, afirmaba una y otra vez que los derechos humanos eran ante todo los derechos sociales, es decir, salud, alfabetización, educación y ausencia de pobreza. En cambio, no sentía demasiada simpatía por derechos políticos como la libertad de expresión, que era para él equivalente al derecho a la propiedad privada. Además, consideraba que era un concepto carente de sentido si no iba acompañado de derechos y condiciones sociales libres de las restricciones políticas que se habían hecho necesarias para sobrevivir al «bloqueo» al que Estados Unidos sometía a Cuba. En esto, al menos, contaba con la aprobación de Amnistía Internacional, que reclamaba el final del embargo estadounidense por considerar que atentaba contra los derechos económicos, sociales y culturales de Cuba. Por tanto, cuando Castro insistía, como solía hacer, en la necesidad de un espíritu crítico dentro de la Revolución, no lo entendía como una forma de cuestionar alguno de sus valores o estrategias, sino como un medio de «perfeccionar» el sistema.[31]

La «gestión» de la sociedad cubana por parte de Castro se interrumpió bruscamente a finales de julio de 2006. Durante su visita a Argentina para una reunión de jefes de Gobierno latinoamericanos sufrió una crisis intestinal, diagnosticada como diverticulitis. A su regreso, el 27 de julio, fue sometido a una larga operación, y cuatro días después, por primera vez pero sólo de manera provisional, transfirió sus responsabilidades al número dos, su hermano Raúl. El anuncio de su enfermedad, cuya fecha había sido cuidadosamente escogida, despertó un efímero sentimiento de euforia entre algunos sectores de la comunidad cubana exiliada en Florida que pronto quedaría disipado ante las noticias sobre su lenta recuperación. La lista de funciones que Castro delegó sirve para recordar lo central de su posición en el Estado. Era primer secretario del Comité Central del Partido Comunista, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y presidente del Consejo de Estado y del Gobierno, y, como tal, jefe del Estado. También era Impulsor Principal de los programas nacionales e internacionales de Salud Pública, Educación y Revolución Energética, funciones que encomendó en cada caso a miembros específicos del Buró Político mientras durara su enfermedad.

El 14 de agosto, día de su cumpleaños, Castro apareció convaleciente en televisión con Chávez junto a su cama contando

chistes. Las noticias sobre su mejoría se fueron racionando con sumo cuidado durante los meses siguientes, probablemente con el fin de tranquilizar a los cubanos y a los medios de comunicación de todo el mundo al confirmar que seguía vivo sin alarmar con imágenes de su fragilidad. Sin embargo, tan sólo diecisiete meses más tarde, en enero de 2008, se emitió un nuevo vídeo en el que aparecía en una reunión informal con el presidente brasileño, Lula da Silva. Castro siguió lanzando mensajes a los cubanos desde el lugar donde pasaba su convalecencia a través de un blog cuasi estatal sobre acontecimientos internacionales y principios revolucionarios, «Las Reflexiones de Fidel Castro», que aparecía a intervalos irregulares de entre unos pocos días y un mes.[32] Al parecer, cuando recobró fuerzas, reunió rápidamente de nuevo a su grupo de jóvenes consejeros (apodados humorísticamente los «Talibanes» por los cubanos), cuyo papel consistía, sin duda, en seguir de cerca los acontecimientos y procesos que se estaban viviendo en toda Cuba y, lo que es más importante, transmitir sus mensajes a los diferentes niveles de la cúpula dirigente. De hecho, no cabe duda de que Castro seguía moviendo los hilos gubernamentales desde la distancia, incluso desde la cama.

No obstante, su papel formal como jefe del Estado concluyó definitivamente el 18 de febrero de 2008, cuando declaró inequívocamente que abandonaba todos sus cargos de liderazgo en el Gobierno cubano. El momento escogido para hacer el anuncio no fue casual. Castro había sido elegido diputado por Santiago en las elecciones generales del 21 de enero, lo que hizo que se especulara sobre su deseo de regresar al poder. La nueva Asamblea Nacional iba a elegir el Consejo de Ministros el 24 de enero. Su retirada unos días antes de la votación sugería que, en realidad, más que desear renunciar al poder, al final y muy a su pesar había decidido que estaba demasiado debilitado para retomarlo. Su sustitución por Raúl Castro y por otro viejo veterano, José Machado Ventura, como uno de los vicepresidentes, transmitía claramente el mensaje de que cualquier reforma política del Gobierno cubano iba a ser un asunto muy controlado. También cabría suponer que Fidel Castro deseaba continuar llevando las riendas del Gobierno. Formalmente no había renunciado a su cargo como diputado por Santiago en la Asamblea Nacional ni al de primer secretario del Buró Político del partido.

En realidad, no sería descabellado imaginar que Castro podría seguir moviendo los hilos incluso desde la tumba. La fuerza del legado que transmitió después de casi medio siglo al mando era tal que,

mientras el Estado castrista siguiera en el poder, probablemente todas las reformas, tanto si se ajustaban a sus principios como si no, tendrían que realizarse en su nombre.

[1]. Para más detalles, véase http://www.crnm.org/caricom_cuba.htm

[2]. Castro en Ramonet, 2006, p. 473.

[3]. En una emisión de *Aló Presidente* en verano de 2007, Chávez defendió su fallida campaña de modificación de la Constitución para poder seguir ejerciendo la presidencia indefinidamente alegando que la revolución socialista de Venezuela era como un cuadro inacabado y que él era el artista (*The Guardian*, 26 de agosto de 2007). La estrecha colaboración entre Castro y Chávez fue evidente desde muy pronto. Castro aseguraba haber desempeñado un importante papel en la acción para frustrar el intento de golpe de Estado contra Chávez de 2002 al coordinar la información y convencer a oficiales de alto rango leales a Chávez de que movilizaran sus tropas y enviaran una fuerza de élite para rescatarlo de la isla en la que había sido secuestrado: Castro en Ramo-net, 2006, pp. 473-476.

[4]. Mesa-Lago, 2007; Dilla, Alfonso, 2006, pp. 144-145.

[5]. *Planet Ark*, 30 de marzo de 2005.

[6]. Erikson, Daniel, «Cuba, China, Venezuela: new developments», en «Cuba in Transition», en *Papers and Proceedings of the Fifteenth Annual Meeting of the Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE)*, 2005, 15, pp. 410-418.

[7]. Mesa-Lago, Carmelo y Pérez López, Jorge, *Cuba's Aborted Reform. Socioeconomic Effects, International Comparisons, and Transition Politics*, University of Florida Press, Florida, 2005 p. 38; Mesa-Lago, 2007, p. 18.

[8]. Foss, C., *Fidel Castro*, Sutton, Stroud, 2006. Por otro lado, los rusos clausuraron el centro de inteligencia de Lourdes sin consultar a los cubanos: Coltman, L., *The Real Fidel Castro*, New Haven, Yale Unversity Press, 2003, p. 321.

[9]. Mesa-Lago, 2007, *ibid., passim*. Mesa-Lago no tiene en cuenta la nueva metodología introducida en 2003 por el Estado cubano, en la que el valor de los servicios sociales y los precios subsidiados se añade a los métodos convencionales de cálculo del crecimiento económico.

[10]. Citado en Ramonet, 2006, pp. 541-542.

[11]. Mesa-Lago y Pérez López, p. 98.

[12]. Dilla Alfonso, Haroldo, «Cuba: The Changing Scenarios of Governability», en *Boundary* 2, 2002, 29.3, p. 67.

[13]. Texto en www.cuba.cu/gobierno/discursos/20005; Castro en Ramonet, 2006, pp. 540-546; *Juventud Rebelde* siguió adelante los siguientes dos años con su campaña contra la corrupción y publicó una serie de artículos de investigación en octubre de 2007.

[14]. Espinosa Chepe, Óscar, «Privatización a la cubana», en *El País*, 9 de noviembre de 2006.

[15]. Ritter, Archibald R. M., «Cuba's strategic economic reorientation», en «Cuba in Transition», ASCE, 2006, nº 16, p. 146; discurso de Castro del 17 de noviembre de 2005 en www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005

[16]. 25 de noviembre de 2007.

[17]. *Ibid;* Ritter, 2006, p. 146.

[18]. Véase, entre otros, *Granma Internacional,* 18 de febrero de 2006.

[19]. *Living Planet Report* 2006 en www.anda.org/news_facts/publications/living_planet_report/p_2006, p. 19.

[20]. Ritter, 2006, p. 141.

[21]. Mora, Franko, «Cuba's Ministry of Interior: the FAR's Fifth Army», en *Bulletin of Latin American Research*, 2007, 26:2, pp. 222-237.

[22]. Amuchástegui, D., «FAR-new generations in power: understanding scenarios of continuity», en «Cuba in Transition», ASCE, 2006, 16, pp. 366-370; Espinosa, J., «Vanguard of the State: The Cuban Armed Forces in Transition», en *Problems of Post-Communism*, 48, nº6, 2001, pp. 19-30.

[23]. Dilla Alfonso, Haroldo, «Hugo Chávez y Cuba: subsidiando posposiciones fatales», en *Nueva Sociedad* 205, septiembre/octubre de 2006, pp. 141-158.

[24]. «Nota Oficial», en *Granma Internacional*, 14 de octubre de 2004. En la nota oficial se incluyen otras razones de la destitución, como la reciente avalancha de apagones, de los que era máximo responsable. Sin embargo, éstos no se consideraban los motivos primordiales.

[25]. Castro en Ramonet, 2006, pp. 397-412.

[26]. Cason, James, jefe de la Sección de Intereses de los Estados Unidos de América, La Habana, en http:/www.state.gov./p/wha/rls/rm/39815.htm; Sweig, Julia, «Fidel's Final Victory», en *Foreign Affairs*, enero/febrero de 2007; Castro en Ramonet, 2006, p. 402.

[27]. *Ibid.*, pp. 398-399.

[28]. *Ibid.*, pp. 406-407.

[29]. Rueda de prensa de Amnistía Internacional, Amnesty International, AMR 25/003/2007, 29 de enero de 2007; Informe Anual 2006 en http://web.amnesty.org/report2006/cub-summary-eng

[30]. Blanco, Juan Antonio, «The Mother of All Reforms», en *Focal Point*, junio de 2007, 6:5, 1-2 en www.focal.ca

[31]. Castro en Ramonet, 2006, p. 491; AI, AMR 25/003/2007, 29 de enero de 2007.

[32]. www.jornada.unam.mx/reflexiones

EPÍLOGO
EL LEGADO DE CASTRO

Durante un tiempo, probablemente toda retrospectiva histórica de la carrera y del legado político de Castro será provisional. La principal razón es que sus objetivos más ambiciosos todavía no se han cumplido. Durante casi medio siglo, la Cuba de Castro trató de alcanzar metas que han escapado a la mayoría de las pequeñas naciones ex coloniales en un mundo en proceso de globalización, es decir, modernidad socioeconómica, justicia social y solidaridad del Tercer Mundo. El impacto internacional de su lucha ha sido desproporcionado en relación con el tamaño y la potencial importancia de la isla. Cuba se convirtió con Castro en un modelo para las luchas de liberación nacional y los movimientos progresistas y antisistema del Tercer Mundo. El capital moral que fue acumulando a lo largo de los años procedía de su desafío a Estados Unidos y de su apoyo internacional a las luchas del Tercer Mundo por la liberación nacional y el desarrollo. Las palabras de Castro sobre la injusticia, la violencia, la pobreza, el neoimperialismo, el capitalismo, la deuda internacional, la globalización, etc., han tenido eco en todo el mundo en vías de desarrollo. Pese a la férrea hostilidad del país más poderoso del mundo, situado a menos de ciento cincuenta kilómetros de distancia (noventa millas, o noventa milímetros, como sugirió Castro en una ocasión), su régimen sobrevivió a nueve administraciones estadounidenses hostiles y llevó a la práctica políticas que representaban un desafío constante no sólo para Washington sino también para el supuesto triunfo global del capitalismo liberal. Cuba ha alcanzado un nivel de desarrollo en materia de salud, educación, igualdad de género, ecología e infraestructura social en general superior al de la mayoría de los países del mundo en vías de desarrollo e incluso de algunos países desarrollados. Tales éxitos se han debido en gran medida a la capacidad de Castro de aprovechar las energías creativas liberadas por millones de cubanos en defensa de una aspiración de emancipación nacional que tiene ciento cuarenta años de vida.

A pesar de todo, la Revolución todavía no ha logrado el objetivo más utópico que su líder se había propuesto en el programa de Moncada y en los vertiginosos días del triunfo revolucionario. Cuba ha sido incapaz de acabar con la dependencia económica y ha sufrido casi todo el tiempo el déficit de la balanza comercial, lo que ha exigido una u otra forma de respaldo exterior, como el actual apoyo del Gobierno de Chávez y los créditos y las ayudas concedidos por China. La economía de Cuba sigue siendo precaria, y los beneficios socioeconómicos obtenidos por sus ciudadanos se ven constantemente amenazados, como reconoció Raúl Castro en su primer discurso como jefe del Estado el 26 de julio de 2007.[1] Además, los efectos de la crisis económica internacional que se desató en 2008 y de los huracanes devastadores del mismo año empañaron en algo la celebración del cincuenta aniversario de la Revolución en enero de 2009. El hecho es que los salarios apenas llegan para cubrir las necesidades vitales básicas de muchos cubanos, los precios son elevados, el transporte público se encuentra en un estado deplorable, la comida accesible es escasa y la vida cotidiana se ve rodeada de prohibiciones de uno u otro tipo. Incluso los escaparates de la Revolución —la medicina, la vivienda y la educación— ufren anomalías y carencias. El Estado cubano no puede seguir dependiendo de por vida del discurso heroico del asedio y la patria sin compensar a sus ciudadanos con mejores condiciones de vida y mayores niveles de democracia popular.

La Revolución ha dejado otro desgarrador legado. Un pequeño número de cubanos han sido encarcelados en diferentes momentos simplemente por disidencia política, independientemente de la explicación que ofrezca el Estado cubano para justificar su condena. Un número más elevado de cubanos han abandonado la isla por su oposición al nuevo Estado. Los primeros en marcharse fueron los que estaban estrechamente vinculados a la dictadura de Batista y a la oligarquía. Pronto les siguieron los que no aprobaban la radicalización de la Revolución. Desde entonces, la mayoría de los cubanos que han dejado la isla lo han hecho probablemente en busca, sobre todo, de mejores oportunidades de progreso económico personal como las ofrecidas por Estados Unidos. La Revolución y la obsesiva oposición a ella del Gobierno estadounidense han dado origen a una brecha que ha dividido a miles de familias que viven separadas por el estrecho de Florida. Las políticas de las sucesivas administraciones estadounidenses han ido agrandando el abismo que las separaba y

dificultando así el contacto, sobre todo al impedir los viajes o al bloquear o limitar la ayuda financiera de los exiliados a sus familiares en Cuba, en peor situación económica. Del mismo modo, los cubanos han encontrado dificultades para contactar con sus familiares en Florida o ir a visitarlos. El 26 de diciembre de 2007, el público ovacionó al cantante cubano Pablo Milanés en el Teatro Mella de La Habana cuando éste interpretó una conmovedora canción sobre esa separación:

> Mi hermano Jacinto que vive en La Habana no sabe si su hija que tuvo una nieta que aún no ha conocido sabrá que su madre murió de repente. Las autoridades no lo dejan salir…[2]

La brecha afecta a familias de todas las clases. Basta con mirar a la propia familia de Castro. Su ex suegro fue fiscal del Estado durante la dictadura de Batista y abogado de la mayor empresa explotadora de mano de obra de la Cuba prerrevolucionaria, la United Fruit Company. Su cuñado ocupó el cargo de viceministro de Gobernación y fue senador con Batista. Más tarde, uno de sus sobrinos políticos, Lincoln Díaz-Balart, congresista republicano en Florida, tuvo un importante papel en la elaboración de la ley Helms-Burton. Una de las hermanas de Castro, Juana, se marchó de Cuba en 1964 y en una declaración de prensa ofrecida en México denunció a su hermano y a su Revolución. Alina Fernández Ferrer, nacida de la relación de Castro con Natalia Revuelta en los años cincuenta, abandonó la isla en 1993 y publicó sus memorias en 1997, en las que criticaba duramente tanto a su padre como la Revolución Cubana.[3]

Pese a los vínculos familiares, o incluso debido a ellos, los exiliados políticos ven a Castro y a sus seguidores como el Otro, como el enemigo «interior» que ha traicionado a los verdaderos cubanos. Muchos integrantes de la comunidad anticastrista de Miami han participado en reiterados intentos de socavar las bases de la Revolución y algunos de los más violentos han estado involucrados en operaciones de sabotaje y asesinato.[4] Y a la inversa, para muchos cubanos de la isla, la comunidad exiliada anticastrista opera como el Otro, los falsos cubanos que colaboraron con la dictadura de Batista y con la explotación de la isla a manos del imperialismo estadounidense, cerrándole el camino hacia la emancipación.

La Revolución Cubana que Castro modeló y encabezó (y de la que,

en cierto sentido, seguía siendo propietario intelectual) fue realmente la respuesta dada al subdesarrollo y la dependencia por una élite nacionalista procedente en su mayor parte de las clases medias y secundada por la gran mayoría de los cubanos. Independientemente de las etiquetas que ella misma se haya atribuido, la Revolución participaba esencialmente de la corriente de luchas anticoloniales del Tercer Mundo que se produjo durante la posguerra y que estaba dirigida por miembros de la instruida clase media urbana descontentos o privados de posibilidades de ascenso social, como Nasser, Nkrumah, Nyerere y Ben Bella. Al igual que en Cuba, la fuerza impulsora de aquellos movimientos fue la necesidad de lograr la independencia económica y nacional a través de la modernización. Dado que muchos de sus líderes procedían de una clase estrechamente ligada al aparato estatal (oficiales del ejército o abogados, por ejemplo), el nuevo régimen tendía a considerar al Estado como principal instrumento de transformación de la sociedad. Con el fin de acabar con los regímenes coloniales o neocoloniales, las nuevas élites tuvieron que movilizar a diferentes estratos de la población en torno a un programa de reformas sociales y autoafirmación nacional.

En esas nuevas naciones del Tercer Mundo, era inevitable, en muchos casos, cierto grado de centralización política y económica debido a las contradicciones internas o a las presiones externas, por ejemplo, las que ejercían las antiguas potencias coloniales, presiones que conducían con frecuencia al alineamiento político con el bloque soviético. Así, un Estado centralizado, una economía más o menos nacionalizada y una base populista pasaron a ser los sellos distintivos de muchos gobiernos poscoloniales de África, por ejemplo. Debido a esta semejanza formal con el socialismo, las doctrinas en las que se basaban se solían denominar socialistas, cuando en realidad su inspiración principal era de signo nacionalista, en la medida en que se trataba de proyectos de construcción nacional en sociedades cultural o étnicamente heterogéneas; de ahí el surgimiento del «socialismo» islámico o africano.

El socialismo cubano también formaba parte de una estrategia de modernización y de un proyecto nacionalista. No obstante, sus raíces eran tan panamericanas como cubanas. Una importante fuente de inspiración para Castro fueron las luchas latinoamericanas de emancipación frente al Imperio español encabezadas por Simón Bolívar y los movimientos antiimperialistas de los años treinta y cuarenta. Durante la Gran Depresión aparecieron nuevos movimientos

políticos, como los de México, Argentina y Brasil, que aspiraban a romper el ciclo de la dependencia de la exportación de cultivos comerciales tradicionales y materias primas modernizando la economía. Para ello, activaron movimientos de masas tanto con el fin de arrebatar el control político a las élites tradicionales, que habían permanecido a los mandos de la economía de exportación, como de destruir la hegemonía de los intereses económicos estadounidenses. El movimiento más influyente de toda Latinoamérica fue el de Perón, en Argentina. Siendo estudiante, el Che Guevara había sido seguidor de Perón, y Castro también participó, como hemos visto, en el congreso estudiantil antiimperialista celebrado en Colombia en 1947 y auspiciado por el presidente argentino. Otros dirigentes populistas latinoamericanos que influyeron en Castro fueron el inmensamente popular político colombiano Jorge Gaitán, cuyo asesinato desencadenó los disturbios en los que intervino en 1947, y el coronel Jacobo Arbenz, cuyo intento de llevar a cabo la reforma agraria como presidente de Guatemala se vio truncado por una invasión armada patrocinada por Estados Unidos en 1954 de la que fue testigo el Che Guevara y que, sin duda, éste relató a Castro con todo detalle cuando se encontraron en México poco después.

La principal fuente de inspiración y legitimidad de la Revolución castrista fue, no obstante, la tradición nacionalista cubana en su versión más radical. Castro entendía su movimiento como la culminación de una lucha ancestral por la independencia y el desarrollo que se prolongaba desde la primera revuelta contra el dominio colonial en 1868 hasta la rebelión estudiantil de los años treinta. La inmensa confianza en sí mismo de la que Castro hacía gala, o mejor dicho su sentido casi mesiánico del destino, se basaba en la convicción de encarnar aquella lucha. Castro y su vanguardia más cercana se consideraban custodios del interés nacional cubano, la «cubanía», una identidad colectiva imaginaria definida por primera vez por los héroes blancos y afrocubanos que lucharon contra la colonización y por la independencia en el siglo XIX.[5] «Cubanía» significaba modernización (es decir, desarrollo socioeconómico y cultural de Cuba) en términos cubanos, no en los términos establecidos por el capitalismo liberal, que limitaba y distorsionaba la naturaleza de esa modernización. Así pues, la Cuba revolucionaria trataba de superar el estatuto neocolonial con el que contaban la mayoría de las sociedades tercermundistas en la economía globalizada valiéndose del Estado para lograr un crecimiento económico sostenible y un alto nivel

de protección social e igualdad socioeconómica.

Ahora bien, a diferencia de sus homólogos africanos o islámicos, la adhesión de Cuba al socialismo era algo más que un simple andamiaje intelectual para su proyecto nacionalista; el socialismo proporcionaba el código moral y ético que se suponía debían respetar el ciudadano y el Estado. Por otra parte, ofrecía una visión progresista de un mundo libre de injusticias y explotación. Conforme a tales parámetros, Castro y su élite gobernante permitieron el debate interno, más abierto en momentos de crisis económica, acallado cuando se consideraba que amenazaba la Revolución. No se admitía el disentimiento ni la crítica pública, ni siquiera la defensa de los derechos humanos, si estaban fuera de dicho paradigma. Toda actividad de esa naturaleza era interpretada como contrarrevolucionaria y antipatriótica. Los protocolos de la democracia y la libertad de expresión quedaban subordinados a las que se entendían como las necesidades de seguridad y desarrollo en la tradición del centralismo democrático de Lenin. El Estado cubano de Castro era, pues, progresista y autoritario, populista y socialista, una ecuación tan contradictoria en apariencia que desconcertaba a muchos de sus partidarios tanto como a algunos de sus detractores. Por su parte, la legitimidad de Castro derivaba de su autoridad carismática, su ética y su personificación de los mitos heroicos del patriotismo cubano.

Aunque Castro afirmaba haber logrado una conjunción entre Martí y Marx, los valores que lo guiaron a lo largo de su carrera política provenían más bien de las tradiciones cubanas. García Márquez escribió que Castro había inyectado a Martí en el torrente sanguíneo de la revolución marxista, aunque sería más apropiado decir que había inyectado el marxismo en la tradición de Martí.[6] El tono de voluntarismo y regeneración milenarista que recorría su pensamiento político tenía mucho más en común con el nacionalismo hispánico y, sobre todo, castellano que con el socialismo europeo o el comunismo soviético. La afirmación de Castro de que había prestado constante atención a la dimensión ética de sus políticas y actuaciones derivaba principalmente, como él mismo reconocía, de la tradición de Martí, aunque eso no significa negar la indudable influencia del socialismo y también de la religión en la tradición (después de todo, Castro se había educado con los jesuitas). Una llamativa manifestación de la preocupación de Castro por situar a la Revolución Cubana dentro de las tradiciones progresistas del pensamiento político europeo eran sus argumentos sobre la conexión entre ética, moral, poder y violencia.

Sus frecuentes intentos de justificar la violencia antisistema como una variante de la doctrina de la guerra justa, sobre todo en las luchas anticoloniales, constituyeron una innovadora contribución a una antigua polémica.[7] Podríamos seguir el rastro de la genealogía del pensamiento castrista remontándonos hasta la Ilustración, en especial a las nociones de contrato social y autoridad moral de Rousseau y al despotismo ilustrado de Voltaire.

La adopción oficial del marxismo-leninismo por parte el Estado cubano no sólo se vio motivada por la conveniencia, sino también por la convicción de Castro y otros líderes de la Revolución de que el comunismo constituía el único modelo posible de crecimiento económico y el único movimiento internacional con el que se podían identificar. Un factor esencial de ese alineamiento con la Unión Soviética fue su antiamericanismo. La vertiente pragmática de dicha identificación quedó patente en 1992, cuando se eliminó la referencia a la Dictadura del Proletariado de la Constitución cubana tras la caída de la Unión Soviética y Martí empezó a ocupar un lugar más destacado en el discurso público que el marxismo-leninismo. Sin embargo, hubo algunos elementos del marxismo que se fusionaron con las ideas transmitidas por la tradición radical cubana. Los dos más importantes fueron el concepto de solidaridad proletaria internacional, traducida en la versión cubana como solidaridad con los «pueblos pobres y oprimidos» del mundo, y una fe teleológica en la inevitabilidad del progreso o, en su modalidad marxista, del socialismo. En su viaje a Cuba, exactamente igual que en otras manifestaciones en el Tercer Mundo, el contenido del marxismo sufrió una transformación. Las tradiciones populistas autóctonas fueron absorbidas por la terminología marxista-leninista y traducidas a nuevas categorías: el pueblo se convirtió en proletariado, la nación se convirtió en clase y el nacionalismo se convirtió en socialismo.

No obstante, la experiencia de la Revolución Cubana no se ajustaba al axioma marxista clásico de que la modernización y la lucha de clases creaban las condiciones para el socialismo. Al contrario, la Revolución se produjo en una economía semidesarrollada y estaba dirigida en gran medida por una élite de clase media que afirmaba actuar en nombre del pueblo. La agitación obrera y estudiantil bajo la dictadura de Batista contribuyó mucho a fomentar el cambio político. Sin embargo, la mitificación de la Revolución Cubana hacía hincapié en la lucha armada como la lucha del pueblo o el «pueblo en armas», asentada fundamentalmente en la Sierra, de donde salieron las

guerrillas para liberar el llano y, más allá, al oprimido Tercer Mundo. El mito de la guerrilla, heroica, independiente, no contaminada por la ciudad, reducida en número pero victoriosa, arraigó en los códigos de la Revolución, junto con los iconos de sus héroes, los «barbudos».[8]

Aunque Castro aseguraba que en 1959 había llegado al poder un «Gobierno del pueblo», también insistía una y otra vez en que el pueblo no estaba preparado para asumir el gobierno. En una entrevista concedida en 1985, afirmó que el pueblo tenía que ser guiado hacia el camino de la revolución por etapas, paso a paso, hasta que adquiriese plena conciencia política y confianza en su futuro.[9] A su juicio, los trabajadores se habían contaminado con la experiencia del capitalismo, y los líderes revolucionarios tenían que supervisar el desarrollo de su conciencia socialista. Durante su gira por Chile en 1971, no tuvo problema en reconocer que él y los demás líderes habían actuado con respecto al movimiento obrero como si la clase obrera fuera un concepto construido desde arriba.[10] Asimismo, en un discurso pronunciado en el Ministerio de Gobernación en 1986, denunció el mal uso de los incentivos materiales, que corrompían a aquellos cuyas conciencias él y los suyos estaban obligados a preservar.[11] De ahí que algunos problemas laborales como el absentismo y la baja productividad se interpretaran como fruto no de una contradicción entre los trabajadores y el nuevo Estado, que aseguraba actuar en su nombre, sino de los viejos hábitos o de las nuevas formas de corporativismo. El concepto marxista del poder proletario estaba ausente del pensamiento de Castro porque lo identificaba con el «egoísmo» o con las «demagógicas y criminales» ideas de la autogestión al estilo yugoslavo.[12]

En realidad, en la teoría política de Castro, el socialismo no era tanto una cuestión de poder como de reparto y de ética. Al igual que en otros países del Tercer Mundo que enarbolaban la bandera del socialismo, éste se articulaba como una filosofía igualitaria cuyo componente principal era el Estado del bienestar. En ese sentido, Castro asimiló algunos de los valores clásicos del socialismo europeo, valores que en cualquier caso estaban ya arraigados en las tradiciones radicales de Cuba. Las sociedades se definían como socialistas aunque sus estados poseyeran los medios de producción. Ésta es la razón por la que Castro pudo calificar de socialista a China en una entrevista con la periodista estadounidense Barbara Walters en 1977 aunque considerara que su política exterior del momento era reaccionaria. China era socialista pero no internacionalista. Era socialista, pensaba

Castro, porque no había terratenientes ni capitalistas.[13] La aparente contradicción entre la política interior y exterior de China se debía a una «deformación» del socialismo efectuada por sus dirigentes, afirmaba, como si las dos prácticas pudieran ser independientes una de otra.

En realidad, la definición que hacía Castro de China reflejaba su propia concepción de la política estatal en tanto que dominio exclusivo de una cúpula dirigente con libertad para gestionar los asuntos gubernamentales sin un excesivo control desde abajo y con capacidad, por tanto, para cambiar el rumbo prácticamente a voluntad. Las estructuras de participación popular establecidas en 1976 no transfirieron el poder de los líderes al pueblo, sino que sirvieron más bien para crear canales a través de los cuales las demandas populares podían llegar arriba y las directivas desde arriba podían transmitirse al pueblo. El poder seguía en la práctica en manos de un líder o un grupo de líderes ilustrados, todos hombres y ya casi todos viejos, aunque éstos tenían que ser sensibles a los intereses de las diferentes élites dentro del Estado y a las aspiraciones populares, en la medida en que éstas podían expresarse públicamente.

La dimensión política del populismo socialista de Castro provenía de tres fuentes principales: la instructiva experiencia de su período de encarcelamiento en la isla de Pinos y de la campaña guerrillera, en la que la jerarquía y la obediencia militar eran necesarias para la supervivencia; la creencia, derivada de lo anterior, de que sólo se podía confiar en los líderes leales y curtidos en la lucha para que guiasen la Revolución en la dirección correcta; y la convicción de que en las condiciones de «asedio» y carestía no había espacio para el pluralismo al estilo de la democracia liberal occidental. La invasión de la bahía de Cochinos había grabado a fuego en la mente de los dirigentes cubanos el viejo temor a Estados Unidos, hasta tal punto que el antiamericanismo se convirtió prácticamente en la razón de ser de la Revolución, del mismo modo que, con mucha menos justificación, la «subversión comunista» en Centroamérica y el Caribe se convirtió en la obsesión de Washington. La noción de asedio era un elemento importante de la mitología de la Revolución, y fomentaba la movilización, las ofensivas revolucionarias y la militarización popular en torno al modelo de la guerrilla de Sierra Maestra.[14]

Para poder entender el atractivo del control estatal en Cuba es necesario comprender el verdadero alcance de la ofensiva estadounidense contra Cuba. El Gobierno estadounidense dedicaba

grandes sumas de dinero a socavar las bases del Estado cubano, desde dentro y desde fuera. Cada dos años, la Comisión de Ayuda para una Cuba Libre, cuya presidenta durante el mandato de George Bush fue Condoleeza Rice, veía aumentar su presupuesto (80 millones de dólares en julio de 2006) para financiar ONG y otros grupos proestadounidenses, intensificar las emisiones de radio y televisión en Cuba y animar a los cubanos a abandonar la isla por medio de ayudas.[15] Según los informes del Senado estadounidense, la segunda base más grande de la CIA en el mundo estaba instalada en Florida. Desde allí, justo enfrente de las aguas cubanas, en el momento álgido de la ofensiva secreta estadounidense de los años sesenta y setenta, la CIA controlaba una aerolínea y una flotilla de barcos espía que operaban cerca de la costa de Cuba y llegó a dirigir a un total de ciento veinte mil agentes cubanos que participaban en acciones de sabotaje económico, asesinato, terrorismo y guerra económica y biológica.[16] Cada semana se emitían unas quinientas horas de propaganda anticastrista desde emisoras de radio de Florida. Los sucesivos gobiernos estadounidenses, en especial las Administraciones de Reagan y Bush, movilizaron sus recursos más poderosos para doblegar a Cuba. Se diseñaron más de seiscientos planes para asesinar a Castro. Cerca de tres mil quinientos cubanos murieron en actos terroristas, y más de dos mil quedaron impedidos de por vida. Como ha afirmado un antiguo agente de la CIA, «ningún país ha sufrido el terrorismo durante tanto tiempo y de manera tan constante como Cuba».[17]

Así pues, la centralización política y el control estatal de Cuba fueron ante todo la respuesta a un profundo sentimiento de inseguridad nacional. Sin embargo, Castro también veía en ellos medios para la transformación de Cuba. A sus ojos, la lucha a vida o muerte por defender la nueva Cuba y construir una economía socialista sostenible requería disciplina y austeridad, no pluralismo político y cultural. Aquel «puritanismo» era un rasgo casi ineludible de los Estados pobres del Tercer Mundo que aspiraban a modernizarse en un entorno globalizado, e impregnaba la respuesta de Castro a todos los acontecimientos, dondequiera que se produjeran. Del mismo modo que rechazó la Primavera de Praga de 1968, también condenó la protesta estudiantil en la plaza de Tian'anmen. La prensa cubana sólo recogió la versión china de lo sucedido, y el Gobierno cubano envió un mensaje no divulgado de apoyo a los dirigentes chinos después de la masacre.[18]

La concentración de la toma de decisiones políticas, sociales y

económicas en manos de Castro y su vanguardia produjo resultados dispares. Los más positivos se dieron en la infraestructura social, especialmente en el terreno de la salud. Cuba afirma tener más médicos por cabeza que ningún otro país del mundo y su gasto sanitario en relación con el PIB alcanza los niveles de los países desarrollados, según cifras de la Organización Mundial de la Salud. Castro siempre se mostró deseoso de estudiar modelos sanitarios de otros lugares y aplicar aquellos aspectos que resultaban más apropiados para las condiciones socioeconómicas y políticas de Cuba; así, a pesar de los problemas económicos y de las consiguientes limitaciones en el presupuesto destinado a sanidad, la isla disfruta de un sistema holístico y comunitario de asistencia sanitaria comparable o incluso superior a cualquier otro del mundo.[19]

La centralización, sin embargo, perjudicaba seriamente al rendimiento económico. La naturaleza intervencionista e improvisadora del sistema de toma de decisiones económicas provocaba frecuentes desarreglos en la producción y el suministro. El siempre dinámico Castro, pertrechado con panaceas extraídas de estudios supuestamente vanguardistas sobre gestión económica y tecnología, recorría la isla reformulando prioridades, trasladando recursos y retocando aspectos organizativos. Esto se traducía a veces en objetivos excesivamente ambiciosos, entre los que destacó el plan de recogida de 10 millones de toneladas de azúcar en 1970. También obligaba a sobreexplotar los recursos, generaba carencias y desequilibrios y derivaba en la dispersión de la experiencia y las capacidades y, a menudo, en el despilfarro de los medios.[20]

La centralización política instauró también la costumbre del acatamiento y la pasividad. Las críticas realizadas por las nuevas generaciones, cuando las había, iban dirigidas contra la burocratización y la corrupción, no contra alguna de las estrategias básicas de la Revolución. El periódico de los Jóvenes Comunistas fue más lejos, al quejarse en noviembre de 2007 de la ausencia de debate incluso sobre asuntos cotidianos que no afectaban a principios ni a objetivos estratégicos.[21] El hecho de que un periódico oficial como *Juventud Rebelde* pudiera manifestar tales críticas indica la existencia de cierto margen para el disentimiento interno. En tanto que «propietario» de la Revolución, Castro fomentó el debate y la crítica pero siempre bajo sus condiciones y dentro de los límites por él establecidos. El Estado tenía a Castro como eje central, y se creó y sustentó a su imagen y semejanza. La relación paternalista y populista

entre Castro y los cubanos se veía legitimada constantemente mediante los prolongados discursos del Comandante y sus intervenciones directas en la administración de Cuba, a menudo eludiendo las estructuras de gobierno. Era él quien asumía la gestión de las crisis y encabezaba ofensivas contra las instituciones cuando consideraba que se habían vuelto demasiado independientes, como sucedió con la reestructuración en 1989 del Ministerio de Gobernación, que provocó numerosas destituciones, y su absorción por parte del Ministerio de las Fuerzas Armadas. Su intervencionismo iba destinado en ocasiones a reorientar las políticas económicas y políticas. Otras veces podía interpretarse como un medio de generar tensión y competencia con el fin de evitar el desarrollo de una base de poder al margen de su autoridad.[22]

Castro negaba tajantemente que el Gobierno cubano fuera presidencialista. «En nuestro país —afirmaba—, las decisiones importantes, las decisiones fundamentales se analizan, se discuten y se toman siempre colectivamente […]. Yo tengo autoridad, claro, tengo influencia, por razones históricas, pero no doy órdenes, ni gobierno por decreto».[23] Es evidente que Castro necesitaba obtener el beneplácito de las distintas élites del Estado para llevar a cabo las políticas, y, desde el punto de vista del procedimiento, el Gobierno era colectivo. Sin embargo, era difícil que las decisiones pudieran tomarse sin su apoyo y que los individuos pudieran ascender en el escalafón del Gobierno sin su respaldo directo o indirecto.

Por lo general, fue Castro el que mantuvo unidos a los dispares elementos de la sociedad cubana, el pueblo y las élites, los jóvenes y los viejos, los negros y los blancos, gracias a su autoridad carismática. La función de cohesión social de Castro tenía una importancia vital en una sociedad en la que, especialmente en momentos de crisis económica, todavía había desigualdades en cuanto a ingresos y oportunidades en función de aspectos como el origen étnico, la clase, el género, la edad y la región. Por ejemplo, los negros, aunque no sufren discriminación a nivel estatal, se encuentran entre los ciudadanos menos favorecidos de Cuba, ya que ocupan las peores viviendas y tienen los trabajos menos remunerados, así como poca representación en las instituciones del Estado. Ahora bien, las imágenes populares de Castro abarcaban desde el héroe auténticamente cubano, el hombre del pueblo osado y franco que se enfrentaba a los estadounidenses, hasta el solícito e incorruptible patriarca. E incorruptible sí que lo era. Ningún análisis solvente podría

cuestionar la veracidad de Castro cuando afirmaba que llevaba una vida espartana y que no tenían riquezas personales.[24] Muchos cubanos lo veían también como un anciano sermoneador y posiblemente una pequeña minoría como un tirano.

El hecho de que la política cubana se viera tan a menudo refractada en la imagen de un hombre implicaba que toda crítica a los valores fundamentales de la misma se interpretara como un ataque implícito al propio Castro. Las ocasiones para el debate democrático y la toma de decisiones se veían reducidas debido a su hegemonía moral y política. Por otro lado, fueron pocos los iconos de Castro presentes durante su larga permanencia en el poder, algo que contrastaba claramente con la mayoría de los dirigentes del Tercer Mundo de su generación. Otras figuras históricas de la Revolución Cubana, especialmente Guevara, habían sido sacralizadas, y sus imágenes aparecen hoy por doquier. Castro prefirió restar importancia a su papel histórico, no tanto por modestia como porque convenía insistir al máximo en la acción colectiva para que la Revolución se acomodara cada vez más a su etiqueta socialista.[25] Castro reprobaba la iconografía de los políticos vivos, probablemente porque quería que éstos, y él mismo, fueran juzgados constantemente por sus acciones políticas.

Tal vez sea ésta una de las razones por las que mantuvo una absoluta discreción en relación con su vida privada. En Cuba era un secreto a voces que había tenido varias amantes y varios hijos ilegítimos. Hasta el nuevo milenio no se pudo ver a Dalia Soto, madre de cinco de sus hijos y su compañera durante décadas, en ceremonias públicas, pero, eso sí, nunca a su lado, y siempre se intentaba que sus hijos con Soto pasaran desapercibidos. Durante su larga recuperación postoperatoria se procuró mantener al pálido y consumido dirigente fuera de la vista del público. Sin embargo, a pesar de la ausencia de símbolos externos del Comandante y de su proyección como un hombre de carne y hueso, Castro era una presencia casi permanente en la isla. El mito de Castro estaba muy arraigado en la vida cubana —en la política, en la cultura y el discurso popular—; se trataba de una especie de iconografía banal que no necesitaba estatuas ni monumentos. Como ha sugerido un analista, Castro era una presencia intangible pero inconfundible en todos los hogares de Cuba.[26]

La construcción del mito de Castro en una Cuba poscastrista todavía no ha comenzado. Comparado con el Che, cuya muerte «heroica» y juventud «perpetua» son iconos que se prestan a la creación del mito tanto como a la comercialización, la mitificación de

Castro resulta más problemática, debido tanto a las vicisitudes de su liderazgo como a su envejecimiento y su enfermedad, que han borrado parte del atractivo de los trepidantes días de la Revolución. Es menos probable que la imagen del anciano patriarca y en ocasiones disertador inagotable atraiga a las nuevas generaciones, que no vivieron la invasión y el «asedio».

De hecho, el legado de Castro es muy difícil de predecir. Sencillamente, es una figura insustituible. Mientras sobreviva el nombre de la Revolución Cubana, y nada nos hace pensar que no vaya a ser así, toda desviación con respecto al guión que él escribió requerirá el visto bueno del castrismo. Sin embargo, las presiones internas y las oportunidades de cambio del exterior son tan poderosas que no podemos pasarlas por alto. Al fin y al cabo, Cuba sólo puede funcionar dentro de un mercado capitalista global cuyas operaciones van en contra de los logros sociales de la Revolución. La vía del socialismo de mercado escogida por China deja sectores clave de la economía en manos del Estado pero liberaliza toda una serie de actividades económicas, y los efectos de todo ello podrían acabar minando algunos de los valores centrales del castrismo.

La opción privilegiada por Castro, la de tratar de conseguir la modernización a través del Estado mediante una estrategia regional panamericana en la que cada economía participante intercambia bienes y servicios mutuamente complementarios, sigue siendo una apuesta bastante arriesgada. Depende de la continuidad de la prodigalidad de Chávez y de la creación de una red de aliados por toda Latinoamérica, pero probablemente la Venezuela de Chávez y la Bolivia de Morales (y hasta cierto punto el Ecuador de Correa y la Nicaragua de Ortega) constituyen una base demasiado frágil para el futuro de Cuba al estilo Castro. Otras economías latinoamericanas mucho más grandes, incluso aquellas que tienen gobiernos tan favorables a Cuba como el Brasil de Lula (que concedió nuevos créditos y firmó nuevos acuerdos de colaboración económica con Cuba en enero de 2008), prefieren seguir el nuevo posconsenso de Washington, en el que el liberalismo de mercado sigue siendo la ortodoxia, aunque atenuada por la intervención estatal. A pesar de sus intercambios y sus créditos, ni China ni Rusia están dispuestas a sustituir a la Unión Soviética en el papel de padrino de la economía cubana. Huelga decir, por tanto, que el levantamiento del embargo de Estados Unidos sigue siendo crucial para el porvenir de Cuba.

Al mismo tiempo, las demandas de cambio de los propios cubanos

son prácticamente imparables, y se intensificaron después de que Raúl Castro prometiera «transformaciones estructurales y conceptuales» en la economía en un discurso pronunciado a finales de 2007 en su calidad de jefe del Estado. Estimulado por los dirigentes, durante varios meses hubo un debate inusitadamente abierto en torno a esos cambios.[27] Las tímidas reformas anunciadas en primavera y verano de 2008 y las reestructuraciones del gobierno de los primeros meses de 2009 no contribuyeron a satisfacer tales demandas. El alcance del descontento popular quedaba plasmado en las últimas e inquietante palabras de la canción de Milanés:

> ¿Ha valido la pena? Pregunto, no sé. ¿Ha valido la pena? Respondo, no sé.

Es evidente, por tanto, que este libro no puede ofrecer una conclusión final. Sobrevivir ante la hostilidad estadounidense ya fue un logro extraordinario en sí mismo. Algunos de los planes más preciados de Castro se acabaron cumpliendo y son un modelo para el resto del mundo, tanto el Primero como el Tercero. Sin embargo, y a pesar de los enormes sacrificios de los cubanos, su gran visión sigue sin hacerse realidad, y continuar persiguiéndola entraña numerosos peligros. Tal vez la afirmación que sobre Castro y su Revolución hizo hace algunos años su amigo Gabriel García Márquez sea tan apropiada hoy para su legado como lo fue entonces para su mandato: «Creo que es uno de los grandes idealistas de nuestro tiempo, y que quizá sea ésta su virtud mayor, aunque también ha sido su mayor peligro».

[1]. En *Granma Internacional*, 27 de Julio de 2007; Centeno, Miguel Ángel, «The Return of Cuba to Latin America: The End of Cuban Exceptionalism?», en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 23, nº 4, 2004, pp. 403-413

[2]. De la canción «Dos preguntas de un día», citada en Vicent, Mauricio, «2008, el año de la verdad en Cuba», en *El País*, 31 de diciembre de 2007.

[3]. *Alina. Memorias de la hija rebelde de Fidel Castro*, Barcelona, Plaza y Janés; Castro, Juanita, «*Yo acuso». Juanita Castro denuncia a su hermano Fidel*, Miami, 1964.

[4]. Para un vívido relato de la comunidad anticastrista exiliada en Miami, véase Bardach, 2002.

[5]. Kapcia, A., *Cuba. Island of Dreams*, Oxford, Berg, 2000.

[6]. García Márquez en Shnookal, D. y Álvarez Tabío, P., eds., *Fidel Castro. My Early Years*, Victoria, Ocean Press Melbourne, 2005, p. 16.

[7]. Jayatilleka, D., *Fidel's Ethics of Violence. The Moral Dimension of the Political Thought of Fidel Castro*, Londres y Ann Arbor, Pluto Press, 2007; sobre el reconocimiento de la ética de Castro, véase Ramonet, pp. 114-115 y 236-239; sobre el vínculo entre su ética y la religion, véase Betto, F., *Fidel and Religion*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987, *passim.* [Hay trad. cast.: *Fidel y la religión*, Madrid, GEASA, 1986.]

[8]. Kapcia, 2000, pp. 183-188.

[9]. Betto, 1987, p. 149.

[10]. Castro Ruz, F., *Fidel in Chile*, Nueva York, International Publishers, 1972, p. 131.

[11]. *Granma*, 8 de junio de 1986.

[12]. Castro Ruz, 1972, pp. 15 y 131.

[13]. Castro, F., *Fidel Castro habla con Barbara Walters*, Colombia, Carlos Valencia Editores, 1977, p. 68.

[14]. Kapcia, 2000, pp. 183-188.

[15]. *Voice of America*, 10 de julio de 2006.

[16]. Didion, J., *Miami*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987, pp. 90-91; Hinckle, W. y Turner, W. W., *The Fish is Red. The Story of the Secret War against Castro*, Nueva York, Harper and Row, 1981.

[17]. Agee, Philip, en *The Guardian*, 10 de marzo de 2007.

[18]. Esto fue confirmado al autor por el agregado de prensa chino en Londres en 1993. Sobre la respuesta de la prensa cubana, véase *Granma Weekly Review* (*GWR*), 18 de junio de 1989. Véanse también las declaraciones de Castro en la CNN, citadas en

Mesa-Lago, 1993, p. 200.

[19]. WHO 2008, «Country Profile. Cuba»; WHO 2007 *World Statistics* 2006; Boseley, S. «First world results on a third world budget», en *The Guardian*, 12 de septiembre de 2007; Pieroni, P. [s.f.], «Health Care in Cuba. From Revolution to Evolution», International Institute for the Study of Cuba, London Metropolitan University.

[20]. Véase entre otros Hagelberg, G. B. y Álvarez, José, 2006, «Command and Countermand: Cuba's Sugar Industry under Fidel Castro», ASCE, *op.cit.*, vol. 16, pp. 123-139.

[21]. Ronquillo Bello, R., «Marañas de la fábula», en *Juventud Rebelde*, 25 de noviembre de 2007.

[22]. Mora, 2007, p. 230.

[23]. Castro en Ramonet, 2007, p. 515.

[24]. *Ibid.*, pp. 551-552; Skierka, 2004, *passim*; Bourne, 1986, *passim.*

[25]. Lockwood, L., *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, Nueva York, Random House, 1969, p. 329.

[26]. Bardach, 2003, p. 227. Aparecen detalles sobre la vida sentimental y familiar de Castro en varias biografías, como las de Quirk, Szulc y Skierka; se puede encontrar más información en «Castro's family», en *Miami Herald*, 8 de octubre de 2000 y en www.fidelcastroruz.net/familia/dalia.php

[27]. Para una evaluación estadounidense y anticastrista de las opciones con las que se enfrentan los dirigentes cubanos en ausencia de Castro, véase Latell, B., «Raul Castro: Confronting Fidel's Legacy in Cuba», en *The Washington Quarterly*, 30.3, verano de 2007, pp. 53-65.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

Pocas figuras políticas de la historia han dividido tanto la opinión como Fidel Castro. Su demonización o su canonización han dejado poco espacio a las descripciones equilibradas de su vida y su obra, al menos fuera de la comunidad académica y el periodismo serio. Los juicios más duros han procedido a menudo de antiguos defensores. Un destacado activista del Movimiento 26 de Julio, Carlos Franqui, declaró en 2006: «Es una verdad incontrovertible que el triunfo de la Revolución castrista ha sido, y es todavía, el más trágico acontecimiento de la historia de Cuba».[1] La crudeza de buena parte de las invectivas anticastristas ha llevado a adoptar una actitud defensiva a muchas personas que en otras circunstancias habrían manifestado críticas a algunos aspectos de las políticas de Castro dentro de su apoyo global a la Revolución Cubana. Sin embargo, incluso en el interior del mundo académico aparecen carencias en los marcos explicativos desde los que se juzga la Revolución. Así, por ejemplo, la escuela liberal de pensamiento, a la que pertenece, entre otras, la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana (ASCE en sus siglas en inglés), con sede en Estados Unidos, tiende a interpretar la política económica de Cuba desde la perspectiva del «fin de la historia», consenso de signo liberal según el cual la liberalización es la única opción. Así sucede con los análisis políticos, que suelen enmarcarse dentro de unos parámetros que hacen de los datos relativos a los derechos humanos y la democracia formal en Cuba el principal elemento de medición de la legitimad política. Castro siempre fue el primero en señalar las deficiencias de las democracias liberales, afirmando que los derechos sociales y el bienestar son igual de importantes, si no más, que los derechos políticos formales, que a menudo son bastante limitados. En una entrevista con Tomás Borge, insistió en que no podía existir verdadera democracia en medio de la desigualdad social y la injusticia social y en sociedades divididas entre ricos y pobres.[2]

Sin embargo, quienes defienden la Revolución Cubana tienden a minimizar la importancia de las carencias democráticas en relación no

sólo con los derechos humanos sino también con la participación popular en el ejercicio del gobierno. Es difícil negar que el Estado cubano es centralizador, populista y, en cierta medida, autoritario. Asimismo, las estructuras formales de la democracia son canales de comunicación de las políticas adoptadas por las élites, más que medios para hacer intervenir a los ciudadanos en la toma de decisiones. Algunos de los análisis políticos de la Revolución Cubana pasan por alto también la tradición radical dominante en la historia de Cuba, es decir, sus raíces históricas y culturales a lo largo de ciento cuarenta años de lucha por la modernización y la emancipación. Por último, estas biografías de Castro son incompletas, porque no tienen suficientemente en cuenta los modelos históricos que le sirvieron de inspiración y que él movilizó para establecer su legitimidad, especialmente la tradición radical de la «cubanía rebelde», tan trascendental para la identidad cubana.

LIBROS EN ESPAÑOL

En Cuba y en otros lugares se han publicado muchos de los discursos de Castro. Entre las recopilaciones cabe mencionar *Por el Camino Correcto*, La Habana, Editora Política, 1988. También revisten interés sus entrevistas: con Barbara Walters, de la NBC, en *Fidel Castro habla con Barbara Walters*, Colombia, Carlos Valencia, 1977; con periodistas estadounidenses y franceses, en *Conversaciones con periodistas norteamericanos y franceses*, La Habana, Editora Política, 1983; y con el diario mexicano *Excelsior*, entrevista publicada en 1985 por la Editora Política: *La cancelación de la deuda externa y el nuevo orden económico internacional como única alternativa verdadera*. El periodista italiano de televisión Gianni Minà ha publicado la transcripción de su entrevista con Castro en *Habla Fidel*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988, que proporciona fascinantes detalles personales del dirigente cubano. La entrevista de Tomás Borge con Castro apareció por primera vez en español en 1992: *Un grano de maíz. Conversación con Fidel Castro,* México, Fondo de Cultura Económica. Pero, sin duda, la entrevista más completa e interesante, realizada en el transcurso de varios días, es la de Ignacio Ramonet, de 2006, *Cien horas con Fidel, biografía a dos voces*, publicada en dos versiones en español: México y Barcelona, Random House Mondadori, y, en una segunda edición, probablemente revisada por el propio Castro, La Habana Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

La correspondencia entre Castro y sus amigos y colaboradores

durante su permanencia en la cárcel de isla de Pinos está publicada en *Cartas del Presidio*, La Habana, Lex, 1959, de Luis Conte Agüero; y sobre el asalto de Moncada se pueden encontrar documentos y detalles en *La generación del Centenario en el Moncada*, La Habana, Ediciones R, 1964, de Marta Rojas. Una recopilación más completa de documentos relativos a los primeros años de la década de 1950 se encuentra en *El Grito de Moncada*, 2 vols., Editora Política, 1986, de Mario Mencía. Mencía se propuso escribir una extensa descripción periodística de la Revolución Cubana de la que forman parte los documentos que acabamos de mencionar y la obra *Tiempos Precursores*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986. Al igual que muchas historias semioficiales de la Revolución, sus obras tienden a ser una hagiografía de Castro; no en vano, a juzgar por algunos de los libros de texto publicados por el Ministerio de Educación Superior de Cuba, algunos círculos oficiales adolecen de una falta de análisis serios de la Revolución, aunque no sucede lo mismo, en cambio, con la investigación llevada a cabo en las universidades por académicos como Óscar Pino Santos, Manuel Moreno Fraginals, Jorge Ibarra y Olga Cabrera.

Si las obras cubanas sobre Castro tienden hacia la hagiografía, los retratos hechos por los cubanos exiliados están más cerca de la demonología. Es un héroe legendario para unos y un oportunista hambriento de poder para otros, y poco de lo que hay publicado en español ocupa un terreno intermedio. Podemos mencionar como ejemplo varios libros escritos por exiliados. El *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981, de Carlos Franqui, es una recopilación de recuerdos mucho más completa que la edición en inglés. Otro relato extenso y sumamente hostil de los inicios de Castro, primera parte de un estudio más largo, es *La autobiografía de Fidel Castro*, Barcelona, Destino, 2004, de Norberto Fuentes. Fuentes fue defensor de la Revolución hasta el juicio contra el general Ochoa y otros en 1989, que lo llevó al exilio. Los otros dos son *Fidel y el «Che»*, Barcelona, Plaza y Janés, 1988, de José Pardo Llada, y *Fidel Castro y la Revolución Cubana*, Plaza y Janés, 1984, de Carlos Alberto Montaner. El primero es más interesante porque lo escribió un antiguo amigo y colaborador de Castro en los años cuarenta y cincuenta que había sido dirigente ortodoxo y conocidísimo periodista de radio y televisión en La Habana antes de unirse a Castro en la Sierra en 1958. Aunque incluye algunas anécdotas interesantes, su retrato de Castro como joven alocado, ambicioso hasta la obsesión e ideológicamente inseguro

revela más sobre el resentimiento del autor por la que interpreta como la traición a la causa liberal que sobre las ideas y el carácter del líder cubano. Y constituye un nuevo indicio de la poderosa influencia que Castro sigue ejerciendo en la imaginación de los cubanos, tanto amigos como enemigos.

LIBROS EN INGLÉS

Muchas de las palabras de Castro expresadas en forma de discursos y escritos han sido publicadas en inglés. Durante su mandato como jefe del Estado han ido apareciendo traducciones sueltas de algunos de sus discursos. También se han publicado selecciones de artículos y de discursos, pero en ambos casos se trata sólo de una minúscula parte de la prolífica producción de Castro como orador. Aunque repetitivas y ampulosas en ocasiones, estas declaraciones son una fuente importante para la comprensión de su lógica y sus ideas. Pathfinder Press y Ocean Press han publicado recopilaciones de sus discursos en los últimos años, como *Capitalism in Crisis: globalization and world politics today* (publicado también por Global, Londres, 2004). Los discursos del período anterior al triunfo de la Revolución aparecieron en 1972 en *Revolutionary Struggle* 1947-1958, Cambridge, Massachusetts. Harvester Press ha editado tres colecciones: la de M. Taber en 1981, la obra *Fidel Castro Speeches*, en 1983, y, por último, *In Defence of Socialism*, en 1989. Una selección de discursos aparece en M. Kenner y J. Petras, eds., *Fidel Castro Speaks*, 1970, Londres, Allen Lane. Su discurso con ocasión del juicio de Moncada aparece en *History Will Absolve Me*, Londres, Jonathan Cape, 1968, mientras que *Fidel in Chile*, Nueva York, International Publishers, 1972, recoge discursos escogidos de su gira de 1971 por Chile. Una recopilación de cartas, documentos y recuerdos de las campañas de la Sierra y el llano de inestimable valor aparece recogida en dos libros editados por uno de los miembros más destaca-dos del Movimiento 26 de Julio que acabaría rompiendo sus lazos con el castrismo, Carlos Franqui, *Diary of the Cuban Revolution*, Nueva York, Viking Press, 1980 (traducción de un libro publicado en español) y su segundo libro, *Family Portrait with Fidel*, Nueva York, Random House, 1984 (versión en inglés bastante reducida de un libro publicado por primera vez en español). Un penetrante ensayo sobre Castro realizado por García Márquez puede encontrarse en D. Shnookal y P. Álvarez Tabío, eds., *Fidel Castro. My Early Years*, Victoria, Ocean Press Melbourne, 2005.

También han aparecido en inglés varias entrevistas extensas con

Castro; una de las más interesantes es su conversación con el teólogo brasileño Frei Betto, *Fidel and Religion*, Nueva York, Simon & Schuster, 1987 durante la cual Castro se ganó claramente la simpatía del entrevistador y habló con cierto detalle de su niñez y su juventud, además de dar su opinión sobre el cristianismo y el marxismo y el problema de la deuda del Tercer Mundo. Otra entrevista de notable interés fue la realizada poco después de la caída de la Unión Soviética por un amigo de Castro, el dirigente sandinista Tomás Borge, *Face to Face with Fidel Castro: a conersation with Tomas Borge*, Melbourne, Victoria, Ocean Press, 1993. El periodista radical estadounidense Lee Lockwood entrevistó a Castro en el verano de 1965 y elaboró un retrato fresco y cordial, aunque no carente de crítica, de Castro y la Revolución a mediados de los años sesenta, con algunas fotos sorprendentes en blanco y negro: *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, Nueva York, Random House, 1969. Una cuarta entrevista que merece la pena tener en cuenta fue la mantenida en 1985 con el congresista demócrata negro Mervyn M. Dymally y su asesor en materia de asuntos exteriores: *Nothing Can Stop the Course of History*, Nueva York, Pathfinder.

También se han publicado multitud de biografías de Castro, algunas de las cuales ofrecen claves sumamente útiles. Entre los autores de las primeras biografías se encuentran Herbert L. Matthews (el primero en dar a conocer a Castro al mundo después de entrevistarlo para el *New York Times* en 1956 en Sierra Maestra) y Maurice Halperin. Por su parte, Charles Mills Wright y Theodore Draper se ocuparon de aspectos más generales de la Cuba de Castro y del castrismo. Sin lugar a dudas, la biografía mejor argumentada y más equilibrada es también la más reciente. La obra del periodista alemán Volker Skierka *Fidel Castro. A Biography*, Cambridge, Polity Press, 2004, es una edición muy bien traducida de un libro publicado en alemán en el año 2000 [hay trad. cast.: *Fidel,* Barcelona, Martínez Roca, 2004]. También merece una mención *Castro*, de Peter Bourne, Londres, Macmillan, 1987, retrato poco convencional realizado por un psiquiatra, ex asesor del presidente Carter, empañado ligeramente por un exceso de énfasis en la supuestamente problemática relación de Castro con su padre como fuerza motriz de sus acciones. Una descripción más imparcial es la ofrecida por un periodista estadounidense que estuvo siguiendo la carrera de Castro durante muchos años y pudo entrevistarlo con detenimiento (aunque, según el propio Castro, oficialmente no se le dieron las facilidades de las que

afirma haber disfrutado), Tad Szulc: *Fidel: a Critical Portrait*, Londres, Hutchinson, 1987 [hay trad. cast.: *Fidel: un retrato crítico,* Barcelona, Grijalbo, 1987]. El libro de Szulc contiene un sinfín de detalles personales y observaciones privadas de Castro, pero, al igual que la biografía de Bourne, trata muy por encima el período posterior a 1970, tan importante y fascinante como los primeros años. Ambos libros resultan algo superficiales en su análisis del contexto ideológico e histórico. Un retrato favorable e interesante de Castro en su juventud es el que aparece en la obra de Lionel Martin *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Seacaucus, Nueva Jersey, Lyle Stuart, 1978, [hay trad. cast.: *El joven Fidel,* Barcelona, Grijalbo, 1982], si bien el autor exagera en alguna medida tanto la deuda ideológica del joven Castro con las ideas comunistas como la base obrera del Movimiento 26 de Julio de principios de los años cincuenta. Podemos mencionar otras dos biografías: *Guerrilla Prince. The Untold Story of Fidel Castro*, Toronto, Little, Brown, 1991, de Georgie Anne Geyer; y *Fidel Castro*, Nueva York, W. W. Norton, 1993, de Robert E. Quirk. La primera se basa demasiado en las perspectivas de la guerra fría como para poder ofrecer nuevas claves, y, aunque la segunda está muy bien documentada, ambas son tan sumamente hostiles a Castro que no resultan convincentes. Varias descripciones interesantes favorables a Castro a distintos niveles pueden encontrarse en *Fidel Castro's Political Strategy: from Moncada to Victory*, Nueva York, Pathfinder, 1987, de Marta Harnecker; *Fidel's Ethics of Violence. The Moral Dimension of the Political Thought of Fidel Castro*, Londres, Pluto Press, 2007, de Dayan Jayatilleka, un sugerente análisis de la ética política de Castro; y *The Real Fidel Castro*, New Haven, Yale University Press, 2003, de Leycester Coltman, embajador británico en Cuba entre 1991-1994, que ofrece visiones bastante equilibradas. Un análisis abiertamente procastrista realizado por Sheldon B. Liss, *Fidel! Castro's Political and Social Thought*, Boulder, Westview Press, 1994, examina su pensamiento político, pero se deja llevar un poco por su fascinación por el personaje al afirmar la ortodoxia del marxismo-leninismo de Castro. La obra de Clive Foss *Fidel Castro*, Stroud, Sutton, 2006 (2ª ed.) [hay trad. cast.: *Fidel Castro,* Barcelona, Swing, 2007] es una breve y sucinta introducción para lectores no familiarizados con el tema.

De los libros publicados con anterioridad y que se ocupan de Cuba y del papel de Castro en la Revolución podemos señalar varios dignos de mención. Ya hemos hecho referencia a *Family Portrait with Fidel* (traducción de un libro publicado en español), del ex director del

periódico del Movimiento 26 de Julio, Carlos Franqui, que iba a ser biógrafo oficial de Castro hasta que abandonó Cuba en protesta por el giro hacia el comunismo. Se trata de un desigual relato impresionista del dirigente cubano cuyo efecto queda un tanto empañado por la visceral oposición del autor al personaje. Lo mismo sucede con el libro de otro dirigente del 26 de Julio, Mario Llerena, *The Unsuspected Revolution: the Birth and Rise of Castroism*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1978, aunque éste incluye interesantes detalles y documentos sobre las relaciones del Movimiento con el extranjero. Una descripción más imparcial aunque crítica de Castro en los años sesenta puede encontrarse en la obra de K. S. Karol *Guerrillas in Power: the Course of the Cuban Revolution*, Nueva York, Hill & Wang, 1970, [hay trad. cast.: *Los guerrilleros en el poder,* Barcelona, Seix Barral, 1972], y en el análisis *Is Cuba Socialist?*, Nueva York, Viking Press, 1974, del agrónomo francés René Dumont, uno de los muchos intelectuales europeos cuyo apoyo a la Revolución finalizó a finales de los años sesenta. La obra enciclopédica de Hugh Thomas sobre la historia de Cuba, *Cuba: the Pursuit of Freedom*, Nueva York, Harper & Row, 1971, [hay trad. cast.: *Cuba, ¿es socialista?,* Caracas, Tiempo Nuevo, 1970], es, con mucho, el estudio más completo del trasfondo histórico de la Revolución, pero resulta menos satisfactorio en su examen de las ideas y estrategias políticas de Castro y ha quedado muy desfasado.

Los libros dedicados a la Revolución son innumerables. Aquí sólo hemos de mencionar unos pocos por su contribución a la comprensión de la figura de Castro. Las descripciones más serias son las monografías académicas publicadas por universidades estadounidenses especializadas en estudios cubanos, entre las que destacan: *Cuba: Order and Revolution,* Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1978, de Jorge I. Domínguez; *Cuba in the* 1970*s: Pragmatism and Institutionalization,* Universidad de Nuevo México, 1974, de Carmelo Mesa-Lago, y, del mismo autor, en colaboración con Jorge F. Pérez-López, una obra más reciente sobre la economía cubana, *Cuba's Aborted Reform. Socioeconomic Effects, International Comparisons, and Transition Policies,* Gainseville, University of Florida Press, 2005; *Cuba under Castro: the Limits of Charisma*, Boston, Houghton Mifflin, 1974, de Edward Gonzalez; *Cuban Political Economy: Controversies in Cubanology*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1988, de Andrew Zimbalist, ed.; y *The Closest of Enemies,* Nueva York, W. W. Norton, 1987, de Wayne S. Smith, que incluye interesantes análisis internos de

las relaciones cubano-estadounidenses durante la Administración Carter y los primeros años de mandato de Reagan. También merecen ser incluidos en esta lista de obras más generales otros cinco libros: *Cuba: Politics, Economics and Society*, Londres, Pinter Publishers, 1988, de Max Azicri; *Cuba Libre. Breaking the Chains*, Londres, Victor Gollancz, 1987, de Peter Marshal; *Cuba: Between Reform and Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, de Louis A. Pérez Jr.; *The Cuban Revolution*, Nueva York, OUP, 1993, de Marifeli Pérez-Stable [hay trad. cast.: *La Revolución Cubana,* Madris, Colibrí, 1998] y *Cuba: the Test of Time*, Londres, Latin American Bureau, 1989, de Jean Stubbs. Por último, la obra *Cuba. Island of Dreams*, Oxford, Berg, 2000, de Antoni Kapcia, es un profundo estudio sobre ideología y mito en la historia de Cuba.

[1]. *Cuba, La Revolución: ¿mito o realidad? Memorias de un fantasma socialista*, Barcelona, Península, p. 417.

[2]. *Un grano de maíz. Conversación con Fidel Castro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 112.